



Universidad de Chile
Facultad de Filosofía y Humanidades
Escuela de Postgrado
Magíster en Historia, mención Historia de Europa
Departamento de Ciencias Históricas

LA PATRIA SIN JUDÍOS.

Antisemitismo nacionalista en Chile, 1932-1940.
Los casos del Movimiento Nacional Socialista y del
Partido Nacional Fascista.

Tesis para acceder al grado de Magíster en Historia
con mención en Historia de Europa

GUSTAVO GUZMÁN CASTRO
Profesora guía: Isabel Jara Hinojosa

Santiago de Chile

2012

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, agradezco a la FUNDACIÓN VOLCÁN CALBUCO y su beca para estudios de postgrado por costear el programa de estudios que concluye con esta tesis.

En segundo lugar, agradezco al Centro de Estudios Judaicos de nuestra facultad por el espacio brindado para mi desarrollo como investigador. Desde que escribí mi tesis de licenciatura bajo la dirección del profesor Jaime Moreno, sobre temas muy similares a los aquí tratados, el centro me ha permitido publicar mis primeros artículos, dar mis primeras ponencias y participar de mis primeros congresos como investigador. En cada una de estas actividades, y en otras tantas que no viene al caso detallar, el apoyo generoso y permanente de su directora, la profesora Ana María Tapia Adler, ha sido fundamental. Si tengo que agradecer a alguien, es a ella.

En tercer lugar, quiero agradecer a la profesora guía de mi tesis, Isabel Jara, por su paciencia y colaboración con un trabajo que por momentos pareció extenderse más de lo necesario.

En cuarto lugar, agradezco a mis amigos más cercanos por su cariño y su apoyo de siempre, especialmente a Raúl y Gerardo.

Pero, por sobre todo, gracias a mi familia.

TABLA DE CONTENIDOS

RESUMEN.....	6
--------------	---

INTRODUCCIÓN.....	7
-------------------	---

PRIMERA PARTE CONSIDERACIONES TEÓRICAS

CAPÍTULO 1

Antisemitismo.....	18
--------------------	----

SEGUNDA PARTE EL MOVIMIENTO NACIONAL SOCIALISTA DE CHILE: ABRIL DE 1932 A MAYO DE 1938

CAPÍTULO 2

El contexto político chileno de comienzos de los años treinta y el nacimiento del MNS: julio de 1931 a abril de 1933.....	34
--	----

CAPÍTULO 3

Trayectoria del MNS: abril de 1933 a mayo de 1938.....	43
--	----

CAPÍTULO 4

El antisemitismo del MNS: abril de 1932 a mayo de 1938.....	55
---	----

CAPÍTULO 5	
La prensa judía ante el MNS: abril de 1932 a mayo de 1938.....	78

TERCERA PARTE
EL PARTIDO NACIONAL FASCISTA DE CHILE:
MAYO DE 1938 A JUNIO DE 1940

CAPÍTULO 6	
El “desbande nacist” y el nacimiento del PNF: mayo a octubre de 1938.....	87

CAPÍTULO 7	
Trayectoria del PNF: octubre de 1938 a junio de 1940.....	101

CAPÍTULO 8	
El antisemitismo del PNF: octubre de 1938 a junio de 1940.....	136

CAPÍTULO 9	
La prensa judía y la prensa antifascista ante el PNF: mayo de 1938 a junio de 1940.....	173

CONCLUSIONES.....	189
-------------------	-----

BIBLIOGRAFÍA.....	203
-------------------	-----

ANEXO.....	213
------------	-----

RESUMEN

En la década del treinta, numerosos grupos nacionalistas se formaron a lo largo de Chile. Aunque heterogéneos entre sí, ellos compartían una perspectiva política común, contraria al liberalismo, la democracia y el comunismo, y que culpaba preferentemente a los extranjeros de los problemas sociales del país. Algunos expresaban, además, un novedoso antisemitismo de origen europeo. La presente investigación indaga en el antisemitismo del nacionalismo chileno de la época, específicamente de su rama fascista, representada por el MNS y el PNF. Su principal objetivo es comprender las características y el funcionamiento del discurso antisemita de ambos grupos, discurso que habría actualizado las tradiciones antijudías preexistentes con un modelo tomado del fascismo europeo, convirtiéndolo en un importante elemento ideológico del proyecto político de tercera vía que intentaron construir y haciéndolo cumplir una función específica en su disputa con la izquierda. Metodológicamente, la investigación considera dos pasos principales: el análisis documental de contenidos de las publicaciones del MNS y el PNF, entre la fundación del primero y la desaparición del segundo; y la contextualización de sus expresiones antisemitas a la luz de las publicaciones de prensa de la época –incluidas la prensa judía y la prensa antifascista– y de la bibliografía especializada. Los resultados muestran que ambos grupos, sobre todo el PNF, desarrollaron intensas campañas antisemitas, sistemáticas, similares a las desarrolladas por sus símiles europeos –de las que tomaron material propagandístico–, que los alinearon con los países del Eje. Lejos de fortalecer su opción política y sus posibilidades de acceder al poder, estas expresiones confinaron a estos fascistas a un lugar de marginalidad, de extrema derecha, que favoreció su fracaso.

INTRODUCCIÓN

En los años treinta del siglo pasado, decenas de agrupaciones nacionalistas se formaron en los países del Cono Sur. Aunque heterogéneas entre sí, ellas compartían una perspectiva política y cultural común, contraria al liberalismo, la democracia, el comunismo y, en no pocos casos, al judaísmo. En Chile, estos nuevos movimientos se agruparon en dos corrientes principales. La primera, reaccionaria y aristocrática, defendió los restos del estado oligárquico de la amenaza izquierdista y se opuso activamente a la intromisión de los militares en política, siendo su principal exponente la Milicia Republicana (MR). La segunda corriente, más mesocrática y laica, fue más allá del anticomunismo de la primera y se identificó ideológicamente con el fascismo europeo, intentando, en determinados momentos de la década, hacer de la “cuestión judía” un elemento central de su agenda. Sus principales representantes fueron el Movimiento Nacional Socialista (MNS) –entre abril de 1932, fecha de su fundación, y mayo de 1938, momento en que renegó del fascismo y viró a la izquierda– y el Partido Nacional Fascista (PNF) –entre mayo de 1938, cuando comenzó a formarse a partir del éxodo producido por el giro ideológico del MNS, y mediados de 1940, cuando desapareció de la arena política. La presente investigación indaga en esta segunda corriente ideológica del nacionalismo chileno de los años treinta, fascista y antisemita, representada por el MNS y el PNF.

Para esta corriente ideológica, la reñida elección presidencial de octubre de 1938 tuvo particular importancia. En medio de un escenario político altamente polarizado, y luego de que Ibáñez del Campo renunciara a su candidatura presidencial por la responsabilidad que le cabía en el fallido golpe de estado que terminó en la Matanza del Seguro Obrero, la única posibilidad que el ascendente MNS tenía de acceder al poder era aliándose con el candidato de conservadores y liberales, Gustavo Ross Santa María, o con el del

Frente Popular, Pedro Aguirre Cerda. La sorpresiva decisión del “Jefe” del MNS, Jorge González von Marées, de apoyar la candidatura de Aguirre Cerda proporcionó al Frente Popular los votos necesarios para su llegada a La Moneda y desencadenó una crisis interna de la que el MNS nunca logró recuperarse. En protesta a esta alianza con los antiguos enemigos del *nacismo*¹ chileno, cientos de militantes renunciaron a sus filas.

Sin embargo, lo que en la prensa de la época se conoció como el “desbande nacistá” había comenzado antes. En mayo de ese mismo año, un grupo de militantes abandonó el MNS luego que González von Marées renunciara públicamente a la identidad fascista del partido, declarara que el fascismo se había convertido en sinónimo de imperialismo y condenara la persecución a los judíos. Los posteriores eventos de septiembre –cuando el intento golpista urdido por González von Marées terminó con la ejecución de decenas de jóvenes nacistas por parte de las fuerzas policiales– y octubre –cuando el “Jefe” llamó a votar por el candidato presidencial del Frente Popular– sólo agravaron la crisis interna del MNS, agudizando el éxodo de militantes.

Tras el colapso del MNS, los nacistas tomaron principalmente tres caminos. Un grupo se mantuvo fiel a González von Marées y refundó el partido bajo el nombre de Vanguardia Popular Socialista (VPS), declarándolo de izquierda y enemigo del fascismo. Un segundo grupo, surgido de la disidencia interna, se organizó en torno al ex comisario nacistá Raúl Olivares Maturana y formó el Partido Nacional Fascista de Chile (PNF). A pesar del creciente descrédito internacional que el fascismo experimentaba a fines de los años treinta, este grupo se aferró ideológicamente a él y, en lo que concierne más directamente a esta investigación, desarrolló un intenso discurso antisemita, inédito en la historia política y cultural de Chile. Un tercer grupo se desligó progresivamente del fascismo europeo y, abrazando elementos más autóctonos

¹ Como una manera de diferenciarse de sus símiles alemanes, los miembros del movimiento lo llamaban así, con “c”. Por ende, de aquí en más hablaremos de *nacismo* y *nacistas* chilenos, sin necesidad de comillas.

como “lo portaliano”, se acercó a la derecha tradicional, como el Movimiento Nacionalista de Chile (MNCh).

En mayor o menor medida, todos estos grupos nacionalistas –MNS, VPS, PNF y MNCh– recurrieron a lo largo de su existencia a representaciones culturales en las que los judíos ocupaban un papel significativamente negativo y las utilizaron con fines políticos. Sin embargo, el más importante en cuanto al uso y desarrollo de tal discurso fue el PNF: el de Olivares Maturana fue el primer partido político chileno que desarrolló un discurso antisemita sistemático y radical, el primero que basó su propaganda en él y el primero que intentó construir una identidad política en base a su utilización. Desde sus primeros números, el semanario del partido acusó a los judíos de ser capitalistas ávidos e inescrupulosos; de fundar y dirigir el comunismo internacional; de intentar subvertir los valores e instituciones tradicionales como la religión, la patria y la familia; de conspirar desde las sombras en contra de la civilización cristiana occidental, etc. En suma, el PNF acusó a los judíos de ser una amenaza mortal para la *chilenidad* que sólo él mismo podía conjurar y, utilizando esta *imagen* o representación², intentó hacerse de un espacio propio en la escena política chilena de la época, aunque sin éxito.

Las fuentes

Para conocer la forma en que la corriente ideológica nacionalista representada por el MNS y el PNF *imaginaba* a los judíos, así como el impacto de sus campañas antisemitas, hemos utilizado tres grupos principales de fuentes

² Dado que nuestra investigación no se enmarca preferentemente en la Historia Cultural, sino en la Historia Política y de las Ideologías, a lo largo de ella no se problematizará mayormente las representaciones construidas por el MNS y el PNF, a la manera que lo haría la primera. En consecuencia, consideramos suficiente señalar nuestra adhesión a la definición de *representación social* como “los conjuntos organizados de creencias socialmente compartidas”, en este caso aplicado al carácter supuestamente nocivo de los judíos (Van Dijk, 69).

primarias. El primero incluye las publicaciones periódicas oficiales de ambos partidos: para el caso del MNS, “La Página Nacional Socialista” del diario *El Imparcial*, entre abril de 1932 y marzo de 1933; el periódico *Trabajo*, entre abril de 1933 y octubre de 1938; y la revista *Acción Chilena*, entre enero de 1934 y febrero de 1938. Y para el caso del PNF, el semanario *La Patria*, entre junio de 1939 y marzo de 1940. Estas fuentes permiten caracterizar el discurso antisemita de tales agrupaciones.

El segundo grupo de fuentes primarias está compuesto por ocho diarios –*El Mercurio*, *El Diario Ilustrado*, *El Frente Popular*, *El Imparcial*, *La Crítica*, *La Hora*, *La Nación* y *La Opinión*– y cinco revistas de aparición semanal o quincenal –*Ercilla*, *Hoy*, *Qué Hubo*, *Vea* y *Zig-Zag*– del período que va desde el comienzos del “desbande nazi”, en mayo de 1938, a diciembre de 1940. Ellas permiten evaluar la importancia del PNF en la política chilena de fines de los años treinta, así como el impacto de su campaña antisemita. Para el caso del MNS, tal información es provista por distintas fuentes secundarias, que ya comentaremos.

El tercer grupo de fuentes primarias incluye las principales publicaciones judías –*Semanario Israelita de Chile*, *La Prensa Israelita* y *Mundo Judío*– del período que va entre el nacimiento del MNS hasta la desaparición del PNF, así como las publicaciones antifascistas más importantes surgidas a fines de los años treinta –*Civilización* y *Defensa*–. Las primeras no sólo muestran la reacción de la colectividad judía –al menos de parte de ella– frente a las campañas antisemitas emprendidas por el MNS y el PNF, sino que, al igual que el grupo de fuentes primarias descrito en el párrafo anterior, permiten evaluar la incidencia de tales campañas en la sociedad chilena de la época. Lo mismo cabe decir respecto de las publicaciones antifascistas señaladas.

Antisemitismo y nacionalismo en Chile durante la primera mitad del siglo XX: un estado de la cuestión

La investigación que aquí presentamos ha sido concebida como parte de un trabajo historiográfico más amplio, centrado en el antisemitismo latinoamericano (discursos, prácticas, ideologías, imaginarios) de la primera mitad del siglo XX, en particular de los años del Tercer Reich y el Holocausto. Esta historiografía se ha desarrollado con fuerza durante los últimos veinticinco años, especialmente en países como Argentina e Israel, con la publicación de decenas de libros y artículos sobre el particular. También en Uruguay y Brasil es posible encontrar investigaciones similares. En Chile, sin embargo, tales estudios son muy escasos.

Quien se interese por el antisemitismo de los movimientos nacionalistas chilenos de los años treinta encontrará a su disposición un conjunto de fuentes secundarias que, aunque útiles para comprender el contexto político nacional e internacional de esos años, tiende a soslayar el discurso específico de tales grupos respecto de los judíos, así como su utilización política. Salvo un par de excepciones, ello ocurre con la gran mayoría de las fuentes secundarias con las que hemos trabajado, fuentes que hemos dividido en cuatro grupos. El primero de ellos se centra principalmente en cuestiones ideológicas y organizativas de los grupos nacionalistas chilenos de los años treinta, especialmente del MNS y de los grupos que lo sucedieron, pero presta escasa atención a sus expresiones antijudías y, en algunos casos, llega a ignorarlas por completo. Por lo general, estas fuentes dedican uno o dos párrafos para su descripción, pero evitan el análisis de sus formas, del contexto en que fueron enunciadas, de sus implicancias ideológicas, del grado de éxito de su utilización, etc. Ello ocurre con los trabajos de Michael Potashnik (1974), Jean Grugel (1985), Verónica Valdivia (1993, 1995) y Jaime Etchepare y Hamish I. Stewart (1995), cuyos aportes al conocimiento del antisemitismo nacionalista chileno de la época son

más bien escasos. En este grupo de fuentes, las excepciones las constituyen los trabajos de Mario Sznajder (1990, 1992, 1994) y de Sandra McGee Deutsch (1996, 1999), únicos autores en poner el tema como objeto central de sus trabajos. Resumidamente, ellos creen que el MNS fue un movimiento fascista que, inspirado por sus símiles europeos, intentó construir en Chile un proyecto político de “tercera vía” sobre la base de ciertos elementos distintivos y novedosos, entre los cuales se incluía un particular –e irregular– discurso antisemita.

El segundo grupo de fuentes secundarias se ocupa de las relaciones entre instituciones oficiales alemanas y chilenas –embajadas, cuerpos diplomáticos, fuerzas armadas– durante los años del Tercer Reich y de los obstáculos que distintos funcionarios pusieron a la inmigración judía a Chile, pero soslaya la acción política de los grupos nacionalistas chilenos en contra de tal inmigración. Es el caso de los trabajos de Günther Böhm (1997) y Víctor Farías (2000, 2003). Una crítica semejante cabe hacer respecto del tercer grupo de fuentes secundarias, el cual se centra, precisamente, en el proceso de inmigración judía a Chile de los años treinta. Las fuentes que lo componen informan del número aproximado de inmigrantes llegados a Chile, de sus países de origen, de sus ocupaciones, de los lugares donde se asentaron, etc., sin embargo soslayan las activas campañas que grupos como el MNS y el PNF hicieron en contra de tal inmigración. Es el caso de los trabajos de Moshé Nes-El (1999, 2001) e Irmtrud Wojak (2003).

El cuarto grupo de fuentes secundarias se ocupa de la colectividad alemana del sur de Chile durante los años del Tercer Reich y del proceso de nazificación de sus instituciones, constituyendo una suerte de prolongación del estudio del nazismo alemán, aunque en suelo chileno. Vale decir, tampoco considera la acción de los grupos nacionalistas locales. Es el caso de las investigaciones de Gaudig y Veit (1988), Converse (1990) y De la Cerda (2000).

Los principales aportes al conocimiento histórico del antisemitismo de los grupos nacionalistas chilenos de los años treinta, específicamente del MNS, se encuentran en los trabajos de Mario Sznajder (1990, 1992, 1994) y de Sandra McGee Deutsch (1996, 1999). Ambos autores analizaron el discurso antijudío del nazismo chileno y el contexto en que éste fue enunciado, llegando a importantes conclusiones respecto de su uso político, que abordaremos en el capítulo 4. No obstante, ni Sznajder ni Deutsch consideraron el caso del PNF, a pesar de que su antisemitismo fue mucho más radical, sistemático y central para su desarrollo como agrupación política que en el caso del MNS. Un vacío similar se observa en los trabajos de Valdivia (1993, 1995) y Klein (2000), los autores que han trabajado con mayor profundidad la historia del PNF. Si bien ambos concuerdan en la radicalidad y centralidad del antisemitismo de este partido, ninguno de ellos lo analiza con mayor detención, soslayando, por ejemplo, la presencia de material propagandístico antisemita de evidente origen alemán, que difícilmente pudo haber llegado a manos de un pequeño partido como el PNF sin algún grado de colaboración con agentes alemanes, directa o indirectamente.

Nuestra tesis pretende llenar este vacío historiográfico, para lo cual ha sido dividida en tres partes principales. La primera –la más breve de todas– da cuenta de las principales características del antisemitismo moderno. La segunda trata sobre el antisemitismo del MNS entre su fundación, en abril de 1932, y su viraje ideológico a la izquierda, en mayo de 1938, dividiéndose en cuatro capítulos. Los dos primeros dan cuenta del contexto político en el que se formó el partido y de las principales etapas por las que atravesó, considerando la bibliografía especializada en el tema. El capítulo cuatro de la tesis, por su parte, pone de manifiesto la forma en que las publicaciones del MNS representaban a los judíos, así como el estado de la cuestión en torno al estudio del antisemitismo nazi. Por último, el capítulo cinco considera la reacción de la incipiente prensa judía frente a la campaña antisemita

emprendida por el partido de González von Marées. Con el objeto de cautelar la especificidad de cada uno de los temas tratados la discusión bibliográfica se desarrollará al final de cada capítulo mediante conclusiones parciales.

La tercera parte, donde radica el principal aporte de nuestra tesis, trata sobre el antisemitismo del PNF. Al igual que la segunda parte, ella se divide en cuatro capítulos ordenados cronológicamente y coronados por respectivas discusiones bibliográficas. Los capítulos 6 y 7 dan cuenta del nacimiento del partido de Olivares Maturana y de los principales hitos de su corta vida. El capítulo 8, por su parte, caracteriza y analiza su radical antisemitismo. Finalmente, el capítulo 9 se ocupa de la reacción de la prensa judía y de la prensa antifascista de fines de los años treinta frente a la acción del PNF.

Como dijimos, los capítulos 2 al 9 siguen un orden cronológico y una descripción exhaustivos, desde el nacimiento del MNS hasta la muerte del PNF. Esta aproximación permite determinar con exactitud los cambios y continuidades experimentados por esta corriente ideológica durante los años en cuestión respecto del uso del antisemitismo, así como los momentos de la década en que éste alcanzó mayor fuerza. Una vez determinados aquellos momentos, es posible relacionar de mejor manera dicho uso con el contexto político general de la época. Así, por ejemplo, es posible que las expresiones antisemitas de estos grupos aumentaran con el ascenso del Frente Popular al poder o con el aumento en la inmigración judía a Chile.

Hipótesis, objetivos y metodología

La hipótesis de trabajo de nuestra investigación se divide en dos partes:

1. Sobre el trasfondo de un antisemitismo tradicional, de influencia católica, el MNS y el PNF desarrollaron representaciones y discursos particularmente

negativos respecto de los judíos, los cuales, con distintos grados de radicalidad y persistencia, trasladaron al escenario político chileno una ideología antisemita de origen europeo. Es decir, sobre un antisemitismo de raíz tradicional, el MNS y el PNF aportaron uno fascista europeo, que habría modernizado y secularizado las tradiciones antijudías preexistentes.

2. Este discurso antisemita de origen europeo, inserto en un imaginario mucho más amplio y compartido por distintas capas sociales, cumplió una función específica en la escena política chilena de la época: movilizar parte de la lucha política contra la izquierda y, de paso, conseguir un espacio distintivo al interior del nacionalismo chileno. Creemos que al asimilar y reducir comunismo a judaísmo, este discurso reveló su utilidad en la disputa con la izquierda y en el desarrollo de una identidad política propia.

El objetivo general de la investigación consiste en comprender las características y el funcionamiento del discurso antisemita del MNS y el PNF entre 1932 y 1940, el cual habría sido capaz de actualizar las tradiciones antijudías preexistentes al interior del nacionalismo chileno con un modelo fascista europeo, convirtiéndolo en un importante elemento ideológico y haciéndolo cumplir una función específica en el escenario político chileno de la época. Para el logro de tal objetivo, el orden cronológico de exposición que hemos dado al texto resulta de gran utilidad, pues permite determinar los momentos de la década en que estos grupos utilizaron con mayor fuerza y regularidad tal discurso antisemita, y discernir así los factores del contexto político chileno que habrían favorecido su adopción, su desarrollo y, eventualmente, su fracaso.

Desde el punto de vista metodológico, nuestra investigación ha considerado dos pasos fundamentales:

1. Análisis documental de contenido

De las publicaciones nacistas –“La Página Nacional Socialista” de *El Imparcial*, *Trabajo y Acción Chilena*– hemos recopilado toda la información textual relativa a los judíos (titulares, artículos, crónicas, columnas de opinión, etc.), entre abril de 1932 y mayo de 1938. Lo mismo respecto de la publicación oficial del PNF, *La Patria*, entre junio de 1939 y marzo de 1940. El material ha sido clasificado, identificándose conceptos, ideas principales y argumentos que ponen de relieve las diferencias y similitudes existentes entre MNS y PNF. La información obtenida en este paso permite caracterizar el discurso y el imaginario antisemita de ambos grupos, con sus diferencias y concordancias. Asimismo, se ha recopilado toda la información relativa al MNS y al PNF aparecida en la prensa de la época –incluidas la prensa judía y la antifascista surgida a finales de los años treinta–, información que permite evaluar la importancia de estos movimientos y el impacto de sus campañas antisemitas en el seno de la sociedad chilena.

2. Contextualización del imaginario antisemita

Las representaciones antisemitas enunciadas y utilizadas políticamente por ambos partidos a través de sus publicaciones periódicas oficiales han sido ubicadas en el contexto político de los años treinta, poniéndose de relieve su relación con importantes coyunturas de la época. Así, por ejemplo, los textos que identifican judaísmo con comunismo habrían aumentado y se habrían intensificado tras la llegada del Frente Popular al poder, lo que nos indicaría no sólo cómo estos grupos imaginaban a los judíos, sino con qué fines recurrían a tales imágenes. En este paso hemos utilizado periódicos y revistas de la época,

además de las fuentes secundarias ya comentadas y otros textos teóricos sobre el antisemitismo, que comentaremos en el primer capítulo.

PRIMERA PARTE

CONSIDERACIONES TEÓRICAS

CAPÍTULO 1

Antisemitismo

Tras el fin de la Segunda Guerra Mundial y a medida que se conocían los detalles en torno al exterminio de los judíos europeos, el estudio historiográfico del antisemitismo experimentó un importante desarrollo. Desde los años cincuenta, numerosos libros y artículos estudiaron las prácticas sociales y representaciones culturales que por siglos fueron confinando a los judíos a una posición de *extranjería social* y que, según la opinión académica mayoritaria de la época, habrían desembocado en el Holocausto. En algunos casos, tales estudios se remontaban hasta la Antigüedad precristiana buscando antecedentes que facilitarían la comprensión del genocidio.

El hito más importante en esta primera etapa del estudio del antisemitismo fue la publicación de *Los orígenes del totalitarismo* de Hannah Arendt (1951). Según ella, el antisemitismo es una “ideología secular decimonónica” y, como tal, distinta del odio religioso a los judíos, propio de la Edad Media y de las sociedades europeas tradicionales. Incluso la suposición de que el primero deriva del segundo parece cuestionable, desde su punto de vista. El origen del antisemitismo, cree Arendt, habría que buscarlo en la relación de los judíos con la Nación-Estado europea: en un escenario de crecimiento y afianzamiento del nacionalismo “el elemento judío anacional e intereuropeo” se habría convertido en “objeto de odio universal”, permitiendo que el antisemitismo se abriera camino “en todos los estratos sociales de casi

toda Europa” y asomara como “el único tema sobre el que se podía lograr una opinión casi unificada” (Arendt, 62-72).

Así, desde mediados del siglo XIX los judíos pasaron a ser representados como “una organización comercial internacional”, como “un complejo familiar mundial con intereses idénticos en todas partes” y como “una fuerza secreta tras el trono que degradaba a todos los gobiernos visibles a la condición de mera fachada”. Del mismo modo, sus “íntimas relaciones con la fuente de poder estatal” los hicieron verse “invariablemente identificados” con el Estado, y su alejamiento de la sociedad facilitó que se los considerara “sospechosos de conspirar para la destrucción de todas las estructuras sociales” (Arendt, 76).

En cualquier caso, el antisemitismo era “un instrumento no sólo para la liquidación de los judíos, sino también del cuerpo político de la Nación-Estado”, como demostró el Caso Dreyfus. Arendt cree que con este proceso judicial – que “aunó todas las fuentes políticas y sociales que habían llevado a la cuestión judía a un papel predominante en el siglo XIX”– quedó de manifiesto que el antisemitismo, en realidad, busca algo más que la exclusión de los judíos de la sociedad: atacar en sus bases al estado secular europeo y al proyecto político ilustrado (Arendt, 87).

Estas características, señaladas por Arendt, son las primeras que quisiéramos destacar en este estudio del antisemitismo de los grupos nacionalistas chilenos de los años treinta. Como veremos, tanto el MNS como el PNF desarrollaron discursos antisemitas de origen europeo donde los judíos eran representados tal cual indica Arendt, y cuando atacaban al judaísmo, haciéndole las más disímiles e insólitas acusaciones, no sólo atacaban a los judíos mismos –cuestión obvia– sino también al estado liberal chileno, en general, y a sus enemigos políticos de la izquierda, en particular, como veremos.

Aunque carentes del aparatage teórico de Hannah Arendt, nuevos estudios históricos sobre el antisemitismo se publicaron en los años sesenta, la mayoría de ellos interesados en desentrañar la *genealogía* del odio antisemita, odio que habría desembocado –o cuando menos influido significativamente– en el Holocausto. Entre estos trabajos cabe destacar los de Joshua Trachtenberg (1965), James Parkes (1965) y Jules Isaac (1966).

Desde una perspectiva teológica, y centrándose en el Medioevo europeo, Trachtenberg sugiere una importante similitud entre las representaciones cristianas de los judíos y cierto elemento “demonológico”. Esta similitud explicaría, según Trachtenberg, el alto grado de credibilidad que los libelos antisemitas alcanzaron en la sociedad medieval, a pesar de su evidente “inconsistencia intelectual”. Este autor se aventura incluso a una dimensión psicológica para explicar el antisemitismo: el odio a los judíos no sería “el resultado de un proceso racional”, pues “si lo fuera, el absurdo de las acusaciones antisemitas lo sofocaría”; los antisemitas creerían en tales acusaciones *porque quieren* creer. Esta irracionalidad demostraría, según él, la similitud del antisemitismo medieval con lo “demonológico”. En este sentido, recuerda que la estigmatización de los judíos durante la Edad Media tenía implicancias físicas fantásticas: se creía, por ejemplo, que tenían “un olor distintivo y desagradable” y que no sólo las mujeres judías menstruaban, sino también los hombres. Por todo lo anterior, Trachtenberg cree que “el judío mítico, esbozado por la temprana teología cristiana y finalmente inflado hasta proporciones imposibles, reemplazó al judío real en la mente medieval, hasta que el judío real, en el fondo, dejó de existir” y fue suplido por “una ficción de la imaginación” (Trachtenberg, 11-6, 74-8, 298).

Jules Isaac concuerda con Trachtenberg en la importancia del factor religioso en la construcción del antisemitismo, destacando que la tradición teológica cristiana favoreció la construcción de una verdadera “enseñanza del desprecio” en contra de los judíos, sobre la base de tres temas principales: “la

dispersión de Israel como castigo providencial por la crucifixión de Jesús”, “la degeneración del judaísmo en tiempos de Jesús” y “el pueblo judío como pueblo deicida” (Isaac, 25-7).

Sin querer poner en duda los méritos de estos trabajos en el estudio del antisemitismo cristiano, el aporte de Trachtenberg e Isaac a nuestra tesis es mínimo, no sólo por una cuestión cronológica sino por su desatención de la dimensión *política* del antisemitismo. Esta perspectiva, en cambio, destaca como el eje central del trabajo de James Parkes. En su análisis del antisemitismo moderno, este autor estadounidense destaca dos factores fundamentales: “las relaciones entre el mundo judío y el no-judío”, que explicarían “por qué los judíos han estado especialmente expuestos al prejuicio y al aborrecimiento”; y que “el antisemitismo es un arma política cuyo propósito es la destrucción del raciocinio político responsable” y “la destrucción de la democracia”. En este sentido, Parkes razona de manera similar a Arendt, viendo en el antisemitismo un arma política antiilustrada y un “producto secundario de los vastos electorados creados por la democracia del siglo XIX”. Su trabajo indaga en “la aparición del antisemitismo en el siglo XIX y su utilización como arma política” (Parkes, 9-13, 46).

Como Arendt, Parkes plantea que “el antisemitismo político no se dirigía en realidad hacia los judíos como tales”, sino en contra del liberalismo, el industrialismo, el secularismo o “cualquier cosa que no agradara a los reaccionarios” europeos del siglo XIX, y que, desde ese punto de vista, su uso “sirvió para unir rivales políticos”, en contra de un chivo expiatorio. En este sentido, el uso político del antisemitismo se manifestó, por ejemplo, en un intento por reemplazar la perspectiva de la lucha de clases marxista –y otras reivindicaciones sociales propias de la era industrial– por un difuso discurso antisemita que culpaba de las consecuencias sociales del capitalismo a *los judíos*, y que fue bautizado por el líder socialdemócrata alemán August Bebel como “el socialismo de los tontos” (Parkes, 47-8, 61).

Como veremos en los próximos capítulos, un discurso de resentimiento del tipo “socialismo de los tontos” formó parte importante del repertorio antisemita del MNS y del PNF y de sus intentos por construir en Chile una “tercera vía” fascista capaz de competir con la izquierda. Lo mismo cabe decir respecto de la última característica del antisemitismo destacada por James Parkes: a diferencia de otros prejuicios de grupo, éste no guarda la menor “relación con el mundo actual”, por el contrario, reposa “sobre una ficción alimentada por otras ficciones”. Parkes cree, como los autores mencionados anteriormente, que “el judío de los antisemitas es producto de su imaginación”, idea que compartimos y que, sin duda, constituye una de las premisas de este trabajo (Parkes, 103, 184).

Los judíos descritos en las páginas de *La Patria* son *imaginarios* y no nos dicen nada respecto de los judíos de carne y hueso que vivían en Chile en esos años, pero sí mucho de quiénes sustentaban una publicación como el semanario del PNF. En todo caso, aunque los judíos descritos por los fascistas chilenos eran *imaginarios*, tales *imágenes* eran utilizadas con fines políticos concretos y tangibles.

Esta dimensión *imaginaria* del antisemitismo, destacada de distinta forma por todos los autores hasta ahora mencionados, fue estudiada por Norman Cohn en su clásico libro sobre los *Protocolos de los Sabios de Sión* (1970). Cohn cuenta que en 1945 se dio cuenta que “la campaña de exterminio de los judíos se debía a una superstición cuasidemonológica” y que “el mito de la conspiración judía mundial representa una adaptación moderna de esa tradición demonológica antigua”. Su estudio desentraña ese mito, resumiéndolo en que “existe un gobierno secreto judío que, mediante una red mundial de organismos y organizaciones camuflados, controla partidos y gobiernos, la prensa y la opinión pública, los bancos y la marcha de la economía”; que dicho gobierno actuaría “conforme a un plan secular y con el único objetivo de lograr que los

judíos dominen el mundo entero”; y que tal objetivo estaría próximo a cumplirse. Cohn cree que “en esa fantasía, restos de terrores demonológicos antiguos se mezclan con ansiedades y resentimientos que son típicamente modernos”, producto de los cuales los judíos pasaron a simbolizar la modernidad y los problemas aparejados a ella, pues desde hacía siglos vivían en las ciudades y políticamente tendían a ponerse del lado de las fuerzas democráticas y liberales –únicas que podían garantizar y ampliar sus libertades tras la Emancipación que significó para ellos la Revolución Francesa–. Fueron sobre todo miembros de la aristocracia terrateniente europea y del clero quienes vieron en *el judío* “un símbolo de lo que amenazaba el mundo material y espiritualmente”; y fue difundiendo tales ideas –que la democracia, el liberalismo y el laicismo eran obra de los judíos– que intentaron influir en un electorado cada vez mayor, pero con escasa educación. Así fue cómo, según Cohn, “nació la nueva forma política de antisemitismo”: desde entonces, grupos conservadores y reaccionarios explotaron “deliberadamente el antisemitismo en su combate contra los progresistas”. Y aunque en ciertos círculos fanáticos persistieron las acusaciones de asesinatos rituales y otras supersticiones medievales, ellas “fueron cediendo en importancia a la nueva superstición política relativa a un gobierno secreto judío” (Cohn, 19-22).

Los *Protocolos de los Sabios de Sión* –el más clásico de los textos antisemitas– tuvieron gran influencia en los grupos fascistas chilenos de los años treinta. Tanto el MNS como el PNF, pero sobre todo este último, enarbolaron el mito antisemita contenido en sus páginas, acusando a los judíos de las más insólitas agresiones y de constituir una amenaza insalvable para la nacionalidad chilena. Asimismo, denunciaron que tanto la democracia, como el capitalismo y el comunismo, eran invenciones controladas por los judíos para su beneficio propio, y no dudaron en calificar a sus adversarios políticos, en especial a los comunistas, de “judíos”. Es decir, desde el punto de vista de Norman Cohn, parece fuera de toda duda que tanto el MNS como el PNF

intentaron crecer políticamente explotando esta “superstición política” de la conspiración judía mundial.

El interés por este “mito del judío” y su autonomía respecto de los judíos de carne y hueso también se encuentra presente en la obra del historiador judeo-francés Saul Friedländer (1971). Según él, esta dicotomía tendría un origen religioso y medieval, pues habría sido en el imaginario cristiano europeo donde los judíos acumularon “la totalidad de los atributos del mal, perdiendo incluso su forma humana, adentrándose en el dominio de lo sobrenatural”. Con la modernidad, no obstante, el antisemitismo experimentó importantes cambios, como la identificación del judío con el capitalismo explotador y con el socialismo revolucionario. Estos cambios se deberían, según Friedländer, a “la creciente ansiedad provocada por las perturbaciones sociales” de la modernidad, escenario en que el odio a los judíos habría desempeñado un rol “derivativo”. Más específicamente, Friedländer cree que “la desaparición de las estructuras sociales tradicionales y la anomia resultante provocan una intensa necesidad de fusión social, de creación de estructuras nuevas y de vínculos emocionales nuevos entre los individuos desarraigados”, haciendo que “un odio común, por ejemplo el odio al judío, se convierta en un poderoso instrumento de fusión social”; así, “la anomia provoca sobre todo una necesidad de redescubrir los elementos de una identidad estable” que “se crea tanto mediante una identificación con los ideales de grupo como por una oposición a los ‘antiideales’ de grupo, en este caso, los judíos”. En tal sentido, Friedländer cree que la necesidad de fusión social, propia de los períodos de anomia, se manifestó con particular fuerza en grupos de la pequeña burguesía, la clase social con mayor número de desarraigados. Amenazado por la proletarización, el pequeño burgués habría negado “la realidad de las clases y de las diferencias sociales creando nuevas uniones alrededor de una emoción unificadora, en general el odio, y, en particular, el odio a los judíos”. El antisemitismo serviría, así, “a la formación de una identidad nueva en todos

aquellos que, bajo el efecto de las convulsiones sociales, han perdido los valores tradicionales que hasta entonces permitían definir a la gente de su grupo” (Friedländer, 21, 47-57).

Respecto del antisemitismo alemán, en particular, Friedländer plantea que su principal diferencia respecto del observable en el resto de Europa durante la misma época –primera mitad del siglo XX– fue “la enorme difusión de la concepción racista del antisemitismo” y la construcción de un nuevo “mito del judío”, basado en la conspiración judía mundial y en la “desintegración sistemática del pueblo germánico contaminado por la sangre judía” (Friedländer, 59, 114-5). A riesgo de adelantarnos demasiado, diremos que será la utilización del nuevo “mito del judío” en su vertiente conspirativa el elemento más significativo del antisemitismo del MNS y el PNF; la “concepción racista del antisemitismo”, entendida como la pretensión de una acción defensiva contra la amenaza de la *sangre* judía inspirada en teorías de orden biológico, en cambio, estará prácticamente ausente de las campañas antisemitas desarrolladas por ambos grupos.

Pero los estudios sobre el antisemitismo de los años sesenta no se limitaron a Europa y Norteamérica. A comienzos de esa década, el sociólogo argentino de origen italiano Gino Germani (1962) hizo un importante aporte al publicar los resultados de su investigación empírica sobre “la incidencia del antisemitismo genérico en la población adulta masculina del conglomerado urbano de Buenos Aires”. En un breve artículo, que resumía las conclusiones de dicha investigación, Germani distinguió dos formas de antisemitismo, uno “ideológico” y otro “tradicional”. Para comprender la diferencia entre ellos Germani sugería tener presente que la hostilidad hacia los distintos grupos difiere según la clase social –la hostilidad hacia los terratenientes no es la misma en las clases populares que en las clases altas–, y la correlación entre antisemitismo y otras formas de etnocentrismo –un antisemita tiene más posibilidades de ser

antiespañol, antiitaliano, etcétera. Asimismo, que existen dos factores fundamentales en condicionar las actitudes antisemitas, unas de orden sociocultural y otras de orden psicológico individual, incluyendo en los primeros tanto las tradiciones y creencias con algún contenido antisemita como la posición dentro de la estructura social y las circunstancias sociales –vale decir, la clase social y el nivel educacional. La misma respuesta genérica, según la cual “los judíos son un grupo perjudicial” o que “a los judíos habría que excluirlos como inmigrantes” encerraría dos formas distintas de antisemitismo: la primera forma parte de lo que llama “antisemitismo tradicional”, a saber, “la aceptación pasiva de ciertos estereotipos que son bastante comunes en el grupo en que uno vive”, poniendo como ejemplo el antisemitismo de la población rural; la segunda, en cambio, consiste en “una actitud ideológica mucho más precisa y elaborada”. La primera forma estaría más esparcida entre los niveles socioeconómicos más bajos; mientras que el antisemitismo ideológico lo estaría entre los sectores medios y altos. Concluye Germani que “en las clases media y alta la proporción de antisemitas es menor que en las clases populares, pero se trata en su mayoría de antisemitas ‘ideológicos’, y por lo tanto más propensos a traducir su actitud en acción”; que “la proporción de antisemitas es mayor en las clases populares, pero se trata sobre todo de antisemitismo tradicional, aceptación pasiva de estereotipos cuya significación psicológica no es necesariamente la misma que en los niveles alto y medio”; y que “desde el punto de vista de la posibilidad de difusión del antisemitismo, el peligro mayor reside en el hecho de que los grupos de clase popular que son portadores de ‘antisemitismo tradicional’ pueden ser aprovechados por los antisemitas ‘ideológicos’” (Germani, 55-63).

Desde este punto de vista, tanto el MNS como el PNF habrían desarrollado un “antisemitismo ideológico” propiamente tal y, mediante una campaña que intentó reemplazar la lucha de clases por denuncias antisemitas y hacer de los judíos una amenaza mortal para la –difusa– *chilenidad*, intentaron

despertar en cierto sector del electorado chileno de los años treinta aquel “antisemitismo tradicional” preexistente y ampliamente esparcido en la sociedad, con escaso éxito.

En su análisis sociológico del Holocausto, Zygmunt Bauman (1989) reflató la “increíble capacidad” del antisemitismo de “servir para todo tipo de preocupaciones y objetivos”, pese a que a menudo ellas no tienen “ninguna relación entre sí”. Según Bauman, ello tendría su origen en “la universalidad, atemporalidad y extraterritorialidad” que caracterizan al antisemitismo, y en su capacidad para adaptarse a un sinfín de problemas locales, los que facilitan “la adaptación del judío conceptual a las circunstancias de problemas diferentes, con frecuencia contradictorios pero siempre altamente conflictivos”. Sin embargo, Bauman advierte que el antisemitismo por sí solo no basta para explicar el Holocausto, y que “una fobia antimodernista” como él se descarga “con toda su fuerza a través de canales que sólo la modernidad creó”, haciendo inútil la búsqueda de una explicación al exterminio de judíos en las sociedades preindustriales (Bauman, 56-63).

El instrumento utilizado para movilizar aquellos “sentimientos y angustias antimodernistas” habría sido, según Bauman, el *racismo*, concepto complejo, equívoco y con innumerables definiciones. Reconociendo esto último, Bauman recurre a los tres niveles discernidos por Pierre-André Taguieff en su estudio sobre las heterofobias o *racismos*: en el *racismo primario* se observa en el grupo una “reacción natural ante la presencia de un desconocido extraño”, que no necesariamente se manifiesta de manera violenta; en el *racismo secundario* o *racionalizado*, en cambio, existe “una teoría que proporciona bases lógicas” para la exclusión y que presenta al Otro como “objetivamente” dañino y como amenaza para el endogrupo; en el *racismo terciario*, por último, asoman teorías biológicas “de naturaleza mistificatoria” según las cuales la nocividad del Otro es irreversible y de origen natural. Es decir, para que ciertas prácticas de

exclusión social sean consideradas *racistas* no necesariamente deben llegar al punto de enarbolar teorías con pretensiones biológicas a la manera del nazismo alemán. Visto así, el antisemitismo no necesitaría explicitar que los judíos son dañinos para la sociedad que los cobija *debido a su sangre* para ser considerado propiamente racista. En lo que respecta a los grupos nacionalistas chilenos de los años treinta, éstos habrían desarrollado un *racismo secundario*, pues las teorías antisemitas conspirativas les proveían de bases “objetivas” para la exclusión de los judíos, aunque sin necesidad de llegar a teorías biológicas. Lo que parece fuera de duda es que ambos grupos, tanto el MNS como el PNF, pusieron en práctica lo que Bauman llamó *estrategia de extrañamiento*, a través de la cual el *endogrupo* aleja a la “categoría ofensora”, en este caso representada por los judíos. Ello se tradujo en campañas sistemáticas en contra de la inmigración judía precisamente en los años en que éstos eran perseguidos y comenzaban a ser exterminados en Europa (Bauman, 85-91).

Como Bauman, Etienne Balibar (1991) incluyó el antisemitismo en la categoría más amplia de *racismo*, dado que forma parte de un conjunto de prácticas sociales, discursos y representaciones culturales que, “al amparo del fantasma de la profilaxis y de la segregación, pretenden purificar el cuerpo social y preservar un ‘nosotros’ de la amenaza del mestizaje y la invasión”. Como el racismo, el antisemitismo moderno “organiza” sentimientos confiriéndoles una forma estereotipada y formando una *comunidad racista* –en este caso, una *comunidad antisemita*–, en cuyo funcionamiento operan teorías suministradoras de claves para la interpretación del mundo. De esta manera, el mito antisemita *funciona* como un “sistema de superioridad imaginaria” que separa al *nosotros* del *ellos*. Desde este punto de vista, el antisemitismo es *racista*. Tanto que Ariane Chebel d’Appollonia lo considera la más antigua forma de racismo de la historia (Balibar, 1991, 32-5; Chebel d’Appollonia, 25).

Sin embargo, a lo largo de esta investigación no ahondaremos mayormente en la relación teórica entre estos conceptos, *antisemitismo* y *racismo*, como una manera de cautelar su especificidad conceptual. Dado que el antisemitismo constituye por sí mismo un campo de debate interdisciplinar, creemos que un intento por relacionarlo de modo profundo con el debate sobre el racismo podría atentar contra su especificidad. En consecuencia, tales dimensiones las dejaremos para una eventual tesis doctoral, que abarque el fenómeno del antisemitismo en el Chile de los años treinta de una manera más amplia. Vale aclarar, en todo caso, que desde un punto de vista *tradicional*, el antisemitismo de los grupos fascistas chilenos no habría sido racista, dado que no justificó la exclusión de los judíos por ellos defendida sobre la base de ideas de orden biológico, aunque reconociendo que, desde la perspectiva de Taguieff, parece poco relevante que para justificar la exclusión de los judíos de la sociedad se enarbolaran o no teorías biológicas.

Por último, Balibar advierte sobre la dificultad de la *comunidad racista/antisemita* para explicitar las características y elementos irreductibles de los “verdaderos nacionales” –los “verdaderos chilenos”–, así como sobre su gran facilidad para enunciar las de los “falsos nacionales”, en este caso, judíos. Sería a causa de esto último que el antisemitismo se convirtió en una práctica y un discurso social tan extendidos entre la segunda mitad del siglo XIX y mediados del XX: la mayoría de las agrupaciones nacionalistas habría llegado a ver en *el judío* a su enemigo particular y al representante de *todos* los demás enemigos. Como veremos, el MNS y el PNF no fueron la excepción (Balibar, 1991, 93-100).

De los estudios historiográficos más recientes sobre antisemitismo, cabe destacar los trabajos de Gustavo Perednik (2001) y Pierre-André Taguieff (2003), autores que, como veremos, prefieren hablar de *judeofobia* que de *antisemitismo*.

Perednik desarrolla una genealogía de las prácticas sociales antijudías desde la Antigüedad precristiana hasta nuestros días, destacando que dicha aversión careció de un nombre específico hasta fines del siglo XIX, cuando Wilhelm Marr acuñó el término “antisemitismo”, término muy utilizado y esparcido, pero inexacto, dado que no se dirige contra los *semitas* –categoría lingüística, y luego *racial* que incluye a numerosos pueblos–, sino específicamente contra los judíos. Por ello, resultaría más correcto el nombre *judeofobia*, creado por el sionista Leo Pinsker pocos años después de que Marr acuñara el suyo, pues sería más ajustado a la realidad (Perednik, 20). Desde este punto de vista, es indudable que el término creado por Pinsker y reivindicado por Perednik sería el más correcto, tanto que en un primer momento pensamos utilizarlo a lo largo de esta tesis en reemplazo de *antisemitismo*. Sin embargo, éste último está tan ampliamente esparcido en el mundo académico y existe un consenso tan extendido respecto de su uso, que finalmente nos inclinamos por él.

Luego de las aclaraciones semánticas, Perednik expone su resumida historia universal de la *judeofobia*, subrayando elementos que, más allá de las diferencias de época, persistirían a lo largo de los siglos y en distintas sociedades. No cabe duda de que Perednik hace un importante esfuerzo al intentar compendiar este extenso recorrido histórico en unas decenas de páginas, sin embargo, su tendencia a *deshistorizar* las particularidades de cada época –soslayando las singularidades políticas, culturales y económicas de las distintas sociedades tratadas, singularidades que, por supuesto, inciden en sus actitudes y acciones respecto de los judíos– limitan seriamente el alcance teórico de su trabajo. No obstante, existen importantes observaciones en su libro que vale la pena destacar. En primer lugar, la relacionada con el carácter “quimérico” del antisemitismo: siguiendo una línea similar a la de otros autores mencionados, Perednik cree que, a diferencia de otras formas de hostilidad entre grupos humanos derivadas de una “incorrecta interpretación de la

realidad”, en el caso de la judeofobia no se está en presencia de “una interpretación incorrecta”, pues “no se habla de la *realidad cotidiana* sino de mitos”. Así, “se reivindica el odio a los judíos atribuyéndoles comer a no-judíos en el pasado, dominar el mundo en el presente, matar a Dios, inventar el Holocausto, promover las guerras, la esclavitud, el mal”, lo que hace imposible “contender con argumentos de esta índole”. Según Perednik, éste sería “el rasgo esencial de la judeofobia” (Perednik, 20). Como hemos visto, esta característica es destacada por la mayoría de los autores señalados y se asoma, también, como una de los rasgos principales del antisemitismo del MNS y del PNF.

En segundo lugar, cabe destacar la importancia que Perednik atribuye al intento de reemplazar la lucha de clases marxista, y otras reivindicaciones sociales surgidas de la sociedad capitalista, por un discurso antisemita que culpaba de las injusticias sociales a los judíos. En este sentido, considera que él significó una consolidación del “socialismo de los tontos”, entre fines del siglo XIX y comienzos del XX (Perednik, 167). Este elemento, como ya se ha señalado, también se encuentra presente en los grupos fascistas chilenos de los años treinta.

En tercer lugar, la multiplicación de expresiones antisemitas en América Latina con el auge del nazismo en Europa, en particular en el seno de publicaciones nacionalistas y germanófilas, como las que analizaremos en esta tesis. En esa línea, Perednik destaca particularmente la aparición de la novela *El Kahal/Oro*, publicada en 1935 por el argentino Hugo Wast (seudónimo del director de la Biblioteca Nacional trasandina, Gustavo Martínez Zuviría), como uno de los textos antijudíos más importantes nacidos en el continente, bajo la influencia de los *Protocolos de los Sabios de Sión* (Perednik, 197).

Por último, cabe destacar la aproximación culturalista –lamentablemente no profundizada– con la que el autor busca explicar la amplia difusión cultural del antisemitismo entre las sociedades europeas y latinoamericanas del período

cronológico cubierto por esta tesis, situándolo en plano del “sentido común” (Perednik, 203-4).

El investigador francés Pierre-André Taguieff, mencionado por Bauman respecto de los niveles del racismo, concuerda con Perednik en la conveniencia de utilizar el término *judeofobia* por sobre el de *antisemitismo*, por cuestiones semánticas ya mencionadas. Pero más importante que la cuestión del vocabulario parece su consenso en lo relativo al *uso* del antisemitismo, cuestión que Taguieff ha investigado recientemente, y que parece resumir buena parte de lo dicho hasta ahora respecto del antisemitismo. Para Taguieff, “la teoría de la maquinación es una teoría que vale para todo, pues permite denunciar a unos enemigos invisibles, enmascarados, escondidos, mentirosos, e imputarles acciones inconfesables, con tal de que sean acciones criminales”, además de difundir “una visión del mundo maniquea, una visión fundada en un principio simplista (y paranoico) para la lectura de todos los acontecimientos, principio que se erige en una nueva clase de historia”, que ve en la “causalidad diabólica” del judaísmo internacional manifiesta en todas partes y que todo lo explica (Taguieff, 31,42).

Serán todas las dimensiones del antisemitismo abordadas en este capítulo, y resumidas en la última cita de Taguieff, las que intentaremos rastrear en los grupos nacionalistas³ chilenos, particularmente en su rama fascista,

³ Las definiciones de *nacionalismo* son innumerables, así como las perspectivas teóricas para su estudio. Sin duda, el giro culturalista operado en los trabajos sobre nacionalismo de las últimas décadas enriquecen mucho el tema, particularmente el aporte de Benedict Anderson y su noción de que *nacionalidad* y *nacionalismo* son “artefactos culturales” similares al parentesco y la religión más que “una ideología”, a la manera del fascismo o el comunismo (Anderson, 21-3). Sin embargo, tales discusiones teóricas respecto de la naturaleza del nacionalismo, en general, y del nacionalismo chileno, en particular, escapa a los objetivos de nuestra investigación. Por tanto, dejamos establecido que a lo largo de ella nos limitaremos a identificar como ‘nacionalistas’ a los grupos políticos específicos que se reconocieron como tales y que sobre la base de dicha identidad política procuraron acceder al poder o, cuando menos, influir decisivamente en el desarrollo político chileno de la época. A diferencia del observable en el siglo XIX, cuando funcionó como “un mecanismo legitimador del ideario liberal-republicano sustentado por la elite dirigente”, el nacionalismo chileno del primer tercio del siglo XX fue un

representada tanto por el Movimiento Nacional Socialista de Jorge González von Marées como en el Partido Nacional Fascista de Raúl Olivares Maturana.

movimiento político específico, derechista, aunque distinto del conservadurismo, del liberalismo y del socialcristianismo. Desde el punto de vista ideológico, estos grupos nacionalistas se mostraron difusos y heterogéneos, sin embargo, todos compartían una gran preocupación por la presencia extranjera en el país, la que era “percibida como un atentado a lo nacional” y como una muestra de “la decadencia de la identidad nacional”. Asimismo, todos ellos recurrieron al concepto de *crisis* para dar cuenta del panorama social chileno de la época, siguiendo los postulados de Encina y Palacios, principalmente. La cercanía con la derecha –puesta de manifiesto sobre todo en ciertas coyunturas, como la elección presidencial de 1938–, en todo caso, no comprometió mayormente la especificidad política de estos grupos nacionalistas, los cuales cuestionaron el “modelo de dominación” y aspiración a “una modificación del status quo” (Valdivia, 1995, 5-7; Gazmuri, 17). El lamento en torno al desplazamiento de los chilenos por parte de los inmigrantes europeos fue, como decíamos, un elemento fundamental en la conformación ideológica del nacionalismo chileno del primer tercio del siglo XX. En tal sentido, no cabe duda que “la exaltación de la nacionalidad, su espanto por el izquierdismo y su preocupación por la dominación europea atrajo a muchos, sobre todo a miembros de sectores medios que temían la competencia extranjera” (Deutsch, 2005, 33-6). Estos grupos nacionalistas, en todo caso, eran “reacios a acusar al capitalismo y a los empresarios nacidos en Chile de explotar a los obreros”, optando por culpar a *los* extranjeros, y sobre todo a *los* judíos, de la miseria del pueblo chileno. Desde esta perspectiva, la izquierda y los sindicatos no eran una consecuencia de la *cuestión social*, sino obra de agitadores de ultramar (Deutsch, 2005, 38). Socialmente hablando, la proliferación de grupos nacionalistas –como las Ligas, en los años veinte, la Milicia Republicana y el propio MNS, en los años treinta– coincidió con la “aparición como fuerza política” de las clases medias y el fortalecimiento de un talante discursivo antioligárquico en el discurso público (Larraín, 97-9). Por último, cabe destacar que este nacionalismo político tuvo una base social más amplia en Chile que en otros países de la región, como Argentina, donde esta opción política era patrimonio preferentemente de jóvenes de clase alta. Es decir, en Chile habría alcanzado también a grupos de clase media, haciendo de estos nacionalistas un bloque menos “patricio” que sus pares argentinos, como demostraron los casos del MNS y el PNF (Deutsch, 2005, 29).

SEGUNDA PARTE
EL MOVIMIENTO NACIONAL SOCIALISTA DE CHILE:
ABRIL DE 1932 A MAYO DE 1938

CAPÍTULO 2

El contexto político chileno de comienzos de los años treinta y el nacimiento del
MNS: julio de 1931 a abril de 1933

El presente capítulo da cuenta del contexto político chileno de comienzos de los años treinta, entre la caída de la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo y los primeros meses del segundo gobierno de Arturo Alessandri, y de los factores que favorecieron el surgimiento del Movimiento Nacional Socialista (MNS). Durante este período, marcado por los efectos de la Gran Depresión, se formaron varias agrupaciones nacionalistas, siendo las más importantes la Milicia Republicana (MR) y el MNS. El capítulo se divide en tres partes, ordenadas cronológicamente. La primera abarca desde la caída de la dictadura de Ibáñez, en julio de 1931, hasta los últimos días de la presidencia de Juan Esteban Montero, en junio de 1932, período en el que se formó el MNS. La segunda, desde el golpe de estado que instauró la “República Socialista”, en junio de 1932, hasta la elección de Arturo Alessandri, en diciembre del mismo año, etapa en la que el MNS experimentó un rápido crecimiento y en la que comenzó a publicar “La Página Nacional Socialista”, donde expresó un novedoso discurso antisemita. La tercera parte, por último, pone de manifiesto cómo durante los primeros meses del segundo gobierno de Alessandri decrecieron la inestabilidad política y el miedo a una revolución de izquierda, poniendo en entredicho la existencia del MNS.

1. De la caída de Ibáñez a la presidencia de Montero: julio de 1931 a junio de 1932

A mediados de 1931, los efectos de la Gran Depresión se dejaban sentir con fuerza en Chile. La caída general de la producción y los consecuentes problemas de carestía, cesantía y déficit fiscal, además de la creciente migración desde los centros mineros del norte a las principales ciudades del país, daban forma a un panorama social dominado por la miseria. Esto, sumado a cuatro años de abusos militares en contra de la población civil, hizo que una amplia mayoría ciudadana exigiera la renuncia de Carlos Ibáñez del Campo, la que se concretó a fines de julio. La salida del dictador, sin embargo, no supuso el fin inmediato de los problemas económicos y sociales por los que atravesaba el país. Por el contrario, añadió a ellos “un abrupto vacío de poder y la irrupción de variadas tensiones sociales que yacían latentes en la sociedad chilena, imposibilitadas de emerger tras casi cuatro años de gobierno autoritario”, los cuales se manifestaron en violencia política y callejera (Maldonado, 15; Sznajder, 1992, 170).

Para enfrentar eventuales desórdenes y saqueos, decenas de guardias cívicas se formaron en los días posteriores a la caída de Ibáñez. Una de ellas era la Unión Cívica de Ñuñoa, encabezada por el joven alcalde de la comuna, el abogado Jorge González von Marées. Estas guardias cívicas fueron el rostro visible de un amplio movimiento civilista que intentó “reprimir cualquier alteración proveniente de las masas populares” y devolver a los militares a sus cuarteles, para lo cual se armó y se organizó en cuerpos paramilitares (Maldonado, 15-21).

Los grupos sociales más interesados en evitar la intromisión militar en política y restituir el dominio civil eran, ciertamente, los mismos que temían una eventual revolución de izquierda. En este sentido, las guardias cívicas del

período constituyeron un movimiento reaccionario de clase alta, y en menor medida de clase media, que defendía las jerarquías y los privilegios del estado oligárquico (Maldonado, 37-8).

Ahora bien, si las intervenciones militares en política eran hechos comprobables a la luz de la experiencia reciente, no podía decirse lo mismo respecto de una eventual revolución social. La paranoia anticomunista de esos días se debía, sin duda, más a temores de clase que a hechos tangibles. No obstante, en 1931 se produjeron dos situaciones puntuales que hicieron más verosímil el miedo anticomunista de las clases privilegiadas y que estimularon la formación de grupos nacionalistas de derecha. El primero de ellos ocurrió a comienzos de septiembre, pocos días después de que Juan Esteban Montero entregara el cargo de Vicepresidente de la República a su ministro del Interior, Manuel Trucco Franzani, para abocarse a su candidatura presidencial. En la oportunidad, la marinería de guerra de Coquimbo se amotinó exigiendo mejoras salariales y otras medidas para paliar los efectos de la crisis económica. La sublevación no tardó en extenderse a las demás bases navales del país y a algunas unidades del Ejército, alarmando a las autoridades civiles y militares por el posible comienzo de una guerra civil y de una revolución proletaria de la que culparon a los comunistas, pese a que la revuelta no cuestionaba en absoluto la institucionalidad existente ni menos la propiedad privada. La tensión social y el miedo a una revolución social fueron tales que “el país vivió un clima de movilización nacional, de verdadera guerra civil” (Maldonado, 29).

El segundo hecho ocurrió semanas después de que Montero asumiera formalmente la Presidencia de la República, en diciembre del mismo año. En Nochebuena, un centenar de hombres, entre los que se contaban varios desempleados y militantes comunistas, asaltaron el regimiento Esmeralda de Copiapó, enfrentándose a los uniformados allí apostados. Tras ser reducidos, se confirmó que entre los asaltantes había un soldado y un ex sargento del Ejército, lo que venía a confirmar los peores temores de las autoridades civiles:

los comunistas habían logrado infiltrar las Fuerzas Armadas, haciendo aparecer como inminente el estallido de una revolución social (Maldonado, 32-3).

Con la consolidación de este miedo anticomunista como telón de fondo, en marzo de 1932 el general en retiro del Ejército Francisco Javier Díaz Valderrama, uno de los más importantes “multiplicadores” del nazismo alemán en Chile durante los años treinta, invitó a Jorge González von Marées a “formar en Chile un movimiento nacional socialista similar al alemán, basado en el programa del partido nazi de Adolf Hitler”. La respuesta de González von Marées fue que ya estaba en formación un movimiento que, si bien se inspiraba en las corrientes nacionalsocialistas y fascistas en boga, “sería netamente chileno” (Farías, 2000, 372; Alliende, 48-9).

Efectivamente, el cinco de abril de ese año, pocas semanas después del ofrecimiento del general Díaz Valderrama, González von Marées fundó el Movimiento Nacional Socialista de Chile (MNS). Y aunque durante sus tres primeros meses de vida el partido no concitó mayor atención, las condiciones se hicieron más favorables a partir de junio, cuando un golpe de estado de la Fuerza Aérea derrocó a Juan Esteban Montero para instaurar la “República Socialista”.

2. De la “República Socialista” a la segunda presidencia de Alessandri: junio a diciembre de 1932

Los temores que la “Sublevación de la Escuadra” y el asalto al regimiento Esmeralda de Copiapó despertaron en las clases altas y en las autoridades civiles de la época –penetración de los comunistas en las Fuerzas Armadas e inminencia de una revolución social– alcanzaron su punto máximo en junio de 1932. Apenas seis meses después de que Juan Esteban Montero asumiera como Presidente de la República, la Fuerza Aérea lo derrocó y puso en su lugar

a Marmaduque Grove, instaurando la fugaz “República Socialista”. La promesa del nuevo gobierno de facto de implementar medidas en favor de las clases populares, su talante antioligárquico y la intención de establecer relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, más que un carácter genuinamente revolucionario, causaron la reacción de los sectores privilegiados en defensa de los restos del estado oligárquico. Ello se manifestó en el surgimiento de numerosos grupos nacionalistas anticomunistas apoyados por la oligarquía, en un rápido aumento del número de militantes y simpatizantes del MNS, muchos de los cuales provenían de los grupos sociales amenazados por la “República Socialista”, y en el nacimiento de la guardia cívica más importante de la década, la MR, encabezada por el conservador Eulogio Sánchez (Maldonado, 35-41).

El ingreso de estos jóvenes “patricios” a las filas del MNS, atraídos por su llamado a la lucha anticomunista, permitió que los nacistas crecieran⁴, intensificaran sus labores propagandísticas y que, en julio de 1932, comenzaran a publicar de forma semanal “La Página Nacional Socialista” en el diario *El Imparcial* de Santiago, la cual funcionaría como su publicación oficial hasta febrero de 1933. Desde el primer número, se puso de manifiesto la influencia ideológica del fascismo europeo en el nacismo chileno, por cuanto se declaró “ante todo, un movimiento nacional, no un nuevo partido político”; un “movimiento popular” en el que habrían “de tomar parte todas las fuerzas creadoras de la nación: el industrial y el obrero, el profesional y el empleado”; un “movimiento socialista”, aunque sin “punto alguno de contacto con el marxismo internacional”, pues a diferencia de él no estaba “fundado en la lucha de clases, sino en la cooperación de los grupos sociales”; una “fuerza moral” llamada a rehabilitar “los valores espirituales hoy adormecidos” dando a Chile “un nuevo ritmo de trabajo, de orden y de justicia social”; y una “fuerza física” que no trepidaría en “poner el jaque a las hordas extremistas”. El MNS

⁴ Aunque desconocemos la cifra exacta de ese crecimiento, la bibliografía coincide en que el número de militantes nacistas aumentó tras la experiencia de la “República Socialista” de Grove, como veremos.

reconocía con orgullo su afinidad con sus símiles de Italia y Alemania, aunque reservándose el derecho de aplicar la fórmula fascista según las particularidades de Chile. Los nacistas rechazaban así “la opinión de que el Movimiento Nacional Socialista chileno sea una imitación de los movimientos similares de Europa. La semejanza es meramente formalista. El contenido de nuestro movimiento es netamente chileno, y nada más que chileno” (*El Imparcial*, 12 julio 1932).

Sin embargo, la acusación de ser una mera copia del fascismo europeo, más específicamente del nazismo alemán, acompañaría al partido hasta su desaparición, instalándose incluso en el ámbito académico, como veremos en el próximo capítulo.

También desde el comienzo, el MNS manifestó aquella difusa diferenciación entre el “capitalismo parasitario”, que se debía erradicar, y el “capital productivo”, a ser protegido (*El Imparcial*, 12 julio 1932). Entre esta idea y manifestaciones propiamente antisemitas –que identificaban el “capitalismo parasitario” con los judíos– había una distancia muy corta, y el naciismo chileno no tardó en recorrerla.

Las primeras expresiones antisemitas del MNS las encontramos en noviembre de 1932, cuando “La Página Nacional Socialista” definió “el burdo materialismo” comunista como “fruto de las doctrinas del judío Karl Marx” y reveló a sus lectores que “el comunismo no es, como generalmente se cree, un simple movimiento ideológico”, sino “la lucha de una raza por el dominio mundial”. Según la joven publicación nacistá, “el comunismo es un movimiento genuinamente judío” cuya finalidad no es “destruir el régimen capitalista”, sino “conquistar el dominio político del mundo para la raza judía”. Para avalar estas sensacionales revelaciones, se daba una lista de judíos comunistas que incluía a Marx, Lassalle y el chileno Marcos Chamudes –quienes efectivamente provenían de familias judías, pero no profesaban la religión–, además de Engels y Lenin –quienes en absoluto eran judíos–. Durante el mes siguiente, diciembre

de 1932, “La Página Nacional Socialista” ahondó en estas ideas conspirativas al denunciar que los judíos, además del comunismo, controlaban el capitalismo – cuya “usura esquilma a los pueblos”–, “el cinematógrafo, la gran prensa, la banca y la política” (*El Imparcial*, 18 noviembre 1932; 25 noviembre 1932; 2 diciembre 1932).

Pese a provenir de un grupo político todavía marginal, estas afirmaciones representaban una novedad en la política chilena y daban al MNS un carácter ideológico particular, que lo diferenciaba del resto de los grupos nacionalistas anticomunistas surgidos en el mismo período. Sin embargo, la falta de regularidad de estas expresiones y su falta de centralidad en la propaganda nazi impiden concluir que la “cuestión judía” fuera central para el joven MNS, como ocurría con el partido nazi alemán (NSDAP), al menos durante este período inicial. El verdadero núcleo discursivo y propagandístico del MNS durante sus primeros meses de vida fue el llamado a la lucha anticomunista. Fue éste, con la experiencia de la “República Socialista” como telón de fondo, el que atrajo a jóvenes varones de clase alta a las filas del partido y le permitió un rápido crecimiento, hasta que la elección presidencial de Arturo Alessandri cambió el escenario político, poniendo en entredicho la existencia del joven MNS.

3. Los comienzos de la segunda presidencia de Alessandri y la nueva situación del MNS: diciembre de 1932 a abril de 1933

La llegada de Arturo Alessandri a La Moneda, en diciembre de 1932, resultó ser “decisivamente perjudicial” para el nazismo chileno. Apoyado en un comienzo por liberales y radicales, Alessandri era considerado garante de la democracia y de la frágil estabilidad política, conseguidas tras meses de agitación y violencia, y “como ya no existía la amenaza inmediata una subversión de izquierda”, la

mayoría de los militantes abandonaron el MNS. Muchos de ellos pasaron a engrosar las filas de la MR, un movimiento más numeroso, más preocupado en mantener a los militares en sus cuarteles y, sobre todo, de un carácter marcadamente más patricio que el MNS. Indudablemente, el apoyo en dinero y armas que el gobierno de Alessandri dio a la MR hasta su disolución, en 1936, la convirtió en una dura competidora para el MNS (Klein, 2008, 34-5).

La sangría de militantes fue tal que en marzo de 1933 el naciismo chileno contaba con menos de 500 militantes, la mayoría de ellos en Santiago y unos pocos en Chillán. Para evitar el destino de las fugaces agrupaciones nacionalistas anticomunistas nacidas en 1932 –la Acción Nacionalista de Chile, la Legión Social Nacionalista y el Núcleo Reconstrucción– el MNS se lanzó a conseguir nuevos militantes, no sólo en Santiago sino también en otras ciudades del Valle Central y en las provincias del sur, y lo hizo con un mensaje que iba más allá del anticomunismo, afirmando “posiciones tradicionalistas sobre la familia y la mujer en particular y la sociedad en general”. Durante este período, el MNS se consolidó desde el punto de vista organizativo y comenzó a publicar su propio periódico, *Trabajo*, a partir de abril de 1933 (Klein, 2000, 34-5, 109-10).

4. Conclusiones

El contexto político chileno de comienzos de los años treinta se caracterizó, en primer lugar, por un clima de tensión y violencia a raíz de la profunda crisis económica y social que experimentaba el país por efecto de la Gran Depresión, y por el vacío de poder que la caída de la dictadura de Ibáñez produjo. En segundo lugar, por un rechazo generalizado de la sociedad civil hacia las intervenciones de los militares en política y los abusos derivados de ello, canalizado por numerosas guardias cívicas, siendo la más importante la MR. Y,

en tercer lugar, por el miedo a una revolución comunista, extendido entre amplias capas de la población y que favoreció la formación de numerosas agrupaciones nacionalistas de derecha. En el caso puntual del MNS, esto último favoreció su rápido crecimiento.

La bibliografía concuerda en que los factores que permitieron el surgimiento en Chile de un partido fascista como el MNS a comienzos de los años treinta estuvieron dados por los efectos de la Gran Depresión. Según Sandra McGee Deutsch, la crisis fue vista como “la quiebra del proyecto económico y político liberal”, y en busca de soluciones nuevas a esta “quiebra” muchos nacionalistas pusieron sus ojos en el fascismo, en boga en Europa. Para estos grupos, sólo el fascismo era capaz de enfrentar al comunismo y ofrecer una alternativa a la izquierda, ante lo que parecía ser el hundimiento del liberalismo. Marcus Klein concuerda con Deutsch en la importancia de la crisis económica mundial para el surgimiento del MNS y en su naturaleza anticomunista (Deutsch, 2005, 185; Klein, 2000, 109-11).

Con la “República Socialista” y el miedo a una revolución de izquierda como telón de fondo, el joven MNS experimentó un rápido crecimiento durante sus primeros meses de vida. En esta primera etapa, los líderes nacistas manifestaron posiciones cercanas a la derecha tradicional y culparon de la crisis y de la miseria del pueblo chileno al “capitalismo explotador y parasitario”, sin cuestionar el sistema capitalista como tal, lo que atrajo a numerosos jóvenes de clase alta a las filas del movimiento. Sin embargo, la estabilidad política que trajo consigo la elección de Arturo Alessandri, y la consiguiente disminución del miedo anticomunista, hicieron que buena parte de estos militantes abandonara sus filas en los primeros meses de 1933, poniendo de manifiesto el carácter eminentemente anticomunista del MNS durante sus primeros meses de vida (Deutsch, 2005, 202-3; Klein, 2000, 122).

CAPÍTULO 3

Trayectoria del MNS: abril de 1933 a mayo de 1938

El restablecimiento democrático encabezado por Arturo Alessandri y el consiguiente debilitamiento del miedo a una revolución de izquierda supusieron un importante desafío para el MNS. Para no desaparecer como el resto de los grupos nacionalistas anticomunistas surgidos en 1932, el partido de González von Marées debió adaptarse a las nuevas condiciones políticas e implementar cambios que le permitieran conseguir nuevos militantes. El presente capítulo da cuenta de la trayectoria seguida por el MNS entre abril de 1933 y mayo de 1938, distinguiendo las principales etapas por las que atravesó y los giros ideológicos que efectuó, en su intento por construir un espacio político propio, de “tercera vía”. Concluye con una revisión de los principales hitos en el estudio historiográfico del nazismo chileno.

1. El MNS entre abril de 1933 y abril de 1935

La creciente estabilidad política, y la consiguiente disipación del miedo a una revolución social, hicieron que numerosos militantes abandonaran las filas del MNS durante los primeros meses del segundo gobierno de Arturo Alessandri. Ni bien se calmaron las aguas de la política chilena, la gran mayoría de jóvenes de clase alta que habían ingresado en el MNS atraídos por su llamado anticomunista renunciaron al partido de González von Marées para engrosar las filas de la MR, grupo más preocupado de enfrentar eventuales intentos golpistas de los militares que de una revolución social propiamente tal.

Como ya se dijo, en abril de 1933 el MNS contaba con apenas 500 militantes, la mayoría de ellos en Santiago y unos pocos en Chillán, y para no

sufrir la misma suerte que el resto de los grupos nacionalistas anticomunistas nacidos a la sombra de la “República Socialista”, su dirigencia decidió ampliar la base de seguidores y extender sus actividades fuera de Santiago, en especial a las ciudades del Valle Central y las provincias del sur. Y lo hizo con un mensaje que iba más allá del anticomunismo característico de sus primeros meses: reafirmó su carácter fascista, empleó una retórica crecientemente agresiva, incorporó a su discurso elementos próximos al conservadurismo –defensa del catolicismo, de la familia y del legado portaliano– e intensificó la incipiente campaña antisemita iniciada en 1932. Asimismo, comenzó a publicar su propio periódico, *Trabajo*, y organizó una fuerza paramilitar para la “acción directa” y la lucha callejera con la izquierda, las Tropas de Asalto Nacistas (TNU). La persistencia de esta acción anticomunista no sólo imprimió al MNS una identidad política, sino que le significó el apoyo –al menos la anuencia– del régimen de Alessandri y de los sectores conservadores de la sociedad chilena, por lo menos hasta comienzos de 1937 (Klein, 2000, 123-7; Sznajder, 1992, 171).

Durante este período, el partido reafirmó su carácter de movimiento fascista, reclamando ser la expresión chilena de un poderoso movimiento internacional capaz de enfrentar la amenaza comunista y de hacer “renacer” el sentimiento de nacionalidad. Repetidamente defendió a los movimientos fascistas europeos, en particular al nazismo alemán, no sólo por las afinidades ideológicas que existían entre ambos movimientos sino también por el potencial de crecimiento que tal defensa prometía en las provincias del sur, donde la colectividad alemana era numerosa, económicamente influyente y mayoritariamente alineada con el NSDAP⁵. En este sentido, los cálculos de la dirigencia nacistas eran acertados, pues durante este período el partido logró un rápido crecimiento en ciudades como Valdivia y Osorno, atrayendo a numerosos jóvenes de ascendencia alemana. El deseo de atraer a sus filas a

⁵ El Partido Nacional Socialista Obrero Alemán, por sus siglas en alemán.

los alemanes hizo que hasta mediados de 1935 el MNS permitiera, e incluso alentara, la doble militancia en sus filas y en las de la Deutsche Jugendbund Chile (DJC) –organización juvenil del nazismo alemán que operaba con gran éxito en Chile y otros países de Sudamérica–, hasta que las relaciones entre ambos grupos se rompieron a causa de sus diferencias respecto del racismo y de los matrimonios entre alemanes y chilenos (Klein, 2000, 130-2).

Como una forma de superar las diferencias ideológicas que existían entre nazismo chileno y nazismo alemán –referidas principalmente al lugar del racismo en un país mestizo como Chile–, de ampliar su número de seguidores y de conseguir una identidad política propia, el MNS decidió continuar y profundizar durante este período la campaña antisemita comenzada a fines de 1932 en “La Página Nacional Socialista”. En esta decisión habría influido más el éxito conseguido por el NSDAP sobre la base del uso político del antisemitismo que convicciones ideológicas intransables, como quedará de manifiesto a lo largo de esta tesis (Klein, 2000, 123-4).

En resumen, entre abril de 1933 y abril de 1935 el MNS intentó hacerse un espacio propio en la política chilena yendo más allá de su mensaje anticomunista original, y lo hizo de dos maneras. En primer lugar, consolidó aspectos organizativos y propagandísticos que le permitieron expandirse a otras ciudades del Valle Central y del sur de Chile, publicar su propio periódico y lanzarse a la lucha callejera contra la izquierda. Y, en segundo lugar, introdujo modificaciones en su discurso que dieron cabida a un antisemitismo más persistente y a nuevos elementos ideológicos cercanos al conservadurismo –defensa del catolicismo, de la familia y del legado portaliano–, capaces de atraer a derechistas desencantados de los partidos tradicionales. Todo lo anterior le permitió, efectivamente, atraer a centenares de nuevos militantes –incluidos jóvenes de ascendencia alemana adeptos al nazismo alemán y deseosos de apoyar a un movimiento chileno afín al NSDAP– y superar la

prueba que la estabilización democrática encabezada por Alessandri le había puesto por delante.

2. El MNS entre abril de 1935 y mayo de 1937

El sostenido crecimiento que el partido experimentó entre abril de 1933 y comienzos de 1935 hizo que la dirigencia nacistra cifrara importantes expectativas en las elecciones municipales de abril de 1935, momento que marcó su entrada al juego electoral originalmente repudiado. Sin embargo, los resultados obtenidos –6.000 votos y dos concejales, uno en Temuco y el otro en Angol– no fueron los esperados, haciendo que la dirigencia nacistra introdujera nuevos cambios en procura de un mayor número de seguidores y de un espacio político propio (Klein, 2008, 44-5).

Dado que la estrategia de crecer a expensas de la derecha tradicional, para la cual se habían adoptado elementos discursivos próximos al conservadurismo, no tardó en mostrar sus limitaciones, se buscó una nueva forma de ampliar el número de militantes y votantes del partido. El MNS abandonó entonces el elitismo de su discurso original, según el cual el nacismo representaba a una selecta minoría capaz de “salvar a Chile”, y adoptó un estilo más populista que le permitiera competir con la izquierda y arrebatarle parte de su electorado. Es decir, si no se podía crecer más a costa de la derecha se intentaría hacerlo a expensas de la izquierda. El nacismo se redefinió entonces como un movimiento nacionalista popular y, como tal, comenzó a fustigar a la derecha y a la oligarquía chilenas, acusándolas de entregar las riquezas del país al capital extranjero y de condenar a las masas populares a la miseria (Klein, 2000, 134).

La adopción de este nuevo estilo populista no supuso, en todo caso, el fin de su campaña antisemita. Por el contrario, “el antisemitismo nacistra alcanzó

su punto máximo entre 1935 y mediados de 1937”, así como el intento de capitalizarlo en favor de su crecimiento como partido, como veremos en el próximo capítulo (Deutsch, 1996, 168).

Aunque el giro populista de este período permitió al MNS aumentar su número de militantes y de votantes, tampoco satisfizo las expectativas que la dirigencia nacistra había cifrado en él. Del mismo modo que las elecciones municipales de 1935, las parlamentarias de abril de 1937 arrojaron resultados insuficientes y marcaron el fin de una etapa y el comienzo de otra. A pesar de que el partido consiguió por primera vez representación parlamentaria, con la elección de tres diputados –Jorge González von Marées por Santiago, Gustavo Vargas Molinare por Temuco y Fernando Guarello Fitz-Henry por Valparaíso–, era evidente que su intento de atraer una cantidad significativa de votos obreros y de crecer así a costa de la izquierda había fracasado (Sznajder, 1992, 172; Klein, 2000, 142).

Con la creciente polarización de la política chilena como telón de fondo – conservadores y liberales, por un lado; radicales, socialistas y comunistas organizados en el Frente Popular, por el otro– el MNS parecía incapaz de construir una tercera vía fascista con posibilidades reales de acceder al poder, cuando menos sobre la base de posiciones más cercanas al conservadurismo que a la justicia social. Consciente de ello, la dirigencia del partido se embarcó en un nuevo giro ideológico y propagandístico que ahora lo acercó a la izquierda (Klein, 2000, 135).

3. El MNS entre mayo de 1937 y mayo de 1938

Al tomar posesión de su escaño parlamentario, en mayo de 1937, El “Jefe” reposicionó al MNS dentro del escenario político chileno. Consciente de que, en la medida que no se aproximara a algunos de los principales conglomerados

políticos, la polarización de la política chilena lo condenaba a un lugar marginal, González von Marées promovió un acercamiento a la izquierda, argumentando afinidades antioligárquicas. Desde entonces, la derecha tradicional se convirtió en el principal objetivo de los ataques de la propaganda nazi (Klein, 2000, 143).

A diferencia del discurso original del MNS, ahora cualquier tipo de vinculación con el nazismo alemán fue estrictamente evitado y las expresiones antisemitas –incluso la sola mención de los judíos– prácticamente desaparecieron de las páginas de *Trabajo*. Sin embargo, el partido aún no renunciaba a su identidad como movimiento fascista, como demuestra la defensa que González von Marées hizo del fascismo como movimiento internacional en los debates parlamentarios sobre la Guerra Civil Española, en junio de 1937 (Klein, 2000, 144-5).

La izquierda reaccionó a este intento nazi de competir con ella y de arrebatarse votantes renovando dos acusaciones: el MNS era una copia del nazismo alemán y era dirigido desde Berlín. González von Marées refutó tales acusaciones por medio de una declaración pública en la que condenaba la legislación racista y antisemita alemana. Éste fue el paso previo a la renuncia al fascismo, hecha pública en mayo de ese mismo año, y que marcó el final de un complejo recorrido ideológico. El “Jefe” rompió entonces con el pasado del MNS para reposicionarlo en las “fuerzas democráticas del país”, demostrando que su intento de construir una tercera vía propiamente fascista en Chile había fracasado (Klein, 2000, 145-8).

4. La bibliografía sobre el MNS

La acusación de ser una copia del nazismo alemán, e incluso de ser su “tentáculo” en Chile, acompañó al MNS desde sus orígenes hasta su

desaparición. Ella se basaba en las evidentes similitudes que existían entre ambos movimientos: sus nombres, sus uniformes, sus grupos paramilitares, sus marchas y estandartes, el lugar reservado al *Führer* y al “Jefe”, el antisemitismo, etc. La fuerza de esta idea fue tal que, traspasando los límites de las disputas políticas de la época, llegó a instalarse como un lugar común en los primeros trabajos académicos sobre el nazismo chileno (Donoso, 256; Edwards Vives y Frei Montalva, 241; Fontaine, 244; Ramírez Necochea, 19).

Los primeros autores en desafiar esta idea fueron Frederick B. Pike (1963) y Hugh Bicheno (1972), para quienes el nazismo chileno fue en realidad un movimiento fascista nacional *inspirado* en los modelos fascistas europeos. Esta idea se vio reafirmada en los años noventa con el trabajo de Jaime Etchepare y Hamish I. Stewart (1995), para quienes el nazismo chileno constituyó “un tipo particular de fascismo” que, aunque inserto en un influyente movimiento internacional propio del período de entreguerras, estuvo decisivamente marcado por la realidad chilena (Pike, 205; Bicheno, 373; Etchepare y Stewart, 597).

Este consenso sobre la naturaleza fascista del nazismo chileno se vio desafiado a comienzos de la década del noventa por Mario Sznajder (1990, 1992). Reconociendo que el MNS adaptó el modelo fascista europeo a las circunstancias chilenas y que presentó prácticamente todas las características de los movimientos fascistas, Sznajder considera que ciertos elementos de su ideología, cercanos al conservadurismo –defensa del catolicismo, de la familia y del mito portaliano–, lo ubicarían más bien “en algún lugar entre el fascismo y la derecha radical” (Sznajder, 1990, 52; 1992, 190-2).

La hipótesis de Sznajder, en todo caso, no tardó en ser refutada. Según Sandra McGee Deutsch (1999), el MNS fue un movimiento propiamente fascista principalmente porque ideó “una alternativa al socialismo que puso énfasis en la justicia social dentro de las fronteras nacionales y en el cambio dentro del

orden”, la cual buscó “modificar el sentido de la vida antes que la estructura social” (Deutsch, 2005, 185).

Klein, por su parte, advierte de una falencia metodológica en la que habría incurrido prácticamente toda la bibliografía dedicada al MNS, incluido Sznajder: analizar la ideología nazi desde un punto de vista estático, sin considerar su *evolución* a lo largo de la década del treinta. En este sentido, Klein cree que la adopción de elementos conservadores que Sznajder esgrime para rebatir la naturaleza fascista del MNS respondería, en realidad, a un simple intento estratégico por ampliar su número de militantes y conseguir así un espacio político propio. Es decir, en un determinado momento de la década el nazismo “descubrió” el catolicismo y el mito portaliano como medios para crecer, sin comprometer su carácter de movimiento fascista, idea que compartimos plenamente y que subyace en el criterio cronológico con el que hemos dado forma a los capítulos que conforman nuestra tesis (Klein, 2000, 111-3, 154).

En resumen, la discusión bibliográfica sobre el nazismo chileno pasó, en primer lugar, por establecer su grado de originalidad respecto de los modelos fascistas europeos, y en segundo lugar, por determinar si sus particularidades ideológicas permitían clasificarlo como un movimiento propiamente fascista. El consenso actual, al cual adscribimos, es que el MNS fue un movimiento no sólo nacionalista, sino propiamente fascista, que, inspirado por sus símiles europeos, intentó construir una tercera vía y un espacio político propios, para lo cual dispuso de varios giros y acomodamientos ideológicos que por momentos lo acercaron a la derecha tradicional y por momentos a la izquierda, sin comprometer significativamente su carácter fascista.

Concordamos con Klein en que la bibliografía sobre el MNS ha incurrido en un mismo error metodológico que limita el alcance de sus conclusiones: analizar la ideología nazi desde un punto de vista estático que no considera su evolución. La propuesta de Klein, a la que adscribimos, pone de relieve la

importancia de distinguir las etapas por las que atravesó el partido de González von Marées –resumidas en este capítulo– y de comprender sus giros ideológicos como medios en procura de un fin, a saber, conseguir un espacio político propio al interior del polarizado escenario político chileno de los años treinta. Es en base a esa división temporal que hemos organizado nuestra tesis, pues permite distinguir el espacio que el partido dio al antisemitismo y las razones detrás de sus giros ideológicos, entre otras cosas. En este sentido, creemos que Klein ha hecho uno de los aportes más significativos al estudio del nazismo chileno al enfatizar la *evolución* ideológica del MNS y la forma en que éste se relacionó con el escenario político de la época.

Además de la perspectiva sugerida por Klein, la bibliografía sobre el nazismo arroja otras conclusiones que, creemos, merecen ser destacadas de cara a nuestro estudio. En primer lugar, las observaciones respecto de la ambigüedad ideológica del movimiento y de cómo ésta se relacionó con los grupos sociales a los que intentó atraer. Deutsch destaca que “supuestamente ni capitalista ni socialista”, el MNS se mostró “deliberadamente ambivalente” en su mensaje, con el fin de atraer la mayor cantidad posible de seguidores. Unas “veces reaccionaria, otras revolucionaria”, su ideología apeló a diversos grupos sociales, principalmente a jóvenes varones, “obreros desorganizados”, miembros de clase media y media baja –“resentidos con la elite y temerosos de caer en el proletariado”–, y católicos atraídos por su discurso antimaterialista y antiizquierdista. Según la autora, el MNS “tenía algo que ofrecer a muchos” (Deutsch, 2005, 211-6). Respecto del origen social de los nazistas, Etchepare y Stewart destacan que en las filas del partido abundaban empleados, artesanos, agricultores y tenderos, y que la participación de gente proveniente de los dos extremos de la estructura social y económica habría sido mínima. Según ellos, los nazistas provenían principalmente de la “baja burguesía”⁶ (Etchepare y

⁶ Teniendo en cuenta, ciertamente, que los grupos sociales que en Chile se pueden considerar como “baja burguesía” no son los mismos que en Europa.

Stewart, 581). Marcus Klein añade a estas observaciones que la mayoría de los militantes del partido eran adultos jóvenes menores de 21 años, es decir, sin derecho a voto, lo que limitó poderosamente sus posibilidades de éxito electoral (Klein, 2008, 54-5).

En segundo lugar, cabe destacar las conclusiones sobre el fracaso del MNS en su intento de convertirse en un movimiento fascista de masas capaz de llegar al poder. La bibliografía tiende a coincidir en las causas estructurales detrás del fracaso nazi, por sobre la inestable “personalidad del Jefe”. Para Etchepare y Stewart el fracaso se debió a que el movimiento no recibió el apoyo decidido de la tríada compuesta por conservadores, ejército y gobierno, a diferencia de lo ocurrido con los movimientos fascistas europeos que llegaron al poder: Alessandri ofrecía garantías suficientes a los grupos conservadores; el ejército había perdido demasiado prestigio como para lanzarse en una aventura revolucionaria fascista que, por lo demás, no concitaba apoyo masivo entre los uniformados; y el gobierno logró resolver por sí solo la amenaza izquierdista. Las condiciones que hicieron al nazismo alemán un movimiento poderoso no existían en Chile: el país no había sido dividido territorialmente, ni sofocado económicamente, ni sufrido conflictos fronterizos de gravedad, ni su población abrigado anhelos imperialistas ni expansionistas (Etchepare y Stewart, 589-90). A las razones esgrimidas por Etchepare y Stewart, Deutsch añade otras tres: la primera, que el relativamente bien desarrollado sistema de partidos políticos chileno estaba sobrecargado, en especial hacia la derecha, lo que limitaba considerablemente las posibilidades del MNS de cosechar un importante respaldo electoral; la segunda, que la creciente polarización política hizo que el partido careciera de un futuro en la medida que no se aliara con la derecha tradicional o con la centroizquierda organizada en el Frente Popular; y, la tercera, que la falta de extranjeros y de judíos, sumada a la fuerza de los partidos de derecha y del sistema de partidos en general, privaba al naciismo de su potencial atractivo y de un espacio en el cual construir su tercera vía

(Deutsch, 2005, 237-46). Klein concuerda con las razones dadas por Deutsch, agregando que la acusación de ser una copia del nazismo alemán, incluso su “tentáculo”, significó una carga muy pesada para el MNS, de la que no se pudo librar a pesar de sus esfuerzos permanentes por resaltar sus raíces nacionales, y dificultó sus intentos por conseguir un espacio político propio (Klein, 2000, 154).

5. Conclusiones

El naciismo chileno fue un movimiento fascista que, inspirado en sus símiles de Italia y Alemania, intentó construir una tercera vía fascista en Chile durante la década del treinta, sin éxito. Debido a la fuerza los partidos de derecha tradicionales y la creciente polarización experimentada por la política chilena durante esos años, que limitaban poderosamente el espacio en el que podía crecer, el MNS se vio en la necesidad de efectuar numerosos giros ideológicos y propagandísticos que por momentos lo acercaron al conservadurismo y por momentos a la izquierda. Estos giros ideológicos permiten distinguir cuatro períodos principales entre su nacimiento, en abril de 1932, y el momento en que renunciando a su identidad y pasado fascistas viró a la izquierda, en mayo de 1938, cada uno de los cuales ha sido caracterizado en este capítulo.

En el primero de ellos –abril de 1932 a abril de 1933– el MNS creció principalmente gracias al temor a una revolución de izquierda por parte de la derecha chilena. Su discurso marcadamente anticomunista atrajo a numerosos jóvenes patricios que, tras la elección de Arturo Alessandri a fines de 1932, no tardaron en abandonar las filas del naciismo. El segundo periodo –abril de 1933 a abril de 1935– estuvo marcado por la necesidad de sumar un número de militantes que permitiera al MNS mantenerse con vida en un contexto político que dificultaba su sobrevivencia, dada la creciente estabilidad alcanzada por el

gobierno de Alessandri y la consiguiente disipación del miedo anticomunista. Para ello amplió sus actividades fuera de Santiago, creó una fuerza paramilitar propia, comenzó a publicar un periódico y atrajo a jóvenes de ascendencia alemana adeptos al nazismo alemán, que permanecieron en sus filas hasta mediados de 1935, cuando las diferencias ideológicas respecto del lugar del racismo se hicieron insostenibles. En este período se incluyeron además elementos discursivos propios del conservadurismo con el objeto de atraer a derechistas desencantados de los partidos tradicionales. Todo ello le permitió sobrevivir a los primeros meses del gobierno de Alessandri y aumentar su número de miembros. Sin embargo, los resultados del partido en las elecciones municipales de 1935 no fueron los esperados por la dirigencia, motivando una nueva adecuación ideológica y propagandística, que inició un tercer período en la trayectoria del MNS. Habiendo fracasado el intento de crecer a expensas de la derecha tradicional, la dirigencia decidió abrazar un estilo populista y agresivo que se prolongó entre abril de 1935 y mayo de 1937, hasta que los resultados en las elecciones parlamentarias volvieron a mostrarse insatisfactorios, pese a la obtención de sus tres primeros diputados. El partido se embarcó entonces en un nuevo giro ideológico y propagandístico, que ahora lo acercó a la izquierda e hizo de la derecha el principal objetivo de sus ataques, y que duraría hasta mayo de 1938, cuando el naciismo renunció a su identidad y su pasado fascistas.

Los giros ideológicos experimentados por el MNS a lo largo de la década del treinta ponen de manifiesto su fracaso en la construcción de un espacio político propio, de tercera vía fascista, que le diera posibilidades reales de acceder al poder. El espacio que el naciismo chileno dio al antisemitismo en cada una de sus etapas, así como las características y grado de éxito de tal campaña, serán tratados en el próximo capítulo.

CAPÍTULO 4

El antisemitismo del MNS: abril de 1932 a mayo de 1938

Como vimos en el último capítulo, dado que el crecimiento como partido y los resultados electorales proyectados por la dirigencia del MNS no llegaban, la ideología nazi experimentó importantes cambios a lo largo de los años treinta, cambios que ciertamente afectaron su discurso antisemita. El presente capítulo da cuenta de cómo eran representados los judíos en las páginas de *Trabajo*, de qué se los acusaba y de los principales cambios experimentados por la campaña antisemita nazi en cada una de las etapas por las que atravesó el partido, así como de las razones que motivaron tales cambios. Concluye con una revisión de los principales hitos en el estudio historiográfico del antisemitismo nazi.

1. El antisemitismo nazi entre julio de 1932 y abril de 1933

En sus orígenes, el MNS prestó escasa atención a los judíos. Más preocupado de la amenaza de una revolución izquierdista y de encabezar una cruzada en su contra, las expresiones antisemitas del nazismo fueron esporádicas y marginales. Recién en noviembre de 1932, siete meses después de la fundación del partido, encontramos las primeras referencias al judaísmo. Entonces, “La Página Nacional Socialista” del diario *El Imparcial* definió “el burdo materialismo” propugnado por el comunismo como “fruto de las doctrinas del judío Karl Marx”, revelando a sus lectores que “el comunismo no es, como generalmente se cree, un simple movimiento ideológico”, sino “la lucha de una raza por el dominio mundial”, y que “el comunismo es un movimiento genuinamente judío”, cuya finalidad no es “destruir el régimen capitalista”, sino “conquistar el dominio político del mundo para la raza judía”. Como apoyo a

estas revelaciones se enumeraba a una serie de conocidos judíos comunistas que incluía a Marx, Lassalle y al chileno Marcos Chamudes, además de Engels y Lenin, que no eran judíos (*El Imparcial*, 18 noviembre 1932; 25 noviembre 1932).

Esta incipiente campaña continuó durante el mes siguiente, en diciembre de 1932, cuando “La Página Nacional Socialista” denunció que los judíos no sólo controlaban el comunismo, sino también el capital financiero, cuya “usura esquilma a los pueblos”, además de “el cinematógrafo, la gran prensa, la banca y la política” (*El Imparcial*, 2 diciembre 1932).

A pesar de lo novedosas que estas expresiones resultaban en la política chilena de la época, ellas eran esporádicas y ocupaban un lugar todavía marginal en el discurso nacistas, más preocupado de hacerse de un espacio sobre la base de encabezar la lucha anticomunista que de hacer del antisemitismo su núcleo ideológico y movilizador. Sin embargo, este espacio marginal comenzaría a modificarse a partir de abril de 1933, adquiriendo una importancia creciente.

2. El antisemitismo nacistas entre abril de 1933 y abril de 1935

Durante la segunda etapa del MNS, marcada por la necesidad de adaptarse a las nuevas condiciones que la elección de Alessandri había puesto en su camino, las expresiones antijudías aumentaron considerablemente, en un intento por “ampliar las bases del movimiento” y afianzar su identidad fascista. Pero la campaña antisemita se prestaba también para otro fin específico: tender puentes con los nazis alemanes del sur del país y atraerlos a sus filas sobre la base de un mensaje que soslayaba las diferencias ideológicas respecto de la “cuestión racial”. Según Klein, esto quedó de manifiesto en “el marcado antisemitismo” que exhibía en sus páginas el semanario nacistas de Valdivia, *El*

Rayo, lo cual sugiere que “la dirigencia nacistra asumía que estos ataques satisfacían a la población chileno-alemana” (Klein, 2000, 123-31).

Ahora bien, ¿cómo eran representados los judíos en las páginas de *Trabajo*? La imagen más utilizada por el periódico nacistra, y la que más se repetiría a lo largo de todo este período, mostraba a los judíos como creadores y dominadores del comunismo, el cual utilizaban para dominar a los gentiles, en general, y a los chilenos, en particular. Así, continuando con las primeras expresiones antisemitas de “La Página Nacional Socialista”, *Trabajo* informó a mediados de abril de 1933 sobre la detención de “dos judíos polacos” (no de *dos polacos*) en cuya posesión se había encontrado gran cantidad de material propagandístico marxista y elementos para la fabricación de bombas, noticia que parecía no sorprender a los redactores del periódico nacistra, para quienes “el comunismo es, lisa y llanamente, obra del malévolo y corruptor judaísmo internacional”. Un par de meses después, el artículo “¿Quién fue Carlos Marx?” entregó una nueva lista de dirigentes comunistas nacidos en familias israelitas con la que se pretendía confirmar la naturaleza judía del marxismo y explicar su materialismo (*Trabajo*, 13 abril 1933; 20 abril 1933; 20 julio 1933).

Durante 1934, *Trabajo* insistió en esta *imagen* o representación. A comienzos de enero de ese año, afirmó que “el Soviet es sólo la pantalla” y que la propaganda comunista, en realidad, “emana de las organizaciones judías diseminadas por el mundo entero”. Según el periódico nacistra, eran las organizaciones judías las que “con sus hombres y su dinero infiltran el veneno comunista dentro de nuestra cultura occidental”, y las que, “aprovechándose del hambre y la miseria que hoy aflige al mundo entero y estimulando las causas que la originan, enloquecen a las masas hambrientas con el espejismo comunista para hacerlas actuar en beneficio de sus ambiciones de predominio universal” (*Trabajo*, 4 enero 1934).

Del mismo modo que denunciaba el supuesto dominio judío sobre el comunismo, *Trabajo* acusaba al judaísmo de estar detrás del capitalismo

internacional y de ser su principal beneficiario. Así, por ejemplo, el artículo “Nuestra industria salitrera agoniza bajo las garras del judaísmo internacional” denunciaba oscuros manejos de la familia judía Guggenheim en la minería nacional. Según el autor del texto, el control sobre este mineral era una cuestión de vida o muerte para Chile: “de vida, si la sangre de nuestros soldados ha de prevalecer algún día sobre los decretos de la Sinagoga. De muerte, si nuestro pueblo no es capaz de abrazar su propia causa con el ardor que se merece”. En la misma línea, en mayo de 1934 se publicó una editorial titulada “El gran culpable”, en la que se advertía que, si bien el imperialismo judeo-comunista representaba un peligro inminente para Chile, el imperialismo judeo-capitalista ya era una realidad, pues había convertido la economía chilena en un apéndice del sistema económico norteamericano, como demostraba el control de los Guggenheim sobre el salitre nacional (*Trabajo*, 27 julio 1933; 10 mayo 1934).

Pero la conspiración judía mundial que denunciaba *Trabajo*, bajo la inspiración evidente de los *Protocolos de los Sabios de Sión*, no se limitaba al manejo del capitalismo y del comunismo. También dominaba otros elementos propios de la modernidad, como la industria del cine. Ésta daba a la conspiración judía mundial el principal medio para la destrucción de la cultura occidental, dado que “son, precisamente, las escenas de la cinematografía yanqui-judía las que perniciosamente influyen en las mentalidades juveniles para trastornarlas y convertirlas en escombros de espiritualidad”. Según esta representación, el “judaísmo cinesco” difundía *antivalores* que, destruyendo los conceptos básicos de moral y decencia, desencadenaban la anarquía social. Del mismo modo, el judaísmo controlaba a su antojo a la masonería (*Trabajo*, 15 junio 1933; 24 mayo 1934).

Pese a las evidentes similitudes entre la campaña antisemita nazi y las acusaciones que el nazismo alemán lanzaba al judaísmo, *Trabajo* aclaraba que su antisemitismo no era racista, a diferencia del de sus pares alemanes. Esta idea es apoyada por Mario Sznajder, para quien “el antisemitismo del MNS

no era de carácter racial biológico como el del nazismo alemán”, sino que “estaba ligado a la visión spengleriana de la historia” (Sznajder, 1990, 50-1). En una editorial de junio de 1933, titulada “El Movimiento Nacional Socialista y los judíos”, *Trabajo* justificaba su aversión por el pueblo judío en que éste dedicaba “su habilidad a explotar todas las fallas de nuestros sistemas económicos”, por lo que prefería una inmigración como la germana, cuyos miembros “honrados y laboriosos” producían “inmensos beneficios a la colectividad nacional”. Meses después, el periódico insistió en que su antisemitismo no sustentaba “ningún propósito de agresión racial”, poniendo como ejemplo de integridad personal a José Levy G., comerciante judío residente en Santiago, al que retrataba como un hombre honrado e interesado por los asuntos nacionales (*Trabajo*, 1 junio 1933; 28 octubre 1933).

Otro de los tópicos del discurso antisemita nazi que surgió en este período, y que sería ahondado en los años venideros, fue la denuncia de una “invasión judía [que] amenaza Chile” (*Trabajo*, 3 agosto 1933), como veremos en las próximas páginas.

Respecto de *Acción Chilena*, la revista nazi dirigida por Carlos Keller, su única manifestación antisemita de todo este período consistió en la publicación del artículo “La legislación racista en Alemania”, del nazi alemán Wilhelm Frick, en el que se justificaba la exclusión de los judíos de la vida pública como una reacción legítima del pueblo alemán (*Acción Chilena*, julio 1934).

3. El antisemitismo nazi entre abril de 1935 y mayo de 1937

Como se recordará, ni el crecimiento experimentado por el MNS en el período anterior –1933 a 1935– ni los resultados obtenidos en las elecciones municipales de 1935 satisficieron las expectativas de la dirigencia nazi,

haciendo que ésta introdujera una serie de modificaciones ideológicas y discursivas que imprimieron al partido de González von Marées un sello más populista. Habiendo fracasado su intento de crecer a expensas de la derecha, ahora se intentaría hacerlo a costa de la izquierda, por medio de un discurso que buscó reemplazar la lucha de clases marxista por un “socialismo de los tontos”, según lo explicado en el capítulo 1 de esta tesis. Así, durante el período 1935-1937, el antisemitismo nazi alcanzó su punto más agudo, en cuanto a recurrencia y agresividad.

La acusación de que los judíos eran los verdaderos inventores y controladores del comunismo se mantuvo como uno de los principales elementos del repertorio antisemita nazi durante este período, siendo utilizada principalmente para atacar a sus adversarios políticos del Frente Popular. Según *Trabajo*, el único fin que perseguía dicha coalición política era el establecimiento de una dictadura del proletariado, “vale decir, la tiranía de una pequeña minoría judaico-masónica”. Construcciones lexicales como la recién señalada se repitieron en más de una ocasión durante este período, como cuando el artículo “Los amigos de la URSS” advirtió del peligro de la “degeneración comunista-judío-masónica”, lo que pondría en evidencia la influencia –cuando menos conceptual– que el nazismo alemán tuvo en el discurso antisemita del MNS (*Trabajo*, 19 mayo 1936; 6 junio 1936).

También la acusación en contra del “capitalismo judaico” mantuvo su vigencia durante este período. Ello quedó particularmente de manifiesto en mayo de 1936, cuando el ministro de Hacienda de Alessandri y futuro candidato presidencial de la derecha, Gustavo Ross Santa María, visitó Londres para negociar la venta de la Compañía Chilena de Tabacos. En “Vendidos al imperialismo”, la transacción fue presentada como un ejemplo del “criterio sórdido de la plutocracia nacional” que había llevado a Chile a un “completo vasallaje económico”, pues “no sólo el salitre y el cobre han pasado a manos del imperialismo judaico, sino que todas nuestras industrias”. Aprovechando su

estadía en Londres, Ross Santa María visitó a miembros de la famosa familia judía de banqueros Rothschild, situación que fue aprovechada por el periódico nacistá para renovar sus ataques antisemitas y para marcar distancia del protegido de Alessandri. Así, en el texto “El Sanhedrín Internacional, inspirador de la política de Ross” *Trabajo* acusó al ministro de Hacienda de haber aprendido todas sus “malas artes” de los Rothschild y de viajar a la capital inglesa con el único objeto de “implorar la bendición papal del pontífice del judaísmo internacional” y entregar las riquezas nacionales “a ese sanhedrín de judíos internacionales”. Incluso el mismo González von Marées, que por lo general se abstenía de emitir comentarios antisemitas en público, se refirió a la visita de Ross a los Rothschild en una editorial que tituló “A merced del imperialismo judaico”, calificándola de “verdadera traición a los intereses nacionales” (*Trabajo*, 9 mayo 1936; 22 mayo 1936; 23 mayo 1936).

Esta campaña, que pretendía situar al MNS como defensor de los intereses del pueblo frente a la oligarquía y el “capitalismo judaico”, continuó hasta comienzos de 1937, cuando *Trabajo* denunció que los empresarios del salitre enviaban dineros pertenecientes a sus trabajadores chilenos a “la banca judía internacional” (*Trabajo*, 19 marzo 1937).

También la advertencia en contra de una supuesta “invasión judía” se intensificó durante este período. Así, *Trabajo* denunció que desde 1935 los judíos estaban ingresando de manera creciente al país, haciéndose de un lugar preponderante en el comercio, las profesiones liberales y la administración pública. Según el diario nacistá, los judíos “sólo se dedican al comercio, siendo que en Chile sobran los intermediarios y faltan brazos para la agricultura y la minería”, y “se organizan para encarecer los artículos de consumo, desplazando así al elemento nacional”. Por ello, en la editorial “El peligro judío en Chile” celebró las medidas adoptadas por el Ministerio de Relaciones Exteriores a mediados de 1936 en orden a restringir la inmigración judía, aclarando que el partido daba la bienvenida a todos los extranjeros que llegaban a Chile “con el

honrado propósito de colaborar al engrandecimiento de la nación chilena”, pero que no podía tener la misma actitud con “una inmigración que constituye una grave amenaza para nuestra nacionalidad”. Utilizando su “genio comercial”, continuaba *Trabajo*, el judío se encontraba “empeñado en la tarea de conquistar para sí la hegemonía mundial”, para lo cual no trepidaba en armas, recurriendo tanto a “las potencias demoníacas del comunismo” como a la “presión extorsionadora del capitalismo internacional”, además de sus tradicionales armas basadas en “el engaño, la mentira, la hipocresía”. Esta extensa editorial concluía advirtiéndole que “el peligro del imperialismo judío no es un mito, sino una realidad candente, que los chilenos ya comenzamos a experimentar”. La invasión judía a Chile llegaba a tal punto que incluso un nieto del Presidente de la República era hijo de padre israelita y sería circunciso en los días venideros (*Trabajo*, 18 abril 1935; 17 junio 1936; 18 junio 1936).

En marzo de 1937, *Trabajo* publicó los últimos textos significativos de su campaña antisemita, los cuales resumían perfectamente los argumentos conspirativos de los *Protocolos de los Sabios de Sión*⁷ en que se inspiraba el nazismo chileno. Bajo la forma de un diálogo entre un nazi y un simpatizante del Frente Popular, el primero iba revelando cuán perniciosos eran los judíos y sus “títeres”, los masones y los comunistas, intentando así convencerlo de la necesidad de abandonar las filas izquierdistas y pasar a engrosar las del MNS. La serie, titulada “Las Internacionales”, se dividía en tres partes. La primera estaba dedicada a la masonería, “entidad internacional muy perniciosa a los intereses de la patria”. Según el texto, esta “secta secreta internacional” se proponía “destruir por lo menos dos fundamentos o pilares de nuestra civilización: la religión y la familia”, y su ateísmo pretendía “hacer del hombre un ser semejante a la bestia”, sin embargo, “sin moral cristiana el mundo sería una inmensa cloaca de vicios”. La segunda parte, titulada “El judaísmo”, negaba que

⁷ La edición chilena de los *Protocolos* más antigua que conocemos es de mediados de la década del veinte: Los Protocolos de los Sabios de Sión. Santiago, Cisneros, 1924, 123 p.

los nazistas odiaran a los judíos, pero advertía que el judaísmo internacional trabajaba “incansablemente por matar el sentimiento de patria”. Por ello, exigía la salida de todos los judíos de la administración pública y que los chilenos nacionalistas impidieran “el absurdo suicida de dejarse manejar por organizaciones completamente extrañas, aún más, contrarias a los intereses nacionales”. El frentista respondía a su interlocutor nazi que exageraba, a lo que éste replicaba que no, que “los tentáculos de la organización judía son una realidad aquí y en el mundo entero” y que “el judaísmo pretende la dominación mundial”. Para conseguirla, provocaban “el caos, guerras civiles, conmociones y huelgas”, en alianza “con la masonería y con el comunismo”. Finalmente, la tercera parte, “El comunismo”, afirmaba que las “tres internacionales están de acuerdo en el materialismo histórico (negación de todo factor espiritual-religioso), en la corrupción de las costumbres (comenzando con la familia), y en el desconocimiento de la patria y de la propiedad privada” (*Trabajo*, 20 marzo 1937; 21 marzo 1937; 23 marzo 1937).

4. El antisemitismo nazi entre mayo de 1937 y mayo de 1938

Durante este último período, las referencias a los judíos prácticamente desaparecieron de las páginas de *Trabajo*. Más aún, el periódico –que a esta altura ya se publicaba diariamente– llegó al punto de repudiar públicamente la persecución antisemita emprendida por el nazismo alemán. Con ese fin publicó la editorial “Posición del Nazismo en materia racial”, donde explicaba la intervención de González von Marées en los debates parlamentarios sobre la situación de los judíos de Ecuador –a quienes el gobierno de ese país pretendía expulsar por decreto–. En ella, se afirmaba que “el nazismo no acepta que se traigan a Chile contiendas de índole racial”; por el contrario, celebraba la llegada de “elementos honorables”, pues en Chile tenían cabida “el indígena, el

español, el latino, el germano, el anglosajón, sin excluir al judío” (*Trabajo*, 27 enero 1938). Esto marcaba un giro radical en la posición del partido respecto de los judíos y ponía de manifiesto cómo también el discurso antisemita estaba sujeto a los cambios ideológicos experimentados por el MNS.

Paradójicamente, fue en este período cuando la revista *Acción Chilena*, por lo general libre de manifestaciones antijudías, publicó el artículo “Razas, pueblos y culturas” de Carlos Keller, donde el autor defendía abiertamente la exclusión de los judíos de la vida pública, aunque basándose en consideraciones más cercanas al pesimismo cultural de Oswald Spengler que a los argumentos racistas del nazismo alemán⁸. Según Keller, la finalidad de la legislación racista alemana era “estrictamente política” y consistía en “impedir que una proporción apreciable de los cargos y situaciones de responsabilidad de la nación alemana continuara dependiendo de individuos pertenecientes a la raza judía”, permitiendo entregar aquellos “cargos y situaciones a genuinos representantes del pueblo alemán”. Para Keller, “la necesidad de liberar a la nación alemana del tutelaje judaico” era algo que “ninguna persona razonable puede discutir”, sin embargo, se oponía al extremo que habían llegado los nazis alemanes de “pretender elevar su legislación racista a la categoría de toda una filosofía”, pues “esta doctrina no se distingue en nada –filosóficamente considerada– de todas las materialistas” (*Acción Chilena*, julio 1937).

5. La bibliografía sobre el antisemitismo nacist

⁸ Oswald Spengler fue uno de los exponentes más importantes de la revolución cultural antirracionalista y antimaterialista ocurrida en Europa entre fines del siglo XIX y comienzos del XX de la cual surgió el fascismo. En *La decadencia de Occidente* dio forma a una interpretación histórica según la cual las civilizaciones pasan por momentos de auge y decadencia. Su influencia en los líderes del naciismo, como González von Marées y Keller, está fuera de duda (Sznajder, 1994, 92-8; Alliende, 42).

Como adelantáramos, la bibliografía sobre el nazismo chileno ha centrado su atención en las similitudes respecto de los modelos europeos, en su carácter de movimiento fascista, en su ambigüedad ideológica, en la composición social de sus militantes y en las causas de su fracaso. Su antisemitismo, en cambio, se mantuvo en un lugar marginal hasta comienzos de la década del noventa. Hasta ese momento, los estudios historiográficos sobre el MNS se limitaron a describir algunas de las expresiones antijudías aparecidas en *Trabajo*, dedicándoles unas cuantas líneas, aunque sin someterlas a un análisis más exhaustivo ni establecer su lugar preciso dentro de la cambiante ideología nazi. En algunos casos, el tema fue completamente soslayado.

Así, en los primeros trabajos sobre el MNS –los mismos que lo consideraban una copia del nazismo alemán– el tema fue apenas mencionado. Nos referimos a los trabajos de Ricardo Donoso (1954), Alberto Edwards Vives y Eduardo Frei Montalva (1969), Hernán Ramírez Necochea (1978) y Arturo Fontaine (1974). El primer autor en referirse específicamente al tema, aunque sin gran profundidad, fue Michael Potashnik (1974). Según él, la mayoría de los grupos fascistas de los años treinta se mantuvieron inmunes a la tentación antisemita, no así el MNS, cuyas manifestaciones antijudías debieran ser vistas, en todo caso, más como expresiones de un “nacionalismo radical” y de la creencia en que los judíos constituían una *raza* extraña que como un elemento ideológico central. En ese sentido, Potashnik considera que el MNS habría recibido una mayor influencia de Nicolás Palacios⁹ y sus escritos sobre la *raza chilena* que de Hitler y el nazismo alemán. Respecto de las razones que habrían llevado a la jefatura del partido a embarcarse en una campaña antisemita tan poco promisoriosa es algo que Potashnik no contesta, limitándose a

⁹ En su libro *Raza Chilena*, de 1904, Palacios esbozó una particular interpretación de la historia de Chile sobre la base de una teoría racista y darwinista social. Según él, existe una *raza chilena* formada por un elemento gótico del norte de España y uno araucano, la cual, revestida de características guerreras e industriosas, es incompatible con otros grupos étnicos, en particular con los judíos. El libro tuvo una influencia decisiva en los fundadores del MNS y en quienes se opusieron a la inmigración judía a Chile (Allende, 42; Nes-EI, 1999, 113; Sznajder, 2007, 79-80).

afirmar que el antisemitismo se mantuvo como la característica más débil e insignificante del programa del MNS, idea más que cuestionable a la luz de la evidencia hasta ahora revisada (Potashnik, 202-5).

El primer autor que puso al antisemitismo nazi en el centro de su análisis fue el profesor chileno-israelí Mario Sznajder (1990, 1994). En sus trabajos de la primera mitad de la década del noventa, Sznajder establece, en primer lugar, que el antisemitismo del MNS “no era de carácter racial biológico como el del nazismo alemán”, sino que recurría a otros elementos más bien ligados a la visión spengleriana de la historia, que atribuía a los judíos una esencia materialista verificable tanto en el liberalismo como en el comunismo. En segundo lugar, que dicha visión abría la puerta al uso de imágenes conspirativas sobre el judaísmo, opción que el nazismo no tardó en tomar: la integridad de la nación chilena era atacada, simultáneamente, por judíos comunistas desde la izquierda y por judíos capitalistas desde la derecha. Y, en tercer lugar, que esta imagen conspirativa permitía entrelazar antisemitismo y antiimperialismo por medio del uso de un “mito movilizador” –en términos sorelianos¹⁰– que tendía un puente entre la realidad cotidiana y el etéreo imperialismo internacional encabezado por *el judío*. Este mito movilizador antisemita permitía superar las diferencias políticas y de clases encerrando “en un solo actor social todo lo negativo, tanto del capitalismo cuanto del comunismo” (Sznajder, 1990, 50-1; 1994, 101-2).

Años después, Sznajder añadió a estas conclusiones que el auge del fascismo en Europa, en particular del nazismo alemán, habrían sido más determinantes en el desarrollo del antisemitismo nazi que el antijudaísmo tradicional católico –idea que compartimos y que se encuentra, implícita, en nuestra hipótesis–, y que el eco que encontraron estas representaciones

¹⁰ Para Sorel el mito social era un recurso de movilización de masas que en vez de apelar al intelecto, como la conciencia de clase marxista, apela a los sentimientos de las masas. Carece de una lógica interna coherente, priorizando su valor estético y emocional (Sznajder, 1994, 96-7).

antisemitas se debió, en gran medida, a la grave crisis económica y política que Chile había experimentado desde 1929. Es en este marco que el autor analiza el “fuerte incremento del antisemitismo” en Chile durante los años treinta, particularmente por parte del MNS. Las diatribas que el nazismo lanzó desde una publicación de cierto alcance popular, como *Trabajo*, estuvieron influenciadas por la propaganda nazi alemana y por las teorías conspirativas antisemitas de los *Protocolos de los Sabios de Sión*, que acusaban a los judíos de querer dominar el mundo por medio de una conspiración cuyos tentáculos alcanzaban y dominaban el comunismo y el capitalismo internacionales. Estas representaciones, de tono antimaterialista y anticosmopolita, constituían argumentaciones de carácter socio-económico que pretendían explicar los males de Chile en base a una nefasta influencia judía. Por último, Sznajder llama la atención sobre una llamativa dicotomía del antisemitismo nazi: si bien éste se expresaba con cierta regularidad en la publicación más popular del partido, *Trabajo*, no ocurría lo mismo en los escritos más formales del partido, ni en sus discursos, ni en sus panfletos. Ello se debería a las expectativas que la dirigencia nazi tenía respecto del éxito de su campaña antisemita entre los sectores populares, donde el antisemitismo tradicional de raíz católica mantenía más vigencia y donde las explicaciones simplistas a los problemas sociales habrían de encontrar, supuestamente, menor resistencia (Sznajder, 2007, 82-5). Es debido a esta dicotomía que nuestra tesis ha prescindido de otras fuentes primarias nazis, como los documentos antes señalados, para centrarse principalmente en *Trabajo*.

A diferencia de Sznajder, los trabajos de Grugel (1985), Valdivia (1993, 1995) y Etchepare y Stewart (1995) soslayan totalmente el antisemitismo nazi. Ello nos hace suponer que para estos autores el tema jugó un rol menor en el desarrollo ideológico del MNS y en su intento de construir una tercera vía fascista en Chile, postura que ciertamente no compartimos y que, creemos, limita el alcance de sus conclusiones respecto del MNS.

El segundo gran aporte al estudio del antisemitismo nazi fue hecho por la historiadora estadounidense Sandra McGee Deutsch, durante la segunda mitad de los años noventa (1996, 1999). Según ella, para el MNS el antisemitismo no llegó a constituir un elemento ideológico central e intransable, pese a que, a mediados de la década del treinta, estuvo muy cerca de serlo. Entre 1932 y 1937, el nazismo recurrió con regularidad a representaciones antisemitas con el objetivo de capitalizarlas políticamente, siendo el período entre 1935 y 1937 el más intenso, sin embargo, desde mediados de 1937 éstas desaparecieron casi por completo. Incluso en el período de mayor actividad antisemita –entre 1935 y 1937– ésta se redujo al periódico *Trabajo* y, en mucho menor medida, a la revista *Acción Chilena*, sin alcanzar los documentos oficiales y programáticos, como señalara Sznajder. Deutsch ve estas variaciones en el antisemitismo nazi como respuestas a los cambios en el escenario político chileno de los años treinta y a los intentos del partido de adaptarse a ellos. Según la autora, uno de los elementos distintivos de la alternativa a la izquierda que el MNS pretendió levantar a mediados de los años treinta fue precisamente este discurso antisemita, el cual supo encajar con elementos antiimperialistas y anticapitalistas de modo de mostrarse radical en su lucha con la izquierda. El hecho de que estuviera en boga entre los fascistas europeos, la necesidad de encontrar chivos expiatorios para los efectos de la Gran Depresión en Chile y el aumento demográfico de la población judía en Chile durante los años treinta explicarían, según Deutsch, la decisión del MNS de adoptar esta campaña antisemita (Deutsch, 1996, 161-8).

La importancia de esta campaña, según Deutsch, radica en que habría intentado sustituir la lucha de clases por la denuncia del “capitalismo judaico”, y de este modo arrebatar a la izquierda parte de su electorado. Asimismo, la teoría de la conspiración judía mundial, elemento fundamental de la campaña antisemita nazi, asomaba como un medio promisorio de atraer seguidores al partido, pues la identificación del judaísmo con fuerzas que amenazaban Chile

podría estimular sentimientos nacionalistas y antiimperialistas. Por ello, Deutsch cree que el antisemitismo se convirtió efectivamente en “una parte integral de la alternativa nacistas a la izquierda” y en una estrategia de movilización popular, al menos durante el período 1935-1937. La situación cambió a partir de 1937, cuando los diputados nacistas se ubicaron junto a la izquierda en contra de Alessandri. Desde entonces, el MNS se mostró menos ansioso que antes por distinguirse de la izquierda y sustituirla. Por lo demás, era evidente que los resultados de la campaña antijudía del MNS distaban de ser positivos (Deutsch, 1996, 171-2).

Deutsch concluye destacando que, a pesar de la agresividad del MNS, su antisemitismo nunca traspasó el límite de lo representativo para llegar a la violencia física. A diferencia del nazismo alemán, el antisemitismo nacistas no fue violento ni se valió de argumentaciones de tipo biológico (Deutsch, 1996, 172).

Por último, quisiéramos destacar el aporte de Marcus Klein (2000) al estudio del antisemitismo nacistas. Klein establece una relación directa entre los giros ideológicos efectuados por el movimiento y el espacio que el antisemitismo tuvo en cada una de las etapas nacistas. Para la etapa inicial, Klein considera que la campaña antisemita nacistas tuvo como objetivo ampliar la base de seguidores del movimiento, influido por el éxito que el nazismo alemán conseguía sobre la base de la utilización política del antisemitismo, para lo cual capitalizó la base de estereotipos tradicionales que relacionaban judaísmo y dinero. Respecto de la segunda etapa del partido –abril de 1933 a abril de 1935–, considera que el antisemitismo “no llegó a convertirse en un tema dominante del naciismo, posiblemente porque la propaganda no encontró la respuesta esperada en un país con una colectividad judía particularmente pequeña”, como lo era la chilena hasta ese momento. Aunque ataques antisemitas aparecieron una y otra vez en las páginas de *Trabajo*, la campaña careció de consistencia, por lo que prefiere considerarlos como “arranques

ocasionales” más que como una actitud consistente basada en los *Protocolos de los Sabios de Sión*. Y respecto de la tercera etapa del nazismo –entre 1935 y 1937–, concluye que si bien recurrió al antisemitismo como una forma de atacar al Frente Popular y a la izquierda, a costa de quienes pretendió hacerse de un espacio político propio, tales ataques aparecían de manera lo suficientemente irregular e inconsistente como para describirlos como “una parte integral de la alternativa nazi a la izquierda y una estrategia de movilización popular”, como pretende Deutsch (Klein, 2000, 123-35).

El aporte de Mario Sznajder al estudio del antisemitismo nazi no sólo radica en su carácter de precursor. Sznajder tiene el mérito de haber caracterizado antes que nadie los elementos distintivos del antisemitismo del MNS: no era *racista* al estilo alemán, es decir, no basaba su campaña en una supuesta “nocividad racial” de los judíos respecto de la nación chilena–; se fundamentaba en una interpretación *conspiracionista*, según la cual el judaísmo atacaba a la *chilenidad* desde la izquierda y la derecha, instrumentalizando los resortes de la modernidad en su contra; se entrelazaba con reivindicaciones antiimperialistas que revestían al MNS de un talante antioligárquico susceptible de ser asimilado con la izquierda, con la que pretendía competir; así, el nazismo encerraba en su representación del judaísmo todos los males que afectaban a la sociedad chilena, fueran del orden que fueran. Desde este punto de vista, pareciera confirmarse nuestra hipótesis: sobre la base de un amplio *imaginario* social, en el que los judíos ocupaban un rol negativo por influencia del catolicismo y por su identificación con el dinero, el antisemitismo desarrollado en Chile por el MNS en los años treinta modernizó las tradiciones antijudías preexistentes recurriendo a un repertorio de acusaciones basado en los *Protocolos de los Sabios de Sión* y las utilizó con fines políticos inmediatos, a saber, competir con la izquierda y lograr un espacio propio en el polarizado sistema partidista chileno de la época. Sin embargo, los trabajos de Sznajder no consideran adecuadamente la *evolución* del antisemitismo chileno cristalizado

en las páginas de *Trabajo*, ni el paso de lo que Gino Germani llamó un “antisemitismo tradicional” – es decir, un antijudaísmo de origen católico esparcido en amplias capas sociales– a un “antisemitismo ideológico” –más elaborado ideológica y políticamente, como el del MNS– (Germani, 55-63). Del mismo modo, los trabajos de Sznajder tampoco consideran las expresiones antisemitas de otros sectores sociales y políticos chilenos de la época, como las Fuerzas Armadas, la Iglesia, el resto de los partidos políticos, etc. Contrastar las características del “antisemitismo tradicional” de la sociedad y la política chilenas de la época con el “antisemitismo ideológico” del MNS daría mayor especificidad al estudio de las expresiones antijudías de éste último. La misma observación cabe hacer respecto de los trabajos de Deutsch y Klein antes señalados.

El aporte de Deutsch recoge los trabajos previos de Sznajder, enriqueciéndolos con sus propias conclusiones. En primer lugar, destaca el intento nazi de sustituir –sobre todo entre 1935 y 1937– la lucha de clases por un antisemitismo del tipo “socialismo de los tontos”. Las expresiones de *Trabajo* revisadas en este capítulo ponen en evidencia que, como sugiere Deutsch, en esta maniobra ideológica yace una de las características más significativas del antisemitismo nazi: su intento por explicar las diferencias sociales y la pobreza de Chile no sobre la base de un aparato ideológico relativamente sólido, sino utilizando un *mito*, una *imagen*, según la cual la acción corruptora del judaísmo es la causante de estos males. Creemos que en este énfasis –que la distancia de Klein– radica el principal aporte de Deutsch. Según Klein, la falta de regularidad y consistencia de la campaña antisemita del MNS impiden considerarla como una parte fundamental de la alternativa a la izquierda que el nazismo intentó levantar durante los años treinta. No obstante, creemos que en esta utilización de *imágenes* antisemitas como explicación de las causas de la “cuestión social” radica una de las características más

significativas del proyecto político nacist, independiente de su regularidad o recurrencia.

A pesar del escaso éxito que la utilización política del antisemitismo dio al MNS durante sus años de vida, ésta dio al partido nacist un carácter ideológico distintivo al interior de la derecha chilena, expresando opciones que ningún otro grupo político de su sector –salvo el PNF– se aventuró a replicar de manera significativa. Fueron tales opciones ideológicas, junto a otras ya mencionadas a lo largo de esta tesis, las que situaron al MNS en la línea del nazismo alemán y del fascismo italiano, las que indujeron a que numerosos observadores asimilaran al partido de González von Marées con sus pares europeos, y las que despertaron temor en los judíos que por esos años llegaban a las costas chilenas en busca de refugio. Vale decir, en base a las fuentes primarias consultadas coincidimos con Deutsch en que, más allá de su regularidad o recurrencia, el antisemitismo nacist efectivamente formó “parte integral” del proyecto político que el MNS intentó hacer prosperar en Chile durante los años treinta.

6. Conclusiones

Como vimos a lo largo de este capítulo, una de los elementos ideológicos más importantes de la tercera vía fascista que el MNS intentó construir en Chile durante los años treinta fue el uso político de un antisemitismo moderno, tomado del fascismo europeo en boga. En tal sentido, no cabe duda que el antisemitismo nacist manifestó prácticamente todos los rasgos descritos en el capítulo 1 de esta tesis. En primer lugar, representó a los judíos como una “organización comercial internacional” y un “complejo familiar mundial con intereses idénticos en todas partes” que, como “fuerza secreta tras el trono”, resultó sospechosa de “conspirar para la destrucción de todas las estructuras

sociales” (Arendt, 62-72). Desde este punto de vista, los judíos fueron representados, en cuanto grupo *anacional* o *supranacional*, como un colectivo incompatible con las nacionalidades occidentales e inasimilable a ellas. Parte fundamental de esa incompatibilidad se debía, según este imaginario antisemita, a que el judaísmo buscaba la dominación mundial por medio del capitalismo y del comunismo. Sin embargo, el dominio planetario supuestamente anhelado por el judaísmo no sólo recurría a los resortes del capitalismo y el comunismo, sino a otros elementos propios de la modernidad, tales como la cinematografía, a través de los cuales diseminaba *antivalores* útiles a sus supuestos planes de dominio universal. Es en la enunciación de acusaciones tan insólitas e incoherentes como las incluidas en *Trabajo* que Saul Friedländer –según vimos en el capítulo 1– encuentra los rastros del “mito del judío” (Friedländer, 21).

Vale decir, la primera característica del antisemitismo nazi a destacar en estas conclusiones es la representación del “mito del judío”, según el cual el judaísmo buscaría el dominio planetario y la destrucción de la cultura occidental utilizando el capitalismo, el comunismo, el cine, la masonería y un largo etcétera, tal cual se expresa en los *Protocolos de los Sabios de Sión*. En tal sentido, no cabe duda que el discurso antisemita nazi se manifestó como una “superstición política” y como una “ficción alimentada por otras ficciones”, según palabras de Parkes y Cohn (Parkes, 103-13, 184; Cohn, 19-22).

Según vimos, este carácter ficticio, “quimérico”, es destacado por Perednik como el “rasgo esencial” del antisemitismo moderno. Desde esta perspectiva, poco importa la falta de coherencia y solidez conceptual que encierran estas representaciones antisemitas; lo que cuenta es su “increíble capacidad” para “servir a todo tipo de preocupaciones y objetivos” –como indica Bauman– y para organizar estereotipos suministradores de claves para la interpretación del mundo, como destaca Balibar (Perednik, 20; Bauman, 56-63; Balibar, 1991, 32-5).

En segundo lugar, el antisemitismo nazi justificó y promovió la exclusión efectiva de los judíos de la sociedad chilena. Tal como señalara Bauman para el caso del antisemitismo europeo, y recurriendo a categorías antes esbozadas por Pierre-André Taguieff, el antisemitismo del MNS constituyó un caso de *racismo secundario*, vale decir, no necesitó recurrir a teorías o categorías con pretensiones biológicas para justificar la mantención de los judíos fuera de la sociedad –lo cual constituiría una muestra de *racismo terciario*–, aunque sí presentó al judaísmo como “objetivamente” dañino para la sociedad chilena. Es decir, aplicando la perspectiva de Bauman podemos señalar que el MNS implementó una “estrategia de extrañamiento” en contra de la “categoría ofensora” encarnada en los inmigrantes judíos. Desde el punto de vista sugerido por Balibar, esto significó que, “al amparo del fantasma de la profilaxis y la segregación”, el MNS pretendió “purificar el cuerpo social y preservar un ‘nosotros’ de la amenaza del mestizaje y la invasión” que, a sus ojos, suponía la presencia judía en Chile. En este sentido deben entenderse las permanente acusaciones nazistas en contra de una supuesta “invasión judía” a Chile (Bauman, 85-91; Balibar, 1991, 32-5).

Ahora bien, ¿es aplicable al caso del MNS lo que Friedländer llamó la “concepción racista del antisemitismo” nazi alemán, según la cual la *sangre* judía amenazaba con “la desintegración sistemática del pueblo germánico” por medio de la *contaminación*? Según vimos, esto claramente no se aplica al caso del nazismo chileno, y en ello radica una de las características más distintivas de su antisemitismo (Friedländer, 59, 114-5; Sznajder, 1990, 50-1).

En tercer lugar, el antisemitismo nazi aprovechó cierto *sentido común* antijudío de la época –lo que Germani llamaría “antisemitismo tradicional”–, para enunciar representaciones particularmente negativas –un “antisemitismo ideológico” propiamente tal, en palabras de Germani–, tomadas del repertorio

antijudío europeo ya descrito, con fines políticos concretos. Y, apelando a este *sentido común* antijudío, el MNS aspiró a conseguir cierta *unanimidad* social respecto de la nocividad de los judíos y de su carácter como “objeto de odio universal”, con escaso éxito (Perednik, 203-4; Arendt, 62-72; Parkes, 54-61).

En todo caso, parece evidente que *Trabajo* incurrió recurrentemente en una contradicción: mientras denunciaba con gran facilidad las características de los “falsos nacionales” judíos, atribuyéndole todo tipo de acusaciones, no era capaz de expresar cuáles eran los rasgos irreductibles de los “verdaderos nacionales”, de los chilenos *de verdad* (Balibar, 1991, 93-100).

En cuarto lugar –y aquí radica el rasgo más importante del antisemitismo moderno de origen europeo instalado en Chile por el MNS durante los años treinta–, fue utilizado no sólo para excluir a los judíos de la sociedad chilena, sino con otros fines políticos concretos, a saber, la construcción de una identidad política específica, fascista, con la cual conseguir un espacio político propio y con la cual competir con la izquierda. Como señaló Arendt respecto del antisemitismo moderno europeo, el nazi no sólo se dirigió en contra de los judíos de carne y hueso, sino del proyecto ilustrado que sustenta al estado-nación moderno. En el caso puntual de Chile, ello se manifestó en ataques en contra de la democracia, del liberalismo y, sobre todo, contra el Frente Popular y los partidos que lo conformaban, a quienes acusó permanentemente de agrupación “judía” y “masona” interesada en la destrucción de la *chilenidad*. Desde el punto de vista de Parkes y Cohn, el antisemitismo moderno sería en realidad un “arma política” de los grupos reaccionarios para la “destrucción del raciocinio político responsable”, de la democracia y de los grupos políticos progresistas (Arendt, 91-7; Parkes, 9-13, 46; Cohn, 19-22).

Una de las expresiones más concretas de esta dimensión política del antisemitismo fue el intento de reemplazar la perspectiva de la lucha de clases por un discurso antisemita de resentimiento que culpaba de las inequidades y

derivadas del capitalismo a *los judíos*, discurso que el socialdemócrata alemán August Bebel llamó “el socialismo de los tontos” (Parkes, 47-61; Perednik, 167) Sin embargo, es necesario reconocer que el MNS recurrió a estas *imágenes* antisemitas para atacar no sólo a la izquierda, sino también a la derecha tradicional chilena, al menos durante el período 1935-1937, como quedó demostrado con la visita de Gustavo Ross Santa María a Londres, a mediados de 1936.

La desaparición de las expresiones antijudías de las páginas de *Trabajo*, desde mediados de 1937, pone en evidencia el carácter de “arma política” del antisemitismo nazi. Para el MNS, éste no constituyó un elemento ideológico intransable, aunque sí importante en la construcción de su identidad de grupo fascista. De esta manera, su adhesión al mito antisemita entre 1932 y 1937 lo acercó, a ojos de la ciudadanía chilena, al nazismo alemán y al fascismo italiano; su desprendimiento del antisemitismo europeo, en cambio, resultó decisivo en el quiebro interno experimentado por el naziismo en 1938, como veremos en el capítulo 6.

Aunque escapa a los objetivos de esta investigación, cabe preguntarse *por qué* o *para qué* se implementó un discurso antisemita como el estudiado hasta ahora. Según Friedländer, el “mito del judío” que subyace al antisemitismo moderno desarrollado en Chile por el MNS se habría consolidado en Europa como respuesta a “la creciente ansiedad provocada por las perturbaciones sociales” introducidas por la modernidad y a la consiguiente “desaparición de las estructuras sociales tradicionales” hasta ese momento; en este contexto de anomia social europea se habría producido una “necesidad de fusión social” entre los grupos más amenazados por la pauperización y la proletarización, que se habría manifestado a través de la construcción de “vínculos emocionales”. Así, la *comunidad antisemita* iría a la “formación de una identidad nueva”. Es decir, pareciera confirmarse el planteamiento de Balibar en el sentido de que la

utilización del mito antisemita funciona como un “sistema de superioridad imaginaria”, útil para la separación social entre un ‘nosotros’ y un ‘ellos’ (Friedländer, 16-21, 47-57; Balibar, 1991, 32-5).

Respecto de nuestra hipótesis, el material revisado en este capítulo sugiere que el antisemitismo nazi, efectivamente, capitalizó un imaginario preexistente¹¹ en el que los judíos ocupaban un lugar negativo, influido por el catolicismo y por la identificación de los judíos con el dinero, que en palabras de Germani cabría calificar como “antisemitismo tradicional”. Capitalizando dicho imaginario antijudío, el MNS desarrolló un antisemitismo de origen europeo, propiamente “ideológico”, a través del cual no sólo atacó a los propios judíos y se opuso a su inmigración a Chile, sino que también atacó a sus adversarios políticos – principalmente a la izquierda organizada en torno al Frente Popular, así como a la derecha tradicional, aunque de manera mucho más esporádica– e intentó conseguir su espacio propio. Como sabemos, dicho intento por construir una tercera vía fascista en Chile fracasó, haciendo que el MNS se fragmentara en distintos grupos políticos, entre ellos el PNF.

¹¹ Respecto de esta hostilidad antijudía anterior a la década del treinta –vale decir, previa a la llegada del antisemitismo ideológico de origen europeo, a la aparición del MNS y a la significativa inmigración judía de la segunda mitad de esa década–, es necesario decir que existe un consenso académico absoluto sobre su existencia en América Latina, en general, y Chile, en particular. Las diferencias entre los autores que han trabajado el tema son mínimas, algunas simplemente de vocabulario. Mientras algunos autores hablan de un antisemitismo “autóctono” y “popular” latinoamericano (Avni, 227-43), fuertemente influido por el catolicismo, otros resaltan un “parecido con el escenario europeo” (Perednik, 193) y otros ponen de relieve la existencia de un “sentido común antisemita” y de “una larga tradición que por décadas había sustentado la incompatibilidad entre la condición judía” y las nacionalidades latinoamericanas (Lvovich, 17-8). En el caso particular de Chile, tampoco existen dudas sobre la existencia de esta hostilidad antijudía tradicional, previa a los años treinta. Así, Nes-EI destaca que la política migratoria chilena de fines del siglo XIX y comienzos del XX “excluía totalmente a los judíos” y que tanto “la prensa chilena [de la época], tanto la conservadora como la liberal, fue hostil” con dicha inmigración (Nes-EI, 2009, 67). Sznajder, por su parte, destaca que en Chile previo a los años treinta se produjo un “antisemitismo sin judíos”, considerando la escasa cantidad real de judíos que vivían en el país (Sznajder, 2007, 79-81). En cualquier caso, ese antijudaísmo previo se caracterizaba, ante todo, por la fuerte influencia católica en él verificable y por la identificación de los judíos con el dinero.

CAPÍTULO 5

La prensa judía ante el MNS: abril de 1932 a mayo de 1938

La campaña antisemita desarrollada por el MNS entre fines de 1932 y mediados de 1937, cuando comenzó un proceso de distanciamiento ideológico del fascismo europeo y de acercamiento a la izquierda, provocó la reacción de la colectividad judía chilena de la época. El presente capítulo da cuenta de parte de esa reacción, específicamente de la encabezada por la Federación Sionista de Chile a través de su semanario *Mundo Judío*, poniendo de relieve el impacto que la campaña antisemita nazi tuvo al interior del judaísmo chileno y las formas en que éste reaccionó a las provocaciones del MNS.

1. Sobre la colectividad judía de Chile antes de 1938

En 1930, Chile tenía una población de 4,2 millones de habitantes, de los cuales no más de 4.000 eran judíos. En su mayoría eran askenazíes de Rusia, Polonia y Rumania y sefaradíes de Macedonia, Salónica, Turquía y del Norte de África. Desde 1933, pero sobre todo tras la *Kristallnacht* de noviembre de 1938, la composición de la colectividad judía chilena comenzó a cambiar, con la llegada de miles de askenazíes provenientes de Europa central (Nes-EI, 2009, 51).

En el período cronológico cubierto por este capítulo, no existía mayor unidad entre los distintos grupos que componían la colectividad judía de Chile. Con excepción de la Federación Sionista –fundada en 1919 con el impulso de la Declaración Balfour– no existía una institución central o unitaria del judaísmo chileno. La Federación Sionista estaba formada y liderada por una generación de judíos jóvenes con estudios universitarios, en su mayoría nacidos en Chile o llegados en su infancia, que a diferencia de sus padres se mostró políticamente

muy activa. Fueron precisamente estos jóvenes quienes encabezaron la defensa del judaísmo frente a la campaña antisemita del MNS. Y lo hicieron principalmente a través de la incipiente prensa comunitaria, donde destacaron la revista *Nosotros* y el semanario *Mundo Judío* (Nes-EI, 2009, 55).

En general, la generación de judíos mayores se mostró reacia a participar activamente de la política chilena. Como suele ocurrir con los inmigrantes de primera generación, estas personas poco asimiladas prefirieron abocarse a sus labores privadas y reunirse con sus pares en actividades sociales y religiosas. En el caso puntual de los judíos askenazíes, provenientes de Europa oriental y central, éstos promovieron la publicación de dos semanarios en lengua idish, *El Semanario Israelita de Chile* y *La Prensa Israelita*. Ellos informaron preferentemente sobre las actividades sociales y religiosas del grupo judío de habla idish, pero no se interesaron en influir en la opinión pública chilena. Cuál fue su reacción a la formación de un Movimiento Nacional Socialista chileno y a sus campañas antisemitas, no lo sabemos, dada la limitación lingüística recién señalada. Sin embargo, cualquiera haya sido la reacción de estas publicaciones judías –ya fuera contestándoles directamente o ignorándolos– ésta sólo la podían conocer quienes leyeran idish y, por lo tanto, no buscaba llamar la atención de la ciudadanía chilena ni movilizarla en contra del nazismo, a diferencia de lo que haría la generación de judíos más jóvenes desde las páginas de *Mundo Judío*.

Las únicas ocasiones en que se incluyeron secciones en español en los semanarios idish *El Semanario Israelita de Chile* y *La Prensa Israelita*, aparte de los avisos comerciales, se produjeron en abril y mayo de 1933, cuando el primero de ellos publicó sendos números especiales dedicados a la persecución que sufrían los judíos alemanes a manos del nazismo alemán (*El Semanario Israelita de Chile*, 15 abril 1933; 23 mayo 1933).

2. Mundo Judío: enero de 1935 a mayo de 1938

Desde 1926 hasta 1934, una parte importante de la juventud judía chilena se congregó en torno a la revista *Nosotros*, dirigida por el futuro diputado socialista Natalio Berman. Dado que la Biblioteca Nacional no cuenta con ejemplares de *Nosotros* correspondientes al período 1932-1934, desconocemos cuál fue su reacción frente al nacimiento del MNS y su incipiente campaña antisemita. La única fuente escrita de la que disponemos para conocer la reacción de la generación más joven de judíos es el semanario *Mundo Judío*, publicación oficial de la Federación Sionista de Chile y uno de los órganos de prensa más importantes en la historia del judaísmo chileno, cuya vida se extendió desde mediados de los años treinta a fines de los setenta. A diferencia de *El Semanario Israelita de Chile* y *La Prensa Israelita*, *Mundo Judío* se publicaba en español, era vendido en quioscos y tenía un tiraje relativamente alto, lo que le permitió ser leído también por un público no judío y alcanzar una considerable figuración pública (Nes-EI, 2009, 55).

En su primer número, *Mundo Judío* declaró tener una doble finalidad. La primera, “informar sobre todo lo que ocurre en la vida judía a través del mundo”, en particular sobre “todo lo que diga relación con la obra de redención nacional que se realiza en Erez Israel”, y sobre la situación de los judíos en Alemania, donde los nazis “han convertido el antisemitismo en sistema de gobierno”. La segunda, defender a los judíos al “orientar la opinión pública del país frente a los ataques que se hagan al judaísmo”. Al respecto, el semanario adelantó que “impediremos que envenenen las almas jóvenes de América con informaciones malévolas sobre nuestra existencia” (*Mundo Judío*, 3 enero 1935).

En 1935, su primer año de vida, *Mundo Judío* se mostró muy activo respondiendo a las provocaciones del MNS. A un mes de su aparición, se refirió a las acusaciones de *Trabajo* en contra del “judaísmo internacional” y sus maniobras en Chile a través de la familia Guggenheim, de Agustín Edwards y

Gustavo Ross Santa María –a pesar de que estos dos últimos no eran judíos–. El semanario sionista denunció entonces que los nacistas chilenos intentaban instalar artificialmente el problema judío en el país y que el intento de relacionar “la raza, pueblo o nación judía con la interdependencia mundial originada por el actual sistema capitalista” significaba “desconocer el fundamento de la economía política” e “ignorar los elementos interconfesionales que rigen en los negocios financieros”, así como “sentar una premisa absolutamente falsa” respecto del pueblo judío (*Mundo Judío*, 21 febrero 1935).

Un par de meses después, “Chanteclair” –columnista que se destacaría a lo largo de la segunda mitad de la década por sus polémicas con el MNS y el PNF– respondió a los alegatos nacistas en contra de la naturalización de judíos residentes en Chile, presentada como una amenaza para la patria. Según “Chanteclair”, *Trabajo* en realidad buscaba atacar al gobierno de Alessandri por medio de esta crítica a la nacionalización de judíos, por lo que rechazaba “la pretensión de los nacistas que desean mezclarnos en sus asuntos de política local”. En octubre de ese mismo año, “Chanteclair” volvió a replicar a los nacistas, quienes negaban ser antisemitas, recordando “los gritos contra los judíos que se oyen en sus asambleas y las vociferaciones callejeras de los vendedores de su órgano oficial que insultan dos veces a la semana al judaísmo que califican de internacional”. Asimismo, se refirió a los intentos de vincular al judaísmo con el comunismo y de hacer pagar al judaísmo en su conjunto por la obra de algunos individuos, estando “siempre dispuestos a calumniar al judaísmo o imponerle normas, como si el judío, al igual que todo hombre civilizado, no tuviese el más perfecto derecho de obrar personalmente conforme a los dictados de su esclarecida conciencia” (*Mundo Judío*, 2 mayo 1935; 31 octubre 1935).

Este rechazo al intento de hacer pagar al judaísmo en su conjunto por la conducta de individuos puntuales se repitió en más de una ocasión durante este período. Así, frente la acusación de que “la casi totalidad de los mercaderes de

la Bolsa Negra son judíos”, el semanario sionista declaró que no aceptaba que las responsabilidades personales fueran achacadas al conjunto de los judíos de Chile ni que se usara la palabra “judío” con una “acepción denigrante legada por prejuicios” (*Mundo Judío*, 2 mayo 1935).

El rol de González von Marées en la campaña antisemita del MNS fue abordado a fines de 1935 por el periodista Moisés A. Riesemberg. En la oportunidad, éste acusó al “Jefe” de una actitud ambivalente respecto a la “cuestión judía”. Ello porque en una entrevista que González von Marées le había concedido recientemente para “The Jewish Telegraphic Agency” de Nueva York, el líder nazi se habría mostrado contrario a la persecución antisemita del nazismo alemán, dado que “en sus propias venas corre sangre semita, porque su abuela era judía”. Pero, mientras para el extranjero “condena las persecuciones de los judíos”, en Chile basaba su programa político en el odio a los judíos. Sin ir más lejos, durante el período cubierto por este capítulo los editores del semanario sionista denunciaron por lo menos en tres ocasiones haber recibido amenazas por parte de los “nazis criollos” (*Mundo Judío*, 14 febrero 1935; 5 diciembre 1935; 26 diciembre 1935; 30 enero 1936).

Por todo lo anterior, *Mundo Judío* recibió con alegría la formación de la Liga para la Defensa de la Cultura, por parte de un grupo de destacados intelectuales chilenos que incluía a Augusto D’Halmar, Mariano Latorre, Marta Brunet y Manuel Rojas, a fines de 1935. La Liga se declaraba contraria a la destrucción de libros y a la persecución antisemita en Alemania, así como a la “anulación de derechos individuales incorporados a la vida universal” (*Mundo Judío*, 12 diciembre 1935). La cercanía de *Mundo Judío* con los grupos antifascistas quedará de manifiesto con mayor claridad en el capítulo 9 de la tesis, que trata sobre la reacción de la prensa judía y de la prensa antifascista chilena surgida a fines de década en contra de la radical campaña antisemita del PNF.

A pesar de todas las respuestas que *Mundo Judío* dio a las provocaciones del MNS, no todos los colaboradores del semanario sionista estaban de acuerdo con la idea de trabar polémica con *Trabajo*. En “Al margen del antisemitismo”, Marcos Weinstein defendió una postura totalmente contraria e ironizó con que hubiera judíos “entregados a la tarea de combatir el antisemitismo con argumentos y razones”. Según Weinstein, resultaba inútil el diálogo con los nacistas porque “el respeto a la verdad no existe para el antisemitismo. Si fuera necesario negar la luz del día, se negaría sin pudor”, por eso “ningún judío verdaderamente inteligente lo ha hecho en el pasado próximo o lejano” (*Mundo Judío*, 2 mayo 1935).

La evidencia recogida de las fuentes primarias utilizadas en este capítulo sugiere que la postura planteada por Weinstein habría terminado imponiéndose al interior de la Federación Sionista de Chile y de *Mundo Judío*, al menos desde comienzos de 1936. A pesar de que durante ese año la campaña antisemita del MNS alcanzó su punto de mayor intensidad y agresividad, *Mundo Judío* no respondió ni una sola vez a sus provocaciones –salvo cuando denunció nuevas amenazas nacistas, a fines de enero. Evidentemente, este soslayo a los nacistas en el momento más álgido de su campaña antisemita no fue casualidad, sino que supuso la implementación de una nueva estrategia de contención, basada en ignorar las provocaciones del MNS y evitar así que éstas se robustecieran con eventuales polémicas.

Paradójicamente, la reacción escrita de *Mundo Judío* en contra del antisemitismo en Chile fue retomada a mediados de 1937, cuando la campaña antijudía del MNS había desaparecido de las páginas de *Trabajo*. Entonces, el semanario sionista publicó una serie de tres artículos titulada “El antisemitismo en Chile”, escrita por Yedi Brannover. En la primera parte, el autor vaticinaba escaso éxito a las campañas antijudías en América Latina y en particular en Chile dada la escasa población judía residente. De todos los grupos nacionalistas que existían en Chile, sin embargo, había que tener especial

cuidado con el MNS, pues “ha sido sólo el naciismo el que sostiene una táctica antisemita”, gracias a “la infiltración de los miembros del Partido Nacista Alemán” en sus filas y a “la ayuda económica que, forzosamente, le deben prestar los alemanes”. En la segunda parte, el autor se refería a los medios propagandísticos que “el antisemitismo chileno emplea para su mejor difusión”, entre los cuales se encontraban libros como *El Kahal/Oro*, del autor argentino Hugo Wast (seudónimo de Martínez Zuviría); *El Judío Internacional* de Henry Ford; las múltiples ediciones de *Los Protocolos de los Sabios de Sión*; los libros *El judaísmo* y *La verdad más grande de la historia: Los Protocolos de los Sabios de Sión* del escritor chileno Luis Donoso Z.; y periódicos antisemitas como *El Rayo* de Valdivia, *La Reforma Árabe* y *Trabajo*, ambos de Santiago. Por último, en la tercera parte, el autor continuaba describiendo las acusaciones que la campaña antisemita desplegada en Chile hacía a los judíos: en primer lugar, tenían planeado dominar Chile económica y políticamente, por medio del capitalismo internacional representado por la familia Guggenheim y su injerencia en la industria minera y de la masonería (sociedad “de manufactura judaica”); en segundo lugar, ejercían de manera impropia actividades como la medicina y el comercio; en tercer lugar, eran incapaces de desempeñarse como agricultores (acusación refutada por el caso de los gauchos judíos argentinos); y, en cuarto lugar, eran incapaces de asimilarse a la nación chilena, manteniéndose ajenos a ella. Acusaciones que, por supuesto, eran desestimadas y replicadas por el autor (*Mundo Judío*, 29 julio 1937; 5 agosto 1937; 19 agosto 1937).

Con excepción de la serie de artículos de Yedi Brannover, recién descritos, durante los años 1937 y 1938 el semanario sionista *Mundo Judío* no volvió a referirse al partido de González von Marées ni a responder a sus provocaciones. Esta nueva *estrategia* con la que la Federación Sionista enfrentó al naciismo chileno sería puesta a prueba recién a mediados de 1939, con la aparición de *La Patria*, publicación oficial del PNF.

3. Conclusiones

Como se desprende del material revisado en este capítulo, la campaña antisemita emprendida por el MNS a mediados de los años treinta no pasó inadvertida para la colectividad judía chilena de la época. La generación de judíos jóvenes, con educación universitaria y políticamente activos, encabezó la reacción de los judíos chilenos en contra del antisemitismo nazi y lo hizo principalmente bajo la forma de la denuncia pública, desde las páginas del semanario sionista *Mundo Judío*, en contra de las maniobras del MNS. La denuncia en contra de la campaña antisemita del MNS ocupó un lugar importante en las páginas de *Mundo Judío*, donde sólo las informaciones sobre la labor sionista en Palestina y la situación de los judíos alemanes tuvieron mayor cobertura.

Sin embargo, la manera en que enfrentó la campaña antisemita del MNS varió a lo largo del tiempo. Durante su primer año de vida –1935– *Mundo Judío* se mostró muy activo y respondió explícitamente a los intentos nazis de instalar en Chile la “cuestión judía”. Así, replicó y entró en polémica en varias ocasiones con el periódico *Trabajo* para desacreditar sus alegatos antisemitas. Sin embargo, a partir de 1936 la estrategia para enfrentar las injurias del MNS cambió notablemente: a pesar de que durante ese período –al menos hasta el primer tercio de 1937– la campaña antisemita del partido de González von Marées alcanzó su punto más crítico, *Mundo Judío* hizo como si éste no existiera, dejando de mencionarlo por completo. Probablemente, se impuso la idea de no estimular la persistencia de tal campaña sobre la base de polémicas que ya en 1935 había sugerido Marcos Weinstein.

En todo caso, tanto la denuncia y la polémica con los editores de *Trabajo* como la nueva estrategia consistente en ignorar las provocaciones nazis,

incluso en su período de mayor regularidad y persistencia, ponen de manifiesto el impacto de la campaña antisemita del MNS: el tema fue lo suficientemente importante para que *Mundo Judío* lo recogiera como un tema de importancia durante su primer año de vida y para que, dada su relevancia y la posibilidad de que se viera fortalecido por las eventuales polémicas, se decidiera implementar la nueva estrategia basada en el silencio. En cualquiera de ambos casos, el antisemitismo del que hizo gala el MNS entre su nacimiento y su giro a la izquierda, a mediados de 1937, no pasó desapercibido ni desapareció tras el giro izquierdista. Sería recogido, desarrollado y profundizado por uno de los principales sucesores del MNS, el PNF.

TERCERA PARTE
EL PARTIDO NACIONAL FASCISTA DE CHILE:
MAYO DE 1938 A JUNIO DE 1940

CAPÍTULO 6

El “desbande nacist” y el nacimiento del PNF: mayo a octubre de 1938

Desde mediados de 1937, cuando los tres diputados nacistas tomaron posesión de sus escaños parlamentarios, el MNS inició un proceso de acercamiento a la izquierda que culminó en mayo y octubre del año siguiente con la renuncia pública al fascismo y el apoyo del partido a la candidatura presidencial del Frente Popular, respectivamente. Estas acciones provocaron la consolidación de la disidencia interna y la renuncia de cientos de militantes nacistas, muchos de los cuales fundaron, en octubre de 1938, el Partido Nacional Fascista de Chile (PNF). El presente capítulo da cuenta de este proceso de “desbande nacist”, en el que se distinguen dos momentos cruciales, y de su relación con el contexto político chileno de fines de los años treinta, poniendo de relieve los factores que favorecieron el nacimiento del PNF.

*1. La renuncia a la identidad fascista y el comienzo del “desbande nacist”:
mayo de 1938*

Como viéramos en el capítulo 3, en mayo de 1937 el MNS inició un proceso de alejamiento del fascismo y de acercamiento a la izquierda con el que pretendió conseguir un espacio político propio al interior de un escenario altamente polarizado y que impedía la consolidación de un proyecto de “tercera vía” como

el nacistas. Desde entonces, el MNS ubicó a sus diputados junto al resto de la oposición al gobierno de Alessandri e hizo de la derecha y la oligarquía chilenas los principales blancos de sus ataques. En lo que concierne más directamente a este estudio, *Trabajo* abandonó entonces su irregular campaña antisemita de los años previos así como toda referencia al nazismo alemán y el Tercer Reich. El paso definitivo fue dado en mayo de 1938, cuando González von Marées renunció públicamente al fascismo, acusándolo de haberse convertido en sinónimo de imperialismo, y declaró a su movimiento como parte de las fuerzas democráticas chilenas. Esta maniobra consolidó la disidencia interna del naciismo y provocó la salida de numerosos militantes deseosos de una mayor *ortodoxia* fascista.

Sin embargo, el MNS ya había dado señales de un alejamiento ideológico del fascismo europeo en los meses previos, en especial en lo relativo a la “cuestión judía”. A fines de enero de 1938 *Trabajo* había dedicado una editorial a la situación de los judíos de Ecuador –a quienes el gobierno de ese país pretendía expulsar de su territorio por medio de un decreto presidencial– en la que expresaba un novedoso repudio por las persecuciones antisemitas del nazismo alemán y por la posibilidad de que éstas fueran imitadas en suelo americano. A pesar de las numerosas expresiones antisemitas de los años previos –revisadas con detención en el capítulo 4–, el diario nacistas ahora consideraba que en Chile había espacio suficiente para “el indígena, el español, el latino, el germano, el anglosajón, sin excluir al judío”. Tres días después, la editorial “Nacismo chileno y fascismo internacional” enfatizó que el MNS no tenía “relaciones de ninguna especie ni directa ni indirectamente con el fascismo internacional”, pues a diferencia del fascismo europeo, “imperialista” y “racista”, el movimiento chileno “es, ha sido y seguirá siendo la única fracción política práctica y decididamente anti-imperialista”. Según el texto, el partido nacistas había desdeñado siempre las “absurdas y torpes distinciones de pigmentos cutáneos” (*Trabajo*, 27 enero 1938; 30 enero 1938). Estas

declaraciones no sólo marcaban un cambio de posición radical en cuestiones ideológicas fundamentales para un movimiento fascista, como la “cuestión judía” y la relación con sus símiles europeos, sino que ponían de manifiesto el espacio que el MNS ahora pretendía ocupar en la política chilena. Asimismo, ellas daban respuesta a las renovadas acusaciones de concomitancia con el nazismo alemán que el MNS recibía de sus adversarios.

Luego de protagonizar graves incidentes en la Cámara de Diputados durante la ceremonia del 21 de mayo de 1938 –cuando sacó un revólver y lo disparó al aire en pleno hemiciclo, siendo detenido por Carabineros–, González von Marées concedió una entrevista a *La Hora*, diario del Partido Radical, donde declaraba que su partido no tenía “absolutamente ninguna concomitancia con los llamados fascismos europeos, ni espiritual ni mucho menos material” y que no se identificaba “tampoco ideológicamente con el fascismo”, pues su nacional socialismo era “absolutamente criollo”, además de “popular y democrático, anti-oligárquico y anti-imperialista”. Respecto del Frente Popular, ahora veía en él una expresión de “la voluntad de unificación de todas las fuerzas genuinamente democráticas y socialistas del país”, fuerzas en las que, por cierto, incluía a su partido (*La Hora*, 24 mayo 1938).

Bajo el título de “El nacionalsocialismo ante el fascismo universal”, la editorial de *Trabajo* del día siguiente ahondó en los argumentos expuestos por González von Marées en *La Hora*. El texto justificaba el viraje del partido a la izquierda argumentando que las entidades políticas no podían “ser algo rígido e inamovible, sino que como todo organismo vivo” se encontraban “en constante evolución y perfeccionamiento”, y que desde la fundación del movimiento, en abril de 1932, la situación internacional había cambiado drásticamente, pues “el partido alemán que lleva el mismo nombre no estaba en el poder, y el fascismo italiano no desempeñaba el papel actual”, en referencia a la invasión de Mussolini a Etiopía. En consecuencia, el MNS se veía en la obligación de tomar un nuevo rumbo, lejos del fascismo europeo y en sintonía con las fuerzas de

izquierda chilenas, las que se habían “dado cuenta de su afinidad espiritual con el Nacional Socialismo” y de la existencia de “una base ideológica común”. Toda enemistad previa, explicaba la editorial, se debía a meras “analogías terminológicas con el fascismo universal” (*Trabajo*, 25 mayo 1938).

Las declaraciones antifascistas de González von Marées en *La Hora* provocaron la reacción inmediata de la disidencia nacistas. Al día siguiente de conocerse la entrevista al “Jefe”, *El Diario Ilustrado* publicó una extensa carta de Raúl Olivares Maturana y Osvaldo Gatica Camoglino –hasta ese momento militantes del MNS, y futuros fundadores del PNF– en la que presentaban su renuncia indeclinable al partido nacistas, en protesta a la política seguida por González von Marées durante los últimos meses. La carta, que comenzaba recordando los días en que el MNS fue fundado por un grupo de “hombres sanos y patriotas”, acusaba la pérdida del “espíritu fascista que animara los años primeros” del movimiento, situación de la que culpaba única y exclusivamente a su dirigencia. Los motivos puntuales que los llevaban a tomar esta decisión, como “chilenos y fascistas”, eran “la negación demagógica del espíritu fascista del movimiento”, “el maridaje descarado con elementos de los partidos de izquierda” y “las anodinas declaraciones de la Jefatura respecto al judaísmo” (*El Diario Ilustrado*, 25 mayo 1938).

Pero esta carta de renuncia al MNS no fue la única en publicarse por esos días en *El Diario Ilustrado*. En otra de igual tenor, el ex cónsul de Chile en Stuttgart, Juan Román Zwiery, acusaba a González von Marées de haber “desnaturalizado al movimiento” a tal punto que le sugería un cambio de nombre para la entidad. También *El Mercurio* comentó las numerosas cartas de renuncia al nacismo que por esos días llegaban a la prensa, aunque sin publicarlas íntegramente (*El Diario Ilustrado*, 27 mayo 1938; *El Mercurio*, 25 mayo 1938; 26 mayo 1938).

El revuelo que las declaraciones antifascistas del “Jefe” provocaron en las filas nacistas hicieron que el partido diera a conocer una declaración pública

–inserta no sólo en *Trabajo*, sino en varios otros diarios de Santiago– en la que zanjaba definitivamente cuál era su posición respecto del fascismo internacional. El documento establecía que el MNS era ante todo un partido “antiimperialista” –“en cuanto lucha por libertar al país de todo vasallaje extranjero”, fuera éste “político, económico o espiritual”– y “anticapitalista” – dado que “por sobre los intereses del capital están los de la nación y del pueblo”– y que, como tal, no tenía ni había “tenido jamás concomitancias de ninguna especie con el fascismo internacional”. Por el contrario, la “esencia democrática y antiimperialista” del MNS era tal que no le quedaba más remedio que “oponerse con energía a toda pretensión o tentativa de implantar en Chile un gobierno” que pudiera “inspirarse en los regímenes fascistas italiano o alemán, o de cualquier otro origen” (*Trabajo*, 28 mayo 1938; *El Diario Ilustrado*, 28 mayo 1938; *El Frente Popular*, 28 mayo 1938; *La Hora*, 28 mayo 1938).

Las respuestas a esta declaración no se hicieron esperar. El diputado de la Falange Nacional y columnista de *El Diario Ilustrado*, Ricardo Boizard, se refirió desde este medio escrito a la crisis que atravesaba el MNS y a la responsabilidad de González von Marées. Resumidamente, Boizard acusó que las últimas declaraciones del “Jefe” constituían “una de las contradicciones más manifiestas” en que podía “incurrir jamás movimiento político alguno”, y que el nazismo chileno había tenido “siempre concomitancia espiritual con el fascismo europeo”, por lo que el éxodo de militantes disconformes con estas declaraciones no se detendría. La evaluación de Boizard era lapidaria: “el nazismo se ha disuelto” (*El Diario Ilustrado*, 29 mayo 1938).

Carlos Keller y Javier Cox, dos de los hombres más importantes del MNS tras González von Marées, respondieron a Boizard con sendas columnas en *Trabajo*. La respuesta de Keller se basaba en que “lo esencial del nazismo no lo ha querido comprender ni comprenderá jamás el señor Boizard: su antidoctrinarismo”. Según el director de *Acción Chilena*, el nazismo era probablemente “el único movimiento político del mundo” que carecía de

programa, lo que le permitía adaptarse a las condiciones políticas imperantes sin comprometer su esencia. Cox, por su parte, destacaba las razones detrás de la alianza con la izquierda y, especialmente, con los comunistas. Para él, no eran éstos últimos sino la miseria la que atentaba “contra la integridad de la familia”. Del mismo modo, era “la reacción capitalista” la que operaba “contra la integridad de la patria, vendiéndola al capital extranjero”. Por supuesto, tanto Keller como Cox refutaban la opinión de Boizard en cuanto a que el nazismo se hubiera disuelto (*Trabajo*, 31 mayo 1938; 2 junio 1938).

La amplia cobertura dada por *El Diario Ilustrado* a los disidentes nacistas durante este período concluyó con la publicación de dos extensos artículos de Raúl Olivares Maturana, a fines de mayo y junio de 1938. En el primero de ellos, el futuro “Jefe” del PNF lamentaba la “traición” de González von Marées a sus seguidores, pues había sentido por él “una verdadera admiración, y durante cinco largos años se lo demostramos de distintas maneras, entre ellas, con la cárcel”. Sin embargo, su “traición” había cambiado drásticamente la situación del fascismo chileno, haciendo que ambos se encontraran ahora “frente a frente, el señor González von Marées en el bando de la anti-patria, de la anarquía”, mientras que él y los fascistas que lo seguían se mantenían incólumes, “fieles a nuestros principios que una vez ante la bandera de la Patria juramos hacer realidad a costa de nuestra vidas”. Es decir, ante la traición de González von Marées eran los disidentes nacistas quienes habían pasado a encarnar la ortodoxia ideológica fascista en Chile. Olivares Maturana explicaba esta diferencia, entre otras cosas, en el origen social proletario de los disidentes, quienes a diferencia de la dirigencia del MNS –formada por sujetos como González von Marées, Keller, Cox y Valdivieso– habían “conocido el hambre y la miseria”, sintiéndola “en carne propia”. En el segundo artículo, publicado a fines de junio, Olivares Maturana aseguraba que “el señor González von Marées ya no tiene remedio”, sugiriendo la posibilidad de que padeciese algún tipo de desorden mental. Al igual que el texto de Boizard, éste ponía de

manifiesto las numerosas contradicciones en que había incurrido el “Jefe” del MNS durante los últimos meses: aunque “dijo que las izquierdas eran un cuerpo amorfo”, dirigidas “por sujetos de la peor ralea (...) hoy recorre con ellos el país renegando a su doctrina de ayer”; a pesar de que “fustigó sin descanso a las Logias Masónicas, a las que les vaticinó aniquilarlas a sangre y fuego, hoy le vemos del brazo de los más funestos miembros de esa perniciosa sociedad secreta”; y aunque “se dijo fascista”, finalmente “formó alianza con comunistas y socialistas” (*El Diario Ilustrado*, 30 mayo 1938; 29 junio 1938).

2. El intento de golpe de estado, el apoyo a la candidatura frentista y la agudización del “desbande nacistá”: septiembre y octubre de 1938

Aunque al interior del naciismo ya existía una incipiente disidencia, el acercamiento a la izquierda operado desde mediados de 1937 y la renuncia pública al fascismo de mayo de 1938 hicieron que ella se consolidara y que comenzara el proceso de “desbande nacistá”. Este proceso se consolidó en septiembre y octubre del mismo año, tras el fallido intento golpista urdido por González von Marées y que culminó con decenas de jóvenes militantes nacistas masacrados por las fuerzas policiales en la Matanza del Seguro Obrero, y tras el apoyo electoral del MNS a la candidatura presidencial de Pedro Aguirre Cerda.

En los días posteriores a la Matanza del Seguro Obrero *El Diario Ilustrado* publicó nuevas cartas de renuncia al MNS, las primeras desde el mes de mayo. Sus autores coincidían en que la decisión de abandonar las filas del partido tenía su origen en “los desgraciados sucesos del día cinco” –sucesos que “todo buen chileno no puede dejar de condenar”– y al deseo de que sus nombres se mantuvieran alejados de tales eventos (*El Diario Ilustrado*, 8 septiembre 1938; 17 septiembre 1938).

Sin embargo, el intento golpista y la Matanza del Seguro Obrero no sólo afectaron el posterior desarrollo del MNS, sino el de la política chilena en general. Ante la responsabilidad que le cabía en el fallido golpe de estado que pretendía ponerlo nuevamente en La Moneda, y ante la reprobación generalizada que la ejecución de los jóvenes nacistas causó en la ciudadanía chilena, Carlos Ibáñez del Campo renunció a su candidatura presidencial, dejando como únicas opciones a Gustavo Ross Santa María y Pedro Aguirre Cerda, situación que agudizó la polarización de la política chilena de fines de los años treinta. Puesto en la disyuntiva de elegir al candidato con el cual aliarse, González von Marées optó, sorpresivamente, por el del Frente Popular. Ello no se debió únicamente al indulto que Aguirre Cerda le prometió a raíz de su participación en el fallido golpe –compromiso con el que cumplió pocas semanas después–, sino que fue la culminación de un proceso de alejamiento del fascismo y de relativo acercamiento a la izquierda, iniciado a mediados de 1937, según vimos en el capítulo 3. Como es sabido, el apoyo electoral del MNS al candidato del Frente Popular resultó fundamental para su estrecho triunfo sobre Ross Santa María y para el quiebre interno del naciismo chileno.

Al igual que tras los sucesos de mayo, los disidentes nacistas reaccionaron al llamado de González von Marées de votar por Aguirre Cerda con la publicación de un manifiesto en las páginas de *El Diario Ilustrado*. El texto comenzaba, una vez más, recordando los primeros días del movimiento, cuando “un grupo selecto de nuestra juventud, sana y bien intencionada” se decidió a entrar a la arena política, expresando “el sentir de los hombres honrados de nuestra patria, que querían un Chile grande, fuerte y respetado”. No obstante, con el tiempo ese grupo habría caído en “actos de baja politiquería, de vicios y errores”, hasta llegar a una “abierta claudicación del espíritu fascista, que fue la base sobre la que se cimentó el naciismo chileno”, lo que culminó “con la asonada del 5 del mes pasado”. Si a ello se sumaba la alianza entablada entre la dirigencia del MNS y “los partidos de extrema

izquierda, tales como el comunista y el socialista”, resultaba evidente que “el desbande nazi fatalmente tenía que producirse”. Así, los únicos “fieles a los principios fascistas” que ahora quedaban en Chile eran precisamente ellos, los disidentes nazis que habían abandonado el MNS y que se estaban organizando en torno a Olivares Maturana. Y era en consideración de esos “principios fascistas” que el grupo no podía mantenerse al margen de la encrucijada a la que se enfrentaba Chile en la elección presidencial de los días venideros, pues “por un lado se nos presenta la conservación del actual sistema de cosas, y por el otro, se yergue fatídico y amenazante el comunismo moscovita”. Enfrentados a esta disyuntiva, los disidentes se inclinaron por “la perduración del régimen republicano, con el exterminio implacable del comunismo” pues eran “por sobre todo católicos y anti-bolcheviques”. Es decir, a quince días de la elección presidencial el grupo de Olivares Maturana llamó abiertamente a votar por Ross Santa María (*El Diario Ilustrado*, 10 octubre 1938).

Dicho manifiesto fue apoyado durante los días siguientes por otros disidentes nazis que también habían renunciado al partido pero que, hasta ese momento, no se habían sumado al grupo de Olivares Maturana. En una carta publicada por *El Diario Ilustrado*, los primeros expresaron su apoyo irrestricto al nuevo “Jefe” del fascismo, conminándolo a disponer de inmediato de sus personas en orden a reconstruir el fascismo chileno. Los firmantes concluían la misiva celebrando la renovación de su “fe en el Fascismo y en su nuevo Jefe, el señor Olivares Maturana” (*El Diario Ilustrado*, 13 octubre 1938).

Consciente de que la elección presidencial a efectuarse en los días venideros se zanjaría por un estrecho margen de votos, el diario del Partido Radical, *La Hora*, publicó una nueva entrevista a González von Marées, en la que el “Jefe” reiteraba cuál debía ser la posición de los nazis en los comicios: dado que su abanderado original, Carlos Ibáñez del Campo, había renunciado a su candidatura, los miembros del MNS debían acatar “con la disciplina de que

siempre han sabido dar pruebas, la decisión de prestar todo su concurso a la candidatura de don Pedro Aguirre Cerda”. Según González von Marées, el naciismo no tenía dudas del camino que debía seguir enfrentado a “la disyuntiva oligarquía-pueblo” que la elección le ponía por delante (*La Hora*, 17 octubre 1938).

En respuesta a la publicación de esta entrevista, y como una forma de desacreditar a González von Marées a los ojos de sus seguidores indecisos de cara a la elección, *El Diario Ilustrado* publicó nuevas cartas de renuncia al MNS. Al igual que todas las anteriores, éstas ponían énfasis en que el motivo de sus renunciaciones se hallaba en la “abierta y deliberada traición a los principios que levantara el Naciismo, que eran la antítesis del Frente Popular” y en que el fascismo era “irreconciliable con la hoz y el martillo que es el emblema que levanta el señor Pedro Aguirre Cerda”. La última intervención de Olivares Maturana en las páginas de *El Diario Ilustrado* antes de la elección presidencial también intentó deslegitimar la decisión de González von Marées de apoyar la candidatura del Frente Popular, viendo en esta maniobra un intento deliberado de “sepultar en Chile los principios fascistas” (*El Diario Ilustrado*, 18 octubre 1938; 19 octubre 1938).

Apenas cuatro días antes de la elección presidencial ganada por el Frente Popular, *El Diario Ilustrado* informó sobre la formación de un nuevo partido político, el Partido Nacional Fascista de Chile, encabezado por Raúl Olivares Maturana (*El Diario Ilustrado*, 21 octubre 1938, 1).

3. La bibliografía sobre el “desbande nacistista”

A diferencia de lo tratado en la segunda parte de la tesis, la bibliografía en torno al PNF y al “desbande nacistista” del cual nació es escasa. La primera autora en trabajar el tema fue Verónica Valdivia, a mediados de los años noventa (1993,

1995). En esos trabajos, la autora estudia los grupos nacionalistas de derecha surgidos en los años del Frente Popular, en particular aquellos nacidos tras el quiebre del MNS –como la VPS, el PNF y el MNCh–, sugiriendo que la desarticulación experimentada por el nazismo chileno constituiría “la maduración de un proceso que se venía gestando desde principios de ese año [1938]”, cuando González von Marées “cambió las bases que sustentaban a la agrupación”. En ese sentido, Valdivia enumera cinco factores que, a su juicio, habrían desencadenado el quiebre del MNS. El primero, la estrategia electoral adoptada por el partido de cara a las elecciones parlamentarias de 1937, cuando apoyó a candidatos ajenos a sus filas. El segundo, el incidente protagonizado por González von Marées el 21 de mayo de 1938, cuando disparó un arma de fuego al interior del Congreso Nacional y terminó detenido. El tercero, la adhesión del partido a la candidatura presidencial de Ibáñez del Campo. El cuarto, la alianza entablada con la izquierda a partir de mayo de 1937. Y el quinto, el intento golpista de septiembre de 1938, visto por la autora como “la culminación de la política incoherente desarrollada en esos últimos meses”, y que sólo habría consolidado la disidencia interna del movimiento. Tras la crisis del MNS, argumenta la autora, se habría producido un vacío en el nacionalismo chileno, aprovechado por los disidentes nacistas para fortalecer una línea “de fuerte raigambre fascista”, que se organizó primero en el Consejo Ejecutivo del Movimiento de Nacistas Disidentes y, a partir de octubre de 1938, en el Partido Nacional Fascista (PNF). Para los miembros de este nuevo grupo, Olivares Maturana habría pasado a “simbolizar la pureza ideológica” fascista que el MNS había perdido (Valdivia, 1993, 121-5).

Aunque los trabajos de Valdivia fueron pioneros en el estudio del PNF y de los otros grupos nacionalistas surgidos del seno del MNS, nos parece que los factores que la autora enumera para explicar el quiebre del MNS y el nacimiento del PNF merecen ser revisados. En primer lugar, creemos que ni la estrategia electoral parlamentaria de 1937 –en la que el MNS apoyó a algunos

candidatos ajenos a sus filas— ni la adhesión a la candidatura de Ibáñez del Campos tuvieron el peso suficiente quebrar al partido nacist, pues ambas medidas responden a las reglas del juego democrático y de alianzas electorales a las que el partido nacist había decidido entrar ya en 1935, cuando compitió en las elecciones municipales. En segundo lugar, creemos que si bien los incidentes en el Congreso Nacional durante el 21 de mayo de 1938 dañaron la imagen del grupo y la cohesión de sus militantes no constituyeron un factor determinante en el quiebre del grupo, como sí lo fue el rol nacist en el fallido golpe de estado que culminó en la Matanza del Seguro Obrero. A la luz de las fuentes que hemos revisado, el único de los factores esgrimidos por Valdivia para explicar el “desbande nacist” con el que coincidimos plenamente es el que dice relación con la alianza y colaboración con la izquierda. Según vimos en el material reproducido en este capítulo, los disidente nacistas explicitaron en más de una ocasión que fue esta “traición” a los principios ideológicos fascistas que animaron al MNS desde sus primeros meses de vida, manifestada en la colaboración con las fuerzas de izquierda, en la renuncia pública del fascismo y en el repudio del antisemitismo nazi alemán, la principal razón detrás de su alejamiento del nacismo chileno.

El segundo autor en trabajar el “desbande nacist” fue Marcus Klein (2000). Éste destaca que, pese al creciente descontento de los nacistas con la jefatura del partido durante 1938, los militantes más prominentes del MNS no criticaron públicamente a González von Marées ni se sumaron al movimiento encabezado por Olivares Maturana, por lo que cuestiona la versión de *El Diario Ilustrado* según la cual el PNF contaba con varios miles de militantes a lo largo de todo Chile, según veremos en el próximo capítulo. Klein se pregunta, entonces, por las razones detrás de la amplia cobertura que el diario conservador dio al pequeño grupo político encabezado por Olivares Maturana, sugiriendo que la derecha conservadora quiso de esta manera, desacreditando a González von

Marées, agudizar las divisiones internas del MNS y evitar que el voto nacistas se volcara a la candidatura de Aguirre Cerda, consciente del efecto negativo que la Matanza del Seguro Obrero tendría sobre la candidatura de Ross Santa María. Para avalar esta idea, Klein destaca el abrupto desinterés que mostró *El Diario Ilustrado* por el PNF tras la derrota electoral de octubre de 1938 (Klein, 2001, 353-4). Sin embargo, más allá de estas valiosas observaciones respecto de la cobertura dada por *El Diario Ilustrado* a la escisión del MNS y el nacimiento del PNF, Klein no clarifica del todo la relación entre el cisma nacistas y el nacimiento del PNF.

4. Conclusiones

Con el acercamiento a la izquierda y su alejamiento del fascismo internacional, con su rol en el fallido golpe de estado que terminó en la Matanza del Seguro Obrero y con su adhesión a la candidatura presidencial del Frente Popular, Jorge González von Marées puso al MNS en una situación en la que el quiebre se hizo inevitable. Desde este punto de vista, el “Jefe” forzó a la disidencia interna encabezada por Olivares Maturana romper con el partido y enarbolar un proyecto político propio, que encarnara con propiedad el legado del fascismo europeo. Sin embargo, las causas del quiebre nacistas y del nacimiento del PNF parecen estar más allá del proceder errático de González von Marées.

Tras seis años intentado que su proyecto político de tercera vía, fascista, prosperara en Chile, y para lo cual dispuso de los giros ideológicos ya mencionados en capítulos anteriores, el MNS llegó a un punto en el que no pudo crecer más, ni hacia la izquierda ni hacia la derecha, dada la fuerza del Frente Popular y de la derecha tradicional. Puesto en ese escenario, la estrategia de sobrevivencia consistió en un acercamiento formal a la izquierda y una alianza estratégica con el Frente Popular, al menos de cara a las

elecciones presidenciales de 1938. Como era de esperar, esta decisión, sumada a los factores antes descritos, allanaron el camino para que el grupo encabezado por Olivares Maturana diera el paso de fundar un partido propio, férreamente alineado con el fascismo internacional y sus preceptos ideológicos, y apoyado en una primera instancia por la derecha conservadora, como demuestra la extensa cobertura de *El Diario Ilustrado*. En suma, en el quiebre del MNS y el nacimiento del PNF influyeron más la fortaleza de la derecha tradicional y la polarización política de la época –que copaban el espacio en el que eventualmente podría haber crecido el fascismo chileno– que el proceder personal de González von Marées y su eventual falta de rectitud ideológica fascista. Aunque, no cabe duda, las erráticas maniobras del “Jefe” durante 1938 hicieron mucho por acelerar este proceso.

CAPÍTULO 7

Trayectoria del PNF: octubre de 1938 a junio de 1940

Tras el “desbande nacistá”, el grupo disidente encabezado por el ex comisario nacistá Raúl Olivares Maturana fundó el Partido Nacional Fascista de Chile (PNF), en un intento por reafirmar la identidad político original del nacistá chileno y por reivindicar la vigencia del proyecto político fascista. El presente capítulo da cuenta de la trayectoria de esta colectividad entre su fundación formal, en octubre de 1938, y su desaparición de la escena política chilena, a mediados de 1940, distinguiendo tres etapas principales. Concluye con una discusión en torno a la escasa bibliografía dedicada al PNF.

1. El PNF entre octubre de 1938 y mayo de 1939

A menos de una semana de efectuarse la elección presidencial que enfrentaba a Pedro Aguirre Cerda y Gustavo Ross Santa María, *El Diario Ilustrado* informó que el Consejo Ejecutivo del Movimiento de Nacistas Disidentes, encabezado por Raúl Olivares Maturana, había pasado a constituir un nuevo partido político, el Partido Nacional Fascista de Chile (PNF). Dado que el MNS parecía “definitivamente muerto ante el enorme desbande de sus filas, debido a los errores del Jefe”, y que se había agudizado “el desbande ante el consejo del señor González von Marées de que los nacistas voten por el señor Aguirre Cerda”, el diario conservador no ocultó su entusiasmo ante el nacimiento de esta nueva colectividad. Respecto de su número de militantes, afirmaba que éstos ya sumaban “varios miles en todo el país” (*El Diario Ilustrado*, 21 octubre 1938).

Dos días después, el mismo diario informó que esa noche el nuevo “Jefe” del fascismo chileno se dirigiría al país, desde la radio Otto Becker de Santiago, para pronunciarse sobre el momento político nacional y sobre la posición que su partido tomaría en la próxima elección presidencial, apoyando la candidatura de Ross Santa María. La información insistía en que, a pesar de su reciente formación, el PNF contaba ya “con varios miles de adherentes”, quienes previamente habían abandonado el MNS con el fin de formar esta nueva colectividad “de tinte esencialmente fascista” (*El Diario Ilustrado*, 23 octubre 1938).

La amplia cobertura que *El Diario Ilustrado* dio al movimiento encabezado por Olivares Maturana desde mayo de 1938 se redujo drásticamente tras el triunfo electoral del Frente Popular, hasta prácticamente desaparecer. No obstante, durante diciembre de 1938 y enero de 1939 el diario siguió informando de las actividades del PNF. Así, por ejemplo, a comienzos de diciembre anunció la realización de una “manifestación en honor del jefe y fundador” del partido fascista, con el fin de rendirle “homenaje por la valiente campaña periodística” que desarrollara “desde las columnas de nuestro diario” en contra de González von Marées, una vez que éste entró “en contubernio con las Logias Masónicas y con los elementos extremistas que integran las izquierdas chilenas”. El diario expresaba su deseo de que “elementos de las más diversas ideologías componentes de las derechas” acudieran al homenaje, el cual tendría lugar en un restorán de la Quinta Normal. Olivares Maturana no tardó en rehusar el homenaje mediante una carta, en la que lamentaba que sus organizadores hubieran “visto en la algarabía de un banquete, el premio a mis esfuerzos en bien de la causa fascista y de las clases asalariadas”. El verdadero premio a sus esfuerzos, afirmaba, llegaría “el día que sobre nuestra patria impere la justicia, la decencia y hayamos extirpado de este suelo y para siempre a la galega bolchevique que se cierne amenazante sobre nuestra nacionalidad”. Por ello, instaba a los organizadores de la ceremonia a destinar

los recursos reunidos hasta el momento a alguna institución de beneficencia, en cuyo caso él mismo aportaría con su dinero. Más allá de lo anecdótico de esta información, ella pone de manifiesto la estrecha cercanía que *El Diario Ilustrado*, representante de la derecha conservadora chilena de la época, tenía con el PNF y con su líder (*El Diario Ilustrado*, 2 diciembre 1938; 3 diciembre 1938).

Esta cercanía volvería a ponerse de manifiesto dos semanas después, cuando el diario conservador fue el único medio de prensa en informar sobre la gira que Olivares Maturana haría en los próximos días por las provincias del norte, donde extendería las actividades de su partido, tras haber concluido con éxito una visita a las principales ciudades del sur. En la misma edición, *El Diario Ilustrado* se refirió a la reciente reunión del Consejo General del PNF –cita que el diario destacaba por su “ambiente de tanta disciplina”–, en la que se dio forma a una declaración de principios y a un manifiesto que serían dados a conocer a la opinión pública durante los próximos días (*El Diario Ilustrado*, 18 diciembre 1938).

Efectivamente, el manifiesto fascista fue publicado pocos días después por el mismo diario. Aunque carente de lineamientos políticos claros respecto del futuro del PNF tras la llegada al poder del Frente Popular, el texto adelantaba la retórica que caracterizaría al semanario oficial del partido durante los meses venideros, mencionando en reiteradas ocasiones su “fe profunda en los destinos de Chile”, la “grandeza de Chile”, el “alma nacional” y la existencia de una “disyuntiva fatal y perentoria que hoy se cierne sobre el mundo: Fascismo o Comunismo”. Más aún, aseguraba que la lucha política de esos días no estaba “entablada entre los elementos de izquierda con los de derecha, sino entre la patria y la antipatria”. Por ello, hacía un llamado a los chilenos a sumarse a las filas del PNF, movimiento formado por “una juventud sana” e imbuido de “la consigna de la redención nacional por Dios y por la Patria hasta la muerte” (*El Diario Ilustrado*, 23 diciembre 1938).

Más importante que este manifiesto sería el programa político –o veinte “puntos de acción”– del PNF, publicados días después por *El Diario Ilustrado*. Además de las reiteradas menciones a la “fe en los destinos de Chile” –país llamado “a tener una alta figuración en la historia del mundo”– y al deseo de “labrar la grandeza de Chile”, los primeros puntos ponían de relieve que “al revés de los partidos políticos de corte liberal” el PNF no proponía mejorar el sistema político ya existente sino “reemplazarlo por otro que tienda a labrar la felicidad de los chilenos” sobre la base de “un nuevo orden social, político y económico”, fascista. Para ello, suprimiría la democracia –“la más absurda mentira tendiente a mixtificar a las masas”– y el “estéril y bullicioso Congreso Nacional”, e inculcaría en la población los valores militares, pues las fuerzas armadas eran “el más puro crisol donde se forja el verdadero amor a la patria”. De la misma manera, el fascismo chileno suprimiría el capitalismo, “pues permite la acumulación de riqueza en unas pocas manos, mientras la mayoría se muere de hambre”, y daría al Estado un rol protagónico en la economía. Sin embargo, la inclinación social del PNF no afectaría en absoluto el derecho a “la propiedad privada como fruto lícito del trabajo”, la cual sería protegida por el futuro Estado Fascista, ni debía ser confundida con las ideas de los partidos de izquierda, pues “no aceptamos la lucha de clases”. Para los fascistas chilenos, las diferencias sociales siempre existirían, por lo que centrarían sus esfuerzos en hacerlas “menos agudas”. En el plano valórico, el programa del PNF se manifestaba sumamente conservador, en especial cuando exigía que la mujer fuera “devuelta a su santuario, el hogar” y que se la educara desde la infancia para “su más noble y sublime destino: la maternidad”. En la misma línea, declaraba que el futuro “Estado Fascista descansará en la familia”, para lo cual el matrimonio sería “uno e indisoluble” y “confiado a la tutela de la Iglesia Católica bajo la supervigilancia del Estado”. Los últimos puntos del programa resaltaban el absoluto rechazo del partido fascista por “el comunismo cualquiera sean las formas como se presente para engañar a las masas laboriosas” y por

“toda sociedad secreta e internacional”, como la masonería. Es decir, adelantaban los ataques a comunistas y masones que colmarían las páginas de *La Patria*, aunque sin mencionar una sola vez a los judíos. Esta omisión, particularmente llamativa, será tratada en el capítulo 8. El último de los veinte “puntos de acción” del PNF señalaba “la existencia de una concordancia absoluta y esencial, entre las más elevadas exigencias de la naturaleza humana y los principios sustentados por el Cristianismo”, así como el compromiso del futuro Estado Fascista a “fomentar la labor de la Iglesia y concurrir en su ayuda” (*El Diario Ilustrado*, 31 diciembre 1938).

La fecha en que tomaron forma y fueron dados a conocer el manifiesto y los “puntos de acción” del PNF coincidió con los días en que Pedro Aguirre Cerda asumió la Presidencia de la República. Hasta ese momento, los únicos medios de prensa que habían cubierto las actividades de los nacistas disidentes, primero, y del PNF, después, eran *El Diario Ilustrado* y, en menor medida, *El Mercurio*. Vale decir, diarios identificados con la derecha tradicional chilena, tanto conservadora como liberal. Fuera de éstos, el primer medio escrito en referirse al nuevo partido fascista fue la revista *Ercilla*, que en su última edición de 1938 publicó una breve entrevista a Olivares Maturana. En ella se destacaba la juventud del dirigente –28 años– y su participación en los combates callejeros del MNS –que le habrían significado más de una estadía en la cárcel¹². Consultado por la reciente llegada del Frente Popular a La Moneda, el nuevo “Jefe” consideraba que ello significaba “el aplastamiento de la chilenidad y el predominio sin contrapeso del marxismo”. En contraste, destacaba la importancia que su partido tenía para el futuro de Chile, así como su carácter estrictamente fascista y el valor que para su formación habían tenido los ejemplos de sus símiles europeos. Sobre su pasado político, reconocía haber sido militante del MNS por más de cinco años, “mientras este movimiento se mantuvo fiel a sus principios”, pero que en cuanto comenzó a

¹² Ver imagen n° 1 del anexo.

“renegar de su espíritu fascista, a formar alianzas con comunistas y socialistas” se vio en la obligación de presentar su renuncia indeclinable. No obstante, al constatar que su posición era compartida por otros nazistas disidentes, decidió fundar un nuevo partido, estrictamente fascista. La entrevista concluía consultando a Olivares Maturana por los rumores que lo responsabilizaban del asesinato del joven poeta y militante socialista Héctor Barreto –crimen que alcanzó gran notoriedad pública a mediados de los años treinta–, acusación que desmintió categóricamente. La publicación de esta entrevista fue duramente criticada por el diario *El Frente Popular*, que llamó a los medios de prensa cercanos al nuevo Gobierno a no dar tribuna a un “agente de la reacción y de la oligarquía” como Olivares Maturana, pues con ello se hacía “propaganda al fascismo” y se servía a “la causa de los enemigos del pueblo” (*Ercilla*, 30 diciembre 1938; *El Frente Popular*, 31 diciembre 1938).

La última vez que *El Diario Ilustrado* informó de las actividades del PNF, durante este período, fue en enero de 1939, con motivo de las elecciones complementarias que se llevarían a cabo en los próximos días en Santiago, Coquimbo y Cautín, luego de que parlamentarios del Frente Popular pasaran a ocupar cargos ministeriales. En la oportunidad, el diario conservador dio a conocer una declaración pública del PNF según la cual ninguno de los candidatos en competencia podía ser considerado como “garantía de solucionar los graves problemas” de Chile, por lo que se abstenía de participar en ellas. Cualquiera fuera el resultado de las elecciones, concluía el texto, no alteraría “en nada el predominio sin contrapeso” del marxismo en Chile (*El Diario Ilustrado*, 19 enero 1939).

La última referencia al PNF en la prensa de este período fue en las páginas de *El Imparcial*, diario derechista que a comienzos de década publicara “La Página Nacional Socialista” del MNS. En la oportunidad, el columnista Lucio Caro refutó el argumento de Ángel Ossorio y Gallardo, republicano español radicado en Chile, que veía en el surgimiento de los Frentes Populares una

reacción legítima de las fuerzas democráticas en contra de la amenaza fascista, basándose en la experiencia europea reciente. Según Lucio Caro, el Frente Popular chileno había surgido sin que existiera en el país un movimiento fascista de importancia. Puntualmente, afirmaba desconocer “a qué fascismo chileno combate nuestro Frente criollo” pues “en Chile no hemos conocido otro fascismo que el de los criollos nazis que inventó el señor González von Marées”, no obstante, “después de la absurda claudicación del Jefe, el único fascista militante que va quedando es el señor Olivares”. Aunque teñida de ironía, esta referencia al PNF, proveniente de un medio derechista y contrario al Frente Popular, ponía en entredicho la afirmación de *El Diario Ilustrado* de que el PNF contaba desde sus primeros días de vida con “varios miles de seguidores” (*El Imparcial*, 4 mayo 1939; *El Diario Ilustrado*, 21 octubre 1938).

Menos de dos semanas después de publicarse la mencionada columna de Lucio Caro, la prensa informó de la detención y expulsión de Chile de Hans Voigt, gerente de la Agencia de los Ferrocarriles Alemanes, acusado de espionaje y de encabezar una campaña de agitación antisemita de origen alemán. La policía de Investigaciones había descubierto en los días previos los planes de Voigt¹³ de llevar a cabo una campaña escrita y radiofónica “por medio de la cual se pretendía desencadenar la lucha en contra de los judíos”, encontrando en su poder miles de panfletos, impresos en Santiago, listos para ser distribuidos. Tras ser interrogado por la policía, el Ministerio del Interior procedió rápidamente a expulsarlo del país (*El Frente Popular*, 16 mayo 1939; *El Imparcial*, 16 mayo 1939; *El Mercurio*, 16 mayo 1939; *La Hora*, 16 mayo 1939; *La Nación*, 16 mayo 1939; *La Opinión*, 16 mayo 1939; *Ercilla*, 19 mayo 1939).

El PNF aprovechó el caso de Hans Voigt –a quien defendió explícitamente– y la polémica suscitada en torno a su expulsión para comenzar a publicar su semanario, *La Patria*, desde los primeros días de junio de 1939.

¹³ Ver imagen n° 2 del anexo.

Su aparición dio al partido fascista una figuración pública mucho mayor, instalándolo durante los restantes meses de 1939 como un importante actor de la política chilena.

2. El MNS tras el “desbande nacistá”: diciembre de 1938 a abril de 1939

Para definir cuál sería su papel en la política chilena tras los sucesos de 1938, que terminaron en el “desbande nacistá” y la llegada del Frente Popular al poder, en enero de 1939 el MNS llevó a cabo su Segundo Congreso Nacional. Las principales decisiones allí adoptadas fueron la refundación del partido bajo el nombre de Vanguardia Popular Socialista (VPS) y su posicionamiento junto a la izquierda, decisiones explicadas por González von Marées en su discurso de cierre al congreso. Según el “Jefe”, tanto él como su movimiento querían “superar” la división entre izquierda y derecha que existía en Chile, pero dado “que el país se encuentra profundamente dividido, como por un tajo abismal, entre explotadores y explotados, entre oligarquía y pueblo, entre derecha e izquierda” se veían en la obligación de tomar posición en uno los bandos. En ese sentido, el lugar que cabía al MNS estaba, según González von Marées, fuera de toda duda: “nosotros estamos y estaremos siempre con los explotados, con el pueblo, con la izquierda”. Respecto de la relación con el fascismo europeo, reconocía que “cuando nacimos a la vida nos inspiramos en el fascismo”, pero que con el tiempo éste se transformó “en sinónimo de tiranía, persecución religiosa, luchas raciales, persecución de las conciencias, de imperialismo”, por lo que ya “no nos interesa el fascismo ni el hitlerismo” (*Trabajo*, 15 enero 1939).

Días después, *Trabajo* justificó el cambio de nombre del MNS argumentando que era “absurdo” que un movimiento “que en la vida política chilena representa principios diametralmente opuestos a los que pone en

práctica el hitlerismo en Alemania”, tuviera un nombre que lo condenaba “irremediablemente a ser confundido y asimilado, de buena o mala fe, con un régimen que ha llegado a hacerse universalmente odiado y cuyos excesos repudia”. Aunque reconocía que abandonar su nombre original resultaba “doloroso”, pues significaba “para los militantes muchos años de luchas y de sacrificios” y en su defensa habían caído los “mártires” del movimiento, éste se había hecho “imposible de sostener”. En consecuencia, con tal de que se terminara “para siempre” con el “verdadero engaño que se hacía al pueblo” respecto supuestas de concomitancias con el nazismo alemán, el partido estaba dispuesto a hacer el sacrificio de cambiar su nombre. Días después, González von Marées reconoció a *Ercilla* que el cambio de nombre de la colectividad “era una necesidad más que un anhelo”, pues la comprensión de los fines del movimiento por parte de la ciudadanía “se veía dificultada por el uso de un nombre que se identificaba con el hitlerismo alemán. Y nada más lejos de nuestros objetivos que el sistema impuesto en el Tercer Reich”. Con el cambio de nombre se buscaba “impedir la fácil crítica de muchos de nuestros adversarios” (*Trabajo*, 17 enero 1939; *Ercilla*, 20 enero 1939).

En todo caso, el cambio de nombre del partido y su posicionamiento junto a la izquierda no impidió que la VPS celebrara, en abril de 1939, el séptimo aniversario del nacimiento del nazismo chileno con un multitudinario acto en el Teatro Caupolicán. En la ocasión, no sólo los principales dirigentes de la VPS pronunciaron discursos, sino también importantes personeros del Frente Popular, como Marmaduke Grove. Todos ellos hicieron alusión a la necesidad de una reforma agraria, de la socialización del crédito y de otras reformas sociales. La facilidad con que la VPS organizó y desarrolló este acto distó de la actitud que el Gobierno tuvo para con el PNF, en noviembre del mismo año, cuando éste quiso organizar su propia concentración en el Teatro Victoria, como veremos más adelante en este mismo capítulo (*El Diario*

Ilustrado, 6 abril 1939; *El Frente Popular*, 6 abril 1939; *El Mercurio*, 6 abril 1939; *La Nación*, 6 abril 1939).

El acto del Teatro Caupolicán, que concluyó con un simbólico abrazo entre González von Marées y Marmaduke Grove, suscitó la reacción de otro grupo de disidentes nacistas que recientemente había abandonado el movimiento, tras su refundación en la VPS, pero que no se sumó al PNF. Este grupo, encabezado por Carlos Keller, hizo llegar a la revista *Hoy* una carta con críticas similares a las vertidas por Olivares Maturana en *El Diario Ilustrado*, en el sentido de que su alejamiento del otrora partido nacista se debía a que “el propio Jefe del movimiento se entregó a sus detractores, negando lo que hasta ese momento había afirmado y afirmando lo que había negado”, hasta el punto de “dar vida a una antítesis del Movimiento Nacional Socialista”, a saber, la VPS. Esta colectividad carecía, según el documento, del derecho a “recordar el 5 de abril como el día de su fundación” y honrar la memoria de los “mártires del nazismo” (*Hoy*, 13 abril 1939).

Al igual que el MNS desde mediados de 1937, la VPS dejó de lado toda expresión antisemita durante este período, desapareciendo de las páginas de *Trabajo* prácticamente cualquier mención a los judíos y al nazismo alemán. En consecuencia, no volveremos a ocuparnos de la VPS ni de González von Marées en lo que resta de esta tesis.

3. *El PNF entre junio y noviembre de 1939*

Con excepción de *El Diario Ilustrado* y de su amplia cobertura al movimiento encabezado por Olivares Maturana, entre octubre de 1938 y mayo de 1939 el PNF logró escasa notoriedad pública y se mantuvo como un actor político marginal. Esta situación, sin embargo, comenzó a cambiar a partir de los

primeros días de junio de 1939, cuando el partido fascista comenzó a publicar su propio semanario, bajo el nombre de *La Patria. Chile ante todo*.

La publicación constaba de cuatro páginas por número y en primera instancia –entre junio y septiembre– su impresión estuvo a cargo de la imprenta *Jeneral Díaz* (sic), propiedad de Francisco Javier Díaz Valderrama, el general en retiro del Ejército que en marzo de 1932 propuso a González von Marées la formación de un partido nacional socialista chileno basado en el programa del NSDAP, y considerado uno de los más importantes “multiplicadores” del nazismo alemán en Chile (Farías, 2000, 372).

El primer número, aparecido el sábado 2 de junio de 1939, puso de manifiesto el lugar preponderante que tendría el antisemitismo durante sus meses de vida, al titular “¿Existe el judaísmo en Chile?”¹⁴. A renglón seguido, planteaba una pregunta que intentaba capitalizar la polémica suscitada en torno a la expulsión del espía alemán Hans Voigt en los días previos: “¿Obra del judaísmo la expulsión de Hans Voigt?”. El caso del alemán fue el tema principal de este primer número, siendo tratado en varios artículos y columnas de opinión. Sin duda, la más importante era la escrita por el diputado del Partido Liberal Raúl Marín, quien criticaba duramente la decisión del Gobierno de expulsar a un agente “del país, que a través de toda nuestra historia, ha demostrado como ninguno ser el mejor amigo de Chile”. Para Marín, esta decisión demostraba la existencia de una “indiscutible influencia” de “los residente judíos en Chile” en “el actual Gobierno” (*La Patria*, 2 junio 1939). La colaboración de este diputado con el semanario del PNF sugiere que este partido era menos marginal de lo que se pudiera creer y que contaba con cierto grado de apoyo de la derecha tradicional chilena, como ya había quedado de manifiesto con la amplia cobertura dada por *El Diario Ilustrado* al movimiento de Olivares Maturana durante sus primeros meses de vida.

¹⁴ Ver imagen n° 3 del anexo.

En una muestra de lo que sería la retórica del semanario en los meses venideros, la editorial de este primer número declaraba que *La Patria* había nacido “en un momento crítico” para el país, “en una hora de profunda confusión y de manifiesta cobardía moral en la casi totalidad de los hombres y de las instituciones”, ante lo cual se comprometía a ser “un vocero de la chilenidad” (*La Patria*, 2 junio 1939).

La aparición del primer número de *La Patria* no pasó desapercibido. Pocos días después, *Mundo Judío* y *Civilización*, órganos de prensa de la Federación Sionista de Chile y del Instituto Antirracista de Chile, respectivamente, acusaron recibo de su nacimiento, como veremos detalladamente en el capítulo 9.

Para llamar la atención del público, el segundo número de *La Patria* denunció que pocas horas después de ponerse en venta el primer número del semanario sus oficinas –ubicadas en calle Moneda– habían sido asaltadas por desconocidos. Aunque explícitamente no culpaba a nadie del incidente –el cual no fue mencionado en ninguno de los diarios santiaguinos consultados, ni siquiera en los derechistas como *El Diario Ilustrado*, lo que pone en duda su existencia real–, aseguraba que no aceptarían amenazas ni presiones “de nadie, menos de judíos, comunistas y masones”. Pero más llamativo que la denuncia de un asalto en su contra era la acusación de que la fábrica checoslovaca de zapatos Bata, próxima a instalarse en el país, era en realidad una “inmensa fábrica judía de armamento”¹⁵. Los fascistas no sólo expresaban su absoluto rechazo a la instalación de esta empresa debido a que “su desleal competencia” dejaría “sin trabajo a miles de obreros de esta industria a lo largo del país”, sino también debido a que se dedicaría a “la producción de toda clase de armas, municiones y sus diversos accesorios”, vulnerando los intereses nacionales (*La Patria*, 10 junio 1939).

¹⁵ Ver imagen n° 4 del anexo.

Pero las extravagantes denuncias con las que *La Patria* intentó hacerse de un espacio en la prensa nacionalista no acabaron ahí. En su tercer número, denunció que “maniobras del judaísmo” pretendían “arrastrar” a Chile a un conflicto armado con Bolivia¹⁶. Ello en alusión a los reclamos que el empresario judío Mauricio Hochschild presentara recientemente en contra del aumento de impuestos decretado por el Gobierno de Bolivia a la industria minera, de la que él participaba. Según *La Patria*, estas medidas no afectaban “en lo más mínimos a capitales chilenos, sino a capitales judíos, de empresas judías establecidas en Chile”, por lo que cualquier intento de movilizar a la opinión pública chilena en contra de las medidas adoptadas por el Gobierno boliviano eran ilegítimas. Vale decir, para el semanario fascista la condición de *chileno* y *judío* eran incompatibles, antagónicas. Como conclusión, este artículo recordaba que la representación diplomática chilena en La Paz era encabezada “por el señor Benjamín Cohen, de pura ascendencia judía”, por lo que se preguntaba si “¿es una mera coincidencia o su designación respondió a un plan previo del Sanedrín?”. Aunque la campaña antisemita que el PNF llevó a cabo desde las páginas de *La Patria* será tratada en detalle en el capítulo 8, cabe señalar que durante este primer mes de vida del semanario fascista las expresiones antijudías fueron muy numerosas y violentas. En particular, el semanario se mostró recurrentemente contrario a la inmigración de judíos al país, pues estaba convirtiendo a Chile en “la Palestina de Sudamérica” (*La Patria*, 17 junio 1939).

De este primer mes de vida de *La Patria*, también cabe destacar una extensa entrevista a Olivares Maturana en la que éste desestimaba cualquier acusación en el sentido de que el PNF dependiera “de otro partido fascista extranjero”. Aunque reconocía una importante afinidad con los movimientos alemán e italiano, aseguraba que no había “ninguna concomitancia o contubernio” con ellos. Consultado por el número de militantes del PNF,

¹⁶ Ver imagen n° 5 del anexo.

Olivares Maturana respondía que éste contaba “en todo el país con más de 9.000 soldados”. Respecto del apoyo que su grupo diera a la candidatura de Ross Santa María, declaraba que los fascistas “nunca hemos sido rossistas”, sin embargo lo habían apoyado por considerar “vil traición el haber concurrido al triunfo con nuestros votos del Frente Popular” (*La Patria*, 24 junio 1939).

Por último, quisiéramos destacar la explicación que *La Patria* diera de su “santa misión” en el último número de junio, con la cual el PNF pretendió resumir sus opciones ideológicas. Según los redactores del semanario fascista, su “anticomunismo, antimasonería, antijudaísmo, antiliberalismo, no responden a otra cosa que a la defensa integral de la vida chilena”, porque “el judaísmo es nefasto para la sociedad, y especialmente para pueblos jóvenes, desprevenidos, generosos y cordiales como el nuestro”; porque “el comunismo es una doctrina utópica, desordenada, subversiva, criminal y tiránica”; y porque “la masonería, sociedad secreta y tenebrosa mina las bases que sirven de fundamento a la civilización cristiana” (*La Patria*, 24 junio 1939).

Durante su segundo mes de vida *La Patria* prosiguió con su intensa campaña antisemita, titulando que “fuertes coimas pagan judíos para entrar a Chile” y presentando su acción como una “defensa” de los chilenos, considerando que los judíos “entrañan un peligro para cualquier nacionalidad” y que durante los últimos meses “han pagado fuertes coimas a funcionarios chilenos, con el objeto de tener expedida la entrada a nuestro país”. Según *La Patria*, la entrada de israelitas al país era tan profusa que lo estaba convirtiendo en “una verdadera segunda Tierra Prometida para los señores de Israel”. Olivares Maturana, en particular, acusaba que el Gobierno del Frente Popular daba mejor tratamiento a los inmigrantes judíos y a los republicanos españoles que a los damnificados del terremoto de Chillán, ocurrido a comienzos de 1939. Según él, estos “hijos de Chile, hermanos nuestros por sangre” habían sido “abandonados a su propia suerte” por un gobierno que prefería cobijar a “más

de ocho mil parásitos hebreos” y a “más de 23 mil prófugos republicanos españoles”, quienes vendrían a “consumir alimentos y productos que nuestros hermanos sólo pueden adquirir mediante la mendicidad pública”. Los conceptos con los que el semanario fascista se refería a estos grupos de refugiados expresaban un discurso más radical y violento que el utilizado en los años previos por sus antecesores nacistas, calificándolos como “carroña humana”, “cloaca marxista” y “hez contagiosa” (*La Patria*, 1 julio 1939).

Aunque publicaciones como *Mundo Judío* y *Civilización* ya se habían referido a la aparición de *La Patria* durante el mes de junio –reacciones que profundizaremos en el capítulo 9–, durante los primeros días de julio también la prensa de izquierda y cercana al Frente Popular comenzó a referirse al semanario fascista. En la oportunidad, *Qué Hubo* –publicación dirigida por Marcos Chamudes, diputado comunista y uno de los judíos políticamente más activos de la colectividad chilena de esos años– llamó a sus lectores a seguir con atención esta “publicación antisemita, prohitleriana y órgano de un funambulesco nazismo criollo” y emplazó a los editores de *La Patria* a aclarar el origen de su financiamiento así como las acusaciones que los vinculaban con el Tercer Reich (*Qué Hubo*, 4 julio 1939; 11 julio 1939).

La respuesta del director de *La Patria* y secretario general del PNF, Osvaldo Gatica Camogline, fue que él se “sentiría honrado hasta lo indecible si en realidad fuera colaborador del Salvador de la Gran Alemania”, pero la acusación era falsa y el partido fascista chileno carecía de toda vinculación material con el nazismo alemán y el fascismo italiano. Gatica desestimaba así cualquier crítica que *Qué Hubo*, *Mundo Judío*, *Civilización* u otra “publicación lanzada por la Sinagoga” pudiera hacer en contra del PNF (*La Patria*, 8 julio 1939).

Por último, cabe señalar que durante este segundo mes de vida del semanario del PNF se dedicó un número especial a la “España rescatada” por Franco. La portada del séptimo número –que, a diferencia de los anteriores, fue

impreso por los talleres del diario *El Imparcial*– incluía tres *retratos* de calidad de “próceres” del fascismo español, incluido el propio Franco, a quienes el semanario fascista ponía como ejemplos para la juventud chilena (*La Patria*, 18 julio 1939).

La figuración pública que a esa altura había conseguido el PNF gracias a la publicación de *La Patria*, en consonancia con los sucesos europeos, hicieron que, durante los primeros días de agosto de 1939, los diputados socialistas Ricardo Latcham y Juan Bautista Rossetti presentaran a la Cámara un proyecto de ley contra el racismo, que encontraría importante eco en el semanario fascista. En la ocasión, *La Patria* tituló que “la canalla judía comienza a actuar”, pues el mencionado proyecto de ley se había hecho únicamente para silenciar al PNF, una vez fracasados los intentos de acallarlo “mediante el asalto y el soborno”¹⁷. Ante esto, el semanario denunciaba que “los judíos, como última esperanza, han recurrido al Parlamento por medio de sus agentes directos y pagados”, los diputados socialistas Latcham y Rossetti. Por ello, el PNF advertía que, de aprobarse “dicho proyecto de ley, absurdo y antichileno”, se consumaría “la muerte de la chilenidad”, no quedándole más remedio que “la violencia defensiva y reivindicadora” (*La Patria*, 1 agosto 1939; 5 agosto 1939).

Aunque volveremos sobre él en el capítulo 9, cabe señalar que el proyecto de ley de los diputados socialistas ya había sido comentado y apoyado por la prensa afín al Gobierno durante los últimos días de julio. *La Hora* destacó la importancia que la iniciativa tendría para impedir que en Chile tuvieran cabida las “persecuciones inhumanas” y las “querellas racistas que afectan a otras naciones”. El diario *La Nación*, por su parte, atribuyó al proyecto de ley “una especial importancia en estos momentos de iniciación en Chile de murmullos de luchas raciales”, al contemplar castigos para “quienes inciten o induzcan a la persecución racial” (*La Hora*, 23 julio 1939; *La Nación*, 24 julio 1939).

¹⁷ Ver imagen n° 6 del anexo.

Pero no fue únicamente la presentación del proyecto de ley antirracista de los diputados socialistas la única muestra del creciente vigor que tomaba el movimiento antifascista chileno durante esos meses. A mediados de agosto, el Instituto Antirracista de Chile llevó a cabo una masiva concentración en el Teatro Caupolicán como repudio a la persecución antisemita emprendida por el fascismo europeo y a la posibilidad de que ésta fuera trasplantada a suelo americano. Un día antes de efectuarse la concentración, *La Patria* informó a sus lectores sobre la reunión que “los más connotados elementos de la Judería chilena, de las Logias Masónicas, y del Comunismo” llevarían a cabo bajo la dirección del senador radical Cristóbal Sáenz, advirtiendo que ésta no conseguiría su fin, sino que, por el contrario, haría que “muchos reacios, que hasta ayer se condolían estúpidamente de las medidas de higiene y salubridad que tomaba Alemania e Italia contra los judíos en esos países” cambiaran de opinión y se alinearan con el PNF en su campaña antijudía. Ello porque “hoy la chilenidad se ha despertado y comienza a estrechar sus cuadros para defender su soberanía que siente amagada”. Una semana después, *La Patria* calificó la “concentración judía” como un “rotundo fracaso” y “descalabro absoluto”, afirmando que durante la ocasión el Teatro Caupolicán había parecido “un verdadero mausoleo” (*La Patria*, 12 agosto 1939; 19 agosto 1939).

Por supuesto, la evaluación que la prensa cercana al Frente Popular hizo de la concentración antifascista fue muy distinta de la hecha por *La Patria*. Según *La Nación*, la reunión contó “con una concurrencia numerosísima que llenaba totalmente la sala” y en ella tomaron parte numerosos oradores, representantes de variadas organizaciones unidas por su repudio al fascismo y a las “luchas raciales”. Entre ellos se contaban representantes de la Federación de Estudiantes de Chile, de la organización feminista MEMCH, del Partido Comunista, de la Alianza de Intelectuales y de los republicanos españoles exiliados en Chile (*La Nación*, 14 agosto 1939).

Sin embargo, desde el punto de vista político el suceso más importante del mes de agosto de 1939 no fue la concentración organizada por el Instituto Antirracista de Chile, sino el intento de golpe de estado que se produjo unos días después, encabezado por el general de ejército Ariosto Herrera, episodio conocido como el “Ariostazo”. Llamativamente, Olivares Maturana se manifestó contrario a la maniobra, asegurando que “la verdadera revolución no la forjará un cuartelazo”, sino “la unión total, absoluta, indefectible y sincera de todos los chilenos de verdad”, unión que sólo podía ser encabezada por el PNF. Según el “Jefe”, “sólo el fascismo podrá operar la verdadera revolución política, social y espiritual de Chile”. Pero, a pesar de mostrarse contrario al intento golpista, Olivares Maturana no criticó a Ariosto Herrera, “pundonoroso y dignísimo oficial de nuestro Ejército”, sino que lo consideró una “víctima” de las circunstancias (*La Patria*, 30 agosto 1939).

Durante los meses de septiembre y octubre de 1939 la atención de *La Patria* se desplazó a los eventos europeos y la declaración de guerra a Alemania por parte de Gran Bretaña. Como era de esperar, el semanario fascista declaró a “Inglaterra culpable de la guerra” y calificó el nuevo conflicto bélico europeo como “un triunfo del judaísmo internacional”¹⁸. Como veremos en el próximo capítulo, el PNF recurrió permanentemente a expresiones antisemitas para explicar el origen de la guerra, como cuando declaró que el imperio británico era un títere del “oro de los Rothschild”, que Inglaterra era un “Estado judío” y que “los judíos incitan a la guerra” (*La Patria*, 7 septiembre 1939; 9 septiembre 1939; 30 septiembre 1939; 7 octubre 1939).

Paralelamente, el semanario del PNF dio un importante paso en septiembre de 1939, cuando dejó los servicios de la imprenta *Jeneral Díaz* (sic), perteneciente a Francisco Javier Díaz Valderrama, por los de los talleres del diario *El Imparcial*. Ello redundó en una mejor calidad de la impresión y, sobre

¹⁸ Ver imagen n° 7 del anexo.

todo, en la inclusión de caricaturas antisemitas que revisaremos en el próximo capítulo (*La Patria*, 16 septiembre 1939). Otro de los hitos importantes del bimestre septiembre-octubre fue la convocatoria, desde las páginas de *La Patria* y la acción propagandística callejera, a participar de la Primera Gran Concentración Fascista¹⁹, a realizarse el domingo 19 de noviembre en el Teatro Victoria de Santiago (*La Patria*, 30 septiembre 1939; 7 octubre 1939; 14 octubre 1939; 21 octubre 1939; 28 octubre 1939; 4 noviembre 1939; 11 noviembre 1939).

En octubre de 1939, la creciente figuración pública conseguida de la mano de la publicación de *La Patria* trajo los primeros problemas para el PNF. Aunque hasta ese momento *Mundo Judío y Civilización* ya habían denunciado las actividades del partido fascista chileno y su intento de instalar en el país una campaña antisemita similar a la del nazismo alemán, este intento de movilizar a la opinión pública en contra del PNF no se había expresado en medios de prensa más masivos. Sin embargo, desde fines de octubre el nuevo diario socialista *La Crítica* comenzó una intensa campaña contra el partido de Olivares Maturana, que concluyó en noviembre del mismo año con la prohibición, por parte de las autoridades gubernamentales, de la mencionada concentración fascista del Teatro Victoria. En su primera intervención, *La Crítica* denunció que Olivares Maturana había viajado recientemente a Alemania, Italia y España para estudiar los sistemas totalitarios fascistas y hacer “entrega de un extenso informe relacionado con la situación de los diversos partidos políticos chilenos y [con las] expectativas del fascismo en nuestro país”. Además, denunció que el PNF, encabezado por el supuesto asesino del joven militante socialista Héctor Barreto, contemplaba entre sus acciones próximas “la persecución racista” y “un vasto plan de sabotaje” en contra del gobierno. Asimismo, destacó las relaciones del partido fascista con el resto de los partidos de derecha chilenos, recordando el apoyo que el movimiento de Olivares Maturana dio a la

¹⁹ Ver imagen n° 8 del anexo.

candidatura de Ross Santa María. Por todo lo anterior, llamaba al gobierno a prohibir la concentración fascista proyectada por el PNF para el mes de noviembre (*La Crítica*, 27 octubre 1939; 30 octubre 1939; 31 octubre 1939).

Esta campaña antifascista continuó durante las primeras semanas de noviembre, cuando se informó de la reciente formación de la Asociación de Combatientes Antifascistas, constituida por los españoles republicanos llegados a Chile en los últimos meses, y de la decisión del Gobierno de iniciar una investigación sobre las actividades del PNF. *La Crítica* celebraba particularmente esto último, pues el partido fascista chileno no era “una organización de fines nacionalistas, como pudiera creerse, sino un instrumento de penetración extranjera, con el fin de socavar nuestra defensa y preparar el terreno a una invasión como las que han destruido las pequeñas repúblicas de la Europa Central”, en referencia a Austria y Checoslovaquia. Reiterando la información expresada en los días previos, el diario afirmaba que Olivares Maturana había facilitado a los países del Eje “informes secretos sobre nuestro Ejército, Armada y la Fuerza Aérea” (*La Crítica*, 1 noviembre 1939).

En la misma línea, distintas agrupaciones de izquierda se organizaron en contra de las actividades del PNF y nuevos medios de prensa se sumaron a la campaña iniciada por *La Crítica* [ver imagen n° 9]. Así, la Federación Juvenil Socialista, la Asociación de Combatientes Antifascistas, la Liga de los Derechos del Hombre y otros grupos afines solicitaron al Gobierno prohibir la concentración y cualquier otra actividad del PNF (*La Crítica*, 2 noviembre 1939; 3 noviembre 1939; 6 noviembre 1939; *El Frente Popular*, 7 noviembre 1939; 15 noviembre 1939).

La Patria no tardó en acusar recibo de la campaña que *La Crítica* emprendía en su contra, calificando a sus editores como “rufianes del periodismo” manipulados por el judaísmo y la masonería (*La Patria*, 4 noviembre 1939). Pero la respuesta del PNF a la campaña desarrollada en su contra en los últimos meses de 1939 no se limitó a esta mención en las páginas

de *La Patria*. En los días previos a la concentración del 19 de noviembre, el PNF hizo noticia por distintas acciones violentas emprendidas en contra de sus enemigos políticos. Se denunció que militantes fascistas intentaron asaltar el local de la Confederación de Trabajadores de Chile, lo que motivó una moción de censura por parte de esta asociación en contra del partido de Olivares Maturana (*La Crítica*, 7 noviembre 1939; 16 noviembre 1939; *La Hora*, 17 noviembre 1939; *La Opinión*, 17 noviembre 1939; *La Nación*, 18 noviembre 1939). Del mismo modo, se denunció que miembros del PNF habían asaltado el local del Instituto Antirracista de Chile, ubicado en el centro de Santiago. El diario *La Opinión* dedicó entonces un artículo para referirse a la libertad con que los fascistas chilenos desarrollaban sus actividades, incluidas la organización de una concentración masiva durante los próximos días y la publicación de “un pasquín estridente y lleno de procacidades en contra de los dirigentes frentistas y de un imaginario peligro judío”. Según este diario, también cercano a los socialistas chilenos, había sido la libertad con la que contaba el PNF la que había facilitado el asalto al Instituto Antirracista. Asimismo, denunciaba que el partido de Olivares Maturana era en realidad “financiado por los terratenientes chilenos”, quienes instrumentalizaban a los fascistas en beneficio propio. Por todo lo anterior, se sumaba al resto de la prensa de izquierda en solicitar al Gobierno del Frente Popular prohibir la concentración fascista y combatir al PNF de todas las formas que estuvieran a su alcance (*El Frente Popular*, 17 noviembre 1939; 18 noviembre 1939; *La Hora*, 17 noviembre 1939; *La Opinión*, 19 noviembre 1939).

También la revista *Ercilla* tomó parte de la campaña en contra del PNF, advirtiendo del peligro que encerraba para Chile dejar actuar con libertad a un grupo como aquél. En esa línea, entrevistó a Arturo Gallinato, presidente de la Asociación de Combatientes Antifascistas, y a Arturo Velásquez, de la Confederación de Trabajadores de Chile, quienes criticaron con dureza la existencia del PNF y la libertad con que las autoridades gubernamentales lo

habían dejado actuar hasta el momento. La misma edición de *Ercilla* incluía una breve entrevista a Olivares Maturana, en la que el “Jefe” del fascismo desviaba las acusaciones que se le dirigían afirmando que el Frente Popular se había encargado de “entregar el poder a los judíos” y que “la cuña semita penetró en Chile. Mandan las industrias, los comercios y mangonea en política”. Ante el panorama descrito, Olivares Maturana afirmaba que sólo su partido podía encabezar una respuesta potente: “nosotros salvaremos a Chile, declarando la guerra a los judíos”. Consultado por la cantidad de seguidores que congregaría la cita en el Teatro Victoria, Olivares Maturana aventuró que serían “por lo menos 6.000” (*Ercilla*, 15 noviembre 1939).

Sin embargo, los buenos augurios de Olivares Maturana no se cumplieron. En su número 24, del sábado 18 de noviembre, *La Patria* informó que la concentración fascista había sido prohibida por el Gobierno de Aguirre Cerda, situación de la que culpó a los medios de prensa de izquierda, tales como *El Frente Popular*, *La Crítica* y *La Hora*. Y, a decir verdad, Olivares Maturana no estaba equivocado, al menos en esto último. La activa campaña que la prensa de izquierda, la prensa antifascista y la prensa judía desarrollaron en contra del PNF tuvieron una influencia innegable en la decisión gubernamental de prohibir la concentración fascista, pues movilizó a parte importante de la opinión pública chilena en tal sentido, presionando al gobierno. Por lo mismo, no sorprende que la prohibición de la concentración fascista fuera comunicada por la prensa afín al Gobierno como un verdadero triunfo (*La Patria*, 18 noviembre 1939; *El Frente Popular*, 18 noviembre 1939; *La Crítica*, 18 noviembre 1939; 20 noviembre 1939; *La Opinión*, 19 noviembre 1939).

Como una forma de apoyar las medidas gubernamentales en contra del PNF, el semanario *Qué Hubo* publicó un artículo que resumía la trayectoria política de Olivares Maturana y lo desacreditaba completamente. Según el texto, todo partido político representaba a una clase social específica, y aunque el hampa “no alcanza a ser una clase social, también encuentra su expresión

política”, en el PNF. Según el semanario, para nadie era un misterio la participación de Olivares Maturana en las violentas acometidas callejeras del MNS en contra de la izquierda, como la que le costó la vida al joven Héctor Barreto. Por estas actuaciones “los derechistas le tienen gran simpatía. Conservadores y liberales lo visitan continuamente y lo alientan para que siga actuando con su banda política”, a pesar de que “nadie sabe quién lo financia ni de qué vive” (*Qué Hubo*, 28 noviembre 1939).

La prohibición de la concentración en el Teatro Victoria marcó el comienzo del declive del PNF. Desde entonces, el semanario del partido enfrentó serias dificultades para seguir siendo publicado, haciendo que la considerable figuración que el partido había conseguido desde mediados de 1939 comenzara a disiparse y condenándolo a un lugar de marginalidad, hasta su desaparición definitiva de la escena política chilena, a mediados de 1940.

4. El PNF entre noviembre de 1939 y junio de 1940

Tras la prohibición gubernamental de la concentración fascista, *La Patria* dejó de publicarse por más de un mes. En su número 25, aparecido recién el 20 de diciembre –e impreso ahora por *Rapid*–, el semanario fascista denunció que “el Gobierno nos persigue” [ver imagen n° 10], pues no sólo había prohibido dicha reunión sino que también habría amedrentado al administrador del Teatro Victoria y ordenado “un allanamiento ilegal a la imprenta del diario *El Imparcial*”, además de la incautación de todos los ejemplares de su edición número 24. Como era de esperar, el PNF manifestó entonces que “la persecución iniciada por orden del Gobierno a instancias de judíos, masones y socialistas” terminaría por favorecer los intereses de la colectividad, “con el ingreso de centenares de muchachos” a sus filas, idea que los hechos no tardarían en refutar (*La Patria*, 20 diciembre 1939).

Sin embargo, el énfasis de este número de *La Patria* no estuvo puesto en la supuesta “persecución” gubernamental de la que era objeto el PNF, sino en que “las coimas de los judíos se comprueban”, en alusión al reciente estallido del escándalo de la inmigración judía. Según sus editores, la comprobación de las denuncias de corrupción en la entrada de miles de inmigrantes israelitas constituía para *La Patria* “un triunfo más en su corta vida periodística”, pues “fuimos nosotros los primeros” en llamar “la atención de los chilenos por el peligro que encerraba la incontrolada inmigración de judíos”, quienes no dudaban en ofrecer sobornos a funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores para conseguir su ingreso al país. De esta manera, el PNF reclamaba para sí el mérito de haber descubierto y denunciado el escándalo, mérito que intentaban arrebatarse políticos como González von Marées, y de paso relanzar el semanario del partido, tras los sucesos de noviembre (*La Patria*, 20 diciembre 1939).

Sin duda, el estallido del “affaire” de la inmigración judía, en diciembre de 1939, favoreció cierto ambiente antijudío durante los meses venideros en la política chilena. Entonces, actores que hasta el momento se habían mostrado a favor de la entrada de refugiados judíos a Chile, se manifestaron contrarios a que el país siguiera recibéndolos, hasta el punto de expresar opiniones consideradas antisemitas (*La Hora*, 25 enero 1940). En este contexto, y a pesar de las dificultades que enfrentaba desde la prohibición de su concentración, el PNF intentó capitalizar el ambiente hostil a los judíos para relanzar su semanario e instalarse como un actor relevante de la política chilena. Sin embargo, no lo logró. De hecho, el siguiente número de *La Patria* apareció recién a mediados de febrero de 1940. Entonces, sus editores nuevamente intentaron capitalizar el ambiente antijudío de esos días, apuntalado por la reciente entrega del informe final de la Comisión Investigadora del “affaire” de la inmigración judía, titulando que “los judíos constituyen un peligro para Chile”²⁰.

²⁰ Ver imagen n° 11 del anexo.

Según el semanario fascista, dicha comisión había tenido el mérito de destacar “el enorme peligro que significa para Chile una inmigración como la judía”, felicitándola por haber sabido “corresponder a las esperanzas de los chilenos” (*La Patria*, 12 febrero 1940).

En ese mismo número, los editores de *La Patria* explicaron a sus lectores las razones detrás de su prolongado silencio, recordando la prohibición de la concentración fascista y la incautación de su número 24 decretadas por el Gobierno de Aguirre Cerda, a lo que añadían las recientes dificultades para encontrar una imprenta que le prestara sus servicios, luego de que los talleres de *El Imparcial* rompieran el compromiso que los unía por temor a represalias gubernamentales (*La Patria*, 12 febrero 1940).

Los últimos dos números del semanario fascista aparecieron en marzo de 1940. Ambos incluían artículos y textos repetidos, ya publicados en números anteriores, siendo una de las pocas novedades la acusación en contra del nuevo Ministro de Relaciones Exteriores, Cristóbal Sáenz, de favorecer a los judíos, debido al cargo que ocupara en el Instituto Antirracista de Chile hasta antes de su nombramiento como Canciller (*La Patria*, 2 marzo 1940; 9 marzo 1940).

Fue también en marzo de 1940 cuando apareció la última referencia al PNF en los diarios consultados. En la oportunidad, *La Hora* denunció que Olivares Maturana estaba negociando personalmente con Arturo Alessandri Palma “la amalgamación de todos los grupos disparatados en que se encuentra segmentada la Derecha y que actúan con denominaciones de fascistas y nacistas, a fin de transformarlos en una plataforma de acción revolucionaria para derribar al Gobierno”. Según el diario del Partido Radical, en dicha reunión también se habría hablado sobre el financiamiento del fascismo chileno, el cual se llevaría a cabo con los excedentes de los fondos reunidos para la candidatura de Ross Santa María (*La Hora*, 10 marzo 1940).

5. La bibliografía sobre el PNF

Como señalamos en el capítulo anterior, la bibliografía sobre el PNF es muy escasa, limitándose a los trabajos de Verónica Valdivia (1993, 1995) y Marcus Klein (2000, 2001). En su primer trabajo sobre los grupos nacionalistas nacidos del MNS, Valdivia (1993) sugiere que el impulso que dio vida a estos grupos fue dado por la llegada del Frente Popular a La Moneda. Este hecho hizo que la derecha, en general, tuviera dificultades para asumir su derrota y adoptara una postura de abierta oposición al nuevo gobierno y que los grupos nacionalistas, en particular, desconocieran “por completo” el triunfo frentista, “luchando por su destitución y la destrucción del orden democrático-liberal que había permitido su ascenso”. Asimismo, el triunfo de Aguirre Cerda hizo que se reprodujera en Chile la polarización ideológica europea entre fascismos y democracias y el surgimiento de un significativo movimiento antifascista. La defensa del orden político existente fue encabezada por el Frente Popular, mientras que “la línea pro-totalitaria fascistoide fue adoptada por los grupos de tendencia nacionalista que habían madurado durante la década de 1930” en el seno del MNS, como el PNF. En este sentido, el triunfo electoral del Frente Popular habría dado un nuevo impulso al nacionalismo fascista, a pesar de la desarticulación sufrida por el MNS desde 1938 (Valdivia, 1993, 119-20).

En segundo lugar, Valdivia se refiere a la relación ideológica del PNF con sus símiles europeos, destacando que el partido de Olivares Maturana “tomó todos los planteamientos del fascismo europeo”, inspirado por su éxito durante los años previos al estallido de la Segunda Guerra Mundial. Sería esa ligazón ideológica con el fascismo europeo, más que acciones de espionaje o de colaboración propiamente tales, las que explicarían, según Valdivia, las permanentes acusaciones en contra del PNF de formar la “Quinta Columna” en

Chile, como expresaban los medios de prensa de izquierda vistos en este capítulo (Valdivia, 1993, 127-30).

En tercer lugar, Valdivia se refiere a la marginalidad política del PNF, destacando que a pesar de todos sus esfuerzos, éste “no dejó de ser marginal” ni logró “atraer los militantes suficientes como para convertirse realmente en un movimiento nacional”. Las razones se encontrarían, según la autora, en la polarización ideológica de la política chilena de fines de los años treinta: la robustez de la derecha tradicional y la intransigencia ideológica del PNF habrían confinado a éste último a los márgenes de la escena política, de extrema derecha, impidiendo que se acercara a la derecha tradicional, “único tronco que podía haberlo fortalecido” (Valdivia, 1993, 130-1).

En conclusión, Valdivia plantea que si bien el triunfo del Frente Popular agudizó la polarización ideológica de la política chilena, poniendo “el telón de fondo para que el nacionalismo chileno pudiera consolidarse amparado en el auge del fascismo”, la defensa que el PNF hizo del totalitarismo significó “mantener a la corriente nacionalista en una situación de marginalidad” política, limitando significativamente sus posibilidades de acercamiento a la derecha tradicional y de participar, así, del poder político (Valdivia, 1993, 136-7).

En su segundo trabajo sobre los grupos nacionalistas chilenos de los años del Frente Popular (1995), Valdivia resalta la importancia del contexto político internacional en el nacimiento y desarrollo de grupos como el PNF. En este sentido, cree que el estallido de la Segunda Guerra Mundial y la crisis del capitalismo habrían creado “condiciones históricas favorables al desarrollo de tendencias anti-internacionalistas y nacionalistas” a nivel mundial, particularmente del fascismo. Sin embargo, al momento de nacer el partido de Olivares Maturana, a fines de los años treinta, habían comenzado a “debilitarse las figuras de Hitler y Mussolini, al iniciarse su seguidilla de fracasos”, cuestión que limitó su crecimiento y facilitó la acción de los grupos antifascistas y de los

medios de comunicación de izquierda que exigían acciones gubernamentales en contra del PNF (Valdivia, 1995, 6-10, 20).

Valdivia ve, precisamente, en la estrecha identificación ideológica del PNF con el fascismo europeo, crecientemente desacreditado, la principal causa de su fracaso. A ojos de la opinión pública chilena de fines de los años treinta, al tanto de la situación europea y de la violencia nazi, la defensa irrestricta que el PNF hacía de Berlín y Roma resultaba a todas luces negativo, alejando y aislando al partido de Olivares Maturana. Sin embargo, esta no es la única razón esgrimida por Valdivia para explicar el fracaso del PNF. A esta causa principal añade la neutralización del “peligro de subversión izquierdista” en el Chile de fines de década, que minó sus posibilidades de crecimiento sobre la base de una alianza con la derecha tradicional, y “la ausencia de un marco propicio tal como ocurrió en Europa”, es decir, la falta de una “deuda” como la guerra de 1914 para el caso alemán (Valdivia, 1995, 48).

Como la primera investigadora en trabajar el caso del PNF, el aporte de Valdivia a nuestra tesis ha sido de gran importancia. No sólo por introducirnos al estudio de los grupos políticos nacidos tras el colapso del MNS, sino por sus observaciones sobre la importancia del triunfo del Frente Popular para la formación del PNF y sobre la relación ideológica de éste con sus símiles europeos, así como la incidencia de tal relación en su marginalidad y en su fracaso como proyecto político. Concordamos con ella en que la intransigencia y radicalidad ideológica del partido de Olivares Maturana, en el contexto de fines de los años treinta y creciente descrédito internacional del fascismo, lo condenaron a una posición marginal, lejana de la derecha tradicional, bajo cuyo alero podría haber crecido. En este sentido, no cabe duda que tanto la polarización de la política chilena de la época como la robustez de la derecha tradicional incidieron en tal marginalidad. Sin embargo, el trabajo de esta autora merece algunas observaciones. La primera, que los grupos estudiados por ella no son sólo *nacionalistas*, sino específicamente *fascistas*, como plantea Marcus

Klein, según se resume en las próximas páginas. La segunda, su falta de interés por el antisemitismo del PNF y las implicancias ideológicas de su utilización política. Creemos que su desconocimiento de esta dimensión del partido de Olivares Maturana limita sus conclusiones, dada la centralidad ideológica que el antisemitismo tuvo para éste. Su falta de acuciosidad en el análisis de *La Patria*, sin ir más lejos, le impidió constatar la colaboración del semanario del PNF con importantes publicaciones fascistas de Argentina y Uruguay, así como la inclusión de material propagandístico antisemita de evidente origen alemán, como veremos en el próximo capítulo.

En su tesis doctoral sobre los fascismos del Cono Sur, Marcus Klein (2000) destaca el gran interés que se produjo en la década del noventa por el fascismo chileno de entreguerras, en particular por el MNS, así como la existencia de un vacío académico en torno a los grupos nacidos tras su quiebre. La excepción a este vacío la constituye Verónica Valdivia y sus trabajos sobre las “nuevas voces del nacionalismo chileno”, recién mencionados (1993, 1995). A diferencia de ella, Klein considera que esas “nuevas voces” no sólo fueron *nacionalistas*, sino específicamente *fascistas*. Ello porque el término “nacionalista” no connotaría una posición ideológica distintiva, considerando que durante los años treinta y cuarenta del siglo pasado distintos partidos asumieron posturas que pueden ser descritas como tales, poniendo como ejemplos los programas económicos propugnados por los partidos Socialista y Comunista. En consecuencia, la caracterización del PNF como “nacionalista” es insuficiente, pues soslaya su especificidad ideológica. El PNF, como antes el MNS, se basaron en el nacionalismo, pero desarrollaron una “forma revolucionaria de ultra-nacionalismo” característica de los movimientos fascistas, pregonaron la necesidad de un “renacimiento” que revirtiera la decadencia de la nación y le diera grandeza, así como el establecimiento de un nuevo orden totalitario que trascendiera el capitalismo liberal y el estatismo comunista y que uniera en su

seno a todas las clases sociales organizadas jerárquicamente en una comunidad nacional. Todo ello hace al autor concluir que se trató de movimientos propiamente fascistas, y no simplemente nacionalistas, idea que compartimos plenamente (Klein, 2001, 347-8). Desde este punto de vista, reconocemos, el subtítulo más correcto para nuestra tesis debería ser *Antisemitismo y fascismo en Chile, 1932-1940. Los casos del MNS y del PNF*. Sin embargo, esta es una consideración a la que hemos llegado *a posteriori*, por lo que consideramos inapropiado modificar el subtítulo original, que resume el prisma con el que se planteó desde su origen esta investigación.

Establecido lo anterior, Klein coincide con Valdivia en que el PNF, como el resto de los grupos surgidos tras el colapso del MNS –principalmente la VPS y el MNCh–, fracasó en conseguir un número significativo de seguidores y en convertirse en un movimiento de masas. Sin embargo, difiere con ella en la importancia del contexto internacional en el fracaso del PNF. Para Klein, las causas nacionales se encontrarían en la fuerza de la derecha tradicional y en la polarización del sistema político chileno, que limitaron el espacio político en el que podía desenvolverse un partido como el PNF, impidiendo que encontrara su “nicho” propio, idea que compartimos plenamente. Las razones internacionales, por su parte, crecieron en importancia a partir del estallido de la Segunda Guerra Mundial, pues la pretensión del PNF de representar soluciones nacionales para los problemas de Chile perdió credibilidad. Asimismo, las posiciones ideológicas defendidas por el fascismo se convirtieron, a ojos de la opinión pública, en radicales e impopulares. Por otro lado, el miedo a eventuales planes imperialistas del Tercer Reich en América Latina hizo que un grupo como el PNF, férreamente alineado con Alemania e Italia, fuera acusado permanentemente de formar la Quinta Columna del fascismo europeo en Chile. Vale decir, con el estallido de la guerra –y a medida que ésta se fue desarrollando– el fascismo perdió su prestigio como referente de solución a los

problemas nacionales, condenando así, las aspiraciones de crecimiento del PNF (Klein, 2001, 349).

Mientras la VPS intentó hacerse de un espacio junto a la izquierda democrática, señala Klein, el PNF tomó la causa del fascismo en Chile e intentó ocupar el espacio dejado por el MNS en el espectro político. En este sentido, Klein cree que la razón que llevó al partido de Olivares Maturana a adoptar el nombre de Partido Nacional Fascista habría sido el deseo de enfatizar la naturaleza fascista del grupo y disipar así cualquier eventual desvío del fascismo europeo, como el experimentado por el MNS. En tal sentido, no cabe duda que el PNF quiso destacar desde un principio las diferencias con su antecesor, las que se reflejaron en su negativa a participar de procesos electorarios –salvo para apoyar la candidatura de Ross Santa María en contra de la de Aguirre Cerda– y en su “inflexible antisemitismo” (Klein, 2001, 354).

Pese a las acusaciones en contra del PNF de constituir la Quinta Columna de los países del Eje en Chile, y de las suposiciones que se pueden hacer en tal sentido –suposiciones que parecieran confirmarse a la luz de ciertos *descubrimientos* que hemos hecho en esta investigación, a propósito del material antisemita incluido en *La Patria*, y que detallaremos en el próximo capítulo–, Klein sostiene que no se han encontrado pruebas que confirmen que el PNF haya recibido dinero o material propagandístico desde Berlín o que Olivares Maturana haya mantenido contactos con la Alemania nazi (Klein, 2001, 358).

Tampoco existe mayor información respecto del número de militantes del PNF. La afirmación de Olivares Maturana de que su partido contaba con “9.000 soldados”, cree Klein, parece altamente improbable. Según él, ni la embajada alemana ni la británica mencionaron al partido en sus reportes del período. Tampoco la policía chilena prestó mayor atención a sus actividades. El único memorándum de Investigaciones que menciona al PNF es de noviembre de 1939, cuando se suscitó la polémica a propósito de la concentración que el

partido pretendía hacer en el Teatro Victoria. Ello sugiere que el número real de militantes era mucho menor al pretendido por el “Jefe”. Klein cree que el PNF debió haber contado con alrededor de 3.000 miembros, y que las ciudades más importantes al respecto, después de la capital, eran Valparaíso y Concepción (Klein, 2001, 358-9).

La conclusión de Klein sobre el PNF es que se trató de un “fenómeno político efímero”, incapaz de trascender el pequeño círculo compuesto por ex nacistas ardientemente antisemitas. De forma reveladora, el partido de Olivares Maturana nunca fue capaz de atraer a los nacistas de alto nivel que dejaron el MNS una vez que éste se convirtió en VPS, como Carlos Keller y Raúl Valdivieso. Entre las razones del fracaso del PNF Klein considera su estrecha identificación con el Tercer Reich, el cual habría minado sus esfuerzos de atraer a un número significativo de seguidores, y su virulento antisemitismo, que si bien atrajo a ex militantes nacistas también condenó al PNF a un lugar de marginalidad y de extrema derecha. Por último, destaca la importancia que la publicación del semanario tuvo para el partido, pues el PNF fue incapaz de sobrevivir tras la desaparición de *La Patria*, a comienzos de 1940. Un par de meses después de que dejara de publicarse el semanario fascista, el partido de Olivares Maturana se desvaneció (Klein, 2001, 359).

El desarrollo del fascismo chileno durante la presidencia de Aguirre Cerda, concluye Klein, se caracterizó por una declinación continua. A pesar de que el Frente Popular estaba en el poder, el PNF no fue capaz de capitalizar la existencia de un enemigo tangible y dar fuerza a su causa. Asimismo, la persistente fortaleza de la derecha tradicional y la polarización del sistema político limitaron el espacio político de las fuerzas de extrema derecha, minando de manera crucial su esfuerzo por hacerse de un nicho político propio. Los pactos electorales con la oposición conservadora –exitosos en atraer a sectores anticomunistas– ponen de manifiesto las dificultades que los grupos fascistas enfrentaron en este período. Además de los factores internos recién

mencionados, Klein atribuye gran importancia al desarrollo de la esfera internacional para explicar el fracaso del PNF en convertirse en un movimiento de masas. Este aspecto está ligado, según él, al cambio de percepción respecto del fascismo a partir de septiembre de 1939. Desde entonces, el fascismo fue asociado con asesinatos masivos, campos de concentración y visto como una amenaza a la independencia y soberanía nacionales, condenando a grupos como el PNF (Klein, 2001, 374-5).

Como se ha señalado en más de una ocasión a lo largo de esta tesis, las ideas y conclusiones de Marcus Klein suponen un importante aporte al estudio del fascismo chileno de los años treinta, en particular del PNF y de los otros grupos surgidos del seno del MNS. Sin embargo, nos parece que Klein incurrió en un error metodológico no menor que el señalado respecto de la bibliografía en torno a la ideología nazi: no analizó con detención el contenido de *La Patria* pues, de haberlo hecho, se habría percatado de la utilización de material propagandístico antisemita –textos y caricaturas– de evidente origen alemán, que difícilmente pudieron llegar a manos de los editores de un semanario como *La Patria* sin algún grado de colaboración de representantes alemanes, directa o indirectamente. Dicho material será revisado con detención en el próximo capítulo.

6. Conclusiones

Como su antecesor nazi, el PNF fue un movimiento político propiamente fascista que, ahondando su compromiso ideológico con el fascismo europeo y su defensa del Tercer Reich, intentó construir un proyecto político de tercera vía en Chile a fines de los años treinta. Aunque mucho más efímero y menos importantes que el MNS, el partido de Olivares Maturana nació y se vio fortalecido por el contexto político nacional e internacional de la época. Surgido

del “desbande nacist”, el PNF se alineó con la derecha tradicional en la elección presidencial de octubre de 1938, llamando explícitamente a votar por Ross Santa María. Este alineamiento con la derecha conservadora le granjeó una amplia cobertura y apoyo de *El Diario Ilustrado* en sus primeros meses de vida, sin embargo, tras el triunfo de Pedro Aguirre Cerda y el Frente Popular, pareció desaparecer de la escena política nacional. Esta situación cambió con la publicación de su semanario oficial, *La Patria*, a partir de los primeros días de junio de 1939.

La aparición del semanario fascista significó para el PNF un importante aumento de su figuración pública. Desde sus primeros números, mostró una retórica significativamente más agresiva que la de su antecesor nacist, así como una defensa férrea del fascismo italiano y del nazismo alemán –a pesar del creciente descrédito internacional de ambos– y un antisemitismo que poco tenía que envidiar a las publicaciones del nazismo alemán, salvo por la prescindencia de argumentaciones de orden biológico. Estas opciones ideológicas, lejos de ampliar su base de seguidores y convertirlo en un movimiento de alcance nacional, lo condenaron a una posición marginal en la política chilena y a una existencia efímera.

Por ende, las razones del fracaso del PNF se deben buscar tanto en el contexto político chileno de la época –con su polarización ideológica y una derecha tradicional robusta–, como en el escenario internacional –y el creciente descrédito del fascismo– y en las intransigentes opciones ideológicas tomadas por el partido de Olivares Maturana. Desde el punto de vista del contexto político chileno, parece fuera de duda que la llegada del Frente Popular al poder y la polarización política dieron impulso al nacimiento del PNF y al primer apoyo de la derecha tradicional. En este período, la existencia del PNF permitió que no todos los nacistas siguieran a González von Marées en su apoyo inicial al Frente Popular, agrupando en torno a sí a los elementos más férreamente identificados con el fascismo europeo.

Esta identificación con el fascismo europeo contribuyó notoriamente al lugar marginal que ocupó el partido de Olivares Maturana en su corta vida. En una sociedad chilena que cada día tenía más información sobre la violencia fascista, en particular sobre los abusos cometidos en contra de la población judía europea, dicha defensa significó una condena a los márgenes de la política. En este sentido, ni Valdivia ni Klein han sopesado la importancia de su antisemitismo. Creemos que la radical y persistente campaña antisemita del partido de Olivares Maturana fue fundamental en su fracaso como proyecto político, como quedará de manifiesto en el próximo capítulo.

CAPÍTULO 8

El antisemitismo del PNF: mayo de 1938 a junio de 1940

A diferencia del caso del MNS, cuyo discurso antisemita se vio afectado por los distintos giros ideológicos emprendidos por el partido a lo largo de los años treinta, el antisemitismo del PNF fue sistemático, radical y central para su desarrollo como partido. El presente capítulo da cuenta de las características del antisemitismo del PNF y de la forma en que representaba a los judíos, así como de la centralidad ideológica que éste tuvo para el partido de Olivares Maturana. El capítulo se divide en tres partes, que consideran los principales períodos por los que atravesó el PNF durante su corta vida, y concluye con una revisión de la escasa bibliografía en torno al tema.

1. El antisemitismo del PNF entre mayo de 1938 y mayo de 1939

Como vimos en el capítulo anterior, entre el comienzo del “desbande nacist”, en mayo de 1938, y la fundación formal del PNF, en octubre del mismo año, el grupo disidente encabezado por Olivares Maturana se expresó en repetidas ocasiones desde las páginas de *El Diario Ilustrado* respecto de las razones de su alejamiento del MNS y de la situación política que vivía el país. En ninguna de esas declaraciones se atacó a los judíos (*El Diario Ilustrado*, 25 mayo 1938; 30 mayo 1938; 29 junio 1938; 10 octubre 1938).

Tampoco entre octubre de 1938, momento de su fundación como partido, y mayo de 1939, último mes antes de la aparición de *La Patria*, el PNF hizo referencia a los judíos. No se los mencionó ni en el manifiesto ni en los veinte “puntos de acción” publicados en diciembre de 1938 por *El Diario Ilustrado*, ni cuando el partido editó ambos documentos en forma de libro, bajo el nombre de

Plan de Acción del Partido Nacional Fascista, ni en la entrevista concedida por Olivares Maturana a *Ercilla*, a fines de diciembre de 1938 (*El Diario Ilustrado*, 21 octubre 1938; 23 octubre 1938; 18 diciembre 1938; 23 diciembre 1938; 31 diciembre 1938; 19 enero 1939; *Ercilla*, 30 diciembre 1938; *Plan de Acción del Partido Nacional Fascista*, 1939).

Este silencio del PNF respecto de la “cuestión judía” cambió drásticamente a partir de junio de 1939, cuando comenzó a publicar su semanario bajo el nombre de *La Patria. Chile ante todo*. Desde entonces, un antisemitismo radical y sistemático se convirtió en el elemento ideológico central del partido de Olivares Maturana, hasta su desaparición de la escena política chilena a mediados de 1940. ¿Qué motivó este cambio? ¿Cómo representaba *La Patria* a los judíos? ¿Qué similitudes y diferencias guardaba la campaña antisemita del PNF respecto de la sostenida por el MNS en años previos? Estas interrogantes, entre otras, intentarán ser respondidas a lo largo de este capítulo.

2. El antisemitismo del PNF entre junio y noviembre de 1939

Desde el primer número de *La Patria*, aparecido el sábado 2 de junio de 1939, quedó claro el papel ideológico que el antisemitismo tendría para el semanario fascista, al titular “¿Existe el judaísmo en Chile?”. Según el artículo principal de ese primer número, “hasta hace poco algo había en Chile, que todos sentían, pero que nadie, sea por prejuicio o por otras razones, se atrevía a manifestar, y era lo relacionado con un problema judío”, cuya existencia “aunque se pretenda negar”, ya era “manifiesta en nuestro país”. El texto esbozaba una suerte de crónica de la presencia judía en Chile, afirmando que éstos introdujeron “entre nuestras clases modestas y asalariadas la costumbre de las famosas ‘ventas al semanal’, las cuales a primera vista eran ventajosas para los obreros, especialmente, por las tentadoras facilidades de pago”; sin embargo, esta

modalidad de venta implementada “por el ‘ruso’ como se les llamó en un comienzo a los semitas”, habría mostrado que “no era tan ventajosa como muchos se lo imaginaban”, haciendo a los judíos “antipáticos ante los ojos de muchos”. Este cambio de opinión respecto de los judíos, proseguía *La Patria*, se habría fortalecido con la “intromisión de elementos de ascendencia judía que hacían propaganda revolucionaria” de izquierda y con la llegada al país de cierta “literatura extranjera en que se develaban los planes político-sociales puestos en práctica por los judíos en otros países”, en referencia a los *Protocolos de los Sabios de Sión*. Era tal la gravedad de la penetración judía en Chile, proseguía el artículo, que podía observarse la presencia “en el Parlamento [de] numerosos judíos nacionalizados”, lo que suponía una “influencia de los elementos semitas en las distintas actividades de nuestro país”, expresada en su control de “gran parte del poder comercial”. Como una manera de relacionar el lanzamiento de *La Patria* con sucesos políticos recientes y capitalizar la polémica en torno a la expulsión del supuesto espía nazi Hans Voigt en beneficio del PNF, hasta ese momento una agrupación política marginal, los editores afirmaron que su deportación demostraba “el inmenso predominio que los judíos han logrado entre nosotros” (*La Patria*, 2 junio 1939).

Como señaláramos en el capítulo anterior, este primer número del semanario fascista incluyó también un artículo del diputado por el Partido Liberal Raúl Marín, en el que se denunciaba la “indiscutible influencia” de “los residente judíos en Chile” en círculos de gobierno como la causa detrás de la expulsión de Hans Voigt, un agente “del país, que a través de toda nuestra historia, ha demostrado como ninguno ser el mejor amigo de Chile”. Además de aquel artículo, y del comentado anteriormente, en este primer número de *La Patria* destacaba “Judaísmo y Comunismo”, texto prácticamente idéntico a uno publicado en “La Página Nacional Socialista” a fines de noviembre de 1932 y revisado en el capítulo 4. Con él, *La Patria* intentaba volver a las raíces del

movimiento nacistita chileno, antes de la “traición” de González von Marées. Dicho texto afirmaba que “el comunismo no es un simple movimiento ideológico, como lo creen algunos ingenuos, sino que es un movimiento eminentemente judío; es la reacción de una raza de sangre sin ley, por el predominio del mundo” y que “no persigue la destrucción del régimen capitalista, sino que conquistar el dominio político de la humanidad entera para la raza judía”. Para avalar dicha *revelación*, y de la misma forma que en el viejo artículo de “La Página Nacional Socialista”, se entregaba una extensa lista de judíos comunistas, en la que ahora se incluía también a los parlamentarios chilenos Marcos Chamudes, Natalio Berman y Ángel Faivovich, entre otros. El texto concluía que no “es el Gobierno soviético quien alimenta y dirige y aún sostiene con su dinero la propaganda comunista en América y en el mundo”, sino “las organizaciones judías diseminadas por el mundo entero”. Por ello, *La Patria* llamaba la atención de sus lectores respecto de las facilidades dadas por el Gobierno del Frente Popular a “la libre entrada a Chile de más de 8.000 judíos, que vienen a robustecer las fuerzas de la antipatria y a poner en peligro la soberanía nacional” (*La Patria*, 2 junio 1939; *El Imparcial*, 25 noviembre 1932).

La centralidad ideológica del antisemitismo se mantuvo como el sello distintivo de *La Patria* en el resto de sus números, como veremos a lo largo de este capítulo. Así, en su segunda edición tituló que “¡La chilenidad peligra!”, en referencia a la instalación de “consorcios capitalistas judíos” como la firma de zapatos Bata, la cual significaría “la ruina de florecientes industrias” y un aumento de “la cesantía de obreros”. El verdadero fin de la empresa Bata no era la confección de calzado, afirmaba el semanario, sino “la producción de toda clase de armas, municiones y sus diversos accesorios”. En la misma línea, “El gran peligro judío” de Raúl Olivares Maturana –prácticamente idéntico a la editorial “El peligro judío en Chile” de *Trabajo*, publicada en junio de 1936, período en que la campaña antisemita del MNS alcanzó su punto más álgido– afirmaba que “desde que el Frente Popular escaló al Poder, más de ocho mil

judíos han cruzado nuestras fronteras, con el ánimo de establecer entre nosotros sus negocios” y que dicha “penetración judía” estaba adquiriendo “caracteres verdaderamente alarmantes”. Ahora bien, la oposición que su partido mostraba respecto de la inmigración judía, aseguraba Olivares Maturana, no buscaba “desencadenar en nuestro país una lucha racial” sino que respondía a una “cuestión de higiene, cuestión de profilaxis”. Esta retórica con ribetes biológicos, aunque no necesariamente *racistas*, sería una de las constantes del discurso antisemita del PNF. De la misma manera que el texto publicado en *Trabajo*, éste manifestaba la buena opinión que los fascistas chilenos tenían respecto de los extranjeros que llegaban “con el propósito honrado de colaborar al engrandecimiento de Chile”, pero que “diferente debe ser la actitud de Chile en presencia de una invasión judía que constituye una grave amenaza para nuestra soberanía y para el futuro económico y político del país”. Esta diferenciación se justificaba en la idea de que los judíos no eran “gente venida a trabajar nuestro suelo”, sino “individuos que huyen de los países en que sus actos poco honestos hicieron posible una violenta reacción en su contra”. A continuación, el texto dejaba entrever una evidente influencia de los *Protocolos de los Sabios de Sión*, al afirmar que en esos momentos se había entablado “una lucha a muerte” entre “el mundo cristiano y el mundo judío”, según la cual “el pueblo judío, por milenios perseguido y errante, considera próxima la hora de su desquite contra la humanidad, consciente del poder omnímodo que ha sabido conquistar gracias, principalmente, al genio comercial que es su principal característica”. Así, para conseguir el dominio mundial los judíos habrían recurrido a distintos medios “en su lucha contra nuestra civilización cristiana, desde las fuerzas extorsionistas del capitalismo internacional, las fuerzas demoníacas del bolcheviquismo, hasta la omnipotencia incontrolable de las Logias Masónicas”. Pero no sólo el capitalismo, el comunismo y la masonería eran utilizados, según Olivares Maturana, para conseguir el dominio del mundo, sino también “el engaño, la

mentira, la hipocresía, la explotación de todas las debilidades humanas, la relajación de las costumbres y la deleznable práctica del agio”. El “Jefe” del PNF concluía su extenso artículo afirmando que “el peligro del imperialismo judío no es un mito entre nosotros, sino que una realidad candente y trágica, que los chilenos ya empezamos a experimentar con agudos caracteres”, por lo que llamaba a los chilenos a no permanecer impávidos ante la “gravedad” de la inmigración judía a Chile, pues “no se trata de inmigrantes” sino de “fugitivos de otros países” (*La Patria*, 10 junio 1939; *Trabajo*, 18 junio 1936).

Como indicamos en el capítulo anterior, las insólitas acusaciones de *La Patria* incluyeron la denuncia de ciertas “maniobras del judaísmo” que pretendían arrastrar a Chile a un conflicto armado con Bolivia, en referencia a los reclamos del empresario judío Mauricio Hochschild en contra del aumento de impuestos decretado por el Gobierno de Bolivia a la industria minera. En la oportunidad, el semanario fascista manifestó cierta incompatibilidad entre el carácter de chileno y el de judío, cuando señaló que las medidas adoptadas por el Gobierno boliviano no afectaban “en lo más mínimos a capitales chilenos, sino a capitales judíos”. Asimismo, puso en duda la probidad del representante diplomático chileno en La Paz, Benjamín Cohen, basándose en su “pura ascendencia judía”, la cual, supuestamente, lo inhabilitaba para representar los intereses de Chile. Puntualmente, se preguntaba acaso “¿es una mera coincidencia o su designación respondió a un plan previo del Sanedrín?”. El semanario fascista no ocultaba la influencia de la literatura antisemita europea, al concluir que en el conflicto minero con Bolivia “una vez más, los Protocolos de los Sabios de Sión han actuado”. En este mismo número de *La Patria* se incluía una entrevista al ex embajador chileno ante la Santa Sede, Carlos Aldunate, relativa a la “inmigración indeseable” que estaba “convirtiendo a Chile en la Palestina de Sudamérica”. Aldunate denunciaba que “desde hace diez meses, todos los barcos de las diferentes compañías de navegación que llegan a nuestras costas, vienen llenos de judíos, cuya cifra se calcula en más de ocho

mil". Aunque reconocía que hasta el momento Chile había estado libre del "problema judaico", ello se debía "precisamente a que la proporción de judíos en nuestra población ha sido hasta ahora relativamente baja", pero que "ante la inmigración en masa que ahora nos invade" Chile iba camino de convertirse "en una especie de Palestina de Sudamérica" (*La Patria*, 17 junio 1939).

En el último número del mes de junio, *La Patria* nuevamente hizo de la inmigración judía su tema principal al titular que "la inmigración de judíos significa la ruina de Chile"²¹. En la oportunidad se reiteraron las acusaciones de los números anteriores, en el sentido del "peligro que encierra una fuerte inmigración de elementos expulsados de otros países por indeseables" y de que el judaísmo "quiere la destrucción de la civilización cristiana de Occidente, de su moral y de todas las bases en que ella se sostiene". Asimismo, llamó a que "Chile, nuestra Patria, la tierra de nuestros antepasados" se defendiera del "peligro que entraña el judaísmo internacional, y cuyas garras se dejan ya sentir en nuestro territorio". La novedad de esta edición del semanario fascista estaba en la denuncia de que nuevos barcos europeos –como el vapor italiano *Orduña*– acababan de llegar con "grandes cargamentos de judíos que vienen a continuar en nuestras ciudades las actividades que en otros países les repudiaron". Según los editores de *La Patria*, "sabido es que el judío no es un hombre de trabajo. Jamás se ha visto a un judío en el campo, detrás de un arado. Busca la vida fácil, el comercio, y el comercio usurario, en especial el oficio de prestamista". Según el artículo en cuestión, "donde uno converja la vista, verás las manifestaciones de la existencia del judaísmo en nuestro país", tanto en el comercio, como en los círculos bursátiles y en las profesiones liberales, pues en los edificios de oficinas "se han visto colocar nuevos nombres de profesionales: médicos, dentistas, abogados, todos ellos judíos". Por ello el semanario se veía en la necesidad de explicar su "santa misión": "nuestro anticomunismo, antimasonería, antijudaísmo, antiliberalismo, no responden a

²¹ Ver imagen n° 12 del anexo.

otra cosa que a la defensa integral de la vida chilena”, pues “el judaísmo es nefasto para la sociedad, y especialmente para pueblos jóvenes, desprevenidos, generosos y cordiales como el nuestro”; porque “el comunismo es una doctrina utópica, desordenada, subversiva, criminal y tiránica”; y porque “la masonería, sociedad secreta y tenebrosa mina las bases que sirven de fundamento a la civilización cristiana” (*La Patria*, 24 junio 1939).

Pero lo más significativo del cuarto número de *La Patria* y último del mes de junio de 1939, fue la inclusión del artículo “La ayuda de Rusia y la mano tendida”, no tanto por su contenido –que repetía la acusación de que la URSS y el comunismo soviético eran en realidad instrumentos del judaísmo internacional para la conquista del mundo– sino porque éste había sido publicado originalmente por la revista argentina *Clarínada*. Esta fue la primera vez que el semanario del PNF publicó trabajos de otras publicaciones afines de explícito origen extranjero. La colaboración con la revista *Clarínada* se repetiría en el mes de agosto con la publicación de los textos antisemitas “¿Qué es la democracia argentina?” y “La penetración nazi en Argentina” (*La Patria*, 24 junio 1939; 12 agosto 1939; 30 agosto 1939). *Clarínada*, dirigida por Carlos Silveyra, era la revista antisemita más importante de Argentina y del Cono Sur. Ella recibía subsidios del Tercer Reich a través de empresas alemanas asentadas en Argentina y de la agencia noticiosa alemana TransOcean, gracias a lo cual se publicó entre 1937 y 1945. Comparado con ella, *La Patria* empalidecía como un humilde pasquín. Daniel Lvovich destaca que “se trataba de una revista de aparición mensual, prolijamente editada, con unas ochenta páginas y tapas en colores” y que, tal como *La Patria*, apelaba a “tópicos y una virulencia que lo aproximaban al nazismo” alemán, a pesar de lo cual declaraba “no compartir la ideología racista” (Lvovich, 301, 328-30).

Pero *Clarínada* no fue la única publicación antisemita sudamericana que facilitó material a *La Patria*. Durante agosto de ese año el semanario del PNF incluyó “La lucha universal de los espíritus” de la revista argentina *Crisol* y, en

septiembre, “La trata de blancas está en su mayoría ejercida por judíos”, de la revista uruguaya *Atención*. Según este último texto, “no hay actividad ilícita que más dinero produzca y permita a la vez llevar una vida más relajada que aquella que se dedica a proporcionar satisfacción a las más bajas pasiones del hombre” y “entre los que se dedican a esas actividades, desde el dueño de cabaret hasta el traficante de drogas y desde el tratante de blancas hasta el regente de prostíbulos, un porcentaje enorme de judíos”, situación que aseguraban no podía resultar extraña, pues existían pocos cristianos “con la perversión suficiente como para organizar y formar parte de una sociedad de esa naturaleza, pero lo que para los cristianos es monstruoso, para los judíos es no sólo lícito sino recomendado por su código religioso, el Talmud”. (*La Patria*, 19 agosto 1939; 16 septiembre 1939). *Crisol* era, junto con *Clarínada*, una de las principales publicaciones antisemitas argentinas. Dirigida por Enrique P. Osés, esta revista fue “un órgano de agitación pronazi dirigido a un público popular”, con páginas cargadas de “un antisemitismo virulento y obsesivo” que afirmaba que “en el problema judío residía la causa última de todos los males de la nación”. *Atención*, por su parte, constituyó la principal publicación antisemita del Uruguay, recibiendo también subsidios extranjeros que le permitieron ser distribuida de forma gratuita desde agosto de 1938 (Lvovich, 300, 323; Feldman, 21).

Como vemos, durante el primer mes de vida de *La Patria* quedó de manifiesto el lugar ideológico central que el antisemitismo tendría para el PNF. Además de las numerosas muestras que hemos extractado de ello, durante este primer mes *La Patria* incluyó también textos cortos, eslóganes y carteles en los que se ponía de manifiesto un antisemitismo radical e intransigente, y su intento de relacionarlo con el anticomunismo y el rechazo nacionalista a la masonería, inspirado en los *Protocolos de los Sabios de Sión*. Por ejemplo, en su primer número se incluyó un pequeño cartel que llamaba a los chilenos a estar “alerta contra los tenebrosos proyectos de las Internacionales que quieren

caer sobre nuestra Patria: la Internacional Masónica, la Internacional Judía y la Internacional Comunista”. De la misma manera, en el segundo número aparecía un breve recuadro donde se llamaba a los chilenos a enfrentar “las fuerzas de la negación y de la antipatria”. Pero la más importante de estas breves secciones era “El cartel de hoy”, que en cada edición expresaba sumariamente estas posiciones ideológicas fascistas y antisemitas, como que “la teoría de la lucha de clases es uno de los mayores crímenes de la inteligencia judía”; que fascismo significaba “liberación de Chile del yugo económico del judaísmo internacional” y “abolición del capitalismo parasitario”; que no se combatía a los judíos “porque son judíos” ni se pretendía “agitar luchas raciales ni religiosas”, sino que se los combatía por ser “los inventores, organizadores, directores y sostenedores del comunismo en todos los países del mundo” y porque “cumpliendo con las directivas de los Sabios de Sión pretenden destruir la civilización cristiana occidental, estimulando los vicios y defectos humanos” (*La Patria*, 2 junio 1939; 10 junio 1939; 17 junio 1939; 24 junio 1939).

Durante julio de 1939, su segundo mes de vida, *La Patria* comenzó a denunciar que “fuertes coimas pagan judíos para entrar a Chile”²². El semanario fascista afirmaba que su “campaña nacionalista, tendiente a evitar la asfixia de la chilenidad por la supeditación de extranjeros indeseables, ha encontrado grandes ecos en la opinión pública”, pues ésta se había dado cuenta que el PNF no hacía más que “interpretar el sentir de los chilenos, chilenos nacidos en Chile, que se dan cuenta ya del enorme peligro que significa para nuestra nacionalidad, la incontrolada invasión de elementos judíos que llegan a nuestras costas expulsados de otros países” y que el combate en contra de los judíos se hacía “por principio de defensa” y porque “entrañan un peligro para cualquier nacionalidad”. La novedad de este número radicaba en la denuncia de que los judíos “han pagado fuertes coimas a funcionarios chilenos con el objeto

²² Ver imagen n° 13 del anexo.

de tener expedita la entrada a nuestro país” y que mediante estos sobornos habían entrado tal cantidad de judíos que “Chile, nuestra patria, hoy en día constituye una verdadera segunda Tierra Prometida para los señores de Israel”. Repitiendo dichos del mes anterior, se afirmaba que “jamás a un judío se le ha visto tras un arado. Su vocación es el comercio, y el comercio fácil; compra de oro, prestamista, usurero y propietario de hoteles, como existen muchos en las calles Las Rosas, San Pablo y Alameda”. En la editorial del quinto número de *La Patria* se recurría a comparaciones de orden biológico, al afirmar que “el médico, al luchar contra los gérmenes y bacterias que corroen nuestro organismo, no lo hace por un enfermizo afán bactericida, sino en defensa del organismo que siente amenazada su salud corporal”; del mismo modo, los fascistas declaraban que “al lanzarnos en contra de esta raza, que comienza a invadirnos, no lo hacemos por un fin mezquino de lucha racial o religiosa, sino conscientes de que al hacerlo, salvaremos a nuestra Patria y a la chilenidad de la asfixia y de la muerte”. Esta agresiva editorial concluía exclamando “¡no queremos escorias, ni conglomerados de individuos inasimilables, y que, pese a todas sus descendencias, serán siempre extranjeros!”. Por último, cabe destacar que el semanario fascista también recurrió a expresiones antisemitas con el fin de atacar al Gobierno del Frente Popular, como cuando afirmó que éste, en vez de proteger a los chilenos más necesitados, prefería cobijar a “más de ocho mil parásitos hebreos” y a “más de 23 mil prófugos republicanos españoles”, quienes vendrían a “consumir alimentos y productos que nuestros hermanos sólo pueden adquirir mediante la mendicidad pública” (*La Patria*, 1 julio 1939).

Siguiendo la línea de sus números anteriores, el sexto número de *La Patria* tituló que “invasión judía amenaza a Chile”²³. Según el semanario, la “penetración judaica” había llegado a tal punto que incluso “en el Ejército de nuestra patria, por desgracia, hay muchos judíos que visten el uniforme militar,

²³ Ver imagen n° 14 del anexo.

reservado sólo para los hijos de esta tierra. Claro está que estos señores ocupan cargos de administración, contadores, veterinarios, médicos”, pues “jamás se ha visto a un judío en las trincheras”. Respecto de las denuncias de pago de coimas por invitar a judíos europeos a migrar a Chile, el semanario fascista acusaba de maniobras fraudulentas a diversas personalidades de la política chilena, como Marmaduke Grove, Carlos Keller, Robinson Álvarez y Natalio Berman. Fue en este mismo número de *La Patria* que el segundo hombre del PNF, Osvaldo Gatica Camoglino, contestó al artículo “Vendidos a Hitler” del semanario *Qué Hubo*, que había denunciado concomitancias entre el PNF y las potencias del Eje. En la oportunidad, el secretario general del partido calificó los directores del semanario izquierdista como “los más repugnantes ejemplares de la fauna judía”, y que servían a los intereses de “circuncisos infectos, que por millares la higiene europea nos está lanzando a nuestras costas, amenazando con ello la salubridad política y social de Chile”. La violencia de estas diatribas, creemos, no sólo excede la polémica política regular sino que fue mucho más allá que el propio MNS, como vimos en el capítulo 4 (*La Patria* 18 julio 1939).

Durante el mes de julio también encontramos el segundo texto de evidente origen extranjero –aunque no declarado explícitamente como tal, probablemente como una forma de evitar las acusaciones de “Quinta Columna”–, titulado “Los judíos son los vampiros de la sociedad”. Según él, “la corrupción de la familia, la depravación de las buenas costumbres, la relajación en que se devuelven las clases dirigentes, y las clases obreras, el culto por el vicio y la degradación de la vida moderna” era obra de la cinematografía norteamericana y “del capitalismo judío, que cumple de esta manera uno de los mandatos del Talmud: ¡corromper a los cristianos!” (*La Patria* 18 julio 1939).

El primer número de *La Patria* donde las expresiones antisemitas no abundaban fue el séptimo, dedicado a la “España rescatada” por Franco. Una de las pocas hacía referencia al “escandaloso negociado” detrás de la

inmigración judía a Chile –“invasión de hez contagiosa”– e ironizaba con las ocupaciones que muchos de estos inmigrantes supuestamente se habían comprometido a desempeñar, como agricultores. Este sarcasmo respecto de los “agricultores judíos” ocuparía un rol importante durante los meses siguientes para el semanario fascista, llegando a manifestarse también en forma de caricaturas, como veremos más adelante. Por último, respecto de esta edición cabe destacar la inclusión del artículo titulado “¿Cómo reconocer al masón?”. Como hemos visto, una de las características del antisemitismo del PNF y de *La Patria* era el persistente alegato en contra de las “internacionales” judía, comunista y masona, el cual ponía de manifiesto la influencia del antisemitismo europeo de la época y del legado de los *Protocolos de los Sabios de Sión*. Respecto de este texto en particular, los editores de *La Patria* aseguraban que se habían visto en la necesidad de publicarlo “para que los hombres sanos de este país” que no creen en “todos los secretos de esta secta internacional y se niegan a creer muchas veces en el peligro que esta organización encierra” abrieran los ojos a la verdad. Era “para esos chilenos, sanos de cuerpo y alma” que *La Patria* revelaba los secretos de la masonería (*La Patria*, 18 julio 1939).

Uno de los principales focos de atención del semanario durante el mes de agosto de 1939 estuvo en el proyecto de ley en contra del racismo presentado por los diputados socialistas Ricardo Latcham y Juan Bautista Rossetti. En el número ocho de *La Patria* se afirmaba que “la canalla judía comienza a actuar” en referencia a esta iniciativa legal. Según sus redactores, “para nadie es una novedad que nuestro semanario fue la primera publicación en Chile, que en forma abierta, clara y contundente abordó el problema relacionado con el judaísmo, cuyas garras siniestras comienzan a dejarse ver en nuestro país”, ante lo cual “los componentes del Sanhedrín y la Sinagoga” habrían reaccionado promoviendo la presentación de dicho proyecto de ley, calificado como “un verdadero atentado a la chilenidad”. Por ello, el PNF advertía que de

aprobarse “dicho proyecto de ley, absurdo y antichileno”, producto de “los enemigos de Chile, cuyo clan lo componen judíos, masones y comunistas” y de “la antipatria”, no le quedaría más remedio que recurrir a “la violencia defensiva y reivindicadora”, pues no permitiría “la muerte de la chilenidad”. El artículo relativo al proyecto de ley contra el racismo concluía calificando a los diputados que lo patrocinaban como “sujetos que se han prestado como instrumento a los planes nefandos del judaísmo internacional”, acusándolos de cometer “el horrendo crimen de pretender impedir a Chile que se defienda de una invasión mil veces peor que la más mortal de las epidemias, por cuanto el judaísmo tiende a la negación y el envenenamiento de las fuerzas espirituales de una nación”. En el mismo sentido, se incluía un cartel titulado “Al pueblo de Chile” en el que se denunciaba que detrás del proyecto se escondía, además de la mano judía, un intento de “prohibir a todos los chilenos defender la integridad moral, política, económica y social de Chile” y de “dar patente de inmunidad a los indeseables hebreos que aumentarán el número de tratantes de blancas, cafiches y traficantes de drogas heroicas”; de aprobarse la iniciativa legal, se rebajaría “a los chilenos a la calidad de sirvientes y parias en su propia patria”. También la editorial de este número estuvo dedicada al “horrendo proyecto antichileno” destinado a “sancionar como delito a la seguridad del Estado, el hecho que un ciudadano cualquiera se exprese contra la raza judía”. Al igual que los dos textos anteriores mencionados, la editorial atacaba en duros términos a los parlamentarios que patrocinaban la iniciativa, a quienes llamaba “ruines sirvientes del judaísmo internacional”. Asimismo, repetía que eran “los prisioneros del Sanhedrín”, aquellos “altos personajes del judaísmo, los que visto el fracaso de sus esfuerzos tendientes a silenciar a la única prensa verdaderamente defensora de la chilenidad”, habían creído “llegado el momento de recurrir al parlamento, para impedir en forma aparentemente legal, a los que develan los manejos sucios de esa extranjería” (*La Patria*, 1 agosto 1939).

El mencionado proyecto de ley –“redactado en la Sinagoga y firmado por los inmorales y traidores Juan Bautista Rossetti y Ricardo Latcham”– también sería el tema principal del noveno número de *La Patria*, titulado “Judíos jamás mandarían en Chile”. Sin embargo, desde el punto de vista de la campaña antisemita del PNF, el texto más significativo incluido en esta edición era “Judaísmo y delincuencia”, donde se afirmaba que “el régimen hitlerista aplastó la criminalidad que se había convertido en un modus vivendi”, refiriéndose al judaísmo alemán, pero que una vez expulsados de suelo alemán se dedicaban a actividades ilícitas en suelo americano y chileno. Según el texto, “el negocio principal de los judíos es el tráfico con estupefacientes” y otras “bellaquerías”, por lo que defendía la expulsión de los judíos como “una cuestión de orden profiláctico”, pues el antisemitismo “no es una cuestión racista como se pretende hacer aparecer, sino un problema de higiene, de limpieza” (*La Patria*, 5 agosto 1939).

Por último, el mes de agosto presencié una polémica entre el PNF y los grupos antifascistas tratados en el próximo capítulo, a propósito de la “concentración judía” llevada a cabo por el Instituto Antirracista de Chile el domingo 13 de ese mes en el Teatro Caupolicán. Según *La Patria*, en ella tomarían parte “los más connotados elementos de la Judería chilena, de las Logias Masónicas, y del Comunismo”. Una vez realizada la concentración, el balance de los fascistas chilenos era lapidario, titulando que “Rotundo fracaso resultó la reunión judía del domingo” (*La Patria*, 12 agosto 1939; 19 agosto 1939).

No obstante, desde el punto de vista de este capítulo, más importante que la polémica entablada con *Civilización* y otros medios de prensa antifascista, fue el comienzo de la publicación del “Talmud (Schuljan Aruj)”²⁴. Este texto antisemita fue publicado en 1883 por el Dr. Justus, seudónimo del antisemita prusiano Aaron Briman, bajo el título de *Der Judenspiegel* (“El espejo

²⁴ Ver imagen n° 15 del anexo.

judío”) y resucitado por las autoridades de la propaganda nazi a mediados de la década de 1930. El texto pretendía ser la compilación de cien leyes judías tomadas del tradicional texto judío Schuljan Aruj y que explicaban la supuesta animosidad judía en contra de los cristianos, aunque no tardó en ser desacreditado por académicos alemanes como Jacob Ecker (Gottheil y Mannheimer, 2012). Según el Talmud (Schuljan Aruj) reproducido por *La Patria*, los judíos asimilaban a los cristianos con los cerdos y con el excremento, dada su falta de pureza; rezaban para que Dios los maldijera; podían robar sin culpa a los cristianos, y un largo etcétera. Pero más importante que el contenido es el origen de este texto antisemita alemán, pues para un pequeño partido fascista sudamericano como el PNF conseguirlo y publicarlo habría sido imposible sin apoyo extranjero, específicamente alemán (*La Patria*, 12 agosto 1939; 19 agosto 1939; 30 agosto 1939; 7 septiembre 1939; 9 septiembre 1939; 16 septiembre 1939; 27 septiembre 1939; 30 septiembre 1939).

El activismo antisemita del PNF también incluyó la publicidad y venta de textos antijudíos clásicos, como los *Protocolos de los Sabios de Sión*, *El Judío Internacional*, de Henry Ford, *El Kahal/Oro* del argentino Hugo Wast y algunos textos del chileno Luis Donoso Zapata en torno al antisemitismo conspiracionista de los *Protocolos* (*La Patria*, 5 agosto 1939; 12 agosto 1939; 19 agosto 1939; 30 agosto 1939; 7 septiembre 1939; 9 septiembre 1939; 27 septiembre 1939; 30 septiembre 1939; 7 octubre 1939; 28 octubre 1939).

Por último, del mes de agosto queremos destacar el texto “La inmigración judía”, que resumía como ningún otro la *identidad antisemita* del PNF. Según este texto, “los judíos no son chilenos, ni alemanes, ni franceses, ni rusos, ni ingleses, ni italianos; son, en cualquier parte del mundo que nazcan, única y esencialmente judíos”, por lo que “la palabra Patria en sus labios es una profanación”. En las antípodas de los judíos –“marcados con la infamante mancha de la anti-chilenidad”– se encontraban aquellos “que pueden leer *La Patria*”, pues el semanario del PNF era “la voz de los puros” y de los que

estaban forjando “una Patria sin sátrapas, sin rufianes y sin odiosidades, es decir, una Patria sin judíos, sin masones y sin marxistas”. Y, diferenciándose del antisemitismo nazi, su violencia llegaba al punto de advertir a las “lacras vivientes que se guarecen en los oscuros y malolientes subterráneos de las Sinagogas o de las Kahales” de la venganza que el fascismo chileno emprendería en su contra (*La Patria*, 19 agosto 1939).

La declaración de guerra de Gran Bretaña a Alemania se convirtió en el principal foco de atención del semanario fascista durante septiembre de 1939. En su número trece, el primero de este mes, se tituló “Inglaterra culpable de la guerra” y se calificó el nuevo conflicto bélico europeo como “un triunfo del judaísmo internacional”. Según los editores de *La Patria*, la nueva conflagración tenía su origen en el “famoso y nefasto” Tratado de Versalles, verdadera “injuria al honor y la dignidad” de Alemania, y pese la buena voluntad alemana para solucionar el diferendo sobre Danzig “la rubia Albion, la coqueta Gran Bretaña” se había mostrado intransigente, producto de “su clásica política judaicomasónica”, precipitando una guerra que nadie quería. Por supuesto, el semanario atribuyó a “la influencia y maniobras turbias de los judíos de todo el mundo, especialmente de Londres y París” la declaración de guerra en contra de Alemania. Inglaterra era para *La Patria* “desde hace muchos años víctima del judaísmo”, pues eran los judíos quienes habían “soliviantado a la opinión pública inglesa contra Alemania” y eran ellos quienes habían “lanzado al pueblo inglés al crimen más horrendo”. Más específicamente, las maniobras del judaísmo buscaban “la convulsión y el caos para imponer sus designios”. El artículo concluía estableciendo una diferencia radical entre las naciones del Eje, por un lado, y Francia e Inglaterra, por el otro: las primeras eran “los exponentes vigorosos de una nueva concepción de vida, en contraposición a la demoliberal-judaica-masónica de Inglaterra y Francia”, mientras que el Eje representaba “la unión de los pueblos proletarios de Europa que lucha por el

derecho a la vida”, y que combatiría en “esta lucha que al mundo ha lanzado la plutocracia oligárquica y financiera anglofrancesa, estimulada y soliviantada por el judaísmo y la masonería internacional”. En los números siguientes se insistió en que de nada servirían “todo el oro de los Rothschild, todas las maniobras de los judíos enseñoreados de Londres y París; todas las artimañas de la masonería internacional”, pues “la unidad de los pueblos” podría más y evitaría una guerra sangrienta. El conflicto había sido precipitado por Inglaterra, como una “última intentona de la democracia liberal judaica-masónica para poder sobrevivir, a pesar de su total y absoluta caducidad” y como una “revancha” de “la oligarquía financiera judía internacional” en contra de los países del Eje. A las opiniones vertidas en el número anterior, se sumaba la entrega de una lista de judíos en el gobierno y la prensa ingleses –que incluía a Hore Belisha y Lloyd George– que, según *La Patria*, venía a comprobar la responsabilidad del judaísmo inglés en el conflicto (*La Patria*, 7 septiembre 1939; 9 septiembre 1939).

Coincidentemente con la declaración de guerra inglesa a Alemania y el alineamiento del PNF con ésta última, *La Patria* comenzó a incluir más material propagandístico antisemita de origen europeo. Aunque no se reconocía su origen de forma explícita, para evitar las acusaciones de “Quinta Columna”, resulta notorio por el estilo en que están escrito y por la detallada información –difíciles de conseguir para un movimiento político más bien marginal como el PNF– que dicho material no era chileno. Nos referimos a los textos “La política racial alemana”, que defendía la decisión del Tercer Reich de “conseguir la mayor pureza racial del pueblo alemán”; “La masonería y el judaísmo”, que pretendía comprobar “el carácter internacional de la francmasonería, su poder secreto y el del judaísmo dentro de esta liga” y la relación entre masonería y marxismo, pues “las doctrinas del marxismo son las mismas que sobre el Estado, la economía y la sociedad profesa la francmasonería, arregladas para el uso doméstico y traducidas al lenguaje y modo de pensar de las masas del

pueblo que trabaja”; e “Inglaterra y los judíos”, que acusaba a la “rápida judaización de las clases dirigentes de Inglaterra” del origen de la guerra con Alemania (*La Patria*, 7 septiembre 1939; 9 septiembre 1939; 27 septiembre 1939).

Pero la inclusión de material propagandístico antisemita de origen europeo no se limitó a los textos mencionados, pues a partir de ese mes comenzaron a incluirse también caricaturas. Esto se vio facilitado, paralelamente, por el cambio en los servicios de impresión de *La Patria*, que pasaron de la imprenta *Jeneral Díaz* (sic) a los talleres del diario derechista *El Imparcial*. Así, entre mediados de septiembre y los primeros días de noviembre de 1939, *La Patria* incluyó un total de nueve caricaturas antisemitas, algunas de gran calidad gráfica. La primera y la segunda caricaturas, dibujos más bien rústicos, mostraban a un grupo de judíos débiles y encorvados marchando a la guerra en apoyo a Gran Bretaña y a un judío como uno de los Jinetes del Apocalipsis, respectivamente²⁵. La tercera caricatura era de mejor calidad gráfica, y mostraba a un judío comerciando con la muerte propia de la guerra. Bajo el dibujo aparecía la leyenda “Los únicos vencedores de la guerra: LOS JUDÍOS”²⁶. La cuarta caricatura reforzaba esta última idea, con la leyenda “Los forjadores de todas las guerras: El Judío”²⁷. La quinta, probablemente la de mejor factura de todas, mostraba a dos europeos, que representaban a Inglaterra y Alemania, matándose a puñaladas mientras un judío observa expectante²⁸. La leyenda que la acompaña reza “En el desangramiento de los pueblos en las luchas fratricidas, los JUDÍOS forjan sus esperanzas para realizar sus planes de dominación mundial”. La calidad gráfica de este dibujo y de los anteriores destacados, la falta de la firma de su autor y su coincidencia con la postura nazi alemana de culpar de la guerra a los judíos, entre otros

²⁵ Ver imágenes n° 16 y 17 del anexo.

²⁶ Ver imagen n° 18 del anexo.

²⁷ Ver imagen n° 19 del anexo.

²⁸ Ver imagen n° 20 del anexo.

elementos nos hacen suponer que estas caricaturas son, en realidad, de origen alemán. En este sentido, creemos que sería de gran utilidad comparar este material iconográfico –como el resto del material propagandístico antisemita que parece ser de origen europeo– con los contenidos de las revistas antisemitas argentinas y uruguayas con las que colaboró *La Patria* y mencionadas previamente y cuyas colaboraciones con agentes nazis alemanes están comprobadas –*Clarinada, Crisol y Atención*–, de modo de corroborar eventuales coincidencias. Las caricaturas número seis y siete, en cambio, parecen de origen chileno, no sólo por la calidad gráfico sino porque ridiculizan específicamente el carácter de agricultores de los inmigrantes judíos²⁹. Por último, las caricaturas ocho y nueve vuelven a relacionar a los judíos con la guerra europea y a situarlos como culpables de la misma. Ambas parecen ser de origen alemán por los mismos factores mencionados más arriba³⁰. No cabe duda que todo el material iconográfico recién referido potenció significativamente el mensaje antisemita antes descrito (*La Patria*, 16 septiembre 1939; 27 septiembre 1939; 7 octubre 1939; 14 octubre 1939; 21 octubre 1939; 28 octubre 1939; 4 noviembre 1939).

Por último, sobre el mes de septiembre de 1939 cabe destacar la publicación del texto “Lo que se proponen los judíos según los Protocolos de los Sabios de Sión”, que resumía para un público amplio los más de veinte puntos que formaban el clásico texto antisemita. Entre ellos se destacaban las intenciones de “destruir la estructura familiar”, “dominar los goim (no judíos) mediante sus vicios”, “degenerar las artes”, “desviar la atención de las masas mediante diversiones públicas”, “reemplazar los dirigentes eficientes por judíos”, “destruir la inteligencia entre obreros y patrones mediante huelgas”, “destruir las empresas rurales por la industria y a su vez obligar a especulaciones perniciosas”, “encarecer la vida”, “multiplicar los armamentos”, “provocar la

²⁹ Ver imágenes n° 21 y 22 del anexo.

³⁰ Ver imágenes n° 23 y 24 del anexo.

caída de las monarquías y reemplazarlas por repúblicas”, “llevar el comunismo al poder”, “constituir monopolios”, “paralizar la industria” y “preparar la agonía del Estado” (*La Patria*, 16 septiembre 1939).

La guerra europea y la supuesta culpabilidad judía siguieron siendo el principal tema abordado por *La Patria* en sus números de octubre de 1939. En el primer número de ese mes el semanario fascista tituló que “los judíos incitan a la guerra”, afirmando que éstos habían jugado un rol preponderante en “todas las guerras”, desde la época en que por medio del oro “se introducían fácil y solapadamente en las cortes de los príncipes y en los Gobiernos, pagaban los gastos de la corte y financiaban las guerras para duplicar y triplicar así sus ganancias”. Así, la fortuna de Rothschild se habría construido “azuzando la guerra, por medio de sus testaferros y agentes oficiosos” hasta conseguir el estallido de “todas las principales guerras [del] siglo XIX y del año 14 del presente siglo”; pero estas maniobras no eran exclusivas de la familia Rothschild, pues “la han puesto en práctica los judíos en todos los tiempos”. Según el artículo en cuestión, “los únicos favorecidos con la guerra del año 1914-1918, fueron los componentes de la raza judía”. Respecto del nuevo conflicto bélico, se aseguraba que era “innegable” que sus principales instigadores eran judíos (*La Patria*, 7 octubre 1939).

En su segunda edición del mes de octubre, se tituló que “Inglaterra rechaza la paz”, repitiendo que “los únicos interesados en una conflagración bélica, si no mundial” eran los judíos, para así materializar “sus tenebrosos planes de dominación mundial”. La única novedad del artículo era que Hitler habría ofrecido la paz a Inglaterra, pero que sus gobernantes la habrían rechazado. Asimismo, esta edición incluía la noticia de que “agricultores judíos” habían sido recientemente expulsados de Chile. Según los editores de *La Patria*, ellos habían combatido desde hacía meses “la incontrolada inmigración judía” y el supuesto ardid de muchos de los recién llegados de declarar que se

dedicarían a “labores agrícolas”. Sin embargo, al poco tiempo se habría puesto de manifiesto “la falacia y mala fe de quienes pretendieron engañar a la opinión pública chilena con tales embustes”, pues dicha inmigración “no contribuye al engrandecimiento moral, cultural y social de ninguna nación”. La prueba se hallaba, según *La Patria*, en la serie de “maleantes expulsados” recientemente del país, en la que abundaban los apellidos judíos, y que se habían especializado principalmente en “el repugnante negocio de la trata de blancas” (*La Patria*, 14 octubre 1939).

En su vigésimo número, y tercero del mes de octubre, aparecía uno de los artículos más significativos escritos por Raúl Olivares Maturana, titulado “¡El comercio en manos de judíos!”. Según el “Jefe” del PNF, “los únicos negocios de chilenos en toda la calle Ahumada son los Restaurants Naturistas de la firma Valdés y Fuenzalida Ltda.”, mientras que “todos los negocios restantes, nos atrevemos a decir que en un 98 por ciento son de judíos”. Esta “comprobación irrefutable” hecha por Olivares Maturana debía “hacer meditar hondamente a los chilenos de corazón”. Además de estas exageraciones, el artículo contenía expresiones muy violentas y ofensivas, como cuando se refería a “circuncisos infectos que prófugos de otros pueblos han llegado al nuestro” o de “extranjería compuesta por rufianes y parásitos”, quienes eran todo lo contrario a los “chilenos verdaderos”. Esta retórica también estaba presente en “Esos no son extranjeros”, centrado en una supuesta campaña emprendida por los diarios *Las Últimas Noticias* y *La Nación* en contra de la trata de blancas en los que se habría llamado a ciertas personas como “elementos extranjeros”. El semanario fascista afirmaba que “los tratantes de blancas que por millares están entrando a Chile no son extranjeros”, sino judíos. En este mismo número apareció la primera parte –de cuatro– de “Los fundamentos del problema judío”, otro texto de origen extranjero que justificaba las medidas antijudías llevadas a cabo por el Tercer Reich. Según él, “aquellos pueblos que se oponen a la inmigración de los judíos expulsados de Alemania, obran instintivamente, pues presienten el

inminente peligro al que los conduciría una numerosa comunidad judía establecida en su territorio nacional”. Las siguientes partes de este texto, que seguían la misma lógica de la primera parte, se publicaron en los números siguientes del semanario fascista (*La Patria*, 21 octubre 1939; 28 octubre 1939; 4 noviembre 1939; 11 noviembre 1939).

La última edición del mes de octubre tituló que “El grave problema judío amaga el futuro de Chile”, problema que sólo el PNF había tratado y podía solucionar. Repitiendo una idea ya expresada previamente, se afirmaba que “al atacar al judío, no lo hacemos en cuanto a sus principios religiosos pues no alentamos fines de luchas religiosas, ni tampoco en orden a su raza, ya que consideramos ilógicas las luchas raciales, sino por principio de defensa”. Según *La Patria*, “Chile, con su Gobierno de Frente Popular, ha sido la nación que ha permitido la más alta cuota de inmigrantes judíos entre los países del mundo”, lo que había provocado, entre otras cosas, “que los judíos establecidos en esta ciudad hayan comenzado a desplegar una gran actividad de propaganda y de penetración” a través de las publicaciones *Qué Hubo* y *Civilización*. Ante esta situación, el semanario fascista afirmaba que “sólo los chilenos no infectados con la pestilencia de los partidos políticos pueden impedir el estrangulamiento de Chile por parte de las nefastas Internacionales: Judía, Masónica y Marxista” (*La Patria*, 28 octubre 1939).

En noviembre de 1939, mes que marcó el comienzo del declive del PNF, *La Patria* insistió en que la entrada de Estados Unidos a la guerra como vendedor de armas constituía “otro triunfo del judaísmo internacional”, dado el supuesto origen judío de Roosevelt esgrimido por los simpatizantes del Eje. En el ámbito nacional, la primera edición de este mes se refirió a la campaña que la prensa de izquierda, en particular el diario socialista *La Crítica*, estaba emprendiendo en contra del PNF, y a la preferencia que el Gobierno supuestamente daba a “elementos extranjeros, refugiados españoles y judíos” –quienes venían a

“arrebatarse a nuestros connacionales el pan, y a arrastrar a miles a la cesantía y a la desesperación”– en desmedro de los chilenos necesitados (*La Patria*, 4 noviembre 1939).

En el segundo número de noviembre, nuevamente el titular y el artículo principal estuvieron dedicados al conflicto bélico europeo y al papel que en él cabía a los Estados Unidos, defendiendo la posición del Tercer Reich. Como en numerosos textos previos, el semanario fascista acusaba que “la prepotencia e influencia del judaísmo internacional, hondamente incrustado en los Estados Unidos de Norteamérica” habían llevado al conflicto a un punto crítico. Sin embargo, esto no podía “sorprender a quien conozca los interiores de la política doméstica de ese país” gracias a las revelaciones contenidas en *El judío internacional* de Henry Ford, uno de los textos clásicos del antisemitismo y obra comercializada por el propio PNF y anunciada desde las páginas de *La Patria*. En plano interno, este número denunciaba a los políticos chilenos que habían “entregado la economía chilena en manos del judaísmo internacional” y, sobre todo, que “la prostitución en nuestro país ha aumentado en estos últimos siete años”, en particular la que se ejercía en hoteles del centro de Santiago que funcionaban como prostíbulos. En ellos trabajaban muchas mujeres “por mandato de tenebrosos individuos que se han dado en llamar “cafiches” o “rufianes”, muchos de los cuales son de nacionalidad judío-argentina”, y que se desempeñaban en una serie de céntricos hoteles, “todos estos de propiedad de judíos” (*La Patria*, 11 noviembre 1939).

Por último, el mismo número que informaba a los seguidores del PNF sobre la prohibición que el Gobierno había impuesto a la concentración fascista culpaba al “apoyo de masones y judíos” del éxito de la campaña de izquierda en su contra. Sin importar las serias dificultades que experimentaba el partido fascista, su semanario no perdió la oportunidad de ironizar con la supuesta ocupación de agricultores en la que algunos inmigrantes judíos se habían comprometido a desempeñarse con tal de conseguir una visa para entrar a

Chile, ni de insistir en sus acusaciones de que los judíos encabezaban el negocio ilícito de trata de blancas. Para el PNF, era “necesario reconocer que el chileno no simpatiza ni acepta al judío”, pues “en el alma de nuestro hombre de trabajo se sabe la medida de sanguijuela de cada uno de los elementos judíos, que no tienen recato ni pudor para explotar impunemente al proletario con sus condiciones usurarias e inaceptables”. Según los fascistas, “la sola presencia del judío crea repulsión”, por lo que llamaba al Gobierno a cerrar definitivamente las puertas de Chile a la inmigración judía (*La Patria*, 18 noviembre 1939).

3. *El antisemitismo del PNF entre noviembre de 1939 y junio de 1940*

Tras los sucesos de noviembre, cuando el Gobierno prohibió la concentración que el PNF pretendía llevar a cabo en el Teatro Victoria y mandó a allanar los talleres donde era impreso *La Patria*, requisando material impreso, el semanario fascista tituló que “Las coimas de los judíos se comprueban”, en referencia al reciente estallido del ‘affaire’ de la inmigración judía. En la oportunidad se comprobó la existencia de una red de corrupción en la burocracia chilena que cobraba fuertes sumas de dinero a cambio de visados para ingresar al país, aprovechándose de la desesperación de los inmigrantes judíos europeos, y en la que también participaron individuos judíos (Nes-EL, 1999, 117). El artículo principal de la edición número veinticinco –publicado a mediados de diciembre– afirmaba que el órgano oficial del PNF había “obtenido un triunfo más en su corta vida periodística” al comprobarse las denuncias de corrupción detrás de la entrada de judíos a Chile, denuncias de las que el partido fascista pretendía apropiarse como una forma de hacer renacer el semanario luego de los duros sucesos de noviembre. Por supuesto, culpaba del escándalo de corrupción al Gobierno del Frente Popular, cuyas investigaciones para esclarecer el escándalo constituían, a ojos de los editores de *La Patria*, “una maniobra burda

y una burla sangrienta a la ciudadanía”. Por cierto, este número de *La Patria* acusaba a los judíos de ser los responsables de la persecución gubernamental en contra del PNF (*La Patria*, 20 diciembre 1939).

En su siguiente número, publicado a mediados de febrero de 1940, *La Patria* nuevamente dedicó su titular a expresar que “Los judíos constituyen un peligro para Chile”. El artículo principal de este número trataba sobre las conclusiones a las que había llegado el recientemente entregado informe de la Comisión Investigadora sobre el escándalo de la inmigración judía, como una forma de capitalizar en favor del PNF el clima antisemita que el estallido del escándalo había favorecido. Según *La Patria*, el informe corroboraba “el enorme peligro que significa para Chile una inmigración como la judía”, por lo que felicitaba a sus responsables. Como en el número previo, de mediados de diciembre, esta edición expresaba su “profunda satisfacción por el triunfo enorme alcanzado” por el semanario fascista en lo relativo a la inmigración judía pues, como señalaba el mencionado informe, para Chile “la inmigración es necesaria pero no de judíos” (*La Patria*, 12 febrero 1940).

Una de las pocas expresiones antisemitas del penúltimo número de *La Patria*, aparecido a comienzos de marzo de 1940, decía relación con el nombramiento del senador radical, y hasta ese momento presidente del Instituto Antirracista de Chile, Cristóbal Sáenz, como nuevo ministro de Relaciones Exteriores. Por supuesto, el semanario fascista declaraba su absoluto rechazo al nombramiento, dados “los antecedentes filosemitas del nuevo Canciller” (*La Patria*, 2 marzo 1940).

Finalmente, en su última edición, también de marzo de 1940, las expresiones antijudías prácticamente habían desaparecido del agonizante semanario fascista. A lo más, se llamaba a los chilenos a combatir a “los enemigos de nuestra patria”, quienes militaban en las filas del “socialismo-comunista-masónico-judaizante”, y a formar un “frente anticomunista” que combatiera al “corrosivo y demoleedor internacionalismo-judío-masónico-

marxista” (*La Patria* 9 marzo 1940). Con la publicación de este número concluía la trayectoria antisemita del PNF.

4. La bibliografía sobre el antisemitismo del PNF

Pese a la relevancia ideológica que el antisemitismo tuvo para el PNF, según hemos visto en estos últimos dos capítulos, Valdivia (1993, 1995) no le concede mayor importancia ni lo somete a mayor análisis en sus trabajos sobre el nacionalismo chileno de los años del Frente Popular. Aunque reconoce la relación que para los fascistas chilenos existía entre antisemitismo y anticomunismo –para quienes comunismo y judaísmo habrían sido una misma cosa– y destaca que para ellos la presencia judía en Chile significaba una amenaza para la soberanía nacional –pues supuestamente se apoderaban de las riquezas del país–, la autora no profundiza en el tema. Vale decir, independiente de su aporte como precursora en el estudio del PNF y los grupos nacidos tras el quiebre del MNS, el aporte de Valdivia a nuestro estudio sobre antisemitismo y nacionalismo –o fascismo– en Chile durante los años treinta es escaso, dada la escasa importancia ideológica que esta autora da al antisemitismo político de estos grupos.

Y aunque su análisis del antisemitismo del PNF es más profundo que el de Valdivia, dándole una importancia más acorde a lo que las mismas fuentes nacionalistas sugieren, Klein (2000, 2001) tampoco aquilata completamente su trascendencia política. Aunque reconoce que el inflexible antisemitismo del PNF, además de su negativa a participar de procesos electorarios, marcaría una importante diferencia ideológica del partido de Olivares Maturana respecto del MNS, no profundiza mayormente en las características del antisemitismo del PNF, ni en cómo representaban a los judíos, ni las consecuencias políticas y culturales de tales representaciones, ni el origen del material propagandístico

antisemita utilizado por *La Patria*, ni mucho menos la respuesta de la colectividad judía chilena de la época frente a la campaña antisemita del PNF.

La ausencia del PNF y su campaña antisemita en los reportes que la representación diplomática alemana en Chile envió a Berlín –la cual monitoreó las manifestaciones antisemitas en Chile y proveyó a las publicaciones de extrema derecha con artículos–, induce a Klein a menospreciar la importancia que este antisemitismo tuvo para el fascismo chileno de los años treinta. ¿Qué habría motivado, entonces, a que el PNF desarrollara una campaña antisemita de tales características? Cuando menos, ¿qué ayudaría a explicar tal decisión? Para el autor, en ello habría influido el creciente número de inmigrantes judíos llegados desde Europa central a lo largo de los años treinta como el auge del antisemitismo en Europa, en especial desde que el régimen de Mussolini instauró política antijudías similares a las alemanas en 1938. En esa línea, no sería de extrañar que la decisión de adoptar el antisemitismo se hubiera basado en el deseo de subrayar la cercanía ideológica del PNF con la potencia fascista dominante, la Alemania nazi. Paradójicamente, la reacción antisemita del PNF no se expresó jamás en ataques físicos a personas o instituciones judías (Klein, 2001, 356-8).

Respecto de una posible vinculación del PNF con los países del Eje, en particular con Alemania, y de un eventual financiamiento internacional, Klein afirma que no se han podido encontrar pruebas que lo confirmen (Klein, 2001, 358). Sin embargo, la publicación del “Talmud (Schuljan Aruj)” en las páginas de *La Patria*, así como de otros textos y caricaturas antisemitas de origen europeo revisadas en este capítulo, ponen en entredicho la seguridad con que Klein rechaza eventuales nexos entre el PNF y agentes nazis alemanes. En el mismo sentido, Klein soslaya la colaboración de *La Patria* con otras publicaciones fascistas y antisemitas de Argentina y Uruguay, según hemos visto.

Por último, Klein sugiere como causa del fracaso del PNF su incapacidad para trascender el pequeño círculo de ex nazistas radicalmente antisemitas y para sobrellevar la carga que significaban su estrecha identificación con el Tercer Reich y su “virulento antisemitismo”. Aunque en primera instancia éste último logró atraer a ex miembros del MNS a las filas del PNF, a la larga alejó a otros grupos de la sociedad chilena, en particular a otros derechistas y nacionalistas con afinidades ideológicas al fascismo (Klein, 2001, 359).

5. Conclusiones

Como vimos, el radical antisemitismo abordado en este capítulo constituyó el elemento ideológico más importante del Partido Nacional Fascista de Chile. De manera mucho más sistemática y radical que las publicaciones nazistas, *La Patria* representó a los judíos como un colectivo de comerciantes ávidos e inescrupulosos, inventores y dominadores del capitalismo internacional, que no descansaría hasta conseguir el dominio mundial. Recurrentemente, los acusó de apropiarse de las riquezas chilenas, de la administración pública, de las profesiones liberales, de los tradicionales negocios del centro de Santiago, etcétera. Asimismo, los acusó de inventar y dominar en su beneficio el comunismo, la masonería, el cine, la trata de blancas, y otros elementos propios de la modernidad. En tal sentido, no cabe duda que la influencia de los *Protocolos de los Sabios de Sión* fue mayor en el PNF que en el MNS, y, sobre todo, que la utilización política de esta “superstición política” fue más importante en el primero que en el segundo.

No obstante las similitudes entre los discursos antisemitas del MNS y el PNF, existen elementos de *La Patria* que lo distinguen de las publicaciones nazistas. Para el semanario fascista, los judíos no sólo eran prestamistas usureros y agitadores comunistas sino también narcotraficantes, estafadores y

proxenetas que, con su acción, amenazaban la integridad de Chile. Por ello los consideró incompatibles con ocupaciones más *nobles*, como la agricultura y la milicia, llamando a su exclusión absoluta de ellas. Del mismo modo, *La Patria* se mostró más persistente que *Trabajo* en su denuncia de una “invasión judía”. Creemos que ello no es atribuible únicamente al considerable aumento de la inmigración judía al país a fines de los años treinta, como sugiere Klein, ni a los conflictos sociales que tal inmigración –como cualquier otra– pudiera suscitar, sino a opciones ideológicas específicas, tomadas del fascismo europeo. *La Patria* presentó permanentemente la llegada de judíos a Chile en términos de “amenaza” e “invasión”, llegando al punto de afirmar que el país se estaba convirtiendo en “la Palestina de Sudamérica”. En tal sentido, no es de extrañar sus incesantes alegatos en contra de la nacionalización de judíos y de su ingreso en la administración pública y las fuerzas armadas, dada la pretendida incompatibilidad entre judaísmo y *chilenidad* sostenida por el PNF. Según *La Patria*, la influencia judía en la sociedad chilena llegaba a tal punto que toda la política nacional se encontraba subordinada a los intereses particulares del judaísmo, como supuestamente probaban la influencia de la empresa minera Hochschild, la expulsión del espía alemán Hans Voigt y la instalación de la fábrica de zapatos Bata.

Esta persistente campaña en contra de la inmigración judía hizo que el *affaire* de las coimas cobrara particular importancia para el PNF. Salido a la luz pública a fines de 1939, semanas después que el Gobierno prohibiera la concentración fascista en el Teatro Victoria y allanara los talleres donde se imprimía *La Patria*, el escándalo por el pago de coimas favoreció un ambiente hostil a los inmigrantes judíos que se tradujo en el cierre de las puertas de Chile a comienzos de 1940. Sin embargo, el PNF fue incapaz de capitalizar dicho ambiente en su favor, encabezando el descontento generalizado en contra del rol de algunos judíos involucrados en el negociado y fortaleciendo su posición específica dentro de la derecha chilena. Ello pone de manifiesto el fracaso de la

opción tomada por el PNF y de su intento por obtener un nicho propio sobre la base de un antisemitismo radical, intransigente y similar al desarrollado por el nazismo alemán.

A pesar de la intensidad de la campaña antisemita del PNF, ésta no se diferenció mayormente de la desarrollada por el MNS en lo relativo a su carácter *racista*. Aunque presentó a los judíos como incompatibles con la *chilenidad* que pretendía defender, como “objetivamente” dañinos para los chilenos, no llegó al punto de presentar tal amenaza como consecuencia del supuesto carácter *racial* de los judíos, a la manera del nazismo alemán. Para *La Patria*, aunque los judíos amenazaban la integridad de la nación chilena no lo hacían a causa de un eventual carácter de *raza inferior*. Vale decir, desde el punto de vista teórico abordado en el primer capítulo de esta tesis, el antisemitismo del PNF habría constituido una expresión de *racismo secundario*, tal como el nacista.

En cualquier caso, existe una diferencia significativa entre los discursos antisemitas del MNS y el PNF que merece ser resaltada. Aunque *La Patria* no llegó a plantear que los judíos eran *racionalmente inferiores* a los chilenos, sí afirmó que su rechazo a la inmigración judía se debía a una “cuestión de higiene y profilaxis”, comparando su campaña antisemita con la acción de un médico que elimina las bacterias que amenazan la salud del cuerpo. Esta característica del antisemitismo del PNF no sólo debe ser vista como una cuestión formal, discursiva, pues tiene implicancias políticas más profundas. Tales afirmaciones, como muchas otras, alinearon al PNF con el nazismo alemán e intentaron movilizar a la opinión pública en contra de los judíos, culpándolos de la declaración de guerra británica en contra de Alemania y “limpiando” la imagen exterior del Tercer Reich. Aunque sin plantear una *inferioridad racial* judía respecto de los chilenos –cuestión que lo distingue del antisemitismo nazi alemán–, el PNF no dudó en referirse a los judíos que

llegaban a Chile por esos días de “hez contagiosa”, “gérmenes”, “bacterias” y “parásitos”, etcétera.

Aunque Klein destaca que no se ha podido encontrar evidencia documental que compruebe de manera irrefutable la colaboración del PNF con los países del Eje, no cabe duda que las posiciones adoptadas por el partido de Olivares Maturana respecto de la cuestión judía –aunque no sólo respecto de ella– se alinearon siempre con las seguidas por Alemania e Italia, recurriendo para ello a material propagandístico de origen extranjero como el revisado a lo largo de este capítulo.

En cualquier caso, las radicales expresiones antijudías analizadas en este capítulo no siempre formaron parte fundamental del discurso del PNF. Como vimos, entre su fundación formal como partido, en mayo de 1938, y la aparición de su semanario, en junio de 1939, el partido de Olivares Maturana no atacó una sola vez a los judíos. Tampoco lo hizo en su programa, conocido como *Los veinte puntos de acción del PNF*. ¿Qué motivó este cambio? La cercanía cronológica con la expulsión del espía alemán Hans Voigt –quien al momento de su salida del país contaba con miles de panfletos antisemitas de origen nazi alemán listos para ser distribuidos– sugiere la posibilidad de que el PNF se haya visto apoyado económicamente por agentes alemanes a cambio de encabezar en Chile una campaña antisemita pronazi interrumpida por la expulsión de Voigt y por las sospechas de los sectores de izquierda y gubernamentales sobre la acción de la colectividad alemana local. De lo contrario, ¿cómo consiguió este pequeño partido de extrema derecha el financiamiento necesario para sostener por más de medio año una publicación como *La Patria*? Aunque carecemos de pruebas irrefutables, creemos que la evidencia presentada en este capítulo hace presumir la existencia de redes de colaboración concretas entre el PNF y agentes alemanes.

Asimismo, cabe destacar la colaboración del diputado liberal Raúl Marín con *La Patria*, en junio de 1939. Como vimos, en la oportunidad el diputado Marín atacó duramente al Gobierno de Aguirre Cerda por la decisión de expulsar a Hans Voigt, maniobra de la que también culpó a los judíos residentes en Chile. Para este representante de uno de los partidos de derecha más importantes de la época, los judíos dominaban la política chilena y habían influido decisivamente en la expulsión de Voigt. Vale decir, expresó una posición casi idéntica a la sostenida por los fascistas del PNF. La intervención de Marín, así como la amplia cobertura dada al partido de Olivares Maturana por *El Diario Ilustrado*, ponen de manifiesto el importante grado de cercanía del PNF con la derecha tradicional, sobre todo en los meses previos a la declaración de guerra británica en contra de Alemania y a la prohibición gubernamental en contra de la concentración fascista.

Tan importante como la intervención del diputado Marín resultó la inclusión de material propagandístico de origen alemán en las páginas de *La Patria*. Según vimos en este capítulo, el semanario fascista no sólo editó artículos provenientes de importantes revistas antisemitas argentinas y uruguayas sino también textos y material iconográfico de evidente origen nazi, que muy difícilmente pudieron haber llegado a manos de un pequeño partido de extrema derecha chilena sin la colaboración de agentes alemanes, como las secciones *Talmud (Schuljan Aruj)* y las numerosas caricaturas contenidas en el anexo de esta tesis. Como hemos dicho, tanto la colaboración con otras publicaciones antisemitas sudamericanas como la inclusión de material propagandístico de origen alemán fueron soslayados tanto por Valdivia (1993, 1995) como por Klein (2000), limitando el alcance de sus conclusiones respecto del PNF. En tal sentido, creemos que el alineamiento del partido de Olivares Maturana con el Tercer Reich –en particular tras la expulsión de Voigt– no sólo se debió a la admiración de los fascistas chilenos por el régimen de Hitler, sino que pudo ser consecuencia de intereses más concretos.

Desde el punto de vista de los antecedentes teóricos abordados en el capítulo 1 de esta tesis, no cabe la menor duda que el elemento ideológico más importante de la tercera vía fascista que el PNF intentó construir en Chile a fines de los años treinta fue este antisemitismo moderno tomado del fascismo europeo en boga y de textos como los *Protocolos de los Sabios de Sión*. En tal sentido, el discurso antisemita del PNF manifestó prácticamente todos los rasgos descritos en el primer capítulo. En primer lugar, representó a los judíos como una “organización comercial internacional” y un “complejo familiar mundial con intereses idénticos en todas partes” que, como “fuerza secreta tras el trono”, era sospechosa de “conspirar para la destrucción de todas las estructuras sociales” (Arendt, 62-72). Tal como el MNS, aunque de manera mucho más persistente y radical, el partido de Olivares Maturana vio en los judíos a un colectivo *anacional* incompatible con la nacionalidad chilena y que pretendía, ni más ni menos, conseguir la dominación planetaria por medio del capitalismo, el comunismo y un sinfín de invenciones ya descritas, siguiendo la lógica del “mito del judío” contenida en los *Protocolos de los Sabios de Sión*. Pese a la fragilidad conceptual de esta “superstición política”, este antisemitismo conspiracional fue el principal recurso discursivo del PNF, organizando estereotipos suministradores de *claves para la correcta interpretación del mundo* (Balibar, 1991, 32-5) que, sin embargo, resultaron poco atractivos para el electorado chileno de la época.

En segundo lugar, y tal como el MNS –aunque, nuevamente, de una manera mucho más persistente y radical–, el antisemitismo del PNF justificó y promovió la exclusión efectiva de los judíos de la sociedad chilena. Sin necesidad de recurrir a categorías tomadas de la biología, el PNF defendió la exclusión de los judíos de la sociedad debido a su “objetiva” nocividad, atestiguada por un sinfín de “pruebas”, constituyendo un caso de *racismo secundario*. Vale decir, desde el punto de vista de Bauman el PNF desarrolló

una verdadera “estrategia de extrañamiento” en contra de la “categoría ofensora” representada por los judíos. Ello significó que, de manera mucho más clara que en el caso nazi, el PNF pretendiera “purificar el cuerpo social” de la amenaza judía “al amparo del fantasma de la profilaxis y la segregación” (Bauman, 85-91; Balibar, 1991, 32-5). Respecto de la “concepción racista”, propia del antisemitismo alemán, según la cual la *sangre* judía amenazaba con “la desintegración sistemática del pueblo germánico” por medio de la *contaminación*, parece fuera de duda su escasa aplicabilidad al caso del PNF en Chile (Friedländer, 59, 114-5).

En tercer lugar, el antisemitismo del PNF intentó aprovechar aquel *sentido común* antijudío de la época –según Germani, “antisemitismo tradicional”– para enunciar representaciones particularmente negativas, tomadas del repertorio antijudío europeo ya descrito, y capitalizarlas políticamente en beneficio propio –un “antisemitismo ideológico” propiamente tal, en palabras de Germani–. Apelando a este *sentido común* antijudío, el PNF intentó conseguir cierto grado de *unanidad* social y política respecto de la supuesta nocividad judía, sin éxito. De una manera mucho más clara que el MNS, el PNF se alineó con los intereses concretos de Alemania e Italia. Y tal como *Trabajo, La Patria* denunció con gran facilidad las características de los “falsos nacionales” judíos, atribuyéndole todo tipo de acusaciones, a la vez que fue incapaz de expresar con claridad cuáles eran los rasgos irreductibles de los “verdaderos nacionales”, de los chilenos *de verdad*. Utilizando su propio léxico, *La Patria* vio con demasiada facilidad los rasgos de la *antipatria*, no así los de los “verdaderos hijos de esta tierra” (Arendt, 62-72; Parkes, 54-61; Balibar, 1991, 93-100).

En cuarto lugar –y aquí radica el rasgo más importante del antisemitismo moderno de origen europeo instalado en Chile tanto por el MNS como por el PNF, pero sobre todo por éste último–, este discurso fue utilizado no sólo para excluir a los judíos de la sociedad chilena, sino con otros fines políticos

concretos, a saber, la construcción de una identidad política fascista y la defensa de los países del Eje. Como señaló Arendt, el antisemitismo del PNF no sólo se dirigió en contra de los judíos de carne y hueso, sino del estado liberal y la democracia. En el caso puntual de Chile, ello se manifestó en ataques en contra del sistema democrático, del liberalismo económico y, sobre todo, contra el Frente Popular y los partidos que lo conformaban, a quienes acusó permanentemente de agrupación “judía” y “masona” interesada en la destrucción de la *chilenidad*. De ahí la utilización de construcciones lexicales como la *antipatria*, con la que el semanario fascista calificó permanentemente a la coalición de Gobierno. Como vimos en el primer capítulo, Parkes y Conh ven en este antisemitismo moderno un “arma política” reaccionaria para la “destrucción del raciocinio político responsable”, de la democracia y de los grupos políticos progresistas (Arendt, 91-7; Parkes, 9-13, 46; Cohn, 19-22).

Una de las expresiones más concretas de esta dimensión política del antisemitismo fue el intento de reemplazar la perspectiva de la lucha de clases por un discurso antisemita de resentimiento social, que culpaba de las inequidades derivadas del capitalismo a *los judíos*, discurso que el socialdemócrata alemán August Bebel llamó “el socialismo de los tontos” y que, como hemos visto a lo largo de este capítulo, fue uno de los principales rasgos del discurso social de los fascistas chilenos de los años treinta (Parkes, 47-61; Perednik, 167).

Finalmente, respecto de nuestra hipótesis, el material revisado en este capítulo sugiere que el antisemitismo del PNF intentó capitalizar un imaginario antijudío preexistente en el que los judíos ocupaban un lugar negativo, influido por el catolicismo y por la identificación de los judíos con el dinero, que en palabras de Germani cabría calificar como “antisemitismo tradicional”. Sobre la base de dichas tradiciones antijudías, el PNF desarrolló un antisemitismo sistemática y radical de origen europeo, propiamente “ideológico”, a través del cual no sólo

atacó a los judíos mismos y a su inmigración a Chile sino también a sus adversarios políticos inmediatos, principalmente a la izquierda organizada en el Frente Popular y que en ese momento se encontraba en el Gobierno, intentando así conseguir un espacio político e ideológico propio. Como sabemos, tal intento de construir una tercera vía fascista sobre la base del antisemitismo y de la defensa de los países del Eje resultó un rotundo fracaso, haciendo que en mayo de 1940, apenas dos años después del comienzo del “desbande nazi” que le había dado vida, el Partido Nacional Fascista de Chile desapareciera por completo del escenario político chileno.

CAPÍTULO 9

La prensa judía y la prensa antifascista ante el PNF: mayo de 1938 a junio de 1940

La intensa campaña antisemita desarrollada por el PNF desde el surgimiento de *La Patria*, en junio de 1939, hasta su desaparición de la escena política chilena, a mediados de 1940, provocó la reacción de la prensa de izquierda –revisada en el capítulo 7–, de la colectividad judía y de un grupo de organizaciones antifascistas surgidas en el país a fines de la década del treinta. El presente capítulo da cuenta de esa reacción, según se manifestó en sus respectivas publicaciones periódicas. Creemos que estas fuentes ayudan a evaluar el impacto que el antisemitismo del PNF tuvo en la sociedad chilena de la época, al menos en los sectores derechamente aludidos por él.

1. La prensa judía ante el PNF: Mundo Judío

Como vimos en el capítulo 5, desde enero de 1936 *Mundo Judío* dejó de responder a las expresiones antisemitas y a las provocaciones del MNS, a pesar de que durante ese año dicha campaña alcanzó su punto más alto. Mejor dicho, el semanario sionista modificó la forma de responder al antisemitismo nazi, respondiendo con silencio a sus provocaciones, ignorándolas. Del mismo modo, *Mundo Judío* no mencionó una sola vez los sucesos protagonizados por el partido de González von Marées durante 1938 ni el nacimiento del PNF. Recién en junio de 1939, ante la reciente aparición del insoslayable semanario fascista *La Patria*, *Mundo Judío* interrumpió esta estrategia de contención basada en el silencio, acusando recibo de su aparición.

Entre ambas fechas –enero de 1936 y junio de 1939– *Mundo Judío* dejó de lado el antisemitismo en Chile para centrar su atención en la situación de los judíos alemanes y en las eventuales actividades de espías alemanes en suelo chileno. Así, por ejemplo, a fines de enero de 1939 felicitó a las autoridades gubernamentales chilenas y a la policía de Investigaciones por el reciente descubrimiento de una “agencia de propaganda hitlerista que actuaba bajo el disfraz de oficina de turismo” y que, posiblemente con el apoyo económico de comerciantes alemanes residentes en Chile, habría distribuido “material impreso contra los judíos”. *Mundo Judío* no se mostraba sorprendido por el hallazgo, pues la colectividad judía chilena siempre sospechó que la propaganda antisemita que circulaba en el país “era de procedencia nazi-hitlerista”. En todo caso, este asunto no atañía sólo a los judíos, sino a todos los chilenos, pues la experiencia europea reciente dejaba como enseñanza que la violencia totalitaria “comienza con los judíos, pero nunca se sabe cómo terminará”. Por ello, la editorial concluía reiterando sus felicitaciones “a las autoridades correspondientes por el éxito obtenido en descubrir el origen de la propaganda antichilena y antisemita a la vez”. Cuatro meses después, en mayo de 1939, *Mundo Judío* se refirió a la reciente expulsión del espía alemán Hans Voigt, acusado de intentar crear en el país un “ambiente antisemita” por medio de la impresión y distribución de miles de panfletos (*Mundo Judío*, 26 enero 1939; 18 mayo 1939).

Sin embargo, el silencio del semanario sionista frente al antisemitismo de los fascistas chilenos se rompió con la aparición de *La Patria*, a comienzos de junio de 1939. Desde entonces, y hasta fines de agosto del mismo año, *Mundo Judío* se refirió o respondió directamente en seis oportunidades al PNF. Todas estas respuestas estuvieron a cargo del columnista E. Zofe, quien desde su sección “Al margen” ironizó con la falta de originalidad de los redactores del semanario fascista y con el origen extranjero de su campaña. Así, vemos que pocos días después de publicarse el primer número de *La Patria* este

columnista respondió a algunas de las aseveraciones allí vertidas, como que en el proceso de Berna se habría demostrado la autenticidad de los *Protocolos de los Sabios de Sión* o que Lenin era judío, afirmando que “con mentiras, tergiversaciones y tonteras que saltan a primera vista no se puede hacer antisemitismo” (*Mundo Judío*, 8 junio 1939).

La siguiente columna de Zofe trató sobre la forma en que *La Patria* se refería a la inmigración judía a Chile, acompañando permanentemente sus opiniones con palabras como “invasión” o “peligro” y exagerando el número real de israelitas llegados al país. Para Zofe, las cifras que entregaba el semanario fascista eran tan exageradas que desvirtuaban cualquier alegato del PNF sobre el particular, por lo que advertía a sus editores a no aventurarse con cifras, pues “las cifras se desmienten con cifras” y “se puede ser desmentido y lo único que queda es el ridículo” (*Mundo Judío*, 15 junio 1939).

Por tercera semana consecutiva, Zofe dedicó su sección “Al margen” para referirse a las acusaciones en contra del “imperialismo judaico” expresadas por el semanario del PNF, a propósito de la instalación en Chile de la fábrica checoslovaca de zapatos Bata. *La Patria* basaba su oposición en que los dueños de la firma eran, supuestamente, judíos y en que los zapateros nacionales no podrían competir con este “imperialismo judaico”. Pero en vez de rebatir el alegato de los fascistas chilenos, cuestión nada difícil, Zofe prefirió poner énfasis en la falta de originalidad del antisemitismo de los fascistas chilenos y en su supuesto origen extranjero, lo que se evidenciaba, según él, en las recurrentes referencias a conceptos como el de “judío internacional”. Por ello, la columna concluía de una manera similar a las dos anteriores, advirtiendo a los redactores de *La Patria* de lo arriesgado que era “atribuir a un no judío el apodo de ‘judío’ o ‘imperialista judío’. Es muy fácil ser desmentido”, ante lo cual nuevamente “lo único que queda es el ridículo” (*Mundo Judío*, 22 junio 1939).

La ironía con que Zofe enfrentó la campaña antisemita de *La Patria* hasta ese punto se vio interrumpida a mediados de julio, cuando denunció que sus

redactores “especulan sobre la ignorancia de las masas” y que “envenenan al pueblo” con sus mentiras. Para el columnista judío, cualquier cosa que el semanario fascista “publica sobre judíos es falso y tergiversado. Ni una de sus afirmaciones es verídica” (*Mundo Judío*, 13 julio 1939).

Desde entonces, pareció que *Mundo Judío* aplicaría nuevamente la estrategia con la que enfrentó el antisemitismo nazi desde enero de 1936. Es decir, pareció que no mencionaría más al PNF ni a su semanario, y que su única respuesta consistiría en el silencio. Sin embargo, a comienzos de agosto volvió a referirse a las actividades del partido de Olivares Maturana con motivo de la presentación del proyecto de ley contra el racismo presentado por los diputados socialistas Latcham y Rossetti, “proyecto de ley tendiente a restringir los excesos de la propaganda antisemita”. Zofe expresó entonces su esperanza en que la iniciativa legal fuera aprobada –cosa que, finalmente, no ocurrió– y que a través de ella se pusiera freno a las actividades del PNF, en especial a su intento sistemático de explotar aquel “odio ciego, cerrado, sin argumentación alguna” llamado antisemitismo. Una de las primeras cosas que llamaba la atención de los judíos que por esos días llegaban a Chile, aseguraba la columna, era la presencia en quioscos de una publicación que “limita con la pornografía”, como *La Patria*, que poco tenía que envidiar a la revista antisemita alemana *Der Stürmer*, dirigida por Julius Streicher. Por ello, Zofe insistía en la necesidad de que se aprobara el proyecto de ley de los diputados Latcham y Rossetti, pues permitiría poner fin a la “bravata antisemita” de los fascistas chilenos (*Mundo Judío*, 10 agosto 1939).

La última vez que Zofe se refirió en su columna a *La Patria* fue a fines de agosto, con motivo de la inclusión en sus páginas del “Talmud (Schuljan Aruj)”, mencionado en el capítulo anterior. En la ocasión, el columnista dio una breve reseña histórica del texto en cuestión, dando a conocer su origen y las dudosas credenciales de su autor, así como el rol del partido nazi alemán en la resurrección de este viejo texto antijudío prusiano de fines del siglo XIX. Por

supuesto, desacreditaba totalmente las afirmaciones contenidas en él, pues era “un trabajo tendencioso, basado en la falsificación, en la tergiversación, en la malicia”. Pero lo más importante de esta columna no era su referencia al pasado del texto, sino las conclusiones a las que llegaba a partir de su presencia en las páginas de *La Patria*: que a sus redactores se les había acabado el material antisemita “de factura propia” y, sobre todo, que éstos habían entrado “en relaciones directas” con la central antisemita nazi en Erfurt, Alemania, pues habían recibido el texto traducido al castellano. Ciertamente, esta idea no fue considerada ni por Valdivia (1993, 1995) ni por Klein (2000, 2001) en sus estudios sobre el PNF, pero considerando el material antisemita de origen extranjero revisado en el capítulo anterior –caricaturas, artículos, columnas–, la denuncia de Zofe no parece descartable (*Mundo Judío*, 24 agosto 1939).

Desde entonces, *Mundo Judío* no volvió a referirse a *La Patria* ni a su campaña antisemita. Ni siquiera en noviembre de 1939, cuando la polémica en torno a la concentración fascista puso al partido de Olivares Maturana en el centro de la atención pública. No obstante, en mayo de 1940, poco después del “affaire” de la inmigración judía, el semanario sionista denunció la persistencia de los fascistas chilenos en su intento por instalar en Chile “esa fobia morbosa del antisemitismo”, por medio de material propagandístico que se traía desde Argentina, aprovechándose de las libertades públicas. Como “esa fobia morbosa” estaba “gangrenando la estabilidad de nuestra sociedad”, *Mundo Judío* reiteraba su compromiso de combatir al “antisemita alucinado que clama con desesperación contra un peligro imaginario” (*Mundo Judío*, 31 mayo 1940).

La última vez que un medio de prensa se refirió al PNF fue en junio de 1940, tres meses después de la publicación del último número de *La Patria*, cuando *Mundo Judío* denunció que durante las últimas semanas los redactores del “difunto” semanario fascista habían “difundido una circular insultante para los judíos”. Según Chanteclair, autor del artículo y destacado columnista que

enfrentó la campaña antisemita de *Trabajo* a mediados de los años treinta, el panfleto en cuestión era “idéntico, palabra por palabra” a uno publicado en Argentina, lo que vendría a comprobar que la “Quinta Columna” era “una organización internacional, financiada por los nazis y que usa las mismas armas ilícitas en todo el continente americano: antisemitismo, pseudo-nacionalismo, calumnia, difamación” (*Mundo Judío*, 7 junio 1940).

2. La prensa antifascista ante el PNF: Civilización y Defensa

Además de la reacción de la prensa judía de la época, específicamente del semanario de la Federación Sionista de Chile, y de la campaña que los medios de prensa de izquierda levantaron en contra de sus actividades a fines de 1939, el PNF y *La Patria* provocaron la respuesta del creciente movimiento antifascista que tomó forma en Chile a fines de los años treinta. Este movimiento estuvo conformado por varias organizaciones, las cuales combatieron activamente la “penetración nazi” en Chile y las actividades de los grupos fascistas como el PNF. Desde el punto de vista de este capítulo, que centra su mirada en la respuesta que las publicaciones antifascistas tuvieron ante las actividades del PNF y en particular frente a su campaña antisemita, la agrupación más importante fue el Instituto Antirracista de Chile.

Sin embargo, antes de la fundación de esta organización otras dos agrupaciones similares ya habían surgido en Chile. La primera de ellas fue la ya mencionada Liga de Defensa de la Cultura, nacida a fines de 1935 en respuesta a las persecuciones que el régimen nazi emprendía en contra de los intelectuales opositores al régimen y que se había expresado recientemente en la quema pública de libros. La fundación de esta liga, ciertamente, había sido aplaudida por la Federación Sionista en las páginas de su semanario (*Mundo Judío*, 12 diciembre 1935). La segunda agrupación fue la Alianza de

Intelectuales de Chile, fundada por Pablo Neruda a comienzos de 1938 con fines muy similares a la anterior y que, respecto de la situación de los judíos alemanes se destacó por la realización de un masivo acto de repudio a la *Kristallnacht* en el Teatro Caupolicán, en noviembre de 1938 (Gaudig y Veit, 111-2).

Pocas semanas después del acto de la Alianza de Intelectuales en el Teatro Caupolicán, y en respuesta al *pogrom* nazi de noviembre de 1938, nació el Instituto Antirracista de Chile, bajo la presidencia de Cristóbal Sáenz, senador radical y destacado miembro de la masonería chilena. Éste explicó a *Ercilla* que la agrupación que encabezaba había nacido en respuesta a “los crímenes cometidos por el Gobierno alemán en contra del pueblo judío” y como un medio de “defensa de la integridad de nuestra patria en contra de la penetración totalitaria”. En tal sentido, destacaba la importancia de organizar “las huestes democráticas” y de prestar socorro a las víctimas del fascismo, por lo que llamaba al Gobierno a traer a Chile a más inmigrantes judíos (*Ercilla*, 6 enero 1939).

La fundación del Instituto fue aplaudida por *Mundo Judío*, que destacó que en él tomarían parte numerosos individuos, “sin distinción de credos políticos ni religiosos”, unidos por el rechazo absoluto a “la teoría racista adoptada en los países totalitarios” y a las persecuciones antijudías llevadas a cabo por el régimen nazi, pues significaban “la negación de toda cultura”. Tres semanas después, informó de la fundación de otro Instituto Antirracista, en Valparaíso, basado en los mismos principios de su par de Santiago (*Mundo Judío*, 28 diciembre 1938; 19 enero 1939).

La última de estas organizaciones antifascistas surgidas en Chile, durante el período estudiado, fue la Asociación de Combatientes Antifascistas, formada por republicanos españoles exiliados en Chile. Este grupo declaraba que no tenía “ningún fin político, ni color religioso alguno” y que sólo actuaría

“en defensa moral o material de cualquier pueblo amenazado por el fascismo internacional” (*El Frente Popular*, 12 abril 1939).

Pocos días después de publicarse el primer número de *La Patria*, el Instituto Antirracista de Chile lanzó su propia publicación, en este caso quincenal, bajo el nombre de *Civilización*. Como era de esperar, su aparición fue muy bien recibida por *Mundo Judío* (*Mundo Judío*, 29 junio 1939). El primer número de *Civilización* denunciaba que todo el territorio nacional estaba “siendo agitado por una ola de propaganda reaccionaria”, la cual obedecía a “inconfesables intereses extranjeros” y pretendía “implantar en nuestra patria la exótica maleza de las luchas raciales” que por esos días sacudían Europa. Respecto de *La Patria*, *Civilización* lo consideraba “el semanario fascista por excelencia, fundado para encender la lucha racista en el país, para convertir nuestra patria, libre y generosa, en un trágico campo de concentración”. E insinuaba que su aparición habría estado influida por la expulsión del espía alemán Hans Voigt, constituyendo una respuesta del “elemento nazi-fascista” contra el Gobierno de Chile. Si consideramos la falta de expresiones antisemitas significativas por parte del grupo encabezado por Olivares Maturana entre mayo de 1938 y junio de 1939, momento que marcó el comienzo de *La Patria* y coincidió con la reciente expulsión de Voigt, esta idea no parece descartable. Es posible que el pequeño PNF consiguiera no sólo el material propagandístico antisemita de manos alemanes, como sugiere el abundante material revisado en el capítulo anterior, sino también parte de los recursos económicos que le permitieron publicar *La Patria* y mantener una sede propia, entre otros importantes gastos. Sin embargo, hasta el momento esto es una mera especulación y no tenemos pruebas contundentes e indesmentibles al respecto. Del mismo modo que sugería conexiones materiales con agentes alemanes, *Civilización* creía que la colaboración del diputado liberal Raúl Marín con *La Patria* en orden a defender a Hans Voigt de los cargos de espionaje y criticar al Gobierno de Aguirre Cerda

por su expulsión del país, ponía de manifiesto que el PNF contaba con apoyo de los partidos de derecha más tradicionales. No era casualidad que el PNF se fundara en los días previos a la elección presidencial de 1938 y que Olivares Maturana llamara a sus seguidores a votar por Ross Santa María (*Civilización*, 2ª quincena junio 1939)

En sus números siguientes, *Civilización* manifestó preocupación por la libertad con que se organizaba el fascismo chileno, “al amparo de nuestras libertades democráticas”, por lo que advirtió del peligro de repetir la experiencia “trágica y dolorosa” de España. Por ello, y como una forma de prepararse y organizarse en contra de las actividades fascistas en Chile, se invitaba a los lectores a participar de la “gran jornada antirracista” que el Instituto Antirracista de Chile llevaría a cabo en el mes de agosto (*Civilización*, 1ª quincena julio 1939).

Durante el mes de julio, *Civilización* se refirió a la polémica en torno a la instalación en Chile de la fábrica de zapatos Bata y a la presentación del proyecto de ley contra el racismo de los diputados Latcham y Rossetti. Según la publicación antifascista, la verdadera razón del rechazo a la instalación de la firma checoslovaca era puramente económica, pues competir con una empresa de esa envergadura atemorizaba a la industria zapatera nacional, pero “la derecha reaccionaria” intentaba presentar la situación como consecuencia de un supuesto “problema judío” que se cernía sobre Chile. La posición del Instituto Antirracista de Chile al respecto era clara: “a nosotros nos tiene sin cuidado la raza o religión de Bata”. Respecto del proyecto de ley antirracista de Latcham y Rossetti, *Civilización* manifestó su apoyo más absoluto a la iniciativa, pues combatía “la ridícula doctrina de razas privilegiadas, producto de la agresión nazi-fascista” y el intento de implantar tales arbitrariedades en suelo chileno. En consecuencia, expresaba su “aplauzo más caluroso” al proyecto de los diputados socialistas (*Civilización*, 1ª quincena julio 1939; 2ª quincena julio 1939).

A mediados de agosto de 1939, el Instituto Antirracista de Chile llevó a cabo su masiva concentración antifascista en el Teatro Caupolicán, acto que fue cubierto no sólo por *Civilización*, sino por otros medios de prensa afines al Gobierno. Ellos destacaron que en la oportunidad tomaron la palabra representantes de distintas agrupaciones políticas y sociales, las cuales, a pesar de su heterogeneidad, estaban unidas por un total rechazo al fascismo. Entre ellas se contaban la Federación de Estudiantes de Chile, el Partido Comunista, el Movimiento Pro-Emancipación de las Mujeres de Chile (MEMCH) y la Alianza de Intelectuales de Chile. Hacia el final del acto se comunicó una serie de conclusiones, entre las cuales destacaban el “rechazo de la teoría racista por antisocial y antihumana”, el repudio a las persecuciones contra judíos y católicos llevadas a cabo por el régimen alemán, la identificación del imperialismo con “la negación de toda cultura”, la solidaridad con las víctimas del totalitarismo, trabajar para impedir la enseñanza nazi en las escuelas alemanas y elevar al Gobierno la solicitud de que el accionar antifascista pudiera concretarse en acciones legislativas (*La Hora*, 12 agosto 1939; *La Nación*, 14 agosto 1939).

Como era de esperar, la evaluación que *Civilización* hizo de este acto fue muy positiva. Destacó que la “Primera Gran Jornada Democrática” había reunido a numerosas “organizaciones sociales, políticas y religiosas” y logrado “el más brillante de los éxitos”. Ello no sólo por el número de asistentes al acto, sino porque éstos provenían “de todas las clases sociales” y porque allí se encontraron “el industrial, el comerciante, el profesional, el intelectual, el obrero, el estudiante”, quienes hablaron “un solo lenguaje: la libertad; llevando un solo sentimiento: la fe en la democracia y en sus sagrados principios”. En el mismo sentido, se destacó la heterogeneidad de los oradores que participaron del acto: Cristóbal Sáenz, presidente del Instituto Antirracista de Chile y senador del Partido Radical por Cautín; Jorge Millas, presidente de la Federación de Estudiantes de Chile; Gabriel Gutiérrez, representante de la Juventud Nacional

Chilena; Olga Acevedo, representante de la MEMCH; Rómulo Herrera, por el Partido Comunista; Mario Rivas, a nombre de la Alianza de Intelectuales de Chile; Cesáreo Vásquez, a nombre de los republicanos españoles exiliados en Chile; y Dalibor Svoboda, exiliado checoslovaco (*Civilización*, 2ª quincena agosto 1939).

En ese mismo número, *Civilización* ironizó con la forma en que *La Patria* informó de la concentración antirracista, acusando al semanario fascista de exhibir una falsa “literatura patriota contra los elementos extranjeros que han encontrado en nuestro país una segunda patria, huyendo del terror de los países totalitarios”, la cual se basaba en “los mismos clichés que las agencias del fascismo internacional han enviado a sus agentes criollos para preparar el clima de penetración nazi-fascista”. Por supuesto, se refirió a la calificación de “rotundo fracaso” que *La Patria* dio a la multitudinaria reunión, pues según sus organizadores ésta habría congregado a alrededor de ocho mil personas. Finalmente, *Civilización* expresó la alegría del Instituto Antirracista de Chile por el hecho de que no sólo la izquierda hubiera tomado parte en el acto del Teatro Caupolicán, sino también numerosos católicos “que han abierto los ojos y saben perfectamente que su peor enemigo es el nazifascismo”, pues el odio racial era algo “que ningún seguidor de los Evangelios de Cristo podría aceptar”. En otra columna de este mismo número de *Civilización* se afirmaba que la acción del PNF y de *La Patria* no había hecho sino fortalecer al movimiento antifascista chileno y en particular al Instituto Antirracista, que habría inscrito en sus registros a “más de dos mil nuevos adherentes” en los últimos días. Por último, este número incluía una caricatura antifascista en contra del PNF³¹, que ironizaba la relación ideológica entre este partido y el Eje (*Civilización*, 2ª quincena agosto 1939).

Tras la declaración de guerra de Gran Bretaña en contra de Alemania, los primeros días de septiembre de 1939, *Civilización* dejó de aparecer hasta la

³¹ Ver imagen n° 25 del anexo.

primera quincena de octubre. Entonces, llamó a “contrarrestar la gigantesca propaganda alemana que se ha descargado sobre todo el país” y a boicotear las mercaderías germanas debido a que “un centavo dado a Hitler o a sus aliados es un centavo destinado a preparar la bomba que habrá de masacrarnos”, así como a denunciar las publicaciones de prensa que “actúan influenciados por la propaganda alemana” y que defendieran “una política de absoluta neutralidad” de Chile en el conflicto, por ser “la única conveniente a los intereses del nazismo alemán” (*Civilización*, 1ª quincena octubre 1939).

También en octubre, *Civilización* llamó la atención sobre la importancia del momento por el que atravesaba Chile, denunciando las maniobras alemanas para instalar sus versiones de prensa en medios periodísticos de todo el continente americano a través de la agencia noticiosa oficial del Tercer Reich, la Transocean. Ante esta situación, los editores de *Civilización* se quejaban de la “negligencia en nuestras organizaciones de izquierda” a la hora de desarrollar una política más definida y coordinada contra la amenaza del fascismo internacional. Asimismo, llamaba “la atención de los ciudadanos de ascendencia israelita hacia la necesidad de que estrechen sus filas y miren con más cuidado el porvenir”, en un claro llamado a que tomaran parte activa del movimiento antifascista chileno (*Civilización*, 2ª quincena octubre 1939).

Ya en noviembre, *Civilización* se sumó a la campaña emprendida por el diario socialista *La Crítica* en contra del PNF, de su concentración en el Teatro Victoria y de un posterior desfile por las calles del centro de Santiago. Con una retórica similar a la de *La Crítica* y otras publicaciones de izquierda como *El Frente Popular* y *Qué Hubo*, *Civilización* acusó a los miembros del PNF de ser una “miserable pandilla de agentes de la reacción”, “vulgares instrumentos de la reacción derechista” y “miserables vende-patrias”. Respecto de la campaña antisemita que el partido de Olivares Maturana desarrollaba en Chile, denunció que ésta obedecía “a las siniestras consignas extranjeras” emanadas de Berlín, pues los dirigentes del PNF no eran otra cosa que “agentes a sueldo de la

bestia nazifascista”. Respecto de la concentración que pretendían llevar a cabo en los días próximos en el Teatro Victoria, *Civilización* llamó a que ésta fuera “barrida por el pueblo” y que “los perros fascistas se quiebren los dientes ante los puños del proletariado”, expresando un discurso de izquierda bastante más explícito que el de sus primeros números. Respecto de la concentración del PNF, la editorial de ese mismo número profundizaba sobre la posición del Instituto Antirracista. Aunque el texto felicitaba al gobierno del Frente Popular por su tolerancia ideológica y su vocación democrática, los instaba a impedir que los fascistas chilenos pudieran desarrollar libremente sus actividades pues intentaban “envenenar el alma de la juventud y de nuestro pueblo” y “destruir nuestra organización republicana y democrática, para servir intereses extranjeros o a círculos tenebrosos de la reacción chilena”. Por ello, reiteraba a las autoridades gubernamentales la necesidad de prohibir la concentración fascista y la existencia misma de grupos como el encabezado por Olivares Maturana (*Civilización*, 1ª quincena noviembre 1939).

Como muestra del peligro que para la sociedad chilena encerraba la existencia del PNF, *Civilización* se refirió al ataque que militantes fascistas perpetraron en contra del local del Instituto Antirracista de Chile, ubicado en el centro de Santiago, durante el mes de noviembre. La declaración pública dada a conocer en respuesta al ataque destacaba que los responsables del mismo habían dejado escrito en las murallas del inmueble “Mueran los judíos” y “Sólo el fascismo salvará a Chile”, consignas frecuentemente vociferadas por los militantes del PNF en sus actividades callejeras (*Civilización*, 2ª quincena noviembre 1939; *La Opinión*, 20 noviembre 1939).

Luego de que el Gobierno prohibiera la concentración fascista y mandara allanar los talleres donde se imprimía *La Patria*, *Civilización* no volvió a referirse al PNF. Desde entonces, y hasta mayo de 1940, la atención de la publicación antifascista se centró en el “affaire” de la inmigración judía, escándalo que estalló en diciembre de 1939, y en el trato que recibieron los últimos inmigrantes

judíos llegados a Chile antes de que se les cerrara la puerta de ingreso como consecuencia del mismo escándalo (*Civilización*, 2ª quincena enero 1940; 1ª quincena abril 1940; 2ª quincena mayo 1940).

Y aunque en la práctica en mayo de 1940 el PNF ya había dejado de existir, *Civilización* volvió a referirse al antisemitismo fascista como parte integral de la “Quinta Columna” en Chile. Por ello, insistía en su llamado a formar la “Sexta Columna”, que enfrentaría y desbarataría los planes fascistas en suelo chileno y americano. En este sentido, no sorprende que la última vez que *Civilización* mencionó a *La Patria* fuera para incluirla en una lista de medios de prensa chilenos que habrían trabajado a favor de Alemania (*Civilización*, 1ª quincena mayo 1940; 2ª quincena mayo 1940).

Uno de los pasos más significativos para la consolidación del creciente movimiento antifascista chileno de la época fue la publicación del diario *Defensa –Civilización* se publicaba sólo quincenalmente–, a partir de junio de 1940. Tras revisar sus números desde junio a diciembre de 1940 constatamos que este diario no mencionó una sola vez al PNF ni a su desaparecido semanario, lo que confirmaría que ya a mediados de 1940 el proyecto encabezado por Olivares Maturana había desaparecido. Resulta llamativo que a pesar de que el “affaire” de la inmigración judía generó un cierto ambiente antijudío generalizado – comprobable en las editoriales de distintos medios de prensa, tanto de izquierda como de derecha– el PNF no haya podido capitalizarlo, y que durante ese momento eventualmente propicio para sus planes, el partido fascista chileno se haya hundido definitivamente.

3. Conclusiones

La campaña antisemita desarrollada por el PNF entre la aparición de su semanario, en junio de 1939, y su desaparición de la escena política chilena, a mediados de 1940, fue mucho más agresiva, persistente y sistemática que la de su predecesor, el MNS, logrando gran notoriedad pública, en particular a fines de 1939. Esta campaña, como la del MNS, suscitó la reacción de los judíos jóvenes y políticamente activos organizados en torno a la Federación Sionista y su semanario *Mundo Judío*, como hemos visto en este capítulo. Tal reacción se caracterizó, en primer lugar, por un relativo quiebre en la estrategia que este semanario había adoptado para enfrentar los ataques y provocaciones fascistas, es decir, el silencio sistemático que se había escogido se vio trisado a raíz de la radicalidad de *La Patria*. Entonces, entre junio y agosto de 1939, el columnista Zofe se refirió en múltiples oportunidades al semanario del PNF, casi siempre en forma irónica, burlándose de los fascistas chilenos por su falta de originalidad y por el origen extranjero del material antisemita del que hacían gala. Sin embargo, a partir de septiembre de ese año la estrategia de contención basada en el silencio, en ignorar las provocaciones del PNF para evitar que éstas encontraran eco en la sociedad chilena gracias a la polémica, volvió a aplicarse. A pesar de que entre septiembre y noviembre la campaña antisemita de *La Patria* alcanzó su punto más radical e incluyó material de evidente origen nazi alemán –como las caricaturas revisadas en el capítulo anterior, y otras secciones como el Schuljan Aruj– *Mundo Judío* se abstuvo de referirse sobre el particular.

Más explícita fue la reacción de la prensa antifascista de la época. Principalmente desde las páginas de la publicación *Civilización*, órgano del Instituto Antirracista de Chile, este creciente movimiento se enfrentó al proyecto político fascista y antisemita que el partido de Olivares Maturana pretendía hacer prosperar en Chile. Denunció en reiteradas oportunidades las conexiones entre el PNF y los países del Eje, el origen europeo de su campaña antisemita y del material que utilizaba para llevarla a cabo, y las conexiones de los fascistas

chilenos con los partidos tradicionales de derecha, evidenciada en el apoyo de Olivares Maturana a la campaña presidencial de Ross Santa María, en la amplia cobertura dada por *El Diario Ilustrado* al nacimiento del PNF y en la colaboración del diputado Raúl Marín con *La Patria*.

El punto cúlmine de esta *contracampaña* del movimiento antifascista chileno se produjo en noviembre de 1939, a raíz de la masiva concentración proyectada por el PNF. Entonces, las distintas agrupaciones que dieron forma al movimiento antifascista presionaron al Gobierno para que prohibiera la cita fascista y para que investigara las actividades del PNF, con éxito.

La reacción de la prensa de izquierda, de la antifascista y de la sionista ponen de manifiesto que el antisemitismo del PNF, expresado principalmente a través del semanario *La Patria*, no pasó desapercibido en la sociedad chilena de la época y que, lejos de ser un componente ideológico marginal o secundario, formaba parte esencial del proyecto político ideado por Olivares Maturana. El relativo consenso político en contra de las actividades del PNF, creemos, se vio fortalecido por la virulencia del antisemitismo del PNF y por el rechazo que provocaba en la sociedad chilena. Es decir, lejos de potenciar el crecimiento del partido y de atraer nuevos militantes a sus filas, la campaña antisemita del PNF habría tenido una importancia crucial en el fracaso de su proyecto político, dado el amplio rechazo que dicha campaña provocaba en la sociedad chilena, ampliamente informada sobre la violencia sufrida por los judíos en Europa por esos mismos días.

CONCLUSIONES

Como vimos a lo largo de esta investigación, el Movimiento Nacional Socialista de Chile fue un importante grupo fascista nacido a comienzos de los años treinta en medio de un escenario atravesado por los efectos de la Gran Depresión y el miedo a una revolución comunista, escenario que favoreció la formación de numerosos grupos nacionalistas de derecha, como la Milicia Republicana, la Acción Nacionalista y otros similares. El MNS, no obstante, fue más allá de las posiciones ideológicas generales de estos grupos –rechazo del liberalismo, de la democracia y del comunismo, más una difusa reivindicación de *lo nacional*, supuestamente amenazado– y adoptó el fascismo en boga. Como sus pares europeos, los nacistas chilenos vieron en el fascismo la única solución a la crisis del liberalismo y el único proyecto político capaz de hacer frente al comunismo, intentando construir en torno a él una tercera vía capaz de acceder al poder, con escaso éxito. Dada la fuerza de los partidos de derecha tradicionales y la polarización del contexto político chileno de la época, que limitaban poderosamente el espacio en el que podía crecer el MNS, éste se vio en la necesidad de matizar su apego al fascismo y efectuar numerosos giros ideológicos, que por momentos lo acercaron al conservadurismo y por momentos a la izquierda. Tales giros ideológicos permiten distinguir por lo menos cuatro períodos en el naciismo chileno, entre su nacimiento, en abril de 1932, y su renuncia al fascismo, en mayo de 1938. En el primero de ellos, el partido creció favorecido por el miedo a una revolución de izquierda, por la reciente experiencia de la “República Socialista” y por el prestigio del que entonces disfrutaban sus símiles europeos. En el segundo período, el MNS debió hacer frente al desafío que supuso la elección presidencial de Alessandri –considerado garante del orden institucional y capaz de conjurar la amenaza izquierdista–, ampliando sus actividades fuera de Santiago y atrayendo a sus

filas a jóvenes de ascendencia alemana cercanos al nazismo alemán, quienes permanecieron en sus filas hasta mediados de 1935, cuando las diferencias ideológicas respecto del racismo se hicieron insostenibles. Asimismo, en este período el MNS enfatizó ciertos elementos discursivos cercanos al conservadurismo, con el objeto de atraer a derechistas desencantados de los partidos tradicionales. No obstante, dado que los resultados en las elecciones municipales de 1935 no fueron los esperados, la dirigencia nazi decidió la implementación de nuevos cambios, que dieron inicio a un tercer período, marcado por un estilo más populista y agresivo. Fue en esta etapa cuando el antisemitismo nazi alcanzó su mayor intensidad. Por último, los insatisfactorios resultados en las elecciones parlamentarias de 1937 –que, en todo caso dieron al partido sus tres primeros diputados– llevaron al MNS a adoptar posiciones más cercanas a la izquierda y un progresivo alejamiento del fascismo europeo, que se vio coronado en mayo de 1938, cuando González von Marées renunció públicamente al pasado fascista del movimiento. Todos estos giros ponen de manifiesto el fracaso nazi en su intento por construir un espacio político propio, de tercera vía fascista, con posibilidades reales de acceder al poder.

Uno de los elementos ideológicos más significativos de la fórmula fascista que el MNS intentó aplicar en Chile fue el antisemitismo moderno descrito en la segunda parte de la tesis, inédito en la historia política –y cultural– de nuestro país. Tomado del fascismo europeo, el irregular antisemitismo nazi manifestó prácticamente todos los rasgos destacados en la primera parte de nuestra investigación. En primer lugar, representó a los judíos como un colectivo *anacional* con intereses idénticos en todas partes, que, desde las sombras, conspiraba contra la cultura occidental y contra Chile, haciendo uso del capitalismo, del comunismo, del cine, de la masonería, etc., evidenciando la influencia ideológica del antisemitismo conspiracional de los *Protocolos de los Sabios de Sión*. Es decir, una de las principales

características del antisemitismo nazi fue esta utilización –irregular, hay que reconocerlo– de la “superstición política” de un gobierno mundial secreto en manos del judaísmo. Para su despliegue poco importó la falta de coherencia inherente a este “mito del judío”; lo relevante era la unanimidad social que se pretendía alcanzar por medio esta campaña y los frutos políticos que, eventualmente, se podían obtener.

En segundo lugar, el antisemitismo nazi justificó y promovió la exclusión de los judíos de la sociedad chilena por medio de lo que en la primera parte llamamos *racismo secundario*. Vale decir, sin necesidad de recurrir a categorías tomadas de la biología y las ciencias naturales –al modo del nazismo alemán– el MNS defendió la exclusión de los judíos como una respuesta legítima a su carácter “objetivamente dañino”. Particularmente entre 1935 y 1937, los nazistas chilenos desarrollaron una “estrategia de extrañamiento” contra los inmigrantes judíos, con vistas a *purificar* el cuerpo social de la supuesta amenaza que éstos representaban. En cualquier caso, insistimos en que ello no significó que el MNS adoptara la concepción racista del antisemitismo, propia del nazismo alemán, según la cual la amenaza judía radicaba en la *sangre judía*, en la *raza judía*.

En tercer lugar, el antisemitismo nazi intentó capitalizar tradiciones antijudías preexistentes –“antisemitismo tradicional”, en palabras de Germani– con fines políticos concretos. Apelando a este *sentido común* antisemita de la época, el MNS intentó conseguir cierto grado de *unanimidad* social respecto de la supuesta nocividad judía y del rol de los propios nazistas en aquella “cruzada” antisemita. Sin embargo, el MNS fue incapaz de resolver una contradicción permanente: aunque denunció con gran facilidad las características de los “falsos nacionales” judíos, tuvo importantes dificultades para determinar cuáles eran los rasgos irreductibles de los “verdaderos chilenos”.

Y, en cuarto lugar, el antisemitismo nazi fue utilizado no sólo en contra de los judíos mismos, sino con fines políticos tangibles, a saber, la construcción de una identidad política específica, fascista, y la consecución de un espacio político propio. Vale decir, el antisemitismo nazi no sólo estaba dirigido en contra de los judíos propiamente tales –cuestión obvia– sino también en contra de la democracia liberal chilena y, sobre todo, en contra del Frente Popular y la izquierda, a los que calificó frecuentemente como “judíos”. Una de las expresiones más concretas de esta dimensión política del antisemitismo nazi fue el intento por reemplazar la perspectiva de la lucha de clases marxista por un discurso que culpaba de la miseria a *los judíos*, discurso conocido como “socialismo de los tontos”. En cualquier caso, hay que reconocer que el MNS recurrió a expresiones antisemitas no sólo para atacar a la izquierda, sino también a la derecha tradicional, al menos durante ciertos momentos de la década del treinta.

La relevancia alcanzada por la campaña antisemita nazi queda de manifiesto en la reacción de la colectividad judía de la época, revisada en el capítulo 5. Como vimos allí, la generación de judíos jóvenes con educación universitaria, organizada en torno a la Federación Sionista de Chile y su semanario *Mundo Judío*, encabezó la reacción en contra del nazismo chileno y lo hizo bajo la forma de la denuncia pública, intentando movilizar no sólo a la colectividad judía sino al conjunto de la ciudadanía chilena en contra de las actividades del MNS, pues amenazaban tanto a los judíos como a la democracia chilena en su conjunto.

El Partido Nacional Fascista de Chile, por su parte, fue un grupo fascista nacido a fines de los años treinta tras el quiebre interno del MNS, a raíz del acercamiento nazi a la izquierda, de su alejamiento ideológico del fascismo europeo y de su adhesión a la candidatura presidencial del Frente Popular. A diferencia de su antecesor nazi, el PNF se mostró intransigentemente ligado

al fascismo europeo, reivindicando el intento por desarrollar en Chile una tercera vía fascista y alienándose permanentemente con los países del Eje, a pesar del creciente descrédito experimentado por el fascismo internacional a fines de los años treinta. Como vimos en la tercera parte de la tesis, el grupo disidente encabezado por Olivares Maturana contó desde un principio con el apoyo de la derecha conservadora chilena, particularmente de *El Diario Ilustrado*, que dio amplia cobertura al nuevo movimiento y a sus ataques en contra de González von Marées. Ello se debió, principalmente, al llamado de Olivares Maturana a sus seguidores a votar por Ross Santa María en la elección presidencial de octubre de 1938. No obstante, una vez confirmado el triunfo electoral de Aguirre Cerda, el apoyo conservador al PNF, así como su figuración pública, comenzaron a decaer. Sin embargo, el problema de la figuración pública comenzó a solucionarse a partir de junio de 1939, cuando el PNF comenzó a publicar su propio semanario, *La Patria*. Desde allí, el partido de Olivares Maturana reivindicó el proyecto político fascista que aspiraba construir en Chile, se alineó con el Tercer Reich y los países del Eje – particularmente tras la declaración de guerra británica en contra de Alemania– y, sobre todo, desarrolló una intensa campaña antisemita, evidentemente influenciada por el fascismo europeo.

Sin embargo, el intento del PNF por hacer prosperar la opción fascista en Chile también fracasó. De manera más clara que en el caso nazi, el fracaso del PNF se debió tanto a causas internas como externas. La polarización política chilena de la época y la robustez de la derecha tradicional, que limitaban poderosamente el espacio político en el que podía desarrollarse el PNF, sumadas a la intransigencia ideológica del propio partido de Olivares Maturana, lo confinaron a un lugar de marginalidad, de extrema derecha, que limitó cualquier posibilidad de convertirse en un movimiento de masas. Por otra parte, el creciente descrédito internacional que el fascismo experimentaba a

fines de los años treinta colaboró a mantener al PNF en ese lugar de marginalidad.

Sin lugar a dudas, el elemento ideológico más importante de la tercera vía fascista proyectada por el PNF era el antisemitismo radical y sistemático revisado en la tercera parte de nuestra tesis, elemento que colaboró como ningún otro al confinamiento político de los fascistas chilenos. De manera mucho más sistemática y radical que las publicaciones nacistas, el semanario *La Patria* representó a los judíos como un colectivo de comerciantes ávidos e inescrupulosos, inventores y dominadores del capitalismo internacional, que no descansaría hasta conseguir el dominio del mundo. Recurrentemente los acusó de apropiarse de las riquezas chilenas, de la administración pública, de las profesiones liberales, de los tradicionales negocios del centro de Santiago, etc. Asimismo, los acusó dominar en beneficio propio el comunismo, la masonería, el cine, la trata de blancas y otros elementos propios de la modernidad. En tal sentido, es evidente que en el PNF la influencia ideológica de los *Protocolos de los Sabios de Sión* fue mucho mayor que en el MNS, así como la utilización de esta “superstición política”.

No obstante las similitudes entre los discursos antisemitas del MNS y el PNF, existen elementos de *La Patria* que lo distinguen de sus antecesores nacistas. A las tradicionales acusaciones antisemitas tomadas de los *Protocolos* –en orden a su supuesto papel en el capitalismo, el comunismo, la masonería, etcétera–, el PNF añadió que los judíos eran también culpables del narcotráfico, las estafas, la trata de blancas y otros problemas de la sociedad chilena. Vale decir, los judíos se identificaban *necesariamente* con actividades nocivas para el bien común, por lo que se les consideró incompatibles con labores más “nobles”, como la agricultura y la milicia. Asimismo, el semanario fascista se mostró mucho más persistente que sus antecesores nacistas en lo relativo a la amenaza de una “invasión judía”, la que denunció desde el primero hasta el último de sus números. Creemos que esto último no se explica únicamente a la

luz del aumento en la inmigración judía a Chile, a fines de los años treinta, como sugiere Klein, ni a los conflictos sociales aparejados a dicha inmigración, sino a opciones ideológicas específicas, tomadas del fascismo europeo de esos años. Así, *La Patria* presentó permanentemente la llegada de judíos en términos de “amenaza”, llegando al punto de afirmar que esta “invasión” estaba convirtiendo a Chile en “la Palestina de Sudamérica”, afirmando una y otra vez la incompatibilidad entre judaísmo y chilenidad. Pero no sólo constituían una amenaza a futuro, sino una realidad presente, pues, según alegaba *La Patria*, toda la política chilena se encontraba subordinada a los intereses judíos, como probaban la influencia de la empresa minera Hochschild, la expulsión del alemán Hans Voigt y la instalación de la fábrica de zapatos Bata.

La persistente campaña en contra de la inmigración judía hizo que el *Affaire* de las coimas cobrara particular importancia para el PNF, sin embargo, éste fue incapaz de capitalizar en su favor el ambiente relativamente hostil a los judíos que este caso provocó entre la opinión pública, y que se manifestó en el cierre de las puertas chilenas a la inmigración judía a partir de enero de 1940. Esta incapacidad pone de manifiesto el fracaso de la opción ideológica fascista tomada por el PNF y de su intento por obtener un nicho político propio sobre la base de un antisemitismo radical, intransigente y similar al desarrollado por el nazismo alemán.

Respecto del eventual carácter *racista* del antisemitismo de *La Patria*, éste no se diferenció demasiado del desplegado por el MNS, salvo por la recurrencia. Aunque presentó a los judíos como incompatibles con la *chilenidad* que pretendía defender, como “objetivamente” dañinos para la nación chilena, el PNF no llegó a presentar tal amenaza como consecuencia de una cuestión biológica, como consecuencia de una *cuestión racial* o de una *inferioridad racial* de los judíos. Vale decir, desde el punto de vista teórico desarrollado en la primera parte de la tesis, el antisemitismo del PNF constituyó un caso de *racismo secundario*, tal como el caso nacist. Sin embargo, existe una

diferencia significativa entre los discursos antisemitas del MNS y el PNF. Aunque *La Patria* no llegó a plantear que los judíos fueran *racialmente inferiores* a los chilenos, sí sostuvo que su rechazo a la inmigración judía era una “cuestión de higiene y profilaxis”, comparando su campaña antisemita con la acción de médico que elimina las bacterias que amenazan la salud corporal, así como otras analogías propias de las ciencias naturales.

Más allá de cuestiones formales como la recién señalada, el antisemitismo del PNF tuvo importantes implicancias políticas. Su campaña antisemita significó un alineamiento efectivo del PNF con el nazismo alemán y un intento por movilizar a la opinión pública en contra de los judíos, culpándolos de la misma persecución de la que eran víctimas y de la declaración de guerra británica en contra de Alemania, entre otras cosas, “limpiando” así la imagen exterior del Tercer Reich. Aunque Marcus Klein destaca que no se ha encontrado material documental que compruebe de manera irrefutable la colaboración del PNF con los países del Eje, no cabe duda que las posiciones adoptadas por el partido de Olivares Maturana respecto de la “cuestión judía” se alinearon siempre con las tomadas por Alemania e Italia, recurriendo para ello a material propagandístico de origen extranjero, soslayado por Klein y el resto de los autores que han trabajado el caso del PNF.

En todo caso, las radicales expresiones antisemitas analizadas en el capítulo 8 no siempre formaron parte fundamental del discurso del PNF. Como vimos, entre su fundación, en mayo de 1938, y la aparición de *La Patria*, en junio de 1939, el PNF no atacó una sola vez a los judíos, y en su programa ni siquiera se los menciona. La cercanía cronológica entre la aparición de *La Patria* –y, por ende, entre el comienzo de su campaña antisemita– y la expulsión del espía alemán Hans Voigt –en cuyo poder la policía civil chilena encontró miles de panfletos antisemitas listos para ser distribuidos– sugiere la posibilidad de que el PNF haya recibido apoyo económico de agentes alemanes, directa o indirectamente, a cambio de encabezar en Chile una

campaña antisemita pronazi, que intentara movilizar a la opinión pública chilena en contra de los judíos y los culpara de la enemistad entre Alemania y el resto de las potencias occidentales, tal como se comprobado para el caso de Argentina y publicaciones como *Clarinada* y *Crisol*. De lo contrario, ¿cómo consiguió un pequeño partido de extrema derecha como el PNF el financiamiento necesario para sostener por más de medio año una publicación como *La Patria*? Aunque carecemos de pruebas irrefutables, creemos que la evidencia sugiere la existencia de redes de colaboración concretas entre el PNF y agentes alemanes, tal como denunció la prensa judía y el movimiento antifascista chileno de fines de los años treinta, según lo visto en el capítulo 9.

En tal sentido, una de las cuestiones más importantes arrojadas por nuestra investigación es la incorporación de material propagandístico de origen alemán en las páginas de *La Patria*, situación soslayada por Marcus Klein y el resto de los investigadores que han trabajado el caso del PNF, y que sugiere, una vez más, la posibilidad de que el partido de Olivares Maturana recibiera apoyo material de parte del Tercer Reich. El semanario fascista, según vimos, no sólo incorporó artículos provenientes de revistas antisemitas argentinas y uruguayas sino también textos y material iconográfico de evidente origen nazi, que muy difícilmente pudieron haber llegado a manos de un pequeño partido chileno de extrema derecha sin la colaboración efectiva de agentes alemanes. Por ello, y por las razones aducidas en los párrafos anteriores, creemos que el alineamiento del PNF con el Tercer Reich –particularmente tras la expulsión de Hans Voigt, en mayo de 1939– no se habría debido únicamente a su admiración por Hitler, sino que pudo ser consecuencia de intereses concretos.

Desde el punto de vista teórico y a la luz de lo revisado en la primera parte de la tesis, no cabe duda respecto de la centralidad ideológica que este antisemitismo tuvo para el PNF ni de su similitud con el desarrollado por sus símiles europeos. En tal sentido, el antisemitismo del PNF manifestó prácticamente todos los rasgos abordados en el capítulo 1. En primer lugar,

representó permanentemente a los judíos como un complejo comercial y familiar con intereses idénticos en todas partes que, desde las sombras, conspiraba en contra de la cultura occidental y de Chile. De manera mucho más clara que el MNS, el semanario del PNF afirmó la incompatibilidad entre judaísmo y *chilenidad*, dado el supuesto anhelo del primero de conseguir el dominio planetario por medio del capitalismo, del comunismo, de la masonería, etcétera, siguiendo la lógica del “mito del judío” contenida en los *Protocolos*. A pesar de la fragilidad conceptual y la poca coherencia de la superstición política de un secreto gobierno mundial judío, este antisemitismo conspiracional fue el principal recurso discursivo del PNF, proveyendo estereotipos suministradores de *claves para la correcta interpretación del mundo* que, sin embargo, resultaron poco atractivas para el electorado chileno de la época y lo confinaron a un lugar de marginalidad, de extrema derecha.

En segundo lugar, y tal como el MNS –aunque, nuevamente, de una manera mucho más persistente y radical–, el antisemitismo del PNF justificó y promovió la exclusión efectiva de los judíos de la sociedad chilena. Sin necesidad de recurrir a categorías tomadas de la biología, el PNF defendió la exclusión de los judíos de la sociedad debido a su “objetiva” nocividad, atestiguada por un sinfín de “pruebas”, constituyendo un caso de *racismo secundario*. Vale decir, el PNF desarrolló una poderosa “estrategia de extrañamiento” en contra de la “categoría ofensora” representada por los inmigrantes judíos. Ello significó que, de manera mucho más clara que en el caso nazi, el PNF pretendiera purificar el cuerpo social de la amenaza judía al amparo del fantasma de la profilaxis y la segregación. Respecto de la concepción racista del antisemitismo, propia del antisemitismo alemán, según la cual la *sangre* judía amenazaba con la desintegración sistemática del pueblo germánico por medio de la *contaminación*, parece fuera de duda su escasa aplicabilidad al caso del PNF en Chile, más allá de ciertas expresiones puntuales.

En tercer lugar, el antisemitismo del PNF intentó aprovechar aquel *sentido común* antijudío de la época –según Germani, “antisemitismo tradicional”– para enunciar representaciones particularmente negativas, tomadas del repertorio antijudío europeo ya descrito, y capitalizarlas políticamente en beneficio propio –un “antisemitismo ideológico” propiamente tal, en palabras de Germani–. Apelando a este *sentido común* antijudío, el PNF intentó conseguir cierto grado de *unanimidad* social y política respecto de la supuesta nocividad judía, sin éxito. De una manera mucho más clara que el MNS, el PNF se alineó con los intereses concretos de Alemania e Italia. Y tal como *Trabajo, La Patria* denunció con gran facilidad las características de los “falsos nacionales” judíos, atribuyéndole todo tipo de acusaciones, a la vez que fue incapaz de expresar con claridad cuáles eran los rasgos irreductibles de los “verdaderos nacionales”, de los chilenos *de verdad*. Utilizando su propio léxico, *La Patria* vio con demasiada facilidad los rasgos de la *antipatria*, no así los de los “verdaderos hijos de esta tierra”.

En cuarto lugar –y aquí radica el rasgo más importante del antisemitismo moderno de origen europeo instalado en Chile tanto por el MNS como por el PNF, pero sobre todo por éste último–, este discurso fue utilizado no sólo para excluir a los judíos de la sociedad chilena, sino con otros fines políticos concretos, a saber, la construcción de una identidad política fascista y la defensa de los países del Eje. Como señaló Arendt, el antisemitismo del PNF no sólo se dirigió en contra de los judíos de carne y hueso, sino del estado liberal y la democracia. En el caso puntual de Chile, ello se manifestó en ataques en contra del sistema democrático, del liberalismo económico y, sobre todo, contra el Frente Popular y los partidos que lo conformaban, a quienes acusó permanentemente de agrupación “judía” y “masona” interesada en la destrucción de la *chilenidad*. De ahí la utilización de construcciones lexicales como ‘antipatria’, con la que el semanario fascista calificó permanentemente a la coalición de Gobierno. Como vimos en el primer capítulo, en este

antisemitismo moderno se esconde un arma política reaccionaria en contra de la democracia y los grupos progresistas.

Una vez más, una de las expresiones más concretas de esta dimensión política del antisemitismo fue el intento de reemplazar la perspectiva de la lucha de clases por un discurso antisemita de resentimiento social, que culpaba de las inequidades derivadas del capitalismo a *los judíos*, discurso que el socialdemócrata alemán August Bebel llamó “el socialismo de los tontos” y que, como hemos visto a lo largo de este capítulo, fue uno de los principales rasgos del discurso social de los fascistas chilenos de los años treinta.

Por último, no cabe duda que la campaña antisemita desarrollada por el PNF fue mucho más agresiva, persistente y sistemática que la de su predecesor nacist, pese a haber durado considerablemente menos en el tiempo, como queda de manifiesto en la reacción de la prensa judía y de la prensa antifascista chilena de la época. Como vimos, los judíos chilenos organizados en torno a la Federación Sionista y su semanario *Mundo Judío* reaccionaron denunciando públicamente el accionar del PNF, ironizando con la falta de originalidad de sus acusaciones antisemitas y acusando a *La Patria* de recibir ayuda alemana, acusación bastante verosímil a la luz del material propagandístico revisado a lo largo de nuestra investigación. Más explícita y activa fue la reacción del importante movimiento antifascista chileno de fines de los años treinta. Principalmente desde las páginas de *Civilización*, publicación del Instituto Antirracista de Chile, encabezado por el senador radical y futuro Ministro de RR.EE. del Frente Popular, Cristóbal Sáenz, se denunció la campaña antisemita del PNF como un peligro no sólo para los judíos sino para el conjunto de la sociedad chilena y para su democracia, y se acusó al partido de Olivares Maturana de recibir apoyo propagandístico y financiero de origen alemán. El momento más importante de esta *contracampaña* del movimiento antifascista se produjo a fines de 1939, a raíz de la masiva concentración que el PNF proyectaba realizar en el Teatro Victoria. Entonces, las distintas

agrupaciones que dieron forma al movimiento fascista –incluidos importantes personeros del Frente Popular– presionaron al Gobierno para conseguir la prohibición del evento y una investigación de las actividades del PNF, con éxito. Este relativo consenso político en contra de las actividades del PNF se vio fortalecido por la virulencia del antisemitismo de *La Patria* y por el importante rechazo que provocaba en la sociedad chilena. Es decir, lejos de potenciar el crecimiento del partido y de atraer a un número significativo de militantes a sus filas, la campaña antisemita del PNF tuvo gran importancia en el fracaso de su proyecto político, dado el amplio rechazo que dicha campaña provocaba en la sociedad chilena, crecientemente informada de la violencia sufrida por los judíos europeos.

Respecto de nuestra hipótesis, el amplio conjunto de fuentes revisadas sugiere que, efectivamente, sobre el trasfondo de un antijudaísmo tradicional – fuertemente influido por el catolicismo y por la identificación de los judíos con el dinero– tanto el MNS como el PNF desarrollaron representaciones y discursos particularmente negativos respecto de los judíos. De esta manera, aunque con distinto grado de radicalidad y persistencia, ambos grupos trasladaron al escenario político chileno una ideología antisemita de origen europeo que modernizó y secularizó las tradiciones antijudías preexistentes. Asimismo, aunque volviendo a reconocer los matices de diferencia entre ambos, el MNS y el PNF utilizaron este antisemitismo moderno con fines políticos concretos y específicos, a saber, movilizar parte de la lucha política contra la izquierda y conseguir, así, un espacio distintivo al interior de la derecha. En consecuencia, podemos concluir nuestra investigación corroborando la certeza de la hipótesis de trabajo.

Como mencionáramos en la introducción, con esta investigación hemos querido hacer un aporte al estudio del antisemitismo en América Latina durante los años

del Tercer Reich y del Holocausto, campo que se ha desarrollado con gran fuerza en países como Argentina, Israel, Uruguay y Brasil, no así en Chile. A pesar de sus limitaciones, creemos que nuestra investigación ha cumplido con los objetivos originalmente planteados. En cualquier caso, para sopesar el alcance de nuestra investigación al interior del campo historiográfico ya mencionado, sería de gran ayuda contrastar nuestros resultados con los de otras investigaciones similares desarrolladas en otros países de América Latina –en el caso de Argentina y Uruguay, utilizamos fuentes secundarias de gran utilidad respecto del material propagandístico antisemita proveniente de estos países y publicado por *La Patria*, según vimos en el capítulo 8–, o incluso en Israel y Alemania, de modo de corroborar y contrastar nuestras observaciones, sobre todo respecto de la eventual colaboración propagandística entre los fascistas chilenos y el Tercer Reich. Asimismo, el acceso a fuentes oficiales –informes policiales o diplomáticos respecto de las actividades fascistas en Chile, entre otros– complementaría de gran manera el material aquí analizado. En tal sentido, creemos que nuestro trabajo no ha terminado, y que el alcance último de lo aquí estudiado se manifestará al estudiar el antisemitismo como fenómeno político y cultural en el *conjunto* del escenario político chileno de los años treinta, ampliando la mirada al resto de los partidos de derecha, a los partidos de centro y de izquierda, a las Fuerzas Armadas y a la Iglesia, entre otros actores sociales. Por supuesto, todo lo anterior excede por mucho esta tesis de magíster. Sin embargo, creemos que constituye un tema promisorio con vistas a una futura tesis doctoral. Aunque ese ya es otro tema.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES PRIMARIAS

1. Prensa nacionalista:

“La Página Nacional Socialista” de *El Imparcial*, julio 1932 – marzo 1933

Trabajo, abril 1933 – abril 1940

Acción Chilena, enero 1934 – febrero 1938

La Patria, junio 1939 – marzo 1940

2. Diarios:

El Diario Ilustrado, mayo 1938 – junio 1940

El Frente Popular, mayo 1938 – junio 1940

El Imparcial, mayo 1938 – junio 1940

El Mercurio, mayo 1938 – junio 1940

La Crítica, mayo 1938 – junio 1940

La Hora, mayo 1938 – junio 1940

La Nación, mayo 1938 – junio 1940

La Opinión, mayo 1938 – junio 1940

3. Revistas:

Ercilla, mayo 1938 – junio 1940

Hoy, mayo 1938 – junio 1940

Qué Hubo, junio 1939 – junio 1940

Vea, abril 1939 – junio 1940

Zig-Zag, mayo 1938 – junio 1940

4. Prensa judía:

La Prensa Israelita, agosto 1933 – mayo 1936

Mundo Judío, enero 1935 – diciembre 1940

Semanario Israelita de Chile, enero 1930 – julio 1933

5. Prensa antifascista:

Civilización, junio 1939 – junio 1940

Defensa, junio 1940 – diciembre 1940

6. Otros:

Plan de Acción del Partido Nacional Fascista, Santiago, 1939, 20 p.

FUENTES SECUNDARIAS

1. Historia y teoría del antisemitismo:

ARENDDT, Hannah. Los orígenes del totalitarismo. México, Taurus, 2004, 618 p.
[primera edición: 1951]

BALIBAR, Etienne. ¿Existe el neorracismo? En su: Raza, nación y clase. Madrid, Iepala, 1991, pp. 31-48.

BALIBAR, Etienne. Racismo y nacionalismo. En su: Raza, nación y clase. Madrid, Iepala, 1991, pp. 63-109.

BAUMAN, Zygmunt. Modernidad y Holocausto. Madrid, Sequitur, 1997, 270 p.
[primera edición: 1989]

CHEBEL D'APPOLLONIA, Ariane. Los racismos cotidianos. Barcelona, Bellaterra, 1998, 96 p.

COHN, Norman. El mito de la conspiración judía mundial. Los Protocolos de los Sabios de Sión. Madrid, Alianza, 1983, 326 p. [primera edición: 1970]

FRIEDLÄNDER, Saul. ¿Por qué el Holocausto? Historia de la una psicosis colectiva. Barcelona, Gedisa, 2004, 222 p. [primera edición: 1971]

GERMANI, Gino. Antisemitismo ideológico y antisemitismo tradicional. Criterio. 9: 55-63, 1962.

GOTTHEIL, Richard y MANNHEIMER, S. Justus, Dr Justus [en línea] <www.jewishencyclopedia.com> [Consulta: enero 2012]

GROSSER, Paul E. y HALPERIN, Edwin G. Anti-Semitism. Nueva Jersey, Citadel Press, 1979, 408 p.

ISAAC, Jules. Las raíces cristianas del antisemitismo. Buenos Aires, Paidós, 1966, 175 p.

PARKES, James. Antisemitismo. Buenos Aires, Paidós, 1966, 284 p.

PEREDNIK, Gustavo. La judeofobia. Barcelona, Flor de Viento, 2001, 230 p.

TAGUIEFF, Pierre-André. La nueva judeofobia. Barcelona, Gedisa, 2003, 254 p.

TRACHTENBERG, Joshua. El diablo y los judíos. Buenos Aires, Paidós, 1965, 370 p.

VAN DIJK, Teun A. Ideología. Un enfoque multidisciplinario. Barcelona, Gedisa, 1999, 473 p.

2. Nacionalismo chileno de los años treinta:

ANDERSON, Benedict. Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo. México, Fondo de Cultura Económica, 1993, 315 p.

ALLIENDE, Rodrigo. El Jefe. La vida de Jorge González von Marées. Santiago, Los Castaños, 1990, 216 p.

BICHENO, Hugh. Anti-parliamentary themes in Chilean History, 1920-1970. Government and Opposition. 7(3): 351-388, 1972.

DONOSO, Ricardo. Alessandri: agitador y demoleedor. México, Fondo de Cultura Económica, 1954, volumen 2.

DEUTSCH, Sandra McGee. Las derechas. La extrema derecha en la Argentina, el Brasil y Chile. 1890-1939. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2005, 527 p.

EDWARDS Vives, Alberto y FREI Montalva, Eduardo. Historia de los partidos políticos chilenos. Santiago, Pacífico, 1949, 262 p.

ETCHEPARE, Jaime A. y Stewart, Hamish I. Nazism in Chile: A Particular Type of Fascism in South America. Journal of Contemporary History. 30(4): 577-605, octubre 1995.

FONTAINE, Arturo. Ideas nacionalistas chilenas. En: ARCE Eberhard, Alberto y CAMPOS Menéndez, Enrique (eds.). Pensamiento nacionalista. Santiago, Gabriela Mistral, 1974, 233-247.

GAZMURI, Cristián (ed.). El Chile del centenario, los ensayistas de la crisis. Santiago, Instituto de Historia PUC, 2001, 339 p.

GRUGEL, Jean. Nationalists Movements and Fascist Ideology in Chile. Bulletin of Latin American Research. 4(2): 109-122, 1985.

HALPERIN, Ernst. Nationalism and Communism in Chile. Cambridge, The MIT Press, 1965, 267 p.

KLEIN, Marcus. A Comparative Analysis of Fascist Movements in Argentina, Brazil and Chile between the Great Depression and the Second World War. Tesis doctoral, Universidad de Londres, 2000, 322 h.

KLEIN, Marcus. The New Voices of Chilean Fascism and the Popular Front, 1932-1938. Journal of Latin American Studies. 33(2): 347-375, 2001.

KLEIN, Marcus. The Making of an Unlikely Chilean Fascist: Reflections on the Intellectual Development and Political Work of Carlos Keller Rueff. Historia. 35: 187-209, 2002.

KLEIN, Marcus. La Matanza del Seguro Obrero. Santiago, Globo, 2008, 199 p.

LARRAÍN, Jorge. Identidad chilena. Santiago, LOM, 2001, 274 p.

MALDONADO, Carlos. La Milicia Republicana. Historia de un ejército civil en Chile, 1932/1936. Santiago, Servicio Universitario Mundial, 1988, 160 p.

PIKE, Frederick B. Chile and the United States, 1880-1962: The Emergence of Chile's Social Crisis and the Challenge to United States Diplomacy. Notre Dame, University of Notre Dame Press, 1963, 466 p.

POTASHNIK, Michael. Nacismo: National Socialism in Chile, 1932-1938. Tesis doctoral, Universidad de California, 1974, 365 h.

RAMÍREZ Necochea, Hernán. El fascismo en la evolución política de Chile hasta 1970. Araucaria de Chile. 1: 9-33, 1978.

SZNAJDER, Mario. El Movimiento Nacional Socialista: Nacismo a la chilena. Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe. 1(1): 41-57, 1990.

SZNAJDER, Mario. El nacionalsocialismo chileno de los años treinta. Mapocho. 32: 169-193, 1992.

VALDIVIA, Verónica. Las nuevas voces del nacionalismo chileno, 1938-1942. Boletín de Historia y Geografía. 10: 119-139, 1993.

VALDIVIA, Verónica. El nacionalismo chileno en los años del Frente Popular (1938-1952). Santiago, Universidad Católica Blas Cañas, 1995, 51 p.

3. Relaciones entre Chile y el Tercer Reich:

BÖHM, Günther. "Judíos en Chile": Un informe confidencial de la embajada alemana en Santiago, junio de 1939. Judaica Latinoamericana. 3: 207-226, 1997.

FARÍAS, Víctor. Los nazis en Chile. Barcelona, Seix Barral, 2000, 586 p.

FARÍAS, Víctor. Los nazis en Chile. Santiago, Planeta, 2003, volumen 2.

4. La inmigración judía de los años treinta:

AVNI, Haim. Judíos en América. Madrid, Mapfre, 1992, 328 p.

NES-EL, Moshé. Natalio Berman, dirigente sionista y parlamentario chileno. Judaica Latinoamericana. 1: 167-173, 1988.

NES-EL, Moshé. La inmigración judía en la época del Holocausto. En su: Estudios sobre el judaísmo latinoamericano. Volumen I. Jerusalén, Ultra, 1999, pp. 109-119.

NES-EL, Moshé. Memorias del embajador chileno en Alemania, Tobías Barros Ortiz, durante la época de la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto. Judaica Latinoamericana. 4: 287-305, 2001.

NES-EL, Moshé. La actitud de Chile frente a la inmigración judía durante la Segunda Guerra Mundial (1933-1943). En su: Estudios sobre el judaísmo chileno. Jerusalén, Revista de Oriente y Occidente, 2009, pp. 51-66.

NES-EL, Moshé. Los judíos y su actuación en la política chilena, 1920-1952. En su: Estudios sobre el judaísmo chileno. Jerusalén, Revista de Oriente y Occidente, 2009, pp. 67-89.

WOJAK, Irmtrud. Chile y la inmigración judeo-alemana. En: MILGRAM, Avraham (ed.). Entre la aceptación y el rechazo. América Latina y los refugiados judíos del nazismo. Jerusalén, Yad Vashem, 2003, pp. 132-175.

5. Los alemanes del sur de Chile y el Tercer Reich:

CONVERSE, Christel. The Rise and Fall of Nazi Influence among the German-Chileans. Tesis doctoral, Universidad de Georgetown, 1990, 517 h.

DE LA CERDA, María Soledad. Chile y los hombres del Tercer Reich. Santiago, Sudamericana, 2000, 490 p.

GAUDIG, Olaf y VEIT, Peter. ¡... y mañana el mundo entero! Antecedentes para la historia del nacionalsocialismo en Chile. Araucaria de Chile. 41: 99-117, 1988.

KLEIN, Marcus. The MNS, the German-Chilean Community, and the Third Reich, 1932-1939: Myth and Reality. The Americas. 60(4): 589-616, 2004.

6. Antisemitismo en Chile y el Cono Sur:

CAMOU, María Magdalena. Nazismo en Uruguay (1930-1940). En: ALDRIGHI, Clara. Antisemitismo en Uruguay. Raíces, discursos, imágenes (1870-1940). Montevideo, Trilce, 2000, pp. 31-59.

DEUTSCH, Sandra McGee. Anti-Semitism and the Chilean Movimiento Nacional Socialista. En: SHEININ, David y BARR, Lois Baer (eds.). The Jewish Diaspora in Latin America: New Studies on History and Literature. Nueva York, Garland, 1996, pp. 161-181.

FELDMAN, Miguel. El antisemitismo en Uruguay durante los años treinta. En: ALDRIGHI, Clara. Antisemitismo en Uruguay. Raíces, discursos, imágenes (1870-1940). Montevideo, Trilce, 2000, pp. 9-30.

FINCHELSTEIN, Federico. Fascismo, liturgia e imaginario. El mito del General Uriburu y la Argentina nacionalista. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002, 159 p.

LVOVICH, Daniel. Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina. Buenos Aires, Vergara, 2003, 601 p.

SZNAJDER, Mario. Impacto del mito movilizador: de racismo verbal a genocidio. En: GUREVICH, Beatriz y ESCUDÉ, Carlos (eds.). El genocidio ante la historia y la naturaleza humana. Buenos Aires, Universidad Torcuato Di Tella, 1994, pp. 91-117.

SZNAJDER, Mario. Diferentes trayectorias del antisemitismo en Chile. Índice. 37(24): 77-99, 2007.

ANEXO

Fotografías, caricaturas antisemitas y fragmentos de *La Patria*



Imagen n° 1: Foto de Raúl Olivares Maturana, fundador y “Jefe” del PNF.
Ercilla, 31 de diciembre de 1938, p. 27.



Imagen n° 2: Foto de Hans Voigt, funcionario alemán expulsado de Chile acusado de espionaje y de encabezar una campaña antisemita de origen alemán.

Ercilla, 19 de mayo de 1939, p. 8.



Imagen n° 3: Primer número de *La Patria*.

La Patria, 2 de junio de 1939, p. 1



Imagen n° 4: *La Patria* denuncia que la fábrica de zapatos Bata es, en realidad, una “inmensa fábrica judía de armamentos”.
La Patria, 10 de junio de 1939, p. 1.

A un conflicto con Bolivia se nos pretende arrastrar

Maniobras del judaismo

Decreto de Busch, el pretexto.- Pánico en la Bolsa

La semana recién pasada fue sorprendida con la noticia del cable que anunciaba que el Gobierno que dirige los señores de Bolivia y que preside el coronel Busch, había tomado una medida salvaguardando los intereses bolivianos, en el sentido que impedir la salida de divisas, y habría resuelto que "el pago en moneda extranjera de dividendos a intereses, sería de por un máximo de cinco por ciento".

PANICO EN LA BOLSA

Esta noticia, en poder de ciertas personas fáciles de identificar, se propagó en los círculos bursátiles de la capital con un fin brevísimo, lo que trajo por consecuencia un marcado descenso en las acciones bolivianas de estaño.

Esta baja de acciones de estaño, han significado en corto plazo de algunos días, millones de pesos de pérdidas, y ha satisfecho a los especuladores bursátiles, que habían preparado el campo para el objetivo deseado.

COMIENZA LA CAMPAÑA DE PRENSA

Vistos los resultados de la noticia tendenciosamente propagada, ante los resultados visibles de menosprecio en las ruedas de la Bolsa de Comercio de las acciones bolivianas, conocidas personas se han dado a la tarea de formular un informe hostil a la resolución del Gobierno boliviano, y tendiente a resionar al Gobierno chileno en el sentido de llegar a la reclamación diplomática a fin de conseguir la anulación de un decreto que al decir de los interesados, afecta a capitales chilenos "obscuros".

QUIEN AFECTA EL DECRETO

La empresa Mauricio Hochschild, con oficina matriz en Valparaíso, es la que en la actualidad domina la casi totalidad de los pseudos capitales chilenos que se han dicho afectados por la medida gubernativa de Bolivia.

La firma Hochschild, que fue organizada por el señor Mauricio Hochschild, se dedica enteramente a la compra y exportación de metales. Esta firma cada año, y sólo desde Chile exporta cerca de treinta mil toneladas de minerales de cobre, veinticinco mil toneladas de minerales de oro y treinta mil toneladas de azufre, además de grandes cantidades de otros metales, como también metales preciosos.

SUS ACTIVIDADES EN BOLIVIA

El año 1921 esta firma extendió sus actividades a Bolivia, bajo el nombre de Mauricio Hochschild S. A. M. L., tendiente a la compra de minerales. En 1922 ensanchó sus actividades en el

de minas y plantas, llegando, como resultado de estas operaciones, a exportar de Bolivia cada año de 90.000 a 100.000 toneladas de minerales y concentrados.

DOMINA LA PRODUCCION MINERA DE BOLIVIA

Es así, como esta organización judía, domina en la actualidad casi el 50% de la producción del estaño en Bolivia, más del 90% del plomo, zinc y exportaciones de plata de Bolivia, como así mismo, las producciones a gran escala tungsteno y antimonio de Bolivia.

LOS MINEROS BOLIVIANOS BAJO LA FERULA DE HOCHSCHILD

Además, este consorcio judío gobierna la Cia. Huanchaca de Bolivia, que son los principales productores de plomo, plata y zinc, la Cia. Minera Unificada de Cerro Potosí, la segunda empresa productora de estaño de Bolivia;

explora las minas y plantas de Oruro, Colpuni, Morococha y Machacamarca y la Mina Matilla cerca del lago Titicaca, conocida como el depósito más grande de zinc de Bolivia.

¿A QUIEN AFECTA EL DECRETO BUSCH?

Como lógicamente se desprenderá después de los antecedentes expuestos, no es precisamente a los chilenos a quienes perjudica directa el decreto boliviano de Busch, sino a los capitalistas judíos pertenecientes a la firma Hochschild.

Non obstante, estos elementos han creado del caso un pretexto a la opinión pública, por medio de la Prensa, presentando la disposición de Bolivia como atentatoria al capital chileno cuando en realidad afecta sólo y exclusivamente a una firma monopolista judía.

RECLAMACION DIPLOMATICA

Y los judíos y los "instituciones" mejor dicho, los países blancos de que se vale el judaísmo en su tarea de penetración, se han da-

terminadas personas interesadas en, la propagación de las alarmantes y tendenciosas noticias relacionadas con el decreto del Gobierno nacionalista de Bolivia, ha traído como consecuencia un verdadero pánico en la Bolsa de Comercio de Santiago. Tanto es así, que las acciones estañíferas de

Patino que días atrás se cotizaban a \$ 340.—después de los rumores propagados en la Bolsa por circulación interesados, se transaron a \$ 267.— Las acciones de la Compañía de Oro, controladas en su mayoría por Hochschild, se cotizaban el día antes de conocerse el referido decreto del coronel Busch, a \$ 155.— con los alarmantes rumores se depreciaron en \$ 40.— cada acción; y las Oplaca que se cotizaban a \$ 120.— bajaron a \$ 95.— Todas estas bajas han significado un total de \$ 160 millones, de desvalorización, fruto deseado por los que, mediante un golpe de audacia y de argucias crearon un pánico imaginario, que ha redundado en beneficio de los bolillos.

Otro 'acuerdo' gubernativo

Tarece que en las oficinas de Gobierno existiera una comisión de asesoría siempre en el sentido que promueva la acción de parte de la opinión pública. Y no se demerita su oportunidad. Hoy le ha tocado al Arco de Ciego ser víctima de la incomprender de los señores que debieran bastarse por la propiedad, la calma y el buen sentido.

Los rumores que el publico ignora, se le ha delegado el permiso para realizar una colecta pública, como ya era tradicional en nuestro país desde hace muchos años. Al Gobierno del Frente Popular, le ha tocado el honor de ser punitivo que una organización particular, creada por la generosidad de capitales extranjeros, pueda allegar fondos para la prosecución de su obra de bien público.

¡siguimos adelante, señores, que por este camino vamos bien!

No es Ministro y recorre gratis el país

Ha llamado profundamente la atención el hecho que entre los miembros de la comitiva del Presidente de la República, en su viaje al norte del país, figure el señor Fredo Gonzalo Alfonso, quien hace poco fue acusado por uno de los miembros del Poder Legislativo, por infracción a las leyes. Mas aun, cuando según cierta prensa, va en carácter de Ministro del Interior.

Esta firma que el señor Alfonso desocupa de su pasado trabajo de cinco meses como secretario de Estado y se de él hijo de

Imagen n° 5: La Patria acusa al judaísmo de intentar llevar a Chile a una guerra con Bolivia, en alusión al decreto del presidente Busch que gravaba las actividades mineras de la empresa Hochschild. La Patria, 17 de junio de 1939, p. 1.



Imagen n° 6: Octavo número de *La Patria* se refiere al proyecto de ley antirracista presentado por los diputados socialistas Latcham y Rossetti como una maniobra contra el PNF.

La Patria, 1 de agosto de 1939, p. 1.

Fundado el 2 de Junio de 1939.
Dirección y Administración
Moneda 631 — Casilla 2306
Santiago

LA PATRIA

UNA PATRIA
CHILENA PARA TODOS
LOS CHILENOS

CHILE ANTE TODO

Director: OSVALDO GATICA S.

APARECE LOS SABADOS

Año I

Santiago, (Chile) 7 de Septiembre de 1939.

PRECIO 0.40 Cts. No 13

INGLATERRA culpable de la guerra

¡Un triunfo del judaísmo internacional!

El crimen mas grande de la historia - ¡El "Eje Roma-Berlín" no se romperá!

La opinión pública chilena, como el mundo entero, fueron sorprendidos a fines de la semana pasada con los ruidos titulados de la renca que anunciaban el comienzo de una guerra en Europa. Lo que hace un tiempo se venía anunciando, tomaba carta de realidad.

Sin embargo, los hechos denunciados distaban mucho de la verdad misma. Era el do, demostraron a la vez, a Alemania. Y de esta manera la letra de Bismarck fue humillada hasta la saciedad en forma injuriosa, absurda y monstruosa.

Enfrente al triunfo de los negociadores de Versalles, los enemigos internos de Alemania, socialistas, comunistas, judíos y masones. Todos ellos se coaligaron con los enemigos de la nación germana para hundirla des-

en pocos años el mismo nivel de los vencedores del año 18.

LA QUESTION DE DANZIG

De esta manera, el Gobierno del Reich fiel intérprete del sentimiento alemán levantó en su dignidad de nación libre y soberana, comenzó por las vías diplomáticas las negociaciones ten-

to al Reich, que fue separado de la madre patria germana por la razón de las armas contra la amenaza de la autocracia erigida por Wilson y luego tendenciosa y unilateralmente aplicada por Clemenceau, quien dió la última ley del vencedor.

En todos los tonos, y por todos los medios que la diplomacia francesa, Hitler pedía la devolución de esa ciudad que era y es alema-

lución el diferendo polaco-germano.

Inglaterra, que no le interesa en absoluto la suerte de Polonia, sino la suerte de su futuro, como nación imperialista, con la posesión en sus manos de ciertas bases de prestigio inglés, impidió cualquier avenimiento que lesionara los intereses de Gran Bretaña.

De aquí, el fracaso de la diplomacia y el comienzo de las hostilidades que cesará

judaísmo, cuyas posiciones cobradas, las maniobras del bolchevismo internacional que busca la convulsión y el caos para imponer su desorden, es la causal del desmoronamiento de Europa. El Reich y la sinagoga, reunidos por los logros de Francia e Inglaterra han podido ver que los deseos de paz de los hombres de buena voluntad.

EL EJE ROMA-BERLIN NO SE ROMPERA

Imagen n° 7: La Patria declara a Inglaterra culpable de la guerra recién declarada a Alemania, la cual presenta como maniobra judía.
La Patria, 7 de septiembre de 1939, p. 1.



Imagen n° 8: Convocatoria a la Gran Concentración Fascista, a efectuarse el domingo 19 de noviembre de 1939.

La Patria, 11 de noviembre de 1939, p. 1.

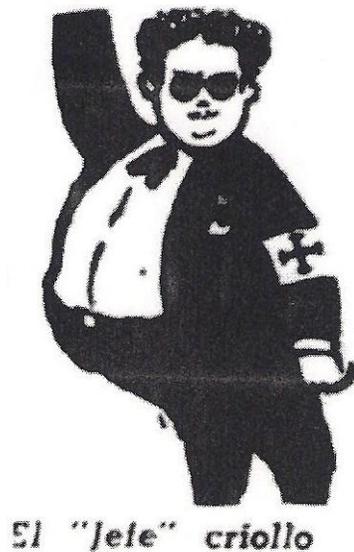


Imagen n°9: Caricatura de Raúl Olivares Maturana en la que se lo asimila con los jefes del nazismo alemán y el fascismo italiano.

Vea, 8 de noviembre de 1939, p. 6.

CHILE ANTE TODO

Director OSVALDO GATICA C.

APARECE LOS SABADOS

Año I

Santiago, (Chile) 20 de Diciembre de 1939

PRECIO 0.40 Cts.

N.º 25

Las "coimas" de los judíos se comprueban

Las denuncias de "La Patria" comienzan a surtir efectos.-La opinión pública se preocupa del "affaire" de la entrada de judíos.-Funcionarios comprometidos en el negociado de las "coimas".-El Gobierno es culpable de negligencia.

¡La investigación gubernativa es una comedia!

Nuestro semanario "LA PATRIA", órgano oficial del P. N. F., ha obtenido un triunfo más en su corta vida periodística. Faltos prácticamente nosotros, los primeros y mejor dicho los únicos, que a comienzos de año, por medio de volantes y después desde estas mismas columnas, llamábamos la atención de los chilenos, por el peligro que encerraba la incontrolada inmigración de judíos, los que, para salvar toda clase de dificultades, ofrecían y pagaban simulas "coimas" a ciertos funcionarios, iniciados de las cuales eran funcionarios de la Cancillería.

NUESTROS DENUNCIAS EN LA CÁMARA.

De este número, en estos últimos días el país ha sido una vez más sorprendido con estas mismas denuncias nuestras, pero ya en carácter oficial y desde uno de los bancos de la Cámara de Diputados. El ex diputado socialista, señor González yuá-Marec, al denunciar al Gobierno, el "affaire" de las coimas, no ha hecho más que repetir nuestras campañas de hace siete meses y que recién ahora se quiere componer. Nuestras denuncias han venido a demostrar el peligro que se cierne sobre nuestro país con la llegada cada vez mayor de individuos pertenecientes a la raza judía, cuya singuilar aptitud para los negocios, es capitalizada y que, por el contrario, son factores de corrupción de hábitos y costumbres, cuya primera manifestación, es su inflexible arma: el soborno, con la que roban la actividad, autoridad y probidad de los funcionarios públicos.

LAS "COIMAS" DE LOS JUDÍOS.

Así es como tenemos, el caso, que se relaciona con las "coimas" pagadas por judíos e intermediarios, para la visación de documentos que facilitaron o apresuraron la entrada de estos elementos espulsiados de países europeos. Conforme a su ley, de que nada hay que se resista a la fuerza del dinero, los judíos que arribaban de Alemania, Italia y otros países por sus delitos, de lesa patria, al verse impedido a entrar en muchas otras naciones, recurrían en la finalidad de ingresar al nuestro, por sobornar a altos funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores. En el número 2, 3 y 4 de Junio del presente año, dábamos detalles amplios de como los judíos se las arreglaban en la Cancillería para conseguir la entrada de uno o varios judíos al país.

DIPUTADOS GUSTOSAN ENTRADA

A tal extremo llegaba la influencia de los judíos radicados en Santiago, que consigieron la entrada de centenares de judíos que eran rechazados en Montevideo y Buenos Aires, por intermedio de algunos caracterizados parlamentarios de izquierda e independientes. Estos diputados, obtenidos del Gobierno la autorización para que casi un centenar de familias judías, pudiesen establecerse en el país.

Este hecho viene a demostrar de manera irrefragable de como los judíos se valían de todos los medios, por todos los métodos para, obtener el fin perseguido por ellos, venciendo

las calles con su inflexible arma del soborno de la coima.

FUNCIONARIOS COMPROMETIDOS.

Declaramos en nuestros primeros números, que uno de los altos funcionarios de la Cancillería, encargado de la inmigración, era uno de las personas sobre las cuales, recaían fuertes sospechas de llevar a cabo por intermedio de terceros personas, negociados referentes a la visación de los documentos de judíos que deseaban ingresar al país. Es así también, como sabemos, que, mediante influencias ex-

ternas, el propio Ministro de Relaciones Exteriores autorizó calográficamente la visación de pasaportes a judíos. Por otra parte, existían en condiciones de sostener, que numerosos abogados establecidos en esta capital, algunos parientes de connotados dirigentes del Frente Popular, se encargaban y aún ahora, de gestionar en la Cancillería la autorización para hacer las famosas "bamadas" de judíos. Lógicamente estos menesteres, realizados por abogados, con estudios establecidos en centenas de calles de la ciudad, no los harían por un "afán sentimentalista de humanidad..."

(PÁSA A LA 4.ª PAG.)

El Gobierno nos persigue

Sucestra nuestra edición y allana los talleres de «El Imparcial».—La libertad de prensa y reunión y el señor Enrique Alfonso

LIBERTADOS DE AYER. LIBERTADOS DE HOY!

Después de más de 4 semanas, de forzoso silencio este semanario vuelve de nuevo por sus fuertes, dispuesto a continuar su fin, de ser una voz clara y valiente al servicio de la libertad. De nada han servido las amenazas directas e indirectas de parte de los señores del Gobierno, para impedir el curso de sus publicaciones de este período. Nada han obtenido con amenazas a los dueños de imprentas con represalias si se imprimen "La Patria", pues esta hoja, sé una vez más la luz pública, dispuesta a seguir, pese a todos los obstáculos de nuestros enemigos internos, socialistas y judíos, su ruta y su misión.

LA LIBERTAD DE PENSAMIENTO, AMENAZADA POR EL GOBIERNO.

Como es de conocimiento público, el actual Gobierno, impidió por todos los medios, la realización de la concentración que debió haberse efectuado el Domingo 19 del mes pasado. Esta concentración gubernativa comunicada a nosotros el Viernes 17 de Noviembre último, nos hizo indirectamente a ordenar la impresión de un suplemento de nuestro semanario a fin de exponer a los lectores y a

(PÁSA A LA 4.ª PAG.)

Nuestro próximo número aparecerá el sábado

Desde el Sábado próximo "La Patria" volverá apareciendo regularmente todos los Sábados.—Podrán disculparse por algunas deficiencias en este número.

Imagen n° 10: El PNF denuncia ser perseguido por el Gobierno de Pedro Aguirre Cerda.

La Patria, 20 de diciembre de 1939, p. 1.



Imagen n° 11: Primer número de *La Patria* del año 1940, en el que se intenta capitalizar el reciente estallido del “affaire” de las coimas.

La Patria, 12 de febrero de 1940, p. 1.



Imagen n° 12: *La Patria* titula que “la inmigración de judíos significa la ruina de Chile”.

La Patria, 24 de junio de 1939, p. 1.



Imagen n° 13: Quinto número de *La Patria*, en el que se denuncia el pago de coimas, por parte de los inmigrantes judíos europeos, para ingresar a Chile.

La Patria, 1 de julio de 1939, p. 1.

Fundado el 2 de Julio de 1939.
 Dirección y Administración
 Moneda 631 — Casilla 2306
 Santiago

LA PATRIA

CHILE ANTE TODO

Director: Raúl Olivares Maturana

UNA PATRIA
 CHILENA PARA TODOS
 LOS CHILENOS

Año I.
Santiago, (Chile) 8 de Julio de 1939
PRECIO 0.40 Cts.
N.º 6

INVASION judía amenaza a CHILE

Chile tiene la más alta cuota inmigración judía Funcionarios de la Cancillería corrompidos por el soborno judío

Para nadie es un misterio los resultados de nuestra campaña en defensa de la chilenidad. Los elementos judíos, que hasta antes de nuestra aparición tranquilamente se aprestaban para preparar el caldo fácil con que poder un día no lejano ahogar nuestra nacionalidad, han comenzado a inquietarse ante los resultados de nuestras campañas, que han creado una atmósfera de abierta adhesión a la causa que sostenemos.

COMIENZA LA DEFENSA

De esta manera, los señores judíos, viendo el enorme daño que significaba para sus propósitos y después la voz clara y vibrante de una prensa insobornable como la nuestra se han dado a la tarea del contra ataque, mediante sujetos no judíos, pero bien rentados, conforma lo manifiestan los señores redactores de "LA PATRIA", es la revista "Que Hubo" de propiedad del señor Marco Chamu- des.

Esta revista a igual que "REVILIZACION" aparece ante los ojos de los incautos como una publicación chilena, y entre el material de magazine, lanza el salvazo contra los que defienden la integridad de nuestra nacionalidad.

...QUIEN ES EL SEÑOR CHAMUDES?

Como decimos en el párrafo anterior, la revista "QUE HUBO" es de propiedad del señor Marco Chamu-des. El nombre de este caballero no es del todo desconocido para muchos de nuestros lectores. Sin ser chileno, pues nació en el Callao, hijo de padres judíos-polacos, se dedicó en Chile, a la ingrata tarea de agitar y recomendar de

dora de la mentalidad fácil de nuestros obreros. De esta manera, el señor Chamu-des, hoy parlamentario, logró forjarse una pseudopersonalidad y gracias a la democracia que judíos y comunistas defienden, llegar hasta el Congreso Nacional. Figura entre los pro hombres del comunismo criollo y de la Judería Chilena.

LOS PROPIOS JUDIOS CREAN UN PROBLEMA RACIAL

Ellos manifiestan en sus párrafos y hojas volantes, que algunos chilenos pretenden crear un clima propicio para las luchas raciales. Nada más distante de la verdad. Son los propios judíos con su invasión epidémica los que están dando lugar a la desencadenación en nuestro país de una amarga lucha racial. No contentos con encontrar hospitalidad en estas tierras de Chile, medios fáciles de vida, antecor-

han lanzado a una obra de persecución judaica que comienza ya a herir que a los indiferentes que ayer postergaban en favor de los "patriotas judíos".

Los puestos públicos, son hoy campos propicios para demostrar la capacidad de más de un hijo de Israel, sin que sea necesario haber nacido en Chile ni cumplir con ninguno de los requisitos que se les exige a los nativos.

En el Ejército de nuestra patria, por desgracia, hay muchos judíos que visten el uniforme militar, reservado sólo para los hijos de esta tierra. Claro está, que estos señores ocupan cargos de administración, contadores, veterinarios, médicos. ¡Jamás se ha visto un judío en las trincheras, salvo raras excepciones debidas, a equivocación posible!

LA TRAIDA DE JUDIOS, ES UN NUEVO NEGOCIO

Anterior, el diputado Latchani Ricardo Latchani Afanador, denunció no hace mucho el negociado que se estaba haciendo con la trata de estos sujetos expulsados de muchos países de Europa. En esa oportunidad, Latchani sostenía que funcionarios inescrupulosos hacían pingües negocios para autorizar la visación de documentos de los hiecos ansiosos de "sentar" los campos chilenos.

Además de esto, nosotros estamos en situación de afirmar que el problema de la inmigración judía, ha dado lugar a la creación de un lucrativo negocio

de parte de gestores que pululan por las oficinas públicas, y que lógicamente, estas actuaciones denotan que en lugar a una categoría interminable de soborno y de "pasado".

INTERESADOS EN TRAER JUDIOS

Por otra parte, estamos en condiciones de informar a nuestros lectores que destacadas personas, aún no frentistas, han merecido por la Cancillería con la "cartita" o la "cuña" suficiente a fin de traer más de un circun-

Pasa a la 4.ª página

Director de "La Patria"

Por motivos de salud, nuestro Director Osvaldo Gatica C., ha dejado provisoriamente por el período de 15 días, la dirección de nuestro semanario. Asumirá durante este tiempo la dirección responsable, el Jefe del P. N. F., Raúl Olivares M.

Imagen n° 14: La Patria denuncia que una "invasión judía amenaza a Chile".

La Patria, 8 de julio de 1939, p. 1.

TALMUD (Schuljan aruj)

Extracto de algunas de sus Sentencias que rigen aun hoy día las relaciones de los judíos con los cristianos

POR EL DR. JUSTUS

(CONTINUACION)

LEY N.º 88
 Antigüamente los judíos tenían la obligación de dejar, durante las cosechas en los bordes de los sembrados algunas espigas en pie, o en el centro de ellos algunas espigas para que las recogieran los pobres. Desde que los judíos se han dispersados entre los akum (cristianos), y sus campos se encuentran encavados entre los de los akum (cristianos), es costumbre no cumplir con esta obligación; pues al dejar las espigas abandonadas, vendrían los akum (cristianos) pobres a recogerlas. (1)

Peró al dar limosna a los cristianos es prohibido, talo que se haga en aras de las buenas relaciones con ellos.

(1) Schuljan aruj Jore Deah § 332 Haga tomado del Thur.

(2) Compárese con la ley N.º 87.

LEY N.º 91
 El judío que presencia la muerte de otro judío se "arrancará", en señal de duelo, un trozo de sus ropas, aun cuando el fallecido no hubiese observado la ley en forma exacta. Pero por un pecador impenitente no se debe llevar luto, menos aun por un judío que se haya pasado al akum (cristianis-

mo) (1). No se deplora la muerte de los akum (cristianos) "al contrario la celebrará" y no se les acompañará al cementerio salvo que sea en "aras de las buenas relaciones".

(1) Schuljan aruj Jore Deah § 340.5 y Haga; tomado del Talmud Moed Kattan n.º 25.

(2) El Comentario, Be'er Hagola dice (nota 40) eso constituye una alegría que no cuesta dinero.

(3) Schuljan aruj Jore Deah § 344.8, tomado del Talmud Mead Kattan n.º 25.

(4) Compárese con ley N.º 73.

LEY N.º 92
 Con respecto a las casas en que yace un muerto, rigen las mismas disposiciones legales sobre impurificación, que con respecto a las tumbas (1). Es prohibido a un sacerdote judío tocar a un ser humano muerto, y aun permanecer en una casa donde yace un cadáver (2) Sin embargo puede pisar esa casa cuando el muerto es un akum (cristiano). "Es permitido pisar las tumbas de los akum (cristianos)". (3)

(1) Compárese con Schuljan aruj Jore Deah § 371.1 (2) N.º 10,14: "Cuando un "ser humano" (compárese se nota siguiente (3) muere en su casa, todo aquel que la pise será impuro.

(3) Schuljan aruj Jore Deah § 372.2 Haga, tomado del Talmud Jebamoth p. 61. El pasaje del Talmud citado dice textualmente "Las tumbas de los akum (cristianos) no impurifican cuando uno se inclina ante ellas, porque las sagradas escrituras dicen: Pero vosotros mirad, el rebaño de un pastorero, vosotros sois seres humanos. Vosotros sois llamados hombres; pero los akum (cristianos) no se llaman hombres".

LEY N.º 93
 "El fallece en casa de un judío un akum que se encuentre a su servicio (emplazado o empleada erastiana) no se le dirán palabras de consuelo", como es costumbre durante la muerte de un "ser humano"; sino que se le dirá: "Dios te indemnice de la pérdida", tal como se le diría a un hombre cuando se le muere: un buey o un asno". (1)

(1) Schuljan aruj Jore Deah § 377.1 tomado del Talmud Pág. 16.

LEY N.º 94
 Así como en general le es prohibido al judío hacer obsequios a un akum (cristiano) para algunos de los días festivos que celebre, esta prescripción también rige para el octavo día después de mitad (= natal = Navidad), día que ellos (los akum = cristianos) llaman año nuevo "siempre que esta misión no atraiga su enemistad". Como los akum (cristianos) consideran de un buen augurio, la recepción de regalos en ese día, y su omisión podría fácilmente indisponerlos, el judío queda en libertad de acción para hacerlos, solamente que "tendrá cuidado de remitir el regalo en la tarde del día anterior", es decir no debe obsequiarse con motivo de la fiesta misma. "Cuando esto no sea po-

sible, sin atravesar, dabo o enemistad, remitirá los regalos el día mismo de la fiesta". (1)

(1) Schuljan aruj Jore Deah § 148, 12 tomado del Terumoth Hadeschen § 195, N.º 98.

Es incomprendible que, en presencia de la circunstancia de que todo el § 148 trata de las "fiestas idylitas" y de las fiestas de los akum" y que más arriba taxativamente se menciona Nital o sea "Navidad" como fiesta que cae ocho días antes de la fiesta de año nuevo de los akum, pueda sostenerse todavía que la palabra "akum" no se refiere a los cristianos sino a los idylitas.

LEY N.º 95
 Como los akum (cristianos) no son seres humanos (1), por ningún motivo se pueden considerar válidos los matrimonios entre ellos. "Cuando un akum (cristia-

no) se ha casado con un akum (cristiano), o un judío renegado se ha casado con una judía renegada en conformidad a su religión (cristiana), y se han pasado después al judaísmo, no se toman en cuenta los matrimonios contraídos, y a la mujer le es permitido abandonar al marido sin previa capitula de divorcio", es decir ambos pueden inmediatamente casarse de nuevo, aun cuando él haya convivido por muchos años con ella, ya que su convivencia en el matrimonio cristiano no constituye más que una procreación". (2)

(1) Compárese con la ley N.º 98.

(2) Schuljan aruj Eben Hazer § 26.1, Haga, tomado del Ri Bar Schecheth § 6 y Terumoth Hadeschen § 200.

LEY N.º 98
 "Si un judío ha contraído matrimonio con un akum (cristiano), deben propiamente 39 varillanos y el matrimonio no tendrá validez alguna, y el Bethdin lo deberá excomulgar; "aun más cuando un judío se ha casado con una judía, y esta ha renegado, convirtiéndose al cristianismo, puede tomar otra mujer sin necesidad de que se pronuncie el divorcio; (1) pues los akum (cristianos), de acuerdo con las partes del Talmud que a-

LEY N.º 99

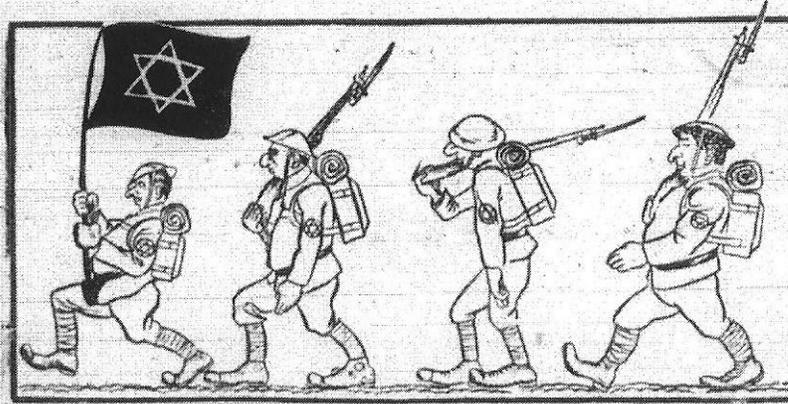
Si ha fallecido algún miembro de la familia de un judío por el cual es necesario guardar luto, entonces no debe abandonar su casa por siete días "y no debe efectuar negocios de la debida utilidad". (1). Sin embargo puede "efectuar" por intermedio de terceros (2) préstamos a interés a aquellos akum (cristianos) que acostumbran pedir préstamos al judío que se encuentra de duelo" y si no es posible por intermedio de terceros, los puede conceder también personalmente (3) porque se trata de algo que entrará a perder si no lo hiciera" (4).

(1) Schuljan aruj Jore Deah § 386.3.
 (2) Ahi mismo § 380.7, tomado del Talmud Moed Kattan pag. 11.
 (3) Compárese del mismo § 380.6.
 (4) Ahi mismo 380.7.

Imagen n° 15: El Talmud (Schuljan Aruj), texto antisemita de origen alemán que sugiere la entrega de material propagandístico al PNF por parte de agentes alemanes.

La Patria, 30 de septiembre de 1939, p. 4.

¡Los judíos van a la guerra!



Con viva sorpresa se habrán impuesto nuestros lectores por las noticias de la "prensa seria" de que los judíos irán a la guerra, en ayuda de Gran Bretaña. Según la Agencia "israelita" REUTER, 45.000 circuncisos de Jerusalem se han inscrito como voluntarios para actuar en los SERVICIOS AUXILIARES DEL EJERCITO BRITANICO.

No podemos comprender a qué cosa los judíos llamarán servicios auxiliares. Agradeceríamos al MUNDO JUDIO nos contestara nuestra interrogante. ¿Será esperar el desastre, para poner en juego su "inteligencia" especulativa? ¿O comerciar con la venta de armamentos?

Imagen n° 16: Primera caricatura antisemita incluida en *La Patria*.

La Patria, 16 de septiembre de 1939, p. 1.

EL JINETE DEL APOCALIPSIS!!!



¡He aquí uno de los Jinetes del Apocalipsis que mentirosamente ofrecía la Paz y ha embarcado al mundo en la guerra más horrenda que registra la historia!

¡Una vez más "Israel" montado sobre Inglaterra!

Imagen nº 17: Segunda caricatura antisemita incluida en *La Patria*.

La Patria, 27 de septiembre de 1939, p. 1.



Imagen n° 18: Tercera caricatura antisemita incluida en *La Patria*.
La Patria, 7 de octubre de 1939, p. 1.



Los forjadores de todas las guerras: El Judío.

Imagen n° 19: Cuarta caricatura antisemita incluida en *La Patria*.

La Patria, 14 de octubre de 1939, p. 1.

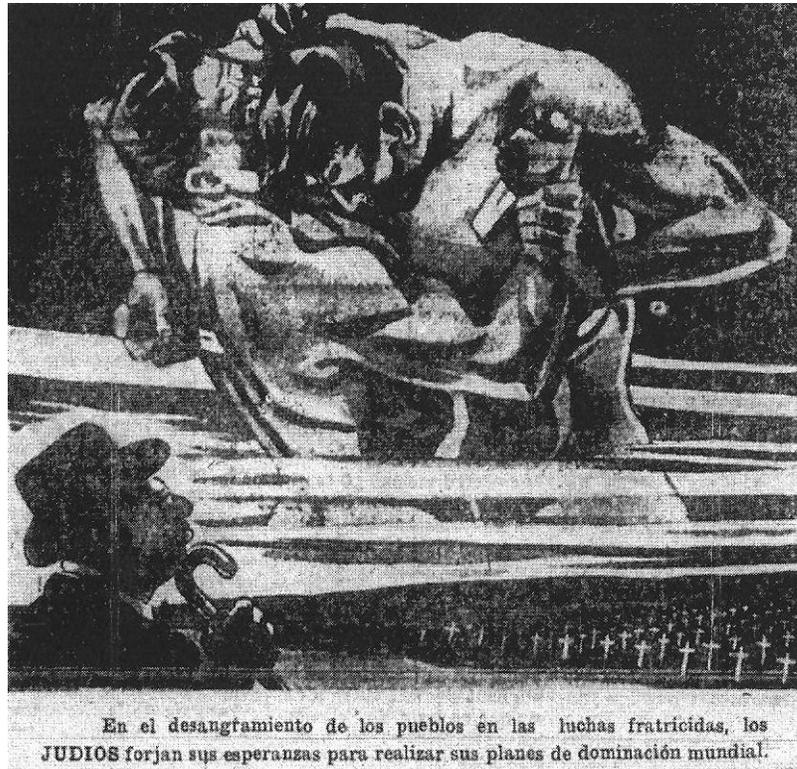


Imagen n° 20: Quinta caricatura antisemita incluida en *La Patria*.

La Patria, 21 de octubre de 1939, p. 1.



"AGRICULTORES" judíos,
muchos de los cuales han sido
deportados por actividades ilici-
tas y contrarias a la moral.

Imagen n° 21: Sexta caricatura antisemita incluida en *La Patria*.
La Patria, 28 de octubre de 1939, p. 1.



"UN NOIVO CHILEINI"

EL NUMERO DE CHILE-
NOS, ha aumentado, debido a
las nacionalizaciones en masa de
los inmigrantes judíos llegados
al país.

Imagen n° 22: Séptima caricatura antisemita incluida en *La Patria*.

La Patria, 28 de octubre de 1939, p. 1.



LOS JUDIOS, son los incendiarios de los pueblos y los vehiculos que conducen la destruccion y la muerte a todas las naciones del orbe.

Imagen n° 23: Octava caricatura antisemita incluida en *La Patria*.

La Patria, 4 de noviembre de 1939, p. 1.



"MILICIA EXTRANJERA JUDIA" (?)

Inglaterra y Francia, pueden ya estar seguras del triunfo, pues, según MUNDO JUDIO, 1,000 "israelitas" se han alistado en una "MILICIA EXTRANJERA JUDIA" para concurrir en "ayuda" de los aliados. Nuestro dibujante nos presenta un "valeroso" guerrero de Israel.

Imagen n° 24: Novena caricatura antisemita incluida en *La Patria*.

La Patria, 4 de noviembre de 1939, p. 2.

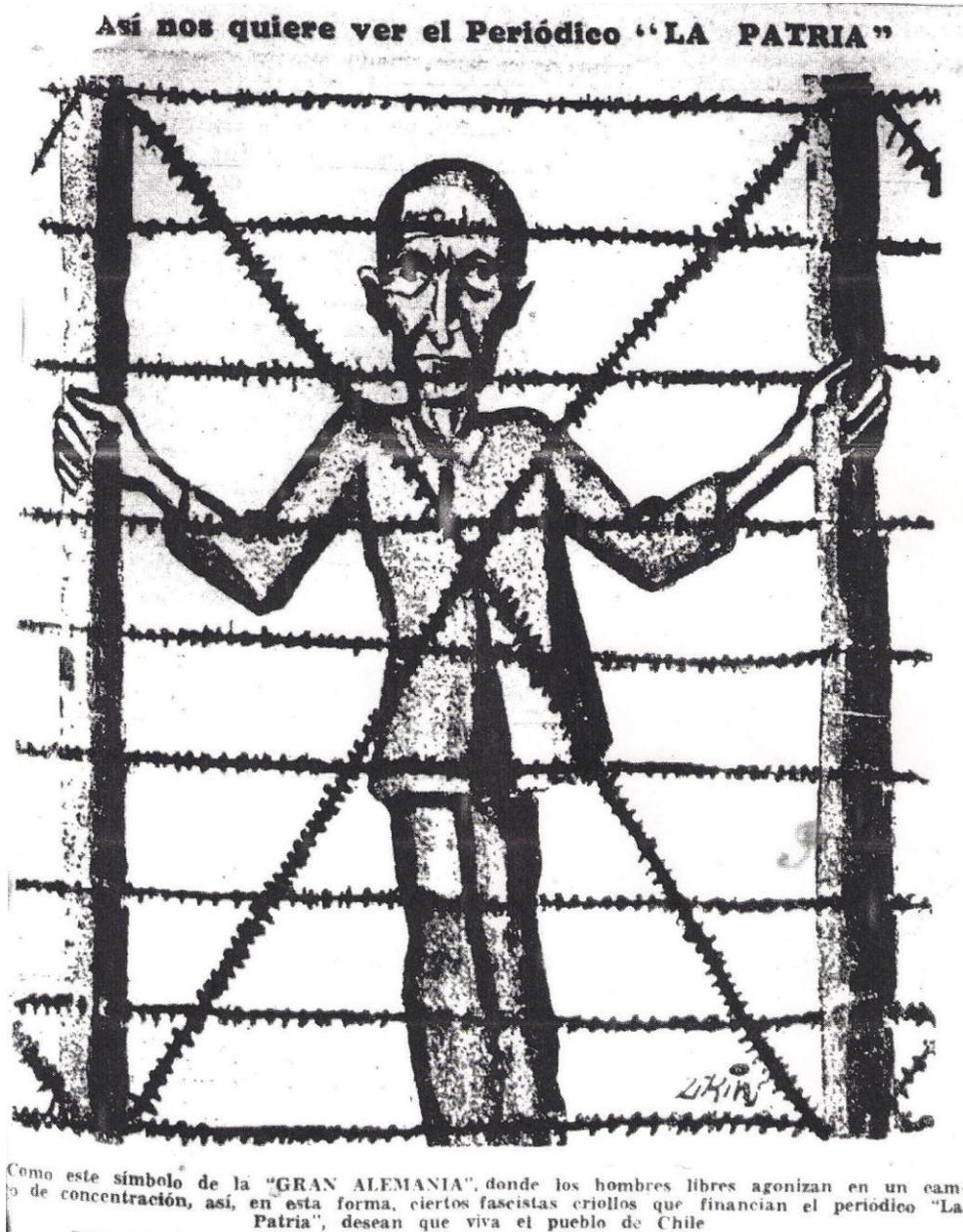


Imagen n° 25: Caricatura de *Civilización*, publicación del Instituto Antirracista de Chile, denunciando los lazos ideológicos entre el PNF y el Eje.
Civilización, segunda quincena de agosto de 1939, p. 5.